

Paula Cifuentes

Tiempo de bastardos

Beatriz de Portugal, una mujer contra su destino



Lectulandia

Beatriz de Portugal—hija de Pedro I y de Inés de Castro—, tras la prematura muerte de su madre a manos de los enviados de su abuelo, se verá obligada a vivir una existencia vertiginosa convertida en alguien que no desea ser. Desde un lugar que nunca tendría que haber ocupado, presenciara los secretos más luctuosos de una monarquía en pleno cambio donde la ley se adapta a los deseos de unos pocos y la religión es partidista, y donde el único afán es conquistar el poder a cualquier precio. Sólo cuando Beatriz acepte que es como todos los que la rodean, podrá entender por qué alguien muy cercano pretende asesinarla.

Paula Cifuentes aporta en *Tiempo de bastardos* una joven y fresca mirada para descubrirnos aspectos desconocidos de una bella, inteligente y excepcional mujer cuya vida estuvo plagada de numerosos claroscuros, como los supuestos amores incestuosos que vivió con alguien de su propia familia.

Lectulandia

Paula Cifuentes

Tiempo de bastardos

ePub r1.0

Red_S 14.11.13

Título original: *Tiempo de bastardos*

Paula Cifuentes, 2007

Ilustraciones: Romi Sanmartí

Diseño/Retoque de portada: NUUN

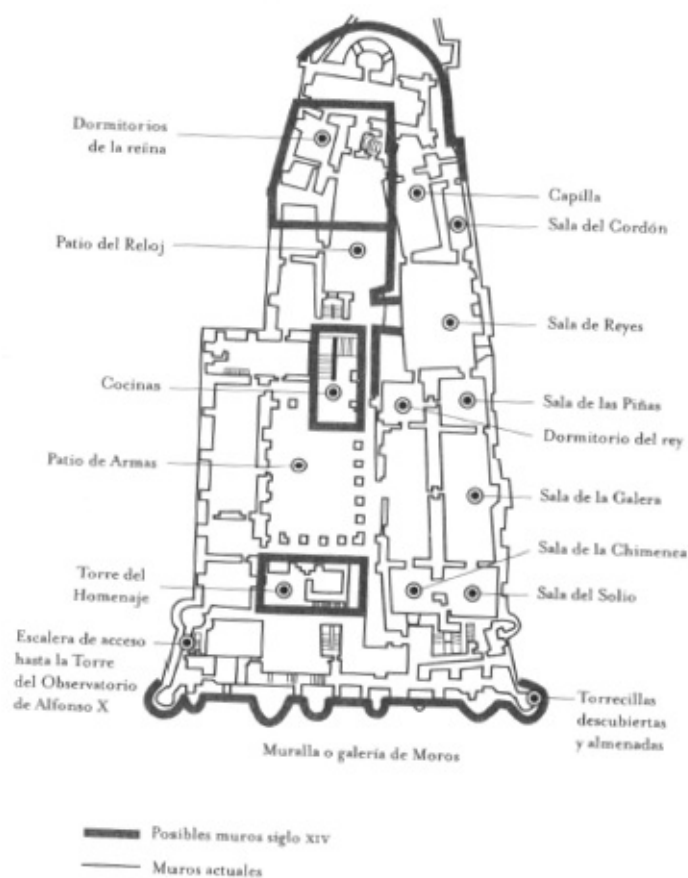
Editor digital: Red_S

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

«Las mujeres son más de fiar, pues carecen de memoria para lo importante».
Oscar Wilde, Carta a Robert Ross desde la cárcel de Reading.

ALCÁZAR DE SEGOVIA



No soy tan mala. O no lo fui. El juicio no me da miedo. Superada la muerte, todo se ve de diferente modo. Y no me refiero sólo a la opinión, que es cambiante, sino al acto más sencillo de observar. El mundo es de colores, el interior del cuerpo humano, ahora lo sé, sólo rojo. Pero para los fantasmas, o por lo menos para los que están en el tránsito —que así nos llaman—, todo es gris. Eso es algo que he aprendido ahora. Tuve que esperar a morirme para hacerlo. No recuerdo quién me preparó para este momento, pero lo hizo francamente mal. Si pudiera, me aparecería ante él y le dictaría un verdadero libro sobre la muerte. Sería de enorme ayuda para todos aquellos que vengan después de mí. La verdad es que cuando uno cruza la

línea, nada es como lo imaginamos.

No me queda mucho tiempo, o quizá sí. ¿Quién sabe? Me sentaré, contemplaré a los que me miran con ojos compungidos, a los que ponen flores sobre mi tumba, a los que la pisan o pasan de largo incluso; y esperaré mi turno, como quien va al carnicero.

Desde aquí, no sé si por la compañía o el entorno de la catedral, tan aburrida, todo se vuelve prosaico, innecesario casi. Incluso la propia muerte. Me gustaría llorar por mí, sentir pena al verme tendida en ese ataúd de cuerpo presente, pero sería totalmente falso y no creo que pudiera aportar ningún punto en mi favor. Supongo que mi destino ya está fijado, sólo es cuestión de que alguien venga y me diga adonde ir. Confiar, todo lo que no lo hice en vida, en las instancias ultraterrenas.

Ya no puedo cambiar nada. Mi pasado está escrito. Espero sólo que la lectura que hagan quienes tienen que decidir sea benigna. Eso es todo.

INTRODUCCIÓN

Cayeron, los dos. La muerte les sorprendió al final del descenso, entre las rocas. Su agonía ya nadie la recuerda. Su memoria ha quedado aprisionada en un siglo en el que lo único que hay son catedrales y peste. Corría el año 1366.

Si se hubieran escuchado los gritos, si entre la algarabía que rodeaba al alcázar alguien hubiese podido distinguir los alaridos; quizá ese mismo alguien hubiera estado a tiempo de observar, e incluso evitar, lo que estaba por ocurrir. Ver cómo se agitaban las faldas de ella en el aire, cómo las manos de él buscaban inútilmente un lugar donde agarrarse entre los muros del alcázar, cómo sus ojos se ponían blancos. Ver cómo ella doblaba su cuerpo y se retorció antes de chocar contra las rocas. Ver cómo el cuerpo de él caía encima del de ella y cómo su carne se abría en dos. Ver cómo la sangre de ambos se mezclaba tiñendo de rojo la orilla.

—El niño... por la venta... el ama... en el río.

El sacerdote miró molesto a aquel que se había atrevido a interrumpir el momento más sagrado de la ceremonia. Sus cejas formaban una línea recta por encima de sus ojos, lo mismo que si hubiera sido trazada con escuadra y cartabón. Su boca se hundió entre sus mejillas orondas con un gesto de desaprobación, como si su garganta tuviera algún sistema automático de ventosa. Aquel desconocido no sólo había conseguido que todos los asistentes dejaran de mirar la sagrada forma, y lo que es más: de mirarlo a él, sino que logró incluso asustarlo, de tal modo que casi se le cayó al suelo el trozo de pan consagrado. Ahora ya no sabía qué hacer. Debía continuar con la misa, pero sus manos sudaban y habían empapado el pequeño círculo, reblandeciéndolo. Carraspeó dos veces. Nadie le prestó atención.

—Suscipe, Sánete Pater, omnípotens aetérne Deus, hanc immaculátam Hóstiam —dijo, y el latín, aprendido a fuerza de vara de avellano y de coscorriones, le pareció hueco y poco divino. Sin nadie que lo escuche, se dijo, resulta como hablar a ovejas. Ovejas sin pastor.

En realidad se sentía muy cansado, no sólo mentalmente. Había estado toda la jornada de viaje y el día siguiente no se presentaba muy distinto. Siguió rezando, con tono de auténtica devoción, pero en su fuero interno rogaba porque no tuviera que volver a compartir silla con el francés ese, aliado de su señor, con quien lo habían sentado y del que ni se acordaba de su nombre. Oh, mon Dieu: en París esto es mejor. Es lo único que decía. Y él, con ganas de replicarle: ¡pues volved allí si os place! Pero eran la única ayuda del rey en su lucha fratricida y tenía que aguantar, con estoicismo cristiano, y tragarse sus pensamientos. ¡Cómo se puede hacer, pensaba, y con tan poca vergüenza, gala de tantísima estulticia!

Miró al rey y luego a la reina y sus ojos vagaron por el resto de sus fieles: nadie le prestaba atención. Se sintió herido en su amor propio. Tantos años, se dijo, de

encierro, de estudios, de tonsuras. Tantos años de ocupar incómodos sitios en abadías perdidas de la mano de Dios —Dios le perdone—, de besar los pies a obispos ilegítimos, de arrastrarse al ritmo de letanías y de confesiones. Tantos, se dice, como para acabar así: ninguneado por un chiquilicuatro como aquel mensajero. Lo que le faltaba.

—¿Qué sucede? ¿Qué sucede? —decían.

El murmullo había comenzado en las filas traseras y, como si se tratara de una marejada, poco había tardado en llegar a los escabeles. Hasta el mismo sacerdote, todavía con la hostia en la mano, comenzó a preguntarse: ¿qué sucede?

Se llamaría apóstata, tiempo después (y en consonancia haría la correspondiente penitencia), pero la curiosidad se había impuesto a su deber. Al fin y al cabo, nadie se atreve a interrumpir una misa, que es santa y que además cuenta con la presencia del rey, si no tiene un motivo suficiente.

—El infante, señor, con el ama. En el río —repitió el mensajero.

Y aquel que se fijara en él con atención descubriría que, a la altura de su ingle, la tela de sus calzas se había vuelto más oscura y que esta misma oscuridad le trazaba un camino paralelo a la pierna, hasta la altura del tobillo.

La reina soltó un grito y si no hubiera estado sentada, habría caído redonda al suelo.

—Doña Juana —le murmuró una de sus damas de compañía, y, en un alarde de originalidad, le preguntó—: ¿Qué os sucede?

La reina, pálida como los cirios que flanqueaban al párroco, ni se molestó en contestar. Agitó su mano derecha y abrió su boca unas tres cuartas, en un perfecto ejercicio de contorsionismo del maxilar inferior. Dicen, los que la vieron, que recordaba a los lenguados.

Nadie entendió su gesto, el porqué de tanta alharaca: quizá poseyera una mente privilegiada que le permitió comprender qué había sucedido. O quizá simplemente pecara de exceso de teatralidad. El rey, sin embargo, se levantó, y con paso decidido apartó al mensajero, que se había quedado en medio de la puerta, tan callado como la misma muerte. El sonido de las botas regias retumbó en la capilla e hizo estremecerse al cura, como si de repente una corriente helada hubiera acariciado su nuca. Apretó con más fuerza el cuerpo del Señor entre sus dedos. Tal contacto le produjo una precisa sensación de calidez.

Apenas transcurrieron unos instantes cuando el resto de concurrentes decidió ir tras él. Incluso la reina, sobreponiéndose, se levantó también y siguió a su esposo.

El sacerdote no lo dudó. Su misión apostólica podía esperar, que antes que nada él servía a su rey y debía estar siempre a su lado. Una gota de sudor se había desprendido de su frente y rodaba por su espalda hasta el lugar donde ésta pierde su santo nombre.

Las damas se reían nerviosas y buscaban, con un descuido muy bien meditado, los brazos de los hombres para poder colgarse de ellos en busca de soporte. Ellos se llevaban la mano al cinto, lamentando haber tenido que quitarse las dagas y puñales antes de entrar en el alcázar, bajo las órdenes del rey.

Una vez abandonado éste, y sin genuflexiones ni gestos reverenciales ni nada de nada, el nivel de las conversaciones se hizo más audible. El sacerdote echó una última mirada atrás y le pareció que las tallas de las paredes y del altar lo miraban lánguidamente, como si les diera pena que las abandonase. A sus castos oídos llegaban retazos de frases. Prestó atención.

—Vaya una nohecita —dijo el conde de Noreña mientras se frotaba las manos.

Doña Casilda López de Ayala, encumbrado miembro de la realeza al servicio de su majestad la reina (y conocida también por su no menor fealdad), lo miró con admiración.

—Pero —dijo— ¿no os preocupa lo que puede haber sucedido?

El hombre le devolvió la mirada, consciente de su hombría.

—Señora, la verdad sea dicha, aquí, entre nosotros: nada puede importarme menos.

—Mi señor —replica ella con un muy calculado sofoco—, ¿no visteis acaso a la reina? ¡Casi pierde el sentido!

—Veamos, el señor rey de lo que tiene que preocuparse es de los asuntos de fuera y no de lo que ocurra en palacio. ¡Cuánto alboroto para lo que sin duda será sólo un problema doméstico!

—¡Ay! ¡Sois tan valiente!

—Cuánta razón tenéis.

El resto de diálogos eran de la misma guisa. Todos juntos, entre el sonido de las espuelas de ellos contra la piedra del suelo y el frufú de los trajes de ellas, anduvieron por los corredores del alcázar, como quien sabe adonde va, hasta llegar al lugar donde había tenido lugar el pequeño problema doméstico. La sala estaba tenuemente iluminada por unas velas camufladas en las esquinas, de tal modo que hasta los dorados de las paredes parecían oscuros y avejentados.

El rey fue el primero en asomarse y, después de hacerlo, no pudo evitar trazar la señal de la cruz sobre su pecho. El conde de Iovar, que estaba junto a él, contaría más tarde que vio cómo palidecía, con un tono similar al de su mujer, y cómo le temblaba la nuez en el gáznate. El rey, que jamás vacilara en ningún torneo, en ninguna batalla, perdió la compostura cuando menos era de prever, cuando el peligro supuestamente se alejaba por fin de él: con su hermano en el destierro y sus enemigos bajo control.

—Sólo era su hijo, ¡a qué tanto número! —pensó alguno de los desaprensivos que lo rodeaban.

El sacerdote, que durante el trayecto había ganado posiciones mediante codazos, ya se había situado junto a él y se había asomado al lugar que durante siglos habría de ser llamado maldito. Porque a pesar de la lejanía, del agua del río que había intentado borrar todas las huellas, del revuelo de miembros desgajados; aún se podía distinguir la cara del primogénito del rey y de aquella que se había encargado de vigilar todas sus horas de infancia.

Tuvo deseos de correr, de ponerse a chillar. La sangre le martilleaba en el cerebro y buscaba ansiosamente algún párrafo en la Biblia que le explicara el porqué. En su mano todavía sentía la forma ardiendo, ya que, con la precipitación del momento, no había llegado a decidir qué hacer con ella. Se la tragó de un golpe y la sintió pegajosa en su garganta, deslizándose, en realidad, como un caracol peludo.

La madre lloraba desconsoladamente olvidando que, antes que madre, era reina. Se asomó y sus piernas flaquearon. Tuvo que agarrarse al clérigo, quien, si no hubiera tenido buenos reflejos, no hubiera tardado en seguir el destino rumbo al vacío de los dos cadáveres. «¡Señora —exclamó—, tenga cuidado!».

—¿Por qué? ¿Por qué? —repetía la señora, que ya no era digna ni regia.

Las mujeres habían sacado sus pañuelos y los hombres, disimuladamente, salían de la habitación para airearse.

El rey se giró sin hacer caso de su mujer. Sus ojos ardían con furia. Pensaba: ha sido Pedro, mató a mi madre, la mató a ella y también a mi hijo. Pensaba: quien lo haya hecho lo va a pagar. Pensaba: quiero estar solo.

Hizo que le subieran los restos (mezclados como quedaron los de ella y los de él) hasta esa misma Sala del Solio y ordenó que los depositaran sobre una mesa. Todos aquellos que quedaban en la estancia y que lo veían no podían evitar las arcadas, los cuchicheos, las miradas de reojo. Hay algo macabro en alguien que llora por unos jirones de carne. Sólo el cura miraba con auténtico pesar al rey.

—Escuchadme —dijo, y su voz apenas tembló, sus ojos no se separaban de los restos de los dos cadáveres—, es momento de duelo, sin duda. Mi hijo habrá de ser enterrado como se merece y todas las campanas repicarán a muerto. Pero, ahora, preferiría estar solo con él. Así que os rogaría que tras salir, cerrarais la puerta.

La reina no hizo siquiera ademán de quedarse. Parecía dormida, como una muñeca. Sus damas fueron las encargadas de llevarla a sus habitaciones.

El sacerdote, antes de cerrar la puerta, aún pudo ver cómo su señor se acercaba a su hijo y ponía su mejilla sobre su vientre reventado.

(DEL HIJO).

Quizá el niño no tenía prisa. O quizá la que no la tenía era yo. Solía mirar por la ventana —aquella misma ventana geminada donde otro niño y otra mujer saltaron hacía ya tanto tiempo y cuya memoria el tiempo consiguió borrar— para recordarme que la vida seguía adelante, aunque todo a mi alrededor pareciera tan quieto y callado a veces. Recordar que existía aquello que un buen día decidió crecer en mi interior. O un mínimo de cariño o esperanza. Pero ni eso.

Nunca tuve llamada alguna. Si esperé oír coros de arcángeles, recibir la visita de algún ente especial que me dijera: «Enhorabuena, ha llegado tu momento», o simplemente una conciencia feliz, me equivoqué. Llegó de pronto, como un familiar inoportuno. Ser madre, para mí —y quizá para todas las mujeres de mi familia— era sólo un oficio: el precio de nuestra sangre. La tortura que empezaba nueve meses antes del nacimiento y que sólo acababa con nuestra muerte. Así sucedió con mi madre. Perdió la cabeza, literalmente, por nosotros.

Los niños, la condena. Prefería sangrar todos los meses.

Por eso las náuseas no habían desaparecido aunque pasaran los tres meses de rigor. O por eso me era imposible olvidar el día que me di cuenta de que algo que no conseguía precisar había cambiado en mi cuerpo.

—Hoy no me encuentro bien, creo que me voy a quedar en la cama. Dígale al despensero que lo atenderé más tarde.

Se gira y sus ojos se vuelven felinos. Y con su bigote, sólo espero que maúlle. Pero en vez de eso, responde:

—Estás embarazada.

Y lo dice así, tranquilamente, como quien habla del tiempo o de la comida del día. Mientas tanto dobla paños. Me atraganto. La miro con cara de pasmo.

—¿Qué decís? No desvariéis.

Y desciendo la vista hasta mi estómago, bajo las enaguas, tan blanco y firme como siempre y casi llego a dudar de su palabra. Mi aya tiene que estar equivocada, esto no me puede estar pasando a mí. Es una broma, sólo eso.

Pero desgraciadamente tiene razón. El monstruo había comenzado a crecer apropiándose de mis fuerzas. Desde el principio tuvo que demostrar su lugar, estoy

aquí, madrecita, ya he llegado. El milagro de la vida, me río yo. El único milagro era que pudiera comer sin tener que vomitar tras el último bocado.

Mi «querido». Sancho de Trastámara fue el que más se alegró. De un modo u otro sentía que había vencido a la naturaleza y a una mujer que no siempre le había puesto las cosas demasiado fáciles. Cada vez que pasaba a su lado me reprochaba que, de puro vieja, nunca tuviera descendencia. Decía, o por lo menos lo pensaba, que tenía el vientre reseco.

—Brindemos —exclamó dando una palmada al aire.

Sólo pude escapar de la situación alegando que el vino podía hacerle mal al niño, que necesitaba dormir y que ya tendríamos tiempo de sobra para celebrarlo. Él asintió. Puedes retirarte, dijo. Qué considerado, pensé. ¡Como si necesitara de su permiso! Supongo que entonces —por los gritos y rumores que hasta mi alcoba llegaron— lo celebraría con sus caballeros y con la primera mujer que se cruzó en su camino y que acabaría en su lecho. Que mi marido, cuando perdía el control —cosa muy habitual en él—, era incapaz de distinguir la gorda de la flaca, o la fea de la realmente monstruosa.

No sé cuánto lloré esa noche. Lloré hasta que no pude más. Me sabía sola y me sentía enferma. Enferma de niño indeseado. Y aunque ya era mayor, nunca precisé tanto de alguien que me consolara. Tentada estuve incluso de clavarme un puñal o qué sé yo en el vientre para acabar con el que habría de ser mi propio hijo (como un trozo de carne atravesado en un palo).

—No te preocupes, hija mía —me decía mi aya acariciándome el pelo—, piensa que de esta forma te libras de los deberes maritales.

Y yo lloraba más fuerte porque después de tantos años los «deberes maritales» no eran más que simple rutina que apenas duraban. Dejarles afanarse sobre ti, cerrar los ojos, vaciar la mente. Y, sin embargo, el tener un niño era de por vida.

Nacería, como todos, entre sangre, mi propia sangre —pensaba con el dramatismo propio de la situación— derramada por ese bicho indeseado.

Lo veía crecer, revolverse en mis tripas como unos gases inoportunos y pellizcaba allí donde debía de alojarse. Vete, le murmuraba.

Daba igual lo que hiciera, pensaba, nunca conseguiría parecerme a mi madre o a esa otra mujer. Nunca podría querer a ese niño. No recuerdo si fue al cuarto o quinto mes de gestación cuando mi marido tuvo la necesidad de dejar el castillo e irse a reunir con el obispo de Segovia: Juan Sierra. Pronto se celebrarían cortes y había asuntos que tratar con su hermano, el rey, que a la sazón se encontraba no muy lejos de allí, en Toro, creando una nueva ordenación de la moneda. Y para ponerse de acuerdo con la curia antes de que el resto del clero y los campesinos se les echaran encima con sus demandas.

Yo me alegré como cada vez que partía. Por fin tendría toda la hacienda para mí

sola, para ir a pasear, a montar a caballo (a pesar de los consejos de todos aquellos que veían en esa simple afición un peligro para el futuro fruto de mis entrañas). Llamar incluso a los comediantes de algún castillo cercano, o a los poetas y trovadores para que nos informaran de las últimas modas en Francia o en Inglaterra. El castillo, en tiempo de mujeres.

Se acabaron los gritos en el patio, pensé, los banquetes, las fulanas. Incluso un embarazo como el mío, difícil e indeseado, podría hacerse llevadero en esa situación. «Y quién sabe —me dije—, quizá pueda incluso tener lugar un desgraciado accidente y ¡oh!, adiós, pequeña larva».

Sin embargo, esta vez iba a ser distinto, ya que le dio igual que estuviera embarazada o que todo el mundo le desaconsejara un viaje que duraría tantas horas.

—Te vienes conmigo —y su boca se torció en la media sonrisa que tanto odiaba, su dedo, como un alfiler, se clava en mi pecho—. Haré que ensillen tu caballo y partiremos nada más amanecer, que el viaje es largo y los caminos, peligrosos.

Hice como que me desmayaba, mandé traer sales, hierbas que me reanimasen.

—Estáis bien —no pregunta, afirma. Siempre tan encantador, preocupado por su mujer, por su salud.

Yo, tirada en el suelo cual guiñapo.

Y todas a mi alrededor: ay, cuánta crueldad.

Supongo que si lo hizo no fue para fastidiarme, sino para tener a su hijo cerca. No se fiaba de mí. Y aunque él fehacientemente supiera que yo jamás había conocido a otro hombre (en el sentido bíblico) desde que me casara con él - a pesar de que he de reconocer que algunas veces estuve tentada de hacerlo, —algo en su naturaleza le hacía dudar de todo. La desconfianza en persona. Recelaba siempre: del aire por si traía tormenta, de los amigos que lo abrazaban por si en la mano escondían algún puñal, de su misma familia. Pero de todos los celos yo creo que precisamente este último era el único que no era infundado, ¡cuántas guerras habían traído ya a Castilla y cuántas más habrían de traer las pugnas entre hermanos, hijos, cuñados y demás familia de mi marido! ¡Cuántas muertes todavía! Y la suya por encima de todas.

—Nada, nada —mueve las manos como si agitara moscas— Empezad a empaquetar las cosas.

Aunque no quisiera ir a Segovia, el viaje me hizo bien. Apenas vomité y a pesar de dormir donde bien podíamos, descansé como nunca. Me habían preparado un carromato, pero yo me negué en redondo a subirme en él: no era sólo que pretendiera llevarle la contraria por definición, como acertadamente diría (sólo queréis llevarme la contraria; y yo, ¿de verdad?, ¿cómo podéis pensar eso de mí?), sino que amaba montar a caballo.

En las posadas dormíamos en habitaciones separadas y en los caminos no coincidíamos: por lo menos en eso estábamos de acuerdo, cuanto menos se nos viera

juntos, mejor.

Es extraña la libertad que se siente sobre la montura. Parece como si una parte de ti misma se volviera animal, salvaje casi. Aunque siempre subsiste el miedo, éste es reconfortante. Y cuando logras que el animal obedezca a la más mínima inclinación de tu cuerpo, que parezca que de verdad sabe lo que estás pensando, te embarga una sensación de poder que es muy difícil de experimentar en cualquier otra situación. Con mi caballo, a diferencia de lo que sentía con mi marido, existía la complicidad.

Él, Sancho, disfrutaba lo mismo que yo: al clavar sus espuelas y soltar las riendas, dejaba de fruncir el entrecejo y su rostro se relajaba como si no tuviera más obligación en la vida que guiar a su montura por el camino más rápido y seguro. Incluso al finalizar la jornada era él quien se encargaba de revisar la comida, el agua, la silla y los cascos. Viéndolo así, casi podía olvidar todo lo que lo odiaba desde siempre, desde que mis ojos se clavaron en él. Odio a primera vista.

No sé por qué tras la muerte de mi padre, mi hermano tardó tanto en buscarme un esposo. Es cierto que pasada la veintena mi cuerpo podía haberse vuelto, para el ideal masculino, menos apetecible. Pero ¿importa en realidad? Una esposa, según ellos, no tiene por qué ser joven, que eso se reserva a las amantes, sino poseer otros atributos que yo poseía holgadamente. Mi precio político seguía siendo el mismo. Y oportunidades, vaya que si las hubo. Cualquier conde hubiera aceptado mi mano (y la herencia que me correspondía, sobre todo por parte de mi madre) encantado de su suerte. Además, sin pecar de falsa modestia, por más que se empeñaran las voces maledicientes —por lo general mujeres verdaderamente viejas y ya casi sin dentadura— seguía siendo bella, como mi madre.

Supongo que Fernando, que se vio, sin comerlo ni beberlo, de pronto coronado como rey no terminaba de sentirse a gusto en su papel. El pobre fue siempre algo indeciso y tras la marcha de su otra hermana y de Juan, sólo quedaba yo a su lado.

Y si finalmente consintió en mi matrimonio, no fue tanto por la dichosa paz esa de Santarem que tuvo que firmar con Castilla, sino porque mi cuñada Leonor, quien a pesar de que nos lleváramos bien, no veía el momento de librarse de mí.

Es curioso, porque todo el mundo cuando habla de ella se refiere a la pobre raptada y forzada a casarse con un hombre a quien no quiso. Pero a todos éstos los invitaría a convivir un día con sus reyes para que se dieran cuenta de la enorme estupidez de sus palabras. Mi hermano era apuesto, sí, incluso a pesar de su mandíbula caída, que bien sabe hacer disimular a todos los pintores que lo retratan. Pero ya está, ése es su único atributo: si fue pacífico, si fue un buen rey, es porque se ha sabido rodear de buenos consejeros y de una mujer que contrarresten su flaqueza. Fue el rey pasmado. El inconsciente. El pusilánime. Y nunca hubo rapto alguno. Todo fue un plan brillantemente orquestado por una mujer que sí que merece ser reina. Se libró de su marido y consiguió casarse con el rey sin parecer por ello una

aprovechada, o como dirían las lenguas más afiladas: una víbora. Y si este reino de Portugal no ha pasado ya a manos castellanas, es porque, como se dice vulgarmente, fue ella la que llevaba las calzas. Y por ello no podía dejar de caerme bien. Y aunque supiera que yo a ella tampoco le resultaba indiferente, tenía que librarse de mí. Una pena.

Las cosas de palacio requieren su tiempo, pero ella apenas lo necesitó.

—Que se case —dijo un día durante la cena.

Y es que a pesar de llevar diadema real, sus modales no eran muy reales precisamente.

Me quedé callada, mirando. Tenía curiosidad por ver cuál sería la reacción de mi hermano.

Se atragantó, sorbió el vino y una mancha roja se le dibujó alrededor de los labios.

—¿Qué? —preguntó finalmente.

—Mira, amor —que así le llamaba, incluso en público—, ¿no ves que estás negándole su futuro?

Yo también la miro de hito en hito. En verdad esa mujer tiene facilidad de palabra: ¿negándome mi futuro? ¿Acaso casándome tendré mejor futuro que quedándome con mi hermano en el trono?

Me contengo. Espero que sea mi hermano quien me defienda.

—N o sé, Leo —que así le respondía él, como un verdadero imbécil—, ¿tú crees?

No se pueden esperar a hablar de ello en su alcoba, como un matrimonio bien avenido, sino que tienen que airear mi futuro, como ella dice, delante de todo el mundo. Muerdo un trozo de pan.

—¡Claro! Es la mejor manera de demostrar a Castilla nuestra —y remarcó el nuestra— buena voluntad. ¿De verdad piensas que con las cinco galeras y la expulsión de los emperajilados Enrique tendrá bastante? No, no. Ya sabes cómo van estas cosas. Y tú, amor, quieres la paz duradera, ¿recuerdas? Y ¿qué mejor signo de buena fe que casar a tu propia hermana con cualquiera —y remarcó cualquiera— de sus nobles?

A estas alturas mi boca ya debía de estar abierta a la altura de mi mesa. ¿A qué espera mi hermano para interceder por mí? «No —tendría que haber dicho—, Beatriz es mi hermana, ha de quedarse conmigo, es de vital importancia para el reino». Pero en vez de eso responde:

—Sí, quizá tengas razón.

Y ella se arrellana en su silla y coge una uva con dos dedos. Y en vez de aplastarla, que es lo que yo haría en su lugar, se la mete en la boca y la mastica.

A estas alturas mi boca ya debía estar abierta a la altura de mi mesa. ¿A qué espera mi hermano para interceder por mí? No, tendría que haber dicho: Beatriz es mi

hermana, ha de quedarse conmigo, es de vital importancia para el reino. Pero en vez de eso responde:

—Sí, quizá tengas razón.

Y ella se arrellana en su silla y coge una uva con dos dedos. Y en vez de aplastarla, que es lo que yo haría en su lugar, se la mete en la boca y la mastica.

La boda se celebró el nueve de abril de mil trescientos setenta y tres. Y llovía.

Con mi casamiento habían pretendido solucionar el problema de las luchas entre los dos reinos. Mi persona era la venda para los desaguisados que había provocado la no muy lúcida cabeza de mi hermano. Éste, que nunca se distinguió por sus grandes miras políticas, había apoyado durante las guerras fratricidas que habían enfrentado al rey Pedro I con Enrique de Trastámara a aquél que precisamente perdería. Así que una vez más, derrotados por las huestes castellanas y reunidos en mil trescientos setenta y uno en Alcoutim, Fernando se avino a casarse con otra Leonor: la hija del rey Enrique, sumado a otras condiciones económicas menos gravosas, a cambio de que el nuevo rey castellano no invadiera Portugal. Pero entonces se cruzó en su camino precisamente la otra Leonor, Leonor Telles (hermana, por cierto, de una de mis damas de mayor confianza), y todas las buenas intenciones: la Paz de Alcoutim y el tratado de Tui, se fueron, literalmente, al garete. Y mi cuñada, que siempre había visto en mí una influencia perniciosa en las decisiones de mi hermano, decidió que el mejor modo de matar dos pájaros con la misma piedra era firmar una nueva paz con la que librarse de Castilla y de mí.

Mi aya se encargó de colocarme el tocado con unas horquillas que se incrustaron tanto en mi cabeza que, cuando me las quité, tuve que palparme el cráneo para ver si se había convertido finalmente en un colador.

—Estaos quieta —me decía.

Y estoy convencida de que si hubiera tenido los catorce años habituales entre las futuras esposas, en vez de los veintiséis que ostentaba, no hubiera dudado en arrearme un tortazo. Al llegar a la catedral (que nunca me pareció tanto una fortaleza como en ese momento), se me caló toda la cola del traje y el tocado, demasiado largo, de barro. Así que el paseo hasta el altar resultó una verdadera tortura. Las telas me tiraban de la frente como si quisiera arrancarme el cuero cabelludo. Y el traje dejaba un reguero de barro a mis espaldas. Me sentía como un buey, uncida a ese traje tan recamado con perlas y puntillas, escogido ex profeso por mi querida Leonor.

—Qué telas más divinas —decía—. Te quedarán que ni pintadas.

¡Hecha un cuadro que iba! Porque además se empeñó en maquillarme ella misma y los frescos de la catedral no tenían nada que envidiar a mi cara.

Al final del altar me esperaban el legado pontificio y mi futuro marido. Sancho, me habían dicho que se llamaba. Hermano del rey. Hijo de la amante del otro rey, su padre. Y yo lo repetía: Sancho, Sancho, Sancho, como si se me fuera a olvidar.

Mientras veía pasar las caras de satisfacción de todos aquellos que habían acudido a las bodas de los hermanos de los reyes: don Fernando el Inconsciente y don Enrique el de las Mercedes. ¡Aunque poca merced me hizo a mí, pensaba, al darme como marido un ser semejante a aquél!

Eran hijos de Alfonso XI de Castilla y Leonor de Núñez de Guzmán Ponce de León. En definitiva, otro hijo ilegítimo. Como yo.

—Tenéis mucho en común —concluyó Leonor.

Al menos, intentaba consolarme: no tiene joroba, ni es tuerto, ni le faltan dientes, ni tiene una pierna más larga que otra. Podía haber sido peor. Y sin embargo ya lo detestaba. Puede que fuera por su actitud, con una mano en la cintura como si tuviera mucha prisa: venga, vamos, avanza (el tocado tirándome hacia atrás), que cuanto antes terminemos con esto, mejor. O por cómo me miró, de arriba abajo, como en un mercado, deteniéndose ostentadamente en aquellos lugares que le llamaban más la atención. No lo sé, pero lo odié.

Quise decirle: esto es una broma, no me quiero casar contigo como tú tampoco conmigo. Mejor nos vamos como hemos venido y Dios con todos.

—¿Quieres a esta mujer...?

Y él: —Sí, sí— por duplicado.

«¿Qué significa el verbo querer en una ceremonia tan absurda como ésta?», me pregunto.

Y mi aya llorando aparatosamente, se suena.

Al menos, pienso, no le huele el aliento. Sigo buscando motivos para explicar mi repulsión. Desisto. Me limito a odiarle, simplemente.

—Y tú, ¿quieres a este hombre...?

Noto la mirada lacerante de mi hermano sobre la nuca, o quizá sea sólo el maldito tocado.

—Sí —contesto.

Me resigno. Sólo quiero que todo termine, cuanto antes mejor. Como una enfermedad, aunque luego las secuelas sean casi peores que ésta.

Marido y mujer, por fin. Anillos, beso en la mejilla y hasta la noche, querida, que tengo asuntos de los que ocuparme.

Y luego la noche de bodas, después del banquete. Nada extraordinario. Ni casados mejoran, pienso.

—¿Ya está? —le pregunto con mi tono más cínico—. ¿Eso es todo?

Y la desilusión de él.

No quiero ser la única que odie de nuestra pareja. Somos marido y mujer, compenetrados en todo, ¿no? Hasta que la muerte nos separe.

Se levanta, con su ropa entre las manos y, todavía desnudo, abandona la alcoba.

Llegamos a Segovia a finales de otoño. A pesar de que nunca había estado tan

lejos del mar, algo en su paraje me recordó el lugar donde me había criado. El aire rezumaba espliego y las ramas crujían bajo nuestros pasos. Y la luz, que se desliza por encima de las lomas y picachos. La estepa se extendía sin sombra de árboles más allá de lo que nuestros ojos podían abarcar y rebaños dispersos de ovejas —con su lana bien espesa en espera del invierno— salpicaban las lomas. Sorprendía, a pesar de la luminosidad, lo áspero, lo cicatero.

—¿Dónde vamos a alojarnos? —le pregunté a una de mis damas. Ella se sonrió y no sin motivo.

Tendría que haber sido ya la mujer de la casa la que indicara lo que se hacía con las despensas, la que supiera lo que sucedía en cada habitación, la que tendría que conocer en cada momento los deseos de mi marido... pero hacía mucho tiempo que había renunciado a ese papel, si alguna vez lo tuve. Aunque tampoco me molestaba demasiado.

—Bien, Blanca —pensé—, hoy eres la sustitúa. Y te alegras por ello. Mas pobre de ti, que en apenas dos meses verás como eres relegada.

En verdad llegué a sentir pena por ella. Me caía bien. Era casi mi única amiga. Se creía importante, niña mía, y no sería yo quien le destrozara las esperanzas. Ya se encargaría el futuro de hacerlo por mí.

Había entrado dos semanas antes del viaje a mi servicio y apenas tardó tres días en caer ante el ímpetu de mi señor esposo. Calculé su edad: más o menos quince años —cuatro menos de los que yo tenía cuando me casé—. Era en verdad bonita. No tenía de qué extrañarme.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté el día que me la trajeron a palacio. Hacía unos días que había muerto otra de mis damas de compañía y pronto me vi en la necesidad de tomar otra que la reemplazara.

—Blanca me bautizaron, señora —me contestó.

Blanca, nombre de reina. No obstante, ella sólo era la hija de un noble venido a menos. Retorcía sus manos alrededor de su falda, pero su cara, redonda como el pan, parecía tranquila.

—Y ¿sabes coser, Blanca?

—Sí, señora —me contestó. Tenía ojos color miel y las mejillas salpicadas de pecas. Las cejas también eran gruesas y oscuras, pero le quedaban bien, juzgué. El pelo castaño caía por su frente y en una gruesa trenza por detrás de la espalda. Sí, pensé, tiene manos de costurera. Y no sé por qué le di tanta importancia a este detalle. Nunca me había importado ir vestida con andrajos.

—Bien, pues pronto podrás aprender las tareas que te corresponden. Y no tiembles, niña, que verás como esto no es tan malo.

En realidad no temblaba, pero era lo que tenía que decir como señora: ser magnánima, ante todo. Ella hizo una reverencia, demasiado ostensible como para ser

considerada correcta. Había, quizá, una ligera burla. Pero preferí pensar que sólo era un problema de modales.

Me había caído bien. Y siempre confié en mis primeras impresiones.

Pronto supe de lo que sucedía por las noches entre mi marido y mi nueva dama. También ella era consciente de que yo lo sabía, pero no por eso disminuyó la confianza mutua que había ido surgiendo entre nosotras. Solía venir a mi lado al caer la tarde (con el vaso de agua con miel que tan bien le hacía a mis náuseas), se sentaba a mi lado y, apartándose la trenza con un gesto de desenfado completamente meditado, me contaba todo lo que le pasaba por la mente, guardándose para sí, por pudor y quizá por consideración, aquello que sucedía de puertas para adentro en la habitación de mi marido. A mí me gustaba la llaneza no carente de ironía con la que hablaba de todos aquellos por los que habría tenido que mostrar un mínimo de respeto.

—Sinceramente, creo —me contaba; sus brazos, esponjosos, alrededor de su talle — que las cocineras tienen razón, que el tonelero está poseído de verdad, pero por el espíritu de la bebida, que cuando nadie lo ve, hunde la cabeza en uno de los barriles y no la saca hasta que el demonio ha entrado en su cuerpo.

Y yo me reía, porque recordaba su cara roja y la cantidad de espumarajos blancos que le salían de la boca cuando se hablaba con él.

—¿Por el espíritu de la bebida?

—Sí, claro. ¿No lo conocéis? —adelanta su mano y me coloca el cabello detrás de la oreja—. El que pone los ojos vidriosos e hincha la tripa de los hombres. El que sólo se va por las letrinas, mi señora, cuando deciden desahogarse.

Tuerce la boca y contiene la risa. Y hay en su gesto despreocupación. Y, sin embargo, me doy cuenta de que sus palabras me miden, siempre, como si quisieran comprobar mis límites. No me importa: lo achaco, equivocadamente, a la necesidad de situarse del que llega de nuevas a un lugar del que no conoce las reglas. Y así, con ella, la tarde se hacía más breve y cuando llegaba la noche (y ella, tan discretamente, se iba) no sentía el haber estado con una niña de quince años, sino con una igual. Acaso porque nunca había compartido nada con alguien de mi edad y ella era lo más cercano que conocí a una amiga. Y aunque con el tiempo llegara la traición e intentara matarme, mis sentimientos hacia ella nunca cambiaron.

Cada día descubría en ella un detalle nuevo: un lunar, una expresión, un gesto que, por ser demasiado fugaz, antes me había pasado desapercibido.

Blanca era franca, directa. Cosa ésta que se agradecía en una corte donde todo era: como gustéis, como deseéis, a sus órdenes, mi señora. Para que luego, cuando te dieras la vuelta, comenzaran los cuchicheos y cada uno hiciera lo que le viniera en gana. Como ponerte veneno en la comida, por poner un ejemplo.

Cuando estábamos juntas apenas notaba la diferencia de edad. Y llegó un

momento en el que lo olvidamos por completo. Ella me daba la frescura que había perdido hacía mucho tiempo, rodeada siempre de gente tan principal. Y yo, a cambio, le enseñé los modales que le serían necesarios si algún día se decidía a tomar esposo. La espalda recta, las manos recogen los pliegues de los vestidos así, y la cabeza inclinada, pero tampoco demasiado. Es una muestra de respeto, no una humillación. Si te agachas demasiado, pensarán que pueden hacer contigo lo que les venga en gana. Y han de pensar que dominan, pero sin hacerlo en realidad. En eso consiste la influencia. ¿Entiendes? (nunca fui demasiado buena en las explicaciones, sobre todo en temas maritales en los que mi propio esposo se había revelado como un auténtico fiasco).

—Sí, sí, claro.

Ella, al menos, era inteligente y no necesitaba que le repitiera las cosas.

Además tenía unas manos prodigiosas para la costura. Y un apetito que no le iba a la zaga. No sé cómo lo hacía, pero siempre conseguía traer algún dulce metido en su falda para comerlo cuando, ya entrada la noche, regresaba a mi alcoba todavía con el olor de los flujos de mi marido y, mientras los demás dormían, nos quedábamos las dos solas jugando a las damas o contando secretos a la vez que untábamos pan en mantequilla y lo regábamos con miel.

Me hablaba de sus padres: de cómo su padre mandaba que probaran todo lo que la niña —y se llamaba a sí misma niña— comía por temor a que se le quemara la lengua, que ya se sabe, como me dijo y (que yo desconocía del todo), que es una de las maneras que tiene el demonio de posesión: a través de la lengua.

De cómo la madre le enseñaba a limpiar el trigo, a preparar cerveza o de cómo perdió su virginidad precisamente detrás de un trigal con el hijo de uno de los labriegos de su padre.

—Quería ser cura —me contaba mientras apurábamos la luz de los últimos cabos de las velas— y por ello tenía que estudiar las letras y los números. Y yo me enamoré de él porque precisamente escribió mi nombre en la arena del erial del moro. O dijo que lo hizo, porque yo ni mi firma sé hacer y podía haber escrito cualquier cosa, que no me hubiera enterado.

Y yo me reía:

—¿Y qué tal con el curita? —preguntaba.

—Pues no sé si llegaría al de nuestro Señor algún día, pero el camino de las mujeres se lo tenía muy transitado, ¡que tenía una experiencia que ya quisieran para sí otros menos devotos!

Además poseía una intuición especial, un sexto sentido por el que sabía que había temas que era mejor no tratar. Por ello, y aunque lo quería saber todo de mi corte portuguesa, de mis caballeros, de mis damas (y yo se lo conté con la misma franqueza), nunca me preguntó sobre mi padre y mucho menos sobre mi madre. Cosa

que agradecí desde lo más profundo. Hay recuerdos que es mejor que no sean tales. Mi pasado tenía que ser eso y sólo eso. La cicatriz era demasiado reciente.

Fue con el tiempo como me di cuenta de en qué consistía en realidad lo que más me llamaba la atención de ella: la capacidad de abstracción que poseía. Era capaz, durante unos instantes, de perderse en sus pensamientos sin enterarse de lo que sucedía a su alrededor. Se quedaba mirando una mosca, una nube o una mesa como si fueran los objetos más trascendentales que jamás tuviera ante sus ojos. Y en verdad parecía que su inteligencia, siempre alerta, en cierto modo se desconectara y descansara, plácidamente, en la visión de aquellas banalidades. Había algo en ella del animal que intuye el peligro. «Se ha criado en el campo —me dije—, es normal que su actitud sea así (como si la corte donde yo me criara fuera mucho más segura).» Pero conmigo nunca se mostró desconfiada. Me calibraba, sí, pero con respeto, nunca con miedo.

No obstante, a pesar de todas sus virtudes y capacidades, el dominio del caballo no estaba entre ellas. Blanca, a pesar de venir del campo, apenas sabía mantenerse sobre la silla. Y el viaje hasta Segovia resultó para ella una verdadera pesadilla.

—Ay —se quejaba—, ay —como si con el primer ay no hubiera sido suficiente.

Y yo:

—¿No queréis ir en el carromato?

Me miraba de frente, ofendida, que otra cosa no, pero era orgullosa hasta decir basta.

—¡Por favor, señora! Si los hombres no me vencen, ¡lo va a hacer un animal!

Y yo no podía dejar de darle la razón. Los siguientes ayes eran murmullos.

Ante mi pregunta de dónde íbamos a dormir, contestó:

—Dicen los soldados, señora, que vamos a alojarnos en el alcázar —tiraba de las riendas con tanta fuerza que parecía que al pobre caballo se le fueran a salir los ojos de las órbitas.

Suspiré aliviada. A pesar de que los castillos —como aquel alcázar que ya podíamos divisar— siempre resultarían mucho más fríos, pésimos para un estado como era el de embarazada, en el que me dolían todas las articulaciones; también ofrecían mucha más privacidad de la que podía otorgar cualquier casa de cualquier noble, por muy grande que fuera. Al menos, si era lo suficientemente grande, me decía, tendría menos oportunidades de encontrarme con mi marido. Y entonces, menos posibilidad de discutir.

Creo, la verdad, que fue don Juan Manuel, tío y amante ocasional de mi madre en sus años de juventud, quien dijera que se podía ir desde Navarra hasta Granada alojándose todas y cada una de las noches en un castillo. En realidad era fácil de prever que acabaríamos alojándonos en uno de ellos y mi pregunta era quizá un poco absurda. Así que si esta vez Blanca había pretendido medirme, la vara habría sido

indudablemente corta.

Cruzamos la puerta de San Juan y atrás dejamos las jornadas de camino en las que en nada había tenido que pensar para adentrarme en otras en las que todo serían quebraderos de cabeza.

Los segovianos nos recibieron como reyes. Mataron incluso un cerdo en nuestro honor y estuvimos comiendo chorizo y morcillas un mes entero. Colgaron mantones de las ventanas de las casas y a nuestro paso arrojaban flores y plantas que nuestros caballos, tan delicados como los hombres, pisoteaban sin conmiseración alguna.

La verdad es que el lugar bien merecía la atención de cualquier trovador o poeta que se precie. Y no sólo la ciudad, tan entrañable su interior como adusta su apariencia, sino el mismo castillo. Se trataba de un bonito palacio, construido con el paso del tiempo y sin embargo ajeno a él. Se alzaba en un risco, entre el cruce de dos ríos, como si hubiese emergido de ellos. Horadada la roca durante milenios, era ahora un pedestal el risco sobre el que se alzaba. Alto y de apariencia frágil. Parecía que estuviera fabricado con arena de tan blanco que era, lo que hacía que relumbrara cuando el sol envolvía alguna de sus fachadas. Cientos de golondrinas lo sobrevolaban lanzando gritos al aire. Recordaba, no sé por qué, a una concha que se queda varada en la playa. Un foso lo rodeaba por su cara más septentrional y las enredaderas, largas, colgaban como barbas de sus paredes, excavadas directamente en la roca de la montaña en la que había sido erigido. La vegetación tan verde de las orillas contrastaba vívidamente con el color pardo de las estepas, que desde ese promontorio se extendían hasta el infinito. Daban ganas de pasar las manos por su superficie. A pesar de ser tan grande, de que pareciera surgir de las mismas piedras donde había sido construido, del peligroso corte que descendía al Eresma y al Clamores con aquellas aristas que hubieran podido amedrentar hasta al escalador más valiente, daba sensación de liviandad, como las nuevas catedrales que se están construyendo. Y la luz, que parecía emanar directamente de él.

Y era como la ciudad: atemporal, bello por salvaje. De apariencia mansa y despreocupada, pero custodio de secretos que es mejor olvidar.

Porque dice la historia que había sido erigido por el mismo Alfonso I el Católico, hogar del aguerrido conde Fernán González y morada predilecta de Alfonso X. Pero el número de sus leyendas no le iba a la zaga al de anécdotas de sus encumbrados moradores. Se decía, por ejemplo, que una mujer había sido encerrada en sus laderas por un amor imposible como tiempo atrás le pasase al mismo Merlín; que había sido erigido sobre un monasterio saqueado y que el día de las ánimas los monjes asesinados se levantaban de sus tumbas, o que una mujer, amante de reyes, se había suicidado entre sus muros tras la muerte de su hijo.

Y si yo en un primer momento me reí de tanta zarandaja propia de viejas chismosas que no tienen nada mejor que hacer que entretenerse inventando historias,

sin embargo, pronto pude ser testigo de que las leyendas a veces son más verídicas de lo que debieran.

—En cualquier momento —me dijo Blanca— podrá salir volando.

Y si no me eché a reír en ese momento —vaya ocurrencia, un castillo volador, dónde se ha visto—, fue porque yo también lo pensaba.

La comitiva al completo se había detenido para contemplarlo y sólo mi marido mostraba una ligera impaciencia.

—Hay que avanzar, hay que avanzar —gritaba. Y la fusta se hundía en el flanco de su cabalgadura y apartaba, con la grupa y la fusta, a los serviles segovianos que querían ver al hermano de su señor el rey.

Me acomodaron en la mejor habitación: en la misma, me dijeron, donde se alojara su majestad la reina Juana. De las paredes colgaron tapices y cubrieron el suelo con alfombras. Armadas con palos, mis damas se encargaron de vaciarlo de ratones, arañas y cualquier otro inquilino ocasional. A pesar de que yo pretendí ayudarlas, mi ama se negó, y había algo en sus ojos que me hizo aceptar que los trabajos duros se habían acabado para mí.

—Pues tanto mejor —dije.

Me tumbé en la cama y clavé los ojos en el techo. Y entonces lo supe, desde el primer momento supe que mi aya se había equivocado, que las arduas labores no se habían acabado para mí, que mi verdadero periplo empezaba entonces. Y que por más que limpiáramos esa habitación, nunca estaría vacía de presencias no deseadas. Y lo que era peor: que en esa cama nunca dormiría sola. Y que ella, la que pronto habría de caer por la ventana, necesitaba tanto de mí como yo de ella. Tuve frío y me arrebujé en la capa de viaje, que todavía no me había quitado.

Los días pasaban con una parsimonia desesperante. Los tratos de mi marido no avanzaban y el viaje, que apenas iba a ser de una semana, se transformó en meses de espera, reclusos en la fortaleza. Me sentía encerrada. Sólo salía del alcázar para cruzar a la catedral, que apenas estaba a treinta pasos del foso. El resto de jornadas recorría los pasillos como alma en pena, qué ironía. Cuarto del cordón, de las piñas, de la galera. Torres arriba y torres abajo. Fosos, cocinas, caballerizas, patios, terrazas. Sólo repelía las cocinas y las garras de guardia.

—Y aquí —hablaba con mi tripa, ya gorda y redonda— tenemos otra vez el salón del trono. Interesante, ¿verdad?

—¿Otra vez por aquí, señora? —me preguntaban los soldados de guardia.

Y yo:

—Otra vez, fulano, mengano —que ya me los conocía a todos.

Y cuando por fin pudimos dar sus negocios por concluidos, el invierno estaba tan avanzado (y también mi embarazo) que mi marido, en un ataque de sensatez, decidió

que era mejor quedarnos allí.

—Total —dijo—, Alburquerque no se va a mover de donde está.

Quise protestar:

—No, yo creo que...

Pero me cortó, en seco.

—Y punto —dijo, como hacía mi padre.

«Bastardo», dije entre dientes. Y también entre dientes me reí de mi broma. A veces puedo ser muy ingeniosa.

Había llegado el invierno, y la ciudad se había cubierto de nieve. Todo el bullicio que nos recibió el primer día se había transformado en silencio y en oscuridad. Incluso los mercados, que se celebraban puntual y religiosamente todos los jueves, fueron aplazados hasta que llegaran estaciones más benignas. Las ovejas habían terminado su periplo hacia el sur, por lo que, en una ciudad lanera como era Segovia, la fabricación de paños se interrumpió e incluso vimos cómo descendía el número de burócratas y juristas de su majestad el rey, ya que sin ganado ni ferias ni mercados que controlar su función como garantes de la seguridad y como cobradores del montazgo resultaba absurda y casi inapropiada. Y hay que decir que el Honrado Consejo de Mesta, que tan ocupado había estado desde los tiempos de Alfonso el Sabio, encontró, durante aquellos meses especialmente crudos del invierno del setenta y tres, momentos de sosiego y casi aburrimiento.

Incluso los mercados, que se celebraban puntual y religiosamente todos los jueves, fueron aplazados hasta que llegaran estaciones más benignas. Las ovejas habían terminado su periplo hacia el sur, por lo que en una ciudad lanera, como era Segovia, la fabricación de paños se interrumpió e incluso vimos como descendían el número de burócratas y juristas de su majestad el rey, ya que sin ganado ni ferias ni mercados que controlar su función como garantes de la seguridad y como cobradores del montazgo resultaba absurda y casi inapropiada. Y hay que decir que el Honrado Consejo de Mesta, que tan ocupado había estado desde los tiempos de Alfonso el Sabio, encontró durante aquellos meses especialmente crudos del invierno del setenta y tres momentos de sosiego y casi aburrimiento.

Mi caballo olvidó lo que era ser montado por mí y murió ese mismo invierno, por una infección que no supieron diagnosticarle a tiempo (o eso me dijeron, aunque quizá tuvieron necesidad de carne y acabó en un puchero), porque cuando este hecho tuvo lugar, yo estaba tan débil que apenas podía moverme. Lloré por él.

Parecía además que el invierno también había llegado dentro del palacio porque incluso los cantos que siempre acompañaban a las largas y tediosas horas de costura se habían acallado. La gente andaba huraña por los pasillos y, sorprendida, no tardé en comprobar que nadie deseaba quedarse solo en ninguna habitación. El ambiente estaba enrarecido, pero sólo yo parecía notar que había algo más: un motivo más allá

del mal tiempo. Mi percepción, supongo que con el embarazo, se había agudizado.

(DEL HIJO).

Porque empezó desde el principio. No es producto, como dijeron muchos, de lo avanzado de la gestación. Delirios de preñada, los llamaron, pero se equivocaban (y los que deliraban eran en realidad ellos). Los no natos son molestos, te tiran de la piel del estómago, de los riñones, te provocan dolor en los huesos, incomodidad al tumbarte y otra sintomatología tan variada como asquerosa y que por pudor omitiré. Pero, que yo sepa, no provocan ensoñaciones. Eso lo hace el vino, que los que dicen semejantes majaderías beben, pero no la pequeña larva que yo llevaba en el estómago. Sé lo que vi y sólo con el tiempo pude llegar a comprender por qué había sido yo, y no otro, la que lo vio.

Desde el primer día se me apareció.

Estaba ahí, lo sé, esperando redimirnos a las dos. La necesitaba porque sólo a través de ella, de su historia, de saber por qué cayeron ella y su hijo a través de la ventana de la Sala del Solio, conseguiría aceptar el futuro con mi propio hijo y con mi esposo, y superar el pasado que mis padres me habían legado.

Porque sólo sabiendo lo que era y lo que había sido podría salvarme. Aunque todavía no era consciente de ello.

Venía siempre por la noche. Las causas, perfectamente lógicas: con la oscuridad, se aseguraba de que todos durmieran y además conseguía hacer más visible su materia incorpórea. Y es que al principio no era más que un jirón, un pedazo de humo que crecía al lado de mi cama. Un milagro, pensé en un primer momento. Pero, claro, yo nunca he sido alguien digno de recibir milagros de ninguna clase, así que tuve que esperar un poco más para comprobar la verdadera naturaleza del fenómeno. Una pena, no me hubiera importado nada hacer de mi alcoba un lugar de peregrinación.

Intenté convencer a todas. «¡Es cierto!», les decía. Y ellas, mis damas, como buenas mujeres a mi servicio, asentían y decían:

—¡Un jirón! ¡Por supuesto, señora! ¿Por qué no habría de ser real?

Y no necesitaba ser muy perceptiva como para darme cuenta del ligero retintín de sus palabras.

—Muy bien, no me creáis. Esta noche la veréis —y remarqué «la» porque nunca

dudé de su naturaleza femenina. Intuición, supongo, un sexto sentido.

Esperamos despiertas hasta el amanecer, pero ¡oh, sorpresa!, esa noche no vino —o no se apareció—, ni al día siguiente, ni tampoco el posterior. En vez de convencer a nadie, conseguí, en su lugar, plasmar la cara de todas ellas con unas preciosas ojeras negras. Bueno, y un tono de animadversión nada merecido. ¡Yo! ¡Que sólo pretendía proporcionarles una nueva experiencia! ¡Qué desagradecidas!

Así que, cuando por fin regresó, me sentaba y miraba a través de ella. No me molestaba ni en intentar despertar a nadie. Sabía que, en cuanto lo hiciera, desaparecería. Aquella fantasma sólo quería que la viera yo.

Hay algo curioso en observar la muerte tan de cerca. En cierto modo se le pierde respeto. Tiene también algo de obsceno: un alma sin cuerpo, la desnudez más rotunda. A través de ese fantasma yo podía mirar y no ver nada, sólo fragmentos de los muebles que estaban detrás. Tendría que esperar todavía un tiempo para que sus rasgos fueran algo más perfilados. Y cuando por fin consiguió la suficiente materialidad, procuró vestirse, como si se avergonzara de marchar por la no vida en pelota.

El miedo que podía sentir por ella fue creciendo conforme su presencia se fue afianzando. Era totalmente irregular en sus horarios, en los días de sus apariciones. A veces se quedaba durante largo tiempo y otras apenas unos instantes, los suficientes como para confirmarme que había venido, que no se había dado por vencida.

La naturaleza del fantasma. ¿Quién podía decirme que no podía o que no quería causarme ningún mal? El que no hiciera ningún movimiento, el que se limitara a mirarme, todavía me intranquilizaba más. ¿Cómo podía estar segura de que no se lanzara a mi yugular a pegarme mordiscos cuando sus dientes hubieran tomado ya el suficiente cuerpo? Los fantasmas no provocan temor porque hayan visto el más allá, al fin y al cabo todos hemos de verlo algún día; sino porque, cuando se está con uno de ellos, aunque sea un ser etéreo, la sensación de indefensión persiste siempre, por encima de todas las demás. «¿Con qué armas —me preguntaba— se puede vencer a alguien que ya está vencido?». Ni crucifijos, ni flores, ni agua bendita, ni nada. Llené mi cuarto de madera, que decían que traía suerte, hasta que casi pareció una serrería. Pero ni con ésas. Me demostró que, si ella se quería aparecer, seguiría haciéndolo. No me molesté en cambiar ni de habitación, ¿hubiera servido de algo para quien puede moverse por donde quiera?

Llegado cierto día, le pedí ayuda a Blanca. La incapacidad de resignarse siempre fue uno de mis rasgos más distintivos.

—Blanca —le dije—, sé que no me crees. Que te parecen todo ensoñaciones, pero tenéis que ayudarme a saber quién es.

Y ella:

—No sé, señora, cómo podríamos hacerlo. No se ha dado cuenta de la cantidad de

gente que ha podido morir en este castillo. ¡Tardaríamos toda la vida en investigarlos a todos!

—No, no es a todos, es una mujer, como de mi edad. Eso descarta a muchísimos.

—Sí, pero ¿dónde podríamos buscar?

—Ha de existir algún archivo, en el monasterio por ejemplo, o en la catedral. Allí han de guardar memoria, ¿no?

—Bueno, ¿y no se le ha ocurrido que quizá pueda ser incluso un fantasma que se haya mudado aquí, que ni siquiera muriera entre estos muros?

Vi que era inútil, que cada vez que lo intentaba, topaba con una pared. Me sentía incomprendida. Y la culpa la tenía el fantasma por otorgarme el privilegio de aparecerse tan sólo ante mí.

Si las noches las invertía en desentrañar los rasgos de la muerte, los días eran de una perfecta monotonía. Rezábamos por las mañanas y por las noches. Comíamos tres veces oficialmente y otras tantas no tan oficiales. Leíamos, cosíamos, conspirábamos.

Los hombres, en diferentes habitaciones, hacían lo mismo.

Durante aquellos meses en los que nos adentramos más en el invierno, ni un juglar ni un bufón ni nada vino a interrumpir la fuerza de la costumbre. Tampoco era época de torneos, ni siquiera de guerra. Sólo podía esperar que mi hijo, o se muriera o decidiera precipitar el parto para que pudiéramos marcharnos de una vez de allí.

Afortunadamente, tenía a Blanca a mi lado para distraerme con todas sus historias de la infancia y con aquella imaginación que la llevó a interpretar numerosísimos retablos, caricaturas de los miembros del alcázar y su capacidad para inventar juegos como el de perseguirnos en la oscuridad o el de crear muñecos con almohadones para hacer carreras con ellos en el río.

Vivíamos en el mismo lugar, pero sólo aquéllas que yacían con alguien mantenían contacto con los hombres. Incluso en la iglesia nos sentábamos en diferentes sitios. Así que mis encuentros con Sancho, si ya fueran contados en Alburquerque, desaparecieron casi por completo. Ver a alguien con barba por mis habitaciones (excepto quizá la de mi propia aya) se convirtió en algo excepcional.

Con el único que me topé, aunque tan sólo por su tamaño, fue con el Quiste, que parecía poseer el don de la ubicuidad: solía estar siempre en el lugar más inoportuno en el momento más inesperado.

—¿Qué tal, señora? —preguntaba, que, educado, lo era un rato.

—Muy bien —y me callaba el nombre. Temía que la lengua se me deslizara más allá y pronunciara un apelativo que no le hubiera sentado nada bien.

—¿Adonde vais?

—A donde vos no podéis ir.

Algo que nunca me dijera al casarme es que, al hacerlo con mi esposo, no sólo

me unía a él, sino a toda su mesnada. Yo llevaba una dote generosa, él, un generoso séquito de despojos humanos. El peor, sin duda, el Quiste. Y aunque su desaparición fue demasiado rápida, el recuerdo que dejó es imborrable y tan grande como el tamaño de sus muslos.

Ya el día de la ceremonia lo vi, sentado en uno de los bancos de la catedral con toda la rotundidad de su peso. De tal modo que, al combarse, los dos hombres que estaban a su lado se apoyaban en las grasas de sus hombros. Miraba todo con sus ojillos mientras se relamía, seguramente pensando en el trozo de pan que se comería cuando el sacerdote acabara de bendecirlo.

Se creía ungido de alguna prerrogativa especial por parte de mi marido, porque fue el primero en felicitarme, antes incluso que mi hermano. «Mi más sincera enhorabuena —dijo—, ahora viviremos juntos, ¿no es así?». Miré con espanto a mi aya, que tenía idéntica cara de horror. Sus ojos clavados en el fluctuante pecho de mi interlocutor. Sí, supongo (y maldecía para mis adentros). Bajé la vista y descubrí que lo había infravalorado: aquel hombre era una caja de sorpresas y no sólo la masa grasienta que parecía a primera vista, ¿quién hubiera podido imaginar que se pudiera tener semejante cantidad de pelos negros en los nudillos de las manos?

No obstante, a pesar de esa profusión de oscuro vello y de la protección de sus grasas, debía de pasar frío porque no era raro verlo temblando al lado del fuego. Solía llevar por los hombros una pelliza de lo que, en un tiempo vetusto, hubo de haber pertenecido a un animal, pero que ya olía a lo mismo que su dueño.

Según me contaron, dormía también con un gorro que le cubría las orejas, de las que, por cierto, asomaba otra enorme mata de cabellos negros. Pero, de su anatomía, si había algo que sorprendía sobre todo lo demás, quizá por lo obvio, era sin duda la carencia de huesos. Parecía como si, al haber estado rodeados de grasa durante tanto tiempo, hubieran terminado por convertirse en parte de ella. Sus articulaciones se doblaban de un modo caprichoso. Incluso me parece que vi alguna vez como su brazo podía enroscarse sobre sí mismo como si fuera una espiral.

Cuando se subía encima del caballo, sus pies no alcanzaban los estribos. Un paje, aleccionado ya en este tipo de menesteres, se abalanzaba sobre éstos para acortarlos. Y daba verdadera pena comprobar cómo el pobre equino abría los ollares para no asfixiarse bajo la mole que le habían cargado a cuestas.

Gustaba de lidiar en justas y torneos. Se acercaba hasta el graderío del palenque donde las damas nos refugiábamos del rigor de sol y, tras hacer una reverencia ridícula, sacaba un mugroso pañuelo lleno de manchas Dios sabe de qué, que un día hubiera de robar a una mujer descuidada, y se lo acercaba a la nariz.

Ganaba siempre, ineludiblemente. Pero también jugaba con ventaja: ajustaba la lanza entre las grasas de su costado y allí permanecía firme y dispuesta a llevarse por delante a cualquiera que se cruzara en su camino.

Yo creo que lo odiaba porque intuía que me mostraba, de un modo totalmente físico, lo que intuía que mi marido escondía en su interior: una masa informe, oscura y sobre todo peligrosa. Si no, no se aclaraba que fueran tan amigos los dos.

Viviendo con dos seres semejantes, lo difícil era no caer en la desesperanza y pensar que todos los hombres son iguales, sin importar qué hagan. Sancho y el Quiste se habían convertido para mí, y sin saberlo, en el paradigma de lo masculino.

Tuvieron suerte. Este concepto de ellos cambiaría radicalmente en las jornadas posteriores a nuestra llegada a Segovia. Y no porque ellos hicieran algo especialmente notorio, sino porque un caballero de verdad, de código, vino para redimirlos (aunque luego se terminara descubriendo como el peor de todos).

Llegó solo. Ni siquiera precisó de un paje que lo acompañara. Venía andando porque, como después nos contaría, había dejado su montura en una posada cercana. No creo que ninguno viéramos nada sospechoso en esta actitud, aunque jamás trajera su montura a palacio: casi como si se preparara para salir huyendo.

Marchaba tranquilo porque silbaba al andar y su melodía llegaba hasta las almenas de la torre donde Blanca y yo nos encontrábamos. Cruzó el puente con el paso seguro de quien sabe adonde va. Al meterse bajo las puntas del rastrillo, lo perdimos de vista.

Nosotras seguimos hablando sin darle mayor importancia al asunto. Aquel hombre —que mucho antes de lo que imaginamos cambiaría por completo nuestra vida— podía ser cualquiera: desde un enviado del senescal hasta un pequeño noble de la comarca.

La siguiente vez que me encontrara con él sería durante la cena. Mi marido, en un alarde de generosidad, hizo preparar un banquete en su honor. Mandó, como hacen todos los hombres que se creen con poder, que nos pusiéramos nuestras mejores galas. Pero, debido a lo abultado de mi tripa, hube de contentarme con una falda que más parecía de arpillera que de delicada muselina.

Blanca, unos puestos más allá, estaba radiante: había pasado la tarde con Sancho sin sospechar que sería una de las últimas en las que lo hiciera.

Colocaron al desconocido a mi diestra, de modo que, a lo largo de la cena, tuve oportunidades de sobra como para darme cata de lo cuidado de sus modales en perfecto contraste con mi marido o con el Quiste, quien, como una sombra, repetía todo lo que hacía Sancho. El homenajeadó, como bien pude observar, parecía recién sacado de un código palaciego: jamás sorbía el vino o metía la carne en el cuenco de la sal. Si cogía la comida con la mano, lo hacía sólo con dos dedos (la de Sancho, como una garra, apresaba el costillar completo y se apresuraba a devorarlo). Nuestra conversación, como era de esperar, fue también de una rectitud encomiable.

—Entonces, ¿decís que os llamáis Rodrigo? —pregunté.

Deglute con perfecta corrección antes de contestar. Al hacerlo muestra unos

dientes regulares. Dependiendo del lado con el que te mire, descubro, pasa de una dulzura casi infantil a unas facciones que podrían haber sido perfectamente cinceladas con martillo. La dureza de éstas no deja de ser tremendamente bella, casi mayor que ese otro lado tan regular. Sus labios se abren como una brecha, rojos. Se pasa la lengua antes de contestar (el brillo que deja a su paso es como el del barniz sobre un mueble recién pulido).

—Sí, Rodrigo —contesta, con una voz cristalina—, para servirle, doña...

—Beatriz —respondo con celeridad—, Beatriz de Portugal.

No mastica, me doy cuenta, mientras hablo con él; el resto de hombres no dudaría en hacerlo, incluso con la boca abierta.

—Encantado —dice.

—Lo mismo digo.

Tiendo mi mano por encima de la mesa, por encima de la comida y él, sin levantarse, la besa. Sus labios, todavía húmedos, dejan una huella cuyos rebordes hubiera podido trazar a la perfección de haberlo querido.

Mientras pienso en Sancho, en su grosería, en su simplicidad. Ni a presentarnos se ha dignado: nos ha señalado nuestros asientos y se ha desentendido de nosotros. Y que me lo haga a mí tiene un pase, ¡pero que lo haga con su invitado de honor!

Lo ojeo de perfil, a mi siniestra, mientras mastica sin descanso. Una baba, que como una telaraña une sus dientes, se dibuja al trasluz cuando abre la boca. Giro la cabeza, de nuevo, para mirar a quien se sienta al otro lado. La imagen es infinitamente más reconfortante. El contraste es tan grande como el resultado de comparar mi falda con la que lleva Blanca. Una punzada de envidia. ¿De dónde la habrá sacado? Pienso.

—¿Y qué os trae a Segovia?

—Lo mismo que a vuestro marido.

—Ah —contesto. Es una manera como otra cualquiera de eludir mi pregunta.

—Y vos —dice él—, ¿no sois la hermana del rey de Portugal?

—Sí —contesto incómoda.

Aparté los ojos de él y los dirigí al mismo lugar en el que mi marido tenía puestos los suyos: el generoso escote de Blanca.

—Y la hija de... —continuó sin darse cuenta de mi incomodidad.

—Sí —corté, tajante—, de Inés de Castro y del rey Pedro.

Se quedó mudo; su sonrisa, tan perfecta, congelada en la cara.

«¿Qué culpa —me dije— tiene él? No has sido justa, no te conoce de nada, deberías disculparte, Beatriz, te estás poniendo a la misma altura que Sancho». Sí, pero ¿por qué?

Callo, mejor no hacerlo. Olvidar lo que ha sucedido. Tus padres han de volver al rincón de la memoria donde estuvieron siempre.

—Así que —continué suavizando el tono— pertenecéis al séquito del rey Enrique.

Era lo único que pude averiguar sobre él antes de sentarnos a cenar.

—Sí, desde niño —en su voz no hay rastro de rencor. Su cordialidad es extrema. Y, como si quisiera agradarme, continúa—: Conozco a Enrique y a sus hermanos de toda la vida. Casi se podría decir que nos criamos juntos —contiene un cloqueo.

—Entonces, lo sabéis todo sobre Sancho —inquiero con desgana, cortesía en estado puro, que una también ha sido bien educada.

—Sí, el pequeño Chito, que así lo llamaba su madre, ¿lo sabíais?

El pequeño Chito. Una risotada se me escapa entre los dientes. Me cubro con la manga. Rodrigo me mira asombrado. «Qué descortesía», me digo.

—Disculpadme, es por la emoción que me produce enterarme de cualquier detalle del pasado de mi esposo, ¡es tan reservado! Aunque sin duda ya sabréis esto.

—Sí, claro, ¡el pobre! ¡Le marcó tanto la tragedia de su madre!

—Sí, su madre...

—Sí, qué desgracia, tan buena y acabar así: asesinada de un modo tan brutal.

Me mira y se calla. Enrojece como si le hubieran dado una bofetada. Para empeorar más la situación, dice:

—Lo siento, no recordaba que vuestra madre también...

—No sucede nada —le digo. La desazón, en cambio, se extiende por el pecho. Mi mente intenta volver al vacío, a la conversación cordial, impersonal donde no haya ninguna referencia al pasado—. Y ¿hasta cuándo pensáis quedaros?

—Hasta que acabe mis gestiones.

Cómo les gusta a los hombres, pienso, la palabra gestión.

—Y eso, ¿será mucho?

En su cara hay coquetería, hay seguridad, hay confianza. Pero de pronto me muestra de nuevo su lado más dulce. Y es en éste, descubro no sin sorpresa, donde es más difícil profundizar en sus pensamientos.

—Todo se verá —contesta.

Y por fin se lleva un trozo de pan a la boca.

Sin saber muy bien por qué, me siento derrotada.

Tras la conversación de la cena fui consciente de que algo había sido removido de su lugar. La tierra se había apartado y lo que permanecía enterrado surgió como el pecio de un barco al que un golpe de tormenta vuelve a sacar a flote. Durante días caminé de un modo errabundo por el palacio. El pasado me pesaba más incluso que la tripa. Esquivaba a la gente. Me refugié en el mutismo, en la oración. Si una vez conseguí desterrarlo, me decía, podría volver a hacerlo. No podía permitir, bajo ningún concepto, que aquella Beatriz llorona volviera otra vez. Había crecido y todo se había quedado atrás. Muerto, muerto y remuerto.

Bastante tenía, pensaba, con la fantasma esa que se dedicaba a aparecérseme por las noches para tener que soportar también todos aquellos de los que ya me deshiciera en su momento.

Hay quienes se anclan a lo que les sucedió y no hay manera de sacarlos de allí. Crean una burbuja en la que intentan reproducir, una y otra vez, como si se tratara de un bucle, un momento determinado, una relación determinada, una imagen determinada. Hay otros que, sin embargo, prefieren mantener sus ojos clavados en un punto fijo del horizonte y no moverlos de allí y avanzar, y llegar cuanto más lejos mejor. No creo que ninguna de estas actitudes sea más loable que la otra. El término medio, en líneas generales, me parece la actitud más perfecta. Pero no me caracterizo precisamente por ser coherente con mis ideales de vida. Así que adopté la única salida que creí posible, la de los que rehúyen cualquier contacto con el pasado y se centran en vivir el día a día con la esperanza de que en algún momento puedan volver la vista atrás y encontrar, en vez del camino andado, la nada más absoluta.

Pero de pronto, sin entender muy bien cómo, había girado ciento ochenta grados, y en vez de seguir hacia delante, marchaba en dirección contraria, adentrándome en la maraña oscura que era la Beatriz de mi infancia, la Beatriz que fui.

(DEL PADRE).

De pequeña se sentaba en los campos de convento. Le gustaba excavar la arena húmeda con las uñas y le dolían los dedos, pero seguía haciéndolo porque la tierra comenzaba a salir oscura y también los cantos rodados, tan redondos, y que luego ella cogía y escondía dentro de su faltriquera. A veces incluso descubría alguna que otra lombriz. Las apretaba entre sus dedos y cuando dejaban de moverse o se partían en dos, las tiraba de nuevo a la tierra y las pisaba con sus chapines hasta que crujían debajo. Y sabía que su madre habría de regañarla. Y haría que le trajesen agua y frotaría sus dedos diciéndole que era una dama, una hija de rey y que no tenía que comportarse así, que qué sería de ella el día de mañana. Sin que ella llegase a comprender qué significaba ninguna de las dos cosas, ni dama, ni infanta ni nada. Pero le gustaba el tacto de las lombrices, y que su madre la mirara con ojos acuosos y encontrar raíces que estuvieran tan bien enterradas que tuviera que raspase las manos para poder arrancarlas y que ya no fuera una hija de alguien, sino una campesina más que ayuda a sus padres a recolectar antes de que hiele o vengan los enviados del rey o la iglesia y no queden más que tres adarmes de mies que llevarse a la boca.

Recuerda también que su madre rezaba todas las noches y los obligaba a coger los rosarios y repetir con ella los mimos salmos hasta que las manos, duras ya, no sentían ni el correr de las cuentas. Tenemos sueño, decían. Y la madre, que en ese momento se parecía a la Virgen, los miraba y les daba un beso en la frente, entre cálido y breve, y les decía que se acostaran, que Dios velaría por ellos y por su sueño, que ella se tenía que quedar rezando.

—¿Por qué, madre, rezas tanto? —le preguntaba ella.

Y la madre suspiraba profundo y decía:

—Porque a veces rezar es lo único que te queda.

Pero ella seguía sin entender, porque su madre habría sido santa si no hubiera tenido hijos (que ya se sabe que las santas, como las monjas, lo tienen prohibido). No se peleaba con nadie, no gritaba porque siempre hablaba quedo, incluso cuando la regañaba. Y no mataba animales, ni aplastaba lombrices, ni pegaba a Juan ni regañaba a Dionís, que a veces tanto se lo merecían.

—Pero tú has de dormir. A la cama, Beatriz. Y sueña con los ángeles.

—Madre —porque no quería dormir y tenía miedo de su habitación, donde se quedaba sola y sonaban ruidos y había demonios—, ¿eres feliz?

Y la madre retiraba su cara, cerraba los ojos y bajaba las manos hasta que el rosario tocaba el suelo de piedra; no contestaba y la hija, que no sabía nada, sí que podía intuir que la felicidad en un convento —aunque no se viva dentro de sus muros es pecado.

—Hija mía —contestaba finalmente, y pasaba el torso de su mano por su mejilla y estaba suave porque ella era una verdadera dama y no metía sus manos en la tierra —, sólo podría no serlo creyendo que vosotros sois infelices.

Ella sentía deseos de morder entonces esa mano que la acariciaba. No es cierto, quería decirle. No (aunque sabía que las madres no mienten y que ella se debía al cuarto mandamiento) intentes engañarnos. No eres feliz porque nosotros lo seamos. Lloras, madre, que te he visto. Y tu sonrisa no es de verdad, parece la de una estatua, siempre la misma, y te encoges bajo tu crespina y te crees que nadie se da cuenta. Estás triste. ¿Por qué no eres feliz? Como la princesa del cuento. Que no lo era, ¿te acuerdas? Pero al final sí. Tú lo dijiste. La princesa tenía todos los motivos para ser feliz y no lo era, ¿te acuerdas?

Entonces ella también, como rabiosa, tenía ganas de llorar y abrazarse a su cuello y aspirar su olor para hacerlo suyo.

—Madre —decía finalmente—, no te vayas.

Y la madre entonces torcía la boca con esfuerzo y sus ojos brillaban.

—Pero adonde habría de irme. Anda, dame un beso. Y ten cuidado de no despertar a tus hermanos.

Entonces sonreía de verdad y su boca estaba llena de dientes, no como la de la madre Dulzura, que era un agujero negro como el mismísimo infierno porque siempre que podía metía la mano dentro del frasco de miel cuando todas estaban de rezos y creía que nadie la veía.

Corría por los pasillos escapando de las sombras, porque su aya hacía largo tiempo que dormía, y saltaba dentro de su cama y ocultaba su cabeza bajo la frazada y ya no rezaba ni nada, sino que permanecía con los ojos abiertos hasta que por fin venía el sueño.

En cierto modo sabía que vivían en una espera. No aguardaban a que viniera el padre, no, aunque pudiera parecerlo: su llegada, la de él, era sólo el respiro que rompía la rutina. Era lo otro, lo oscuro, lo frío y la sensación de ausencia. A veces la angustia era incluso más grande que ellos mismos.

—La traición siempre acaba revirtiendo sobre quien la cometió —decía la madre. Y cuando lo hacía, a veces incluso lloraba. Beatriz se prometió que ella nunca habría de llorar.

—Pero nosotros, ¿a quién hemos traicionado? —se atrevió un día a preguntarle.

—No, hija, no es a quién se haya traicionado, sino quién pueda sentirse traicionado.

La madre cosía y la aguja subía y bajaba sobre la tela. La niña, muda, la miraba.

—Sí, ¿y quién puede sentirse traicionado?

Y la aguja, inmóvil en el aire, y la mano tiembla y se agarra a la tela y los pliegues hoscos.

—Beatriz, no es fácil ser uno mismo. Siempre hay gente que te dirá lo que debes hacer.

—¿Como la conciencia, como el ángel de la guarda?

—Sí, bueno, más o menos. Porque esa gente se creerá que tienen derecho a decirlo. Aunque sepan que se equivocan. Se tornan en adalides de su propia conciencia y pretenden imponerla al resto. Creen que todo lo que dicen va a misa, que todo lo que piensan sigue un criterio universal...

—No lo entiendo.

—Sí, son personas que no han sabido seguir su camino solos, que necesitaron ayuda y que cuando la recibieron pensaron que los consejos que les habías dado eran verdades absolutas que ya les pertenecían y por ello pueden ir dando lecciones a todo el mundo. O, fíjate, aquellos otros que, por dar gusto a los demás y hacer lo que les habían dicho que estaba bien, sin querer escuchar su propio criterio y tomar sus propias decisiones, se volvieron amargados.

—¿Como una religiosa?

—¿Una religiosa?

—Sí —porque Beatriz recordaba con rencor el dolor en la nuca que le dejaron los afilados dedos de la madre María de la Cruz cuando la descubrió ojeando dentro del sagrario. Eso es pecado, blasfemia, te vas a ir derecha al infierno. Pecado mortal. Las gotas de saliva que tiemblan en sus labios y en el bigote. Y sus uñas incrustadas en su cuello y la sangre que repercute en sus oídos. Beatriz controla las ganas de pegarle una patada. Cuánto cinismo. Porque ella misma, de vez en cuando, lo abría y se quedaba horas extasiada mirándolo y decía que así alcanzaría la santidad y casi, decía, podía escuchar cómo Dios le hablaba.

—Como cualquier persona, Beatriz, hasta la religiosa más santa, porque no somos infalibles y todos nos equivocamos. Pero lo malo es no ser capaz de reconocerlo. Por cierto, no me gusta que hables así de las madres. Ya sabes lo que os quieren.

Y la niña no entendía por qué su madre se empeñaba en decirlo todo tan difícil. Por qué sus palabras siempre eran lecciones y sus gestos, caricias hasta el agobio (le recordaban, aunque no se atreviera a reconocerlo, a una despedida que se alarga demasiado).

—Eres la mayor, Beatriz, y tendrás que cuidar de tus hermanos. Tienes que comprender lo que te digo porque un día serás la única que pueda explicárselo.

Y a ella se le escapaba la risa entre los agujeros de los dientes que se le habían comenzado a caer, igual que a la madre Dulzura, y asomaba la lengua entre ellos.

—No, madre, que no escuchan y no comprenden nada. Ni siquiera Juan. Explícaselo tú, que sabes hacerlo.

Y la madre volvía a coger la aguja y reclinaba su cuello tan blanco (que llamaran de garza) para que la hija pudiera ver los huesos de la espalda bajo la camisa.

El aya, que había permanecido en la sombra como un cazador, se acercaba entonces y la cogía de la mano.

—Escucha a tu madre, que algún día faltará.

Y ella negaba con la cabeza. —Que no, que me ha dicho que no, que adonde podría irse sin nosotros. Y las madres no mienten.

La madre a veces también jugaba con ellos. Dejaba su costura o su libro o su rosario y los perseguía. Y las monjas los miraban, escondidas en sus celdas como murciélagos. Beatriz se metía entre los arbustos y contenía la respiración, la tela se le rompía con las ramas, pero no importaba porque su madre no la regañaba nunca y volvía a zurcirlo con tanta gracia que parecía que el sastre que lo tejiera en verdad lo hubiera querido así. También sus ayas jugaban y era gracioso verlas correr tras los dos niños y su señora, con las faldas levantadas (sus pantorrillas como de pollos y tan peludas como sus menudillos), acaloradas, resoplando y diciendo palabras que los infantes no tendrían que haber escuchado nunca y mucho menos estando tan cerca de un convento.

Los pelos rubios se escurrían por debajo de la almaizara de doña Inés. Y se le pegaban a la mejilla, como un arabesco o como los volantes que sólo se ponía los domingos y cuando llegaba el padre. Sus ojos entonces se volvían azules y ya no eran como alfileres, sino que se expandían, generosos, por sus pupilas. Hasta ella, en esas ocasiones, olvidaba que era una dama y que existía el vacío. Su risa estallaba, franca, y Beatriz también reía, como ella, y todo tenía sentido. Y cuando se cansaba de correr, se echaba en la hierba y seguía riendo porque todavía le gustaba escucharse de este modo, jadeante con sus hijos, liberada, el alma tranquila porque lo que había de ser sería, pero no aún.

El día que el padre regresaba al convento (precedido de sus hombres y de sus caballos y de sus perros, todos sudando y tan llenos de pelos y de barro y de manchas) también jugaba con ellos. Corría a pillarlos como salía a cazar al monte, con la misma fiereza. Su presa favorita era la mayor y Beatriz tenía que hacer ímprobos esfuerzos para alejarse de él y de su aliento y de su olor, tan desagradable. Cuando la atrapaba y Beatriz sentía su mano en el hombro, cómo tiraba de ella hacia sí y cómo el cuerpo se le inclinaba hacia delante presto a caer, echaba de menos estar a solas con su madre y con sus dos hermanos. Había en ese gesto de su padre, que no era más que un juego, la posesión que Beatriz notaría sobre ella, cercenante, no

mucho tiempo después. Los dedos del padre se enredaban entre su ropa como si buscaran un más allá, y de pronto se sentía cansada y, disgustada, lo miraba con un gesto simétrico al de él cuando se enojaba. Se zafaba dando un fuerte tirón a la tela y el padre se quedaba, con la mano en el aire, viéndola correr.

—Qué mal humor tiene esta niña —diría después agarrando a doña Inés por el talle cuando ya la noche caía y era tiempo de regresar a la casa.

Y ella:

—De alguien lo habrá heredado.

Y el padre también se reía escandalosamente. Beatriz reprimía un escalofrío porque le parecía burda y acaso cruel. Y las monjas asomaban su cabeza entre las ventanas de las celdas sonriendo con sus bocas casi melladas porque en el fondo, se decía Beatriz, no eran tan malas personas y se alegraban de que el padre hubiera vuelto y que se encontrara con la madre.

Sin embargo, no fue a su padre al primer hombre que vio desnudo.

Recuerda que ese día le habían prohibido que saliera al jardín porque llovía, el agua había formado charcos y se había acumulado en las rocas y si salía, como había dicho su madre, podría caerse y descalabrarse. Pero se aburría en la casa. Dionís dormía y Juan se aplicaba sobre una pizarra porque decía que algún día sería como Ovidio. El aire frío se colaba por los resquicios y Beatriz acercaba a ellos su boca para aspirarlos. Su madre decía que cosiera, que es la mejor manera de pasar las horas muertas. Pero ella odiaba coser y odiaba que las llamaran horas muertas porque las horas no se mueren.

—Las horas no se mueren, ¿verdad, madre?

—En cierto modo sí, porque son horas que ya no volverán.

—Entonces, mejor llamémoslas horas idas, ¿no?

Y la madre:

—Beatriz, hija, que cuando te aburres, mira que te pones pesada —y su tono, a pesar de todo, es cálido—. ¿Por qué no os acercáis a la iglesia a confesaros? Sin duda, el padre no se habrá marchado todavía y seguro que tienes algo que quieres descargar de tu conciencia.

Aceptó. Detestaba estar encerrada. Y además le gustaba el olor del convento, que era siempre a pan recién hecho y a verduras y a miel. La acompañaba su aya, que también quería confesarse porque la carne es débil, mi niña, y más la de las viejas. Marchaba por el borde de la acequia mientras el agua rebotaba en el canal y en el lago y en el río, poco más abajo. Ten cuidado. Y ella, ya, que no soy pequeña.

Era luminoso, o así al menos lo recordaría, con profusión de vanos y de piedra clara, de estructuras erguidas y finas como raíces. Pero ese día, con la lluvia y la niebla que venía del Mondongo, se le antojó particularmente oscuro. Las ventanas de la iglesia parecían incluso surcos de lágrimas, tan negros y sucios sobre la piedra que

ya era gris. Los contrafuertes le parecieron de pronto como parches que el maestro de obra colocara para evitar que santa Clara se cayera: arena, cal, argamasa y piedra, rodando hacia el río. Los arcos apuntados ya no le parecían esbeltos, sino incluso chatos, como si por el peso del agua y del cielo, tan ceniciento, también se hubieran encogido. La sensación de peso que ya sentía se le acrecentó al ver los diablos de las arquivoltas y de los capiteles.

La iglesia estaba casi vacía. Sólo una monja contemplaba la custodia (o por lo menos lo intentaba, que de vez en cuando su cabeza caía hacia delante y se le cerraban los ojos y volvía a ponerse recta, deprisa, como si nadie la hubiera visto). No olía ni a incienso ni a cera porque el olor a madera húmeda resultaba más fuerte. Mientras andaban y sus pasos resonaban en las bóvedas, su respiración, la de las dos, se iba haciendo más insidiosa.

—Anda, niña, ve a buscar al padre y salgamos de aquí.

No sabía dónde había podido meterse. No estaba ni en las cocinas, ni en la biblioteca, ni por el claustro. Las monjas que la veían la saludaban con un movimiento ligero de la cabeza, pero volvían a bajar los ojos porque estaban en la hora del silencio y era pecado siquiera el abrir la boca para bostezar.

Siempre que había subido a los pasillos de las celdas, había sido acompañada por su madre. Pero ese día se atrevió a hacerlo sola. No lo reconocería nunca. A pesar de que se había criado casi toda su vida allí, las religiosas no dejaban de imponerle un cierto temor. Siempre vestidas tan de oscuro y siempre santiguándose y siempre andando silenciosas, pero no como su madre, que eran pasos sosegados, sino rápidos y ansiosos y bisbiseantes. Y luego la cantinela de que has de portarte bien, no debes disgustar a tus padres, el primer mandamiento y el quinto y la devoción y los rosarios, que son como armas porque siempre que una se descuida, zas, la cogen por banda y lo sacan de entre sus mangas y empiezan: primer misterio doloroso.

Beatriz creía que las monjas eran como mariposas que un día fueron tan guapas como su madre pero que se encerraron dentro de sus capullos, que eran sus celdas, y salieron convertidas en mujeres agobiadas por el peligro de una eternidad demasiado larga. Así que se imaginaba que en sus habitaciones tenía que haber algo que, si la tocara, haría de ella un ser obsesionado con el cielo y con el pecado y con el castigo. Andaba alejándose de las puertas y sólo escuchaba el silencio y el ruido que hacía su ropa húmeda: al otro lado de los postigos no parecía haber nadie.

De pronto se paró. En esa celda se movía algo. Aléjate, le dijo su cerebro. No quieras ver qué sucede. Pero esos sonidos le eran familiares (aunque no consiguiera ubicarlos). No, Beatriz, no mires, no lo hagas. Y ella, cállate, conciencia, no hables. Su piel se erizó mientras se agachaba para mirar por el ojo de la cerradura.

Allí, lo primero en lo que se fijó fue en que el párroco se había subido los ropajes hasta la altura de la cintura, dejando desnuda la parte inferior de su cuerpo. Se los

sostenía con las dos manos, como hacen las mujeres cuando pretenden cruzar un río y no quieren que se les mojen los bajos de las faldas. Beatriz sintió una mezcla de risa y de asco al verlo así, tan gordo que la cintura caía sobre su pelvis, y tan lleno de pelos y con ese pingajo que le salía de la entrepierna y que a duras penas conseguía elevarse. Y luego su culo, tan blanco (es curioso, pensó, nunca me habría imaginado que los sacerdotes también tenían culo) y las piernas tan llenas de vello negro que apenas se distinguía la piel y que no era como el de su aya, mucho más fino y sedoso, sino grueso como los surcos de barro que se forman en los eriales o como los pelos de los cerdos.

Sor Clara se había remangado también la ropa y estaba despatarrada con las rodillas dobladas y apoyadas en el suelo de la celda, donde permanecía tumbada mientras el otro, frente a ella, la miraba y su nariz llena de venillas verdes se hinchaba como cuando desde el púlpito decía en latín que en el infierno se queman las almas de todos aquellos que ofenden a Dios y que el castigo habrá de ser terrible y para siempre porque si el perdón de Dios es infinito, también lo es su ira.

Despegó su ojo del agujero con celeridad. La monja que pasó a su lado meneó la cabeza con desaprobación y ella, con su mejor sonrisa, se volvió para regresar a la iglesia, donde el aya se había quedado dormida junto con la otra monja, que ya no custodiaba la sagrada forma porque también había caído en los brazos del sueño (o más bien sobre el hombro del aya, las dos mujeres, tan juntas, intentándose dar calor en un día tan frío).

Cuando el padre iba a visitarlos, la madre incluso se olvidaba de rezar. Apuraba la cena y los mandaba presurosos a acostarse. Las ayas se daban codazos mientras cenaban los cinco.

—Madre —preguntaba Beatriz con malicia—, por qué, si cuando padre está aquí estamos seguros, hemos de dormir con ellas —y señalaba con el dedo las tres gallinas que eran las mujeres encargadas de criarlos.

Doña Inés se ponía nerviosa, se retorció las manos, bajaba los ojos y al lado de la boca se le hundían dos hoyuelos.

—Hija, por Dios, que hay cosas que no se preguntan.

Y el padre abría la boca y se reía y sus hombros subían y bajaban y su tripa.

—Cuéntaselo, mujer, que ya no es tan niña.

—Sí, madre, cuéntamelo.

Y la madre se pone seria y clava los ojos en el padre.

—No es procedente.

Y hundía sus manos en el cuenco que hacía las veces de lavadero como si de pronto se hubiera sentido sucia.

El padre entonces se levantaba (la pesada silla crujía) y daba un beso en la nuca de doña Inés, justo a la altura del esternón.

Sabía, aunque no quisiera pensar en ello, que era la favorita de su padre. Ella prefería que no hubiera sido así. Le daba envidia que su madre cogiera a Dionís entre sus brazos y lo arrullara mientras el padre la hacía sentarse encima de sus rodillas.

—Ven aquí, Beatriz.

Y ella obedecía frunciendo las cejas sobre su frente, apretadas como un puño.

—Mira qué guapa tu madre, así habrás de ser tú algún día.

Y la hacía saltar, como si fuera pequeña, y ella notaba los huesos duros, justo debajo. Y la espada, que nunca se quitaba, enganchada al cinto, se le clavaba a la altura de la cadera.

Doña Inés se giraba hacia ellos. Sus pasos, recuerda Beatriz, apenas hacían ruido, como quien está acostumbrado a andar descalzo. Eran como un susurro. Algún día, pensaba, yo también andaré como ella.

—¿Ves, Pedro? Ya somos una familia —decía en sordina para no despertar al niño—. No deberías irte.

Entonces el padre dejaba de mover las piernas y Beatriz se quedaba tensa, esperando.

Incluso Juan, que hasta ese momento apenas prestara atención a sus progenitores, miraba con curiosidad.

—Las cosas no son tan fáciles, has de saber. Mi padre cada día lo pone más difícil.

—Ya, tu padre.

—Sí, y también tus hermanos.

—Basta, Pedro, no quiero hablar de ellos. No mientes a mi familia.

—No, Inés, eso sí que no. Tú has sacado el tema. Y has de saber. Hemos vivido al margen demasiado tiempo.

—Y así hemos de seguir.

Dionís se había despertado y movía las manos intentando atraer la atención materna. Las tres ayas se habían pegado aún más a la pared como si quisieran desaparecer tras de ella. Beatriz palpaba las piernas del padre, que estaban todavía más duras, en tensión. Y escuchaba porque sabía que, en aquellas medias palabras, se encontraba el motivo de que su madre llorara, Juan tuviera pesadillas por las noches y que a ella se empeñaran en decirle que era una dama y que no tenía que mancharse y que tenía que aprender a leer y a comportarse como correspondía a su rango. Y la causa de que las monjas, en ocasiones, y cuando doña Inés no miraba, se acercaran a ella y le pasaran la mano sobre el pelo: pobrecita, pobrecita y deslizaran una pieza de fruta sobre su regazo.

—Y luego está Fernando.

Doña Inés entonces mira a su segundogénito, a Juan, con una cierta nostalgia. Y él, desde el suelo donde hasta hace unos instantes jugara, le devuelve la mirada.

Beatriz sigue el dibujo de los ojos y se da cuenta de que, si ella es igual que su madre (al menos según las palabras de quienes la rodean), su hermano, sólo dos años menor que ella, ya tiene la cara del padre. Se ríe por dentro al pensar en que algún día Juan tendrá barba y sabrá montar a caballo sin caerse y acaso dará órdenes como lo hace Pedro y todos se aprestarán a servirle como si fuera alguien importante.

—Inés, es mi hijo, compréndelo. Y el futuro rey.

—L o sé, Pedro, pienso en él todos los días. Y en su madre, que no se me olvida lo que le hicimos. ¿Sabes? A veces tengo la impresión de que viene a recordármelo. Me defraudaste, me dice. Y su aliento huele a muerte. Eras mi hermana, me dice. Y me engañaste, primero con mi padre y luego con mi marido.

—Bueno, cariño. Está muerta y así ha de seguir, ¿para qué preocuparnos? —y con sus manos agarra la cintura de su hija y ella las nota, sobre su carne, sin atreverse a mover ni un músculo.

—Pedro, ¿por qué no lo traes a vivir con nosotros? Al niño, digo.

Entonces él se ríe y su risa es terrible. Silban en la cabeza de Beatriz, que se encoge y tiene ganas de alejarse de él, que es su padre, y agarrarse a Juan. Dionís sigue llorando.

—Inés, ¿cómo podría? —qué amargura hay en su voz—. Tú sabes que mi padre jamás lo consentiría. Ni nadie. Te odian, Inés. Lo sabes.

—Pero soy tu mujer y en algún momento tendrán que aceptarlo.

—Pero nunca permitirán que el futuro rey se críe con la que durante años fuera la concubina de su padre, la madrastra usurpadora.

Inés entonces cae al suelo, suave, con su hijo entre los brazos. Sus ojos se vuelven secos y duros.

—Nunca dejaré de ser la concubina. Nunca. Y estos niños nunca serán hijos tuyos. Lo sabes, ¿no? Por lo menos ante los ojos de todos ellos. No serán más que los bastardos. Por más que ya nos hayamos casado. No tendrán nada. ¡Dios! ¿Cómo van a aceptarlos tus futuros súbditos, si ni siquiera tú eres capaz de hacerlo?

—Eres injusta, Inés. Sabes lo mucho que los quiero. Y sabes a todo lo que he renunciado por ti. Sólo es cuestión de tiempo, ya lo sabes.

—No, Pedro, por nosotros. Como lo hice yo, te recuerdo. Y si de verdad quieres que seamos una familia, no puedes continuar con esta farsa. Soy tu mujer, Pedro, y deberían saberlo. Y yo debería criar a tus hijos. Incluso a los de Constanza.

Allí, desde el suelo, parece frágil, de barro. Las manos del padre tiemblan en la cintura de la hija. Beatriz mira las cortinas, el ligero movimiento con que se mecen.

—Pero ese hijo no es tuyo, Inés. Ni su hermana. Son de la muerta. Tú ya tienes a Dionís, a Juan y a Beatriz.

—Sí, gracias por recordármelo. Pero se lo debo. Era mi prima, casi mi hermana y la engañé. Juré que estaría con ella siempre y en cambio le quité lo que más quería. Y

sólo digo que Fernando estaría mucho mejor aquí con sus hermanos en vez de con un abuelo que lo odia porque todos los días le recuerda la traición del hijo, tu traición, Pedro. Conmigo.

Ha subido el tono. O quizá simplemente se haya vuelto más amenazador. Juan se llevó las manos a los oídos. Estaba agachado, la cabeza entre las piernas, y al verlo así, a Beatriz le dio por pensar que parecía un gato ovillado. O un bicho bola de los que corrían por la acequia.

—Algún día, Inés, algún día lo aceptarán y serás reina y yo, rey.

—No lo entiendes ¿verdad? Después de tantos años sigues sin entenderlo. ¡Pedro! La corona me importa un ardite. Portugal me importa un ardite. Mis hermanos me importan aún menos. Sólo quiero estar contigo y con los niños, incluso con Fernando o María, que no dejan de ser hijos de mi casi hermana, ¿es tanto pedir? ¿Es tanto pedir para una mujer querer estar con su esposo?, ¿formar una familia de verdad? — hay desesperación en su voz. Ha ido bajándola y las últimas palabras apenas se le entienden.

Entonces él se levantó dejando a Beatriz en el suelo, como si fuera una niña pequeña (todavía sentía la presión de sus dedos en su cintura). Juan seguía sin moverse y Dionís lloraba, pero más bajito, cansado. Pedro llevaba puesta su cota porque tintineaba al andar. Y doña Inés lo miraba desde el suelo, casi arrepentida y las mejillas rojas.

—Y lo estarás, Inés. Estaremos todos juntos. Pronto, ya verás.

Inés lo mira y asiente. Parece decir: claudico, es imposible discutir contigo. El padre entonces se queda más tranquilo. Ha retirado la mano de la empuñadura y la ha puesto sobre su cabeza, con un cierto patetismo, como si quisiera bendecirla. Beatriz la mira con atención y sabe que aunque la discusión ha terminado (y que pronto los mandarán a dormir, rápido, lleváoslos, dirá el padre, y cogerá a la madre de la mano y se encerrarán en la habitación de ella, y se acostarán porque eso es lo que hacen los esposos), ve que su madre tiene un gesto que conoce bien. Al fin y al cabo, ella suele imitarla en la orilla del río, cuando no la miran las monjas ni las ayas, para que no le digan que la presunción es pecado. En los ojos de doña Inés hay nostalgia y hay vacío, como siempre que hablan del futuro.

—Lleváoslos, rápido.

Y el aya se despega de la pared y la coge de la mano.

—Vamos, es hora de dormir —dice.

Y Beatriz nota la vaharada del aliento de su aya, con olor a ajo para las enfermedades (y para el demonio, añade), al que ya está acostumbrada, pero que le revuelve el estómago porque no es el de su madre y esa noche no van a rezar juntas.

No pasaría mucho tiempo antes de que se enterara de que su padre era hijo de Alfonso IV de Portugal. Para ella, su abuelo (al que entonces apenas conocía) era

sólo el buitre que planeaba sobre todas las discusiones de sus padres. Y él tenía la culpa de todas ellas. Había aprendido a odiarlo a fuerza de escuchar su nombre con rencor. Lo apodaron el Bravo, pero ella lo llamó siempre el Resentido (aunque en los momentos en los que el dolor era menor y recordaba incluso sus enseñanzas cristianas, se llegaba a preguntar si la resentida no sería ella. O su padre. Y la respuesta era siempre que sí, porque les iba en la sangre, su sangre real).

—Algún día lo odiarás —había vaticinado su madre.

Y ella:

—Ya lo hago, madre.

—No, lo harás por darme gusto a mí. Porque yo no podré hacerlo.

Viviría con él, más adelante, y siempre le pareció terrible y siempre lo odió con todas sus fuerzas. Era, sabría con el tiempo, como la otra cara de su padre, la que tuvo cuando ya no estaba Inés, con la que miraría a Beatriz y por la que ella llegaría a pensar que todos los hombres son así —sobre todo su marido—, cuando los arrastra la venganza o la lujuria, o ambas cosas.

—¡Ah! —diría—, éstos son tus bastardos.

Y Dionís, sin haber cumplido siquiera el año y ya huérfano, en los brazos de su hermana, sería el único que podía mostrar desinterés verdadero.

—Sí, padre —contestaría don Pedro—, y más vale que os acostumbréis a ellos porque son vuestros nietos y algún día, si vivís para verlo, serán grandes de este reino.

Estaba frente a ellos, rodeado de púrpuras y dorados y se sentaba sobre el trono con la misma comodidad con la que podía tumbarse sobre su lecho, como si incluso durmiera en él.

Ella, tan triste que ya había comprendido el vacío del que le hablara su madre. En su mente la llama Inés porque le duele recordar que, hasta hacía unos días, todavía podía decir madre y que le contestara. Viva aún.

El rey no se inmutó. Ladeó la boca ligeramente. Sus manos tamborileaban sobre sus rodillas. Sus cejas eran negras y finas, y su labio también a fuerza, según la opinión de Beatriz, de tantos años de crueldad. Su frente, altiva, pero surcada de oscuras arrugas producto, decían en la corte, de las preocupaciones que le daba el heredero.

—Guapos niños —contestó—. Es una pena que tengan que crecer sin madre.

La rodilla del padre crujió al cambiar el peso de su cuerpo de diestra a siniestra. Tanto Juan como Beatriz permanecían inmóviles, a su lado. Se sentían pequeños. Juan incluso respiraba trabajosamente, como cuando corría o se ponía nervioso y entonces su aya le ponía la cabeza dentro de un odre y le cogía la mano y le decía: ya pasó, ya pasó.

—Sí, como vuestro otro nieto, Fernandito. Por cierto, padre, ¿qué tal anda de

salud?

Beatriz se sorprendió de que su padre pudiera hablar de su otro hijo con tanto desprecio. Y, sin embargo, había en su voz cierta impostura.

Acaso, se preguntó la niña, ¿hablará de mis hermanos y de mí del mismo modo cuando no estamos delante?

El rey inclinó la cabeza y a Beatriz le pareció que su cara era como la de esos peces de río que pasan el día rastreando los lechos en busca de comida y que te aspiran los dedos cuando los metes en el agua: los ojos abiertos, ligeramente estrábicos.

—No debierais hablar así de vuestro hijo —contestó quedamente.

—Os equivocáis, padre, Fernando ya no es hijo mío. Os lo regalo. Criadlo como os parezca. Dadle el mismo tipo de educación que me disteis. Enseñadle lo mismo, padre, que me mostrasteis a mí. Pegadle como lo hacíais conmigo. Castigadlo. Llamadle lo que me llamabais. Lleváoslo de putas, si es vuestro gusto. Pero no os extrañe si algún día es Juan —y señaló al aludido con el índice sin dejar de mirar al padre— quien ocupe vuestro real trono, padre. Nadie puede soportaros. Y no me extrañaría que Alfonso prefiriera morir a seguir viviendo con vos.

—¡Ah! —replicó el abuelo—. ¿Que eso de ahí es un niño? Entonces la niña tiene que ser la otra. ¡Y yo hubiera jurado que era al revés!

—Es el siglo de los bastardos —había dicho su madre el día antes de morir.

Y Beatriz, mirando a su abuelo y a su padre (que no eran sino la misma versión de hombre repetida en el tiempo), se dio cuenta de que tenía razón. Era su siglo.

Fue su aya la que le contó cómo había sucedido. No tenía sentido esconderlo, dijo. Y Beatriz negó con fuerza porque quería saberlo, porque había tenido que esperar a que mataran a su madre y que se los llevaran del convento, incluso había tenido que enfrentarse a su abuelo (eres un viejo odioso, le había dicho con toda la fuerza de sus ocho años) para enterarse de quién era por fin.

—N o habrás de decírselo a tu padre.

—Que no.

—Júralo.

Y besó sus dedos en cruz mientras pensaba que ése era un pecado gordísimo y que tendría que rezar mucho y que si se muriera en ese instante, se iría de cabeza al infierno porque ya no tenía monjas ni madre que le dijeran que todo estaba bien, que los niños no se van al infierno porque a Dios le gustan los niños.

—Lo juro.

El aya entonces echó un vistazo a su alrededor para cerciorarse de que en la estancia no había nadie.

—Recemos —dijo cambiando de opinión.

—¿Por qué?

—Porque voy a faltar a una promesa a una difunta y eso es muy grave, niña.

—Anda, por favor.

Y Beatriz acercó su mejilla hasta el pecho abundante de esa mujer que la criara cuando nació. La cogió de la manga, buscó su mano.

—Venga, por favor.

La mujer se estremeció y sus ojos se le aguaron. Pobre niña, pensó, pobres todos. Tan solos. Pobriños. Y doña Inés, qué buena era.

—Ni palabra, Beatriz.

La niña la acarició y la piel de la mujer era rugosa como las nueces, y no como la de su madre, siempre tan suave incluso cuando muerta.

—Que no, que no, que no voy a decir nada.

(DEL HIJO).

Jamás creí demasiado en el diablo. Y sin embargo es él, y no otro, el culpable de esta historia. Prefiero pensarlo así.

Son demasiadas personas, demasiadas vidas truncadas para que haya una causa que no sea un profundo desprecio a la bondad, la maldad más absoluta. Y si la gente murió, me resulta más fácil creer que no hay verdaderos culpables, que no fueron aquellos que me rodeaban.

Nunca hasta entonces había utilizado nada que me cubriera la cabeza —excepto el luctuoso día de mi boda—. Las causas eran varias y comprensibles. Supongo que en primer lugar estaba mi rebeldía innata hacia mi condición de casada. Luego, el que me recordara demasiado a las monjas de mi infancia. Y en tercer lugar, que, por más que pese al que tenga que hacerlo, yo seguía siendo una mujer guapa. No en vano mi madre había sido la beldad de su época. Aún las crónicas enardecen su cuello de cisne, su tez dorada, su pelo (y su dudosa castidad).

A pesar de que por culpa del niño apenas reconociera mi cuerpo, mi cara seguía siendo la misma. Incluso mi marido tuvo que admitirlo. Aunque luego, siempre tan encantador, añadió para estropearlo que nunca una faz había podido engañar tanto y ocultar peor carácter. Mi pelo era como el de mi madre, el orgullo de mi aya (mi padre, incluso cuando ya era mayor, me hacía sentarme en sus rodillas y me lo acariciaba poniendo los ojos en blanco). Todos los días lo cepillaba dos veces al menos y solía llevarlo trenzado hasta la mitad. Además me lo lavaba una vez a la semana con ortigas, que, aunque piquen en la piel y haya que tener cuidado, consiguen un brillo como ningún otro tipo de hierba.

Pero un día, sin embargo, comencé a perderlo. Y no eran pelos sueltos de los que se quedan agarrados en el peine, sino mechones completos. Se puso de color ceniciento y apenas tenía que cogerlo entre mis dedos para que se quebrara por la mitad.

—Tanto bañarse —mascullaba mi aya— y frotarlo. Tanta ortiga, que no es sino comida de burros y caballos. Ya decía yo.

Y yo asentía, sin fuerza para rebatirla. Blanca me trajo todo tipo de mejunjes.

Intentó cientos de modos de ocultar lo inocultable: puso flores que no sé de dónde sacó en pleno invierno, trenzó lazos, cubrió los agujeros con tanta maña que parecía que había dedicado toda su vida a este tipo de tarea. E incluso el día que decidí que no podía seguir así, que ya se comentaba demasiado en la ciudad y que aceptaba cubrirme con el velo, ella misma bordó, en el terciopelo más fino que halló a su alcance y con hilo dorado, un motivo de arabescos que nada tenía que envidiar a los de la mismísima reina.

—Te han ojado —decía mi aya—, es puritísimo mal de ojo.

Luego cambiaría de opinión. Y el supuesto hechizo lo transformaría en una conspiración con asesinatos, envenenamientos y demás. Pero a esas alturas ya mi cabello me importaría una higa y sobre todo el tener que cubrirlo. Me pasaba el día tumbada en la cama mirando un techo que terminé por aprenderme de memoria.

Aunque de todos modos hubiera dado igual. Porque lo que yo creía era que el único culpable era el niño.

—Quieres verme muerta, ¿verdad? Pues eres tan inteligente como tu padre, porque si muero yo, también lo harás tú. Que lo sepas —le decía.

La enfermedad.

De pronto un día te encuentras más cansada de lo habitual. Los paseos se hacen más cortos. Bebes más agua. Decides que ese día no vas a salir, que prefieres acostarte, dormir. Viene tu aya o cualquier persona preocupada mínimamente por tu salud. Frunce los labios —éste es un requisito necesario, si no frunce los labios, es que no estás tan grave—, menea la cabeza y comienza a murmurar en voz baja.

—Estás toda empapada.

Te cambia de camisón, te da a oler agua de rosas. Y cuando aparecen las rosas, ya tienes la confirmación: estás enferma.

Y si además te traen, como hicieron conmigo, un crucifijo para que lo reces, es que lo estás de gravedad.

Bueno, y si encima sacan un pañuelo y se ponen a sollozar a tu lado, como si esperaran que seas tú la que los consueles, es que puedes despedirte: te estás muriendo.

Apenas podía moverme de la cama, sino para dar alguna que otra vuelta por los jardines o pasarme horas recostada junto a la ventana. Incluso leer se me hacía pesado y necesitaba a alguien que lo hiciera por mí.

Las noches todavía eran peores. No podía dormir y daba vueltas y vueltas en la cama. Además siempre tenía frío, por más que me echaran encima alamares y edredones, que encendieran braseros y que la chimenea siempre estuviera llena de pilas de leña y rescoldos.

Blanca tardó poco en meterse conmigo dentro del lecho para abrazarme (lo hacía, claro, después de venir de la cama de mi marido y su olor, que antaño me hubiera

repugnado, se me hacía casi necesario). Sólo a través del contacto de sus pies calientes podía darme cuenta de lo helados que estaban los míos.

Me levantaba gritando.

—N o estoy sola, hay alguien.

Y ella me acariciaba y me abrazaba más fuerte.

—No, no te preocupes, que no hay nadie.

Sí, hay alguien, pensaba. Esa sombra que me roba las fuerzas, día a día. Es ese espíritu, ese demonio o lo que sea.

Pero me callaba, no me creía. Nunca lo había hecho y ¡estaba tan a gusto abrazada a ella! Y Blanca:

—Shhh, tranquila, duerme.

(Me recuerda a la manta a la que me abrazaba cuando era pequeña y que mi madre cogió un día y deshizo a golpe de tijera).

Y el niño, en medio de nosotras.

Mi empeoramiento fue perceptible para todos. Me traían comida varias veces al día. Y por más que me obligaba a tragármelo todo, seguía adelgazando a ojos vistas. A pesar de que nunca fui de constitución gruesa, comprobar cómo, cada mañana, los huesos se me iban marcando más y más, cómo las mejillas se me hundían, cómo la nariz y las orejas y los ojos cada vez me parecían más grandes, no dejaba de sorprenderme.

Blanca se había encargado de organizar los almuerzos. Y no había día en el que no tuviera una tarta o un bizcocho o un flan, que comía más pensando en ella y en mi aya que en mí misma. En realidad, todo lo que tragaba me sabía igual: a una mezcla de saliva y de vómito.

—¡Con lo que comes —me recriminaban las dos—, que te estés quedando tan delgada!

—Bueno —exclamaba—, ¡como si yo tuviera la culpa!

Por esa época de mi convalecencia, cuando aún tenía fuerzas para protestar, experimenté un estado de indolencia general. Si me hubiera muerto, me hubiera ido sin hacer grandes aspavientos. Sólo el niño conseguía obligarme a respirar (el aire me raspaba en la boca y siempre me sabía mal, como si pasara el día masticando hiel). Era incapaz de lavarme por las mañanas, incluso lo más necesario para una supuesta dama como yo: cabeza, manos y brazos. Me dispensaron incluso de ir a la catedral los domingos y, como cada día, escuchaba directamente la misa desde el cuarto del cordón.

Todas las mañanas venía el Quiste. Llamaba a la puerta y no esperaba a que le permitiera la entrada. Jamás se quitaba las espuelas y sus andares, su sonido, conseguían enervarme y, por ende, empeorar mi estado. Al desplazarse, su ropa

apenas conseguía controlar el movimiento fluctuante de sus carnes. Se plantaba al lado de mi cama y me miraba con sus ojillos porcinos. Cada día levantaba uno de sus dedos con forma de morcilla y me preguntaba:

—¿Cómo os encontráis?

—Bien —contestaba yo todos los días, su mano sobre mi vientre, que palpa...

Entonces se daba media vuelta y salía de nuevo. Mis damas se apresuraban a abrir las ventanas, poco tiempo, el suficiente como para alejar su olor a urraca mezclada con tocino.

—¿Cómo se puede distinguir en él las partes del cuerpo? —me preguntó un día Blanca—. Es imposible saber dónde acaba una pierna y dónde comienza la tripa. Es la cosa más redonda que he visto nunca.

—Pero es de una redondez imperfecta —apostillé yo—, está llena de pliegues, de dobleces.

Y nos echamos a reír las dos a la vez al imaginárnoslo desnudo, con esa tripa flácida que debía de cubrirlo todo, todo.

Y casi lograba olvidar lo mal que estaba, que me iba a morir.

Con los dobleces no me refería sólo a su anatomía. El Quiste era un ser oscuro, impredecible. Se decía que era capaz de cortar una cabeza de un tajo y pelear, después, durante horas. Me recordaba a las cucarachas a las que, cuando éramos pequeños, mi hermano arrancaba la cabeza. Después de tenerlas durante tres días en una caja, las soltaba en la cama de la dama que se terciara. Y la pobre cucaracha, viva todavía, empezaba a correr hacia los cojines, en donde solía quedarse (hasta que la dama desconsiderada en cuestión la aplastara de un manotazo).

El Quiste, a pesar de su tamaño, era tremendamente ágil. Y tremendamente retorcido. Sólo se le conocían dos debilidades: las mujeres y la bebida. Y por obtener cualquiera de las dos no hubiera duda en vender a su madre.

Había sido amigo de mi marido durante toda su vida. Y su fidelidad hacia él, hay que reconocerlo, siempre fue incuestionable. Pero es que, ya se sabe, a buen árbol todo el mundo se arrima. Y otra cosa no, pero mi amado Sancho entendía como el que más de buenos caldos y mejores lupanares. Y tenía que ser una compañía agradabilísima para alguien como el Quiste.

Mis damas no tuvieron ningún miedo cuando llevaron sus cosas a mi misma habitación. Les dijeron que lo hacían para que estuvieran conmigo, la pobre enferma. Y lo vieron como lo más natural. Obviamente, serían la sangre más pura de Castilla y también guapas, listas y limpias, pero su percepción dejaba bastante que desear. El fantasma seguía apareciéndose estuvieran ellas o no.

Sin embargo, la antigua servidumbre, la que estaba allí antes de que nosotras llegáramos, entraba en la habitación persignándose. No sé por qué, pero alguien hubo de hablar con mi marido y, un día, entró seguido de un cura que se dedicó a echar

agua bendita por toda la habitación.

—¿Está bien el niño? —le preguntó a mi aya.

—Sí, mi señor.

—Pues que siga estándolo.

Se fue, y el cura tras él. Y yo, como una tonta, me eché a llorar.

Pero el agua no sé si estaría mal bendecida o qué: el espíritu siguió apareciéndose, como entre jirones de humo, tal y como lo venía haciendo desde la primera noche.

He de reconocer que mi pobre aya también lo pasó mal —aunque por motivos diferentes a los míos—. Ya en mi nacimiento había asistido a mi madre y, a pesar de que siempre me pareció que había estado igual, en los últimos meses, me di cuenta, asombrada, de que había envejecido muchísimo.

Por las noches se acercaba y me besaba en la frente, como hacía Inés en las horas larguísimas en las que Blanca todavía no estaba conmigo porque tenía que cumplir con mi marido. Meneaba la cabeza compungida y se sentaba a mi lado, esperando que me durmiera. En el fondo, como me daba pena, cerraba los ojos y comenzaba a respirar acompasadamente, simulando un sueño que tardaría en llegar. Sólo así ella conseguía quedarse tranquila como para dejarse embargar por la somnolencia.

Y las sombras, siempre moviéndose. A pesar de que echara las mantas por encima de la cabeza, seguía viéndolas. Siempre. Su muerte vino a despertarme de mi estado de semiinconsciencia. Necesité tenerla entre mis brazos, fría y reseca, la carne como una correa, para comprender el peligro del que ella había intentado una y otra vez avisarme y que yo me había negado a ver.

En cierto modo, comencé a notar más su ausencia que su presencia.

Cuando todavía vivía, era el ser que te tapa por las noches, que te recoge los finales de los trajes para que no te los pises, que cambia el agua de los jarrones. Pero, de pronto, el agua apesta y nadie se da cuenta de dónde viene el mal olor.

Se la había llevado la muerte; nuestro pasado volvía a nosotros. En forma de fantasma o de recuerdo. En el fondo daba igual. Pero no estábamos a salvo de él.

—No me fío de ella —me había dicho refiriéndose a Blanca justo antes de que todo sucediera, de que los acontecimientos se precipitaran y ya no hubiera vuelta de hoja.

Y yo me reí.

—¿Por qué? ¿Porque se acuesta con Sancho? Vamos, Cata...

—Pero, mírate, ¿no ves qué te está haciendo?

—No, ¿qué me está haciendo?

Entonces ella bajó el tono, como si quisiera contarme un secreto, me dijo en portugués:

—Te está matando. Y al niño. Quiere quedarse ella sola.

Reí más fuerte.

—Bueno, mientras mate sólo al niño, estará bien.

Me miraba espantada (ya cadáver, en cambio, no tiene expresión).

—¿Y qué ganaría matándome? ¿No ves que es más cómodo así? ¿Que su posición es la ideal? ¿Que ella nunca podrá casarse con mi marido?

—Parece mentira —sus ojos marrones me miraban directamente, sus cejas, una línea apenas— que vos digáis eso —y dijo así, digáis, en vez de tutearme— siendo hija de quien sois y estando en la posición en la que estáis.

En otras circunstancias este comentario me hubiera dolido, que lo de ser hija bastarda, por más que me empeñara, seguía siendo como una sanguijuela que chupaba demasiada sangre. Pero me dio igual. Sin entenderlo muy bien, tenía confianza ciega en Blanca.

—Tenéis razón. Es mala. Mala malísima —le dije para que dejara el tema, para que me dejara dormir. O por lo menos intentarlo.

—Algún día veréis que no es tan blanca la paloma como parece. Y lo malo es que ya será demasiado tarde.

La enterraron bajo una capa de nieve.

La verdad es que mi cuarto parecía una posta más que el lugar donde un enfermo intenta recuperarse. Entre las visitas del Quiste, de mis damas, de la aya, de mi marido y de Rodrigo de Verdolaza, no había quien cerrara los ojos durante más de media hora seguida.

Yo era la enferma. Pero debía de ser una enferma de las que producen ternura y no asco, porque la gente no me rehuía —como hubiera preferido—, sino que generaba una especie de expectación en la que cada nuevo síntoma era acogido con ovaciones. Si me salía por fin una pústula, todos: ¡oh! Si la boca se me llenaba de calenturas, todos: ¡oh! Si las manos me temblaban al coger un vaso y derramaba el agua por encima de mí, todos: ¡oh!

«Tienes que recuperar fuerzas», se empeñaban en decirme. Y estoy segura de que se creían, por su comentario, no sólo extremadamente originales, sino incluso protectores.

Pero en vez de irse y dejarme hacerlo en paz, se quedaban allí, dándome conversación o simplemente mirándome o respirándome en la oreja como si fuera un animal disecado o una pieza interesante de una cubertería con sus «oh» y sus «ah» cada vez que había un cambio en mi estado.

Me entraban ganas de decir: cuando muera, cortad y esparcid mis restos, como los de una santa. Así me podréis contemplar siempre que queráis.

Había incluso algunos, como el Quiste, que se tomaban más confianzas y ponían su mano sobre mi vientre. En realidad, cada uno tenía sus costumbres. Y resultaba entretenido, a falta de otra diversión, analizarlos a través de éstas.

Mi aya, cuando todavía vivía, entraba nerviosa, sacudía el aire con sus manos (su

bigote, siempre chorreando sudor). «Uf, uf», decía. Me cogía la cabeza entre sus manos. Me miraba directamente a las pupilas. Soltaba la cara y me tapaba con la colcha, hasta la nariz. Luego remetía los pliegues por debajo del plumazo para que quedara atrapada cual mosca en una tela de araña. A la vez me hablaba del envenenamiento, de lo mala malísima que era Blanca porque la habían visto hacer tal o cual cosa. Y yo: sí, sí. O me limitaba a encoger los hombros con ese movimiento que no quiere decir nada pero que todo el mundo interpreta como un sí tajante. A veces me recordaba a un hurón, tan delgada, con esa nariz cortante que lo huele todo. Y esos ojos pequeños y agudos moviéndose de aquí para allá.

Sancho, el día que ya no podía prorrogar más su labor de buen marido, se decidía a visitarme también. No llamaba nunca a la puerta. Tachín, tachín. Casi necesitaba un cortejo de trompetas. Redoble de tambores. Abre de un golpe. Se acerca al lecho. Se queda al lado. No intenta tocarme. Me mira, con sus ojos oscuros, de arriba abajo. Los brazos cruzados detrás de su espalda. Firmes.

—¿Todo bien?

—Sí —contesto.

Y pienso: «Mi señor».

Y él: «Bien, bien». Se da media vuelta. Choca una mano contra la otra tras su espalda. Un, dos, tres, marchen.

Y luego don Rodrigo, tan gentil. Llamaba al portón, tres golpes. Y no entraba hasta que le decía: «Sí, claro, pasad». Apenas sonaban sus pasos. Se acercaba y no tenía miedo a los espacios: invadía mi territorio con la seguridad del que sabe que no va a ser expulsado. Se acercaba, me cogía la mano, me la acariciaba y todo sin dejar de mirarme a los ojos. «¿Os encontráis bien? ¿Necesitáis algo?». Y después se sentaba y comenzaba a contarme anécdotas graciosas de sus viajes, de su vida en la corte con el rey Enrique, el hermano de mi marido. De cómo cogía la carne con sólo dos dedos, de cómo mandaba que le cambiaran las sábanas todos los días y de cómo besaba a los perros. Así, por el hocico. Y me daba un beso cálido, totalmente inocente, en la mejilla. O así lo creía yo.

Don Rodrigo me recordaba a los gatos. Tan suaves, tan inteligentes. Se juntaba a mí y podía sentir la piel de su palma, que me recorría la mano y el comienzo del brazo. Y su voz era susurrante. Y los ojos verdes, Rodrigo tenía los ojos más verdes que había visto nunca.

Blanca, al contrario, se me acercaba con naturalidad y confianza. En el camino entre la puerta y el lecho hablaba, todo el rato, sin parar y no me analizaba con los ojos, ni se empeñaba en buscarme cambios ni nada de nada, porque sabía exactamente cómo habría de encontrarme. Simplemente, separaba el embozo (con más fuerza si lo había remetido mi aya), se descalzaba y, de un salto, se metía junto a mí, me apartaba el pelo de la cara, me cubría con sus brazos y se quedaba callada. Por

fin alguien dejaba de hablarme, de preguntarme cómo estaba. Y en su silencio podía por fin dormirme.

Y de pronto un día Blanca, sin saber yo por qué —que no quiso explicármelo y yo ni me atreví a preguntárselo—, dejó de ir a la cama de mi marido. Ya no tenía que aguardar su presencia. Y su olor era sólo el de ella. Se quedaba abrazada a mí, más fuerte que nunca, día y noche. Pero se dormía pronto y entonces era yo la que me quedaba sola, despierta, los ojos abiertos. Y veía al fantasma, viejo conocido, que día a día se iba haciendo más corpóreo.

La leyenda se hacía realidad y su presencia, tan cierta como las muertes que acontecerían, porque la vi, por entero, y no como la primera noche: un espectro que, a pesar de todo, bien pude haberme imaginado. Era real. Tanto como podía serlo yo.

Fue entonces cuando supe que ese castillo ocultaba un secreto que, si no averiguaba pronto, terminaría con todos nosotros. Y que, quisiera o no, tenía que escucharlo.

Fue un día normal. Blanca me había subido la comida y me la había dado, cucharada a cucharada, hasta que no quedó nada en el plato. El Quiste había entrado sorprendentemente temprano en la alcoba y, mirando a Blanca con una lascivia muy poco controlada (yo, para él, ya no era ni mujer) y tras cuatro palabras de rigor, se había vuelto a ir.

—¿Todo bien? —preguntó.

Blanca ni se molestó en contestarle.

El amor se palpaba en el ambiente.

—Largaos —dije yo desde mi cama. Que bastante es estar enferma y ver fantasmas como para tener que aguantar la compañía de los infectos caballeros de mi marido. Él, impulsado por la costumbre, se acercó y puso la mano sobre mi vientre. Como si fuera un amuleto. Quiero decirle: «Lo siento, no soy el maestro Mateo, por más que me sobéis la tripa, os vais a ir al infierno». Blanca se había despegado de mí. Y yo también lo hubiera hecho en su lugar. El olor que desprendía esa cosa porcina que sudaba por todos sus poros era nauseabundo.

—Largaos, ¿no me habéis oído?

Entonces se dio cuenta de que estaba allí y apartó por fin los ojos de mi amiga.

—¿Qué tal está el niño?

—Como vos, exactamente —contesté.

Mosquitos chupadores de sangre.

—Cuidaos —y añade—: Blanca.

—Qué hombre más acosador —murmura ella cuando por fin desaparece la última onza de grasa tras la puerta. Y respiramos.

Pasó la mañana y cayó la tarde.

Brillaban las antorchas y a mis pies alguien había tenido la feliz ocurrencia de

extender una piel de oveja a la que ni la cabeza se habían molestado en quitarle. Así que lo primero que veía nada más despertarme, y lo último también al dormirme, eran los ojos de ese bicho —o el agujero donde estuvieron hasta que alguien decidió hacer una manta con él.

Luego, al anochecer, y como todos los días, lo más parecido a no hacer nada, que en mi estado eso era lo que buscaba: la anulación absoluta. Y que me dejaran tranquila. Jugamos a adivinar el pensamiento, a las damas, a las tablas, a los reyes.

Miré por la ventana y la tormenta nocturna se había calmado. El paisaje estaba nívoo. Demasiado. Angustiaba pensar que nada pudiera mancillarlo. Incluso se oía algún que otro pájaro nocturno. Además, mi marido se había ido fuera del alcázar. Creo que de cacería o alguna actividad igual de trascendente, así que ni se oían sus gritos ni los de los pajes, que, ante la falta del señor, habían decidido tomarse un día de asueto y habían escapado del castillo en busca, me imagino, de lugares más cálidos, y nos habían dejado a las mujeres y al servicio solos, completamente.

Esa misma mañana, justo después de la visita del Quiste, habían partido montados en sus caballos. No pude más que alegrarme y no precisamente por verme libre de la presencia masculina, que tampoco soy tan egoísta, sino que con el mal tiempo que había hecho los días precedentes, las pobres bestias —y no me refiero a los hombres — apenas habían tenido la oportunidad de salir de sus cuadras y como siguieran así, no sólo tendríamos fantasmas de humanos, sino también de caballos. Y eso era lo que nos faltaba.

—Ya se van —me dijo Blanca sentada en el alféizar. Aunque yo hubiera podido suponerlo, que estaba enferma pero no sorda y la algarabía que formaban no era pequeña precisamente.

Así que pasamos un día de absoluta tranquilidad. Me leyeron y me quedé dormida. El niño, que últimamente había estado muy nervioso, también decidió darme unas horas de reposo ante lo que me esperaba. Como si lo supiera, como si desde mi mismo estómago hubiera sido capaz de prever el horror que me aguardaba.

Cayó la tarde y prendieron las antorchas. Jugamos, y cuando nos cansamos, Blanca se tumbó junto a mí y me sonrió.

—¿Estás triste? —quise preguntarle—. ¿Qué te pasa últimamente? Pero se dio media vuelta y suspiró.

—Está bien, no voy a estar rogándote, si no quieres contármelo, allá tú.

En realidad lo sabía, sabía que tenía que ver con mi marido y por eso prefería mantenerme en mi ignorancia. «Total —me dije—, pronto me iba a ir al otro mundo, ¿qué más daba?».

Y pasó el tiempo. La sangre débilmente me golpeaba en las muñecas. Blanca respiraba con la misma parsimonia con la que Eva lo hubo de hacer el primer día de la creación (aunque por dentro, y aunque yo no lo imaginara, el secreto la abrasara y

ya supiera que la traición estaba cerca y que no había de temblarle el pulso cuando la cometiera).

Y de pronto, las arcadas. De nuevo, tras tres jornadas de descanso, que las llevaba contadas.

—Ya estamos. Otra vez.

La rutina de quitarle las mantas, de apartar el cuerpo de Blanca, saltar sobre él, y sobre todos los de aquellas que duermen en el suelo. Ir de puntillas porque hace frío y ni siquiera me he echado algo por los hombros. El aire tan denso que se atraganta. O es mi propia lengua, que intenta hacer de muro. No hay guardias, ni perros. El castillo está desierto.

—Piensa en algo alegre —me digo.

Y me viene a la mente la imagen de un órgano.

Porque tengo miedo y soy consciente, aunque intente negármelo.

—Venga, Beatriz, que lo puedes hacer mejor, ¿un órgano? Piensa en las fresas, en las nubes, en el agua con hierbabuena y limón.

Pero la imagen del órgano persiste. Y quizá, me doy cuenta, sea por asociación de ideas porque hay viento, en esa sala que cruzo ahora mismo, se ha levantado el aire y me agita los bajos del camisón.

Cuánto lirismo. Así se deberían aparecer todos los muertos. Entre el frío que hacía, el aire que soplaba y las arcadas que me recorrían el cuerpo. Y ella no encontró otro momento mejor para mostrarse.

Estaba sentada en una silla. Vestía de negro (claro, ¿de qué otro color habría de vestir una muerta?). Y me miraba con unos ojos tan vivos como los míos.

—Ven —dijo. Y su voz era dulce, extrañamente. Y clara.

Yo obedecí, aunque estuviera muerta, y lo único que me pidiera el cuerpo fuera ir corriendo a mi cama y esconder la cabeza debajo del cabezal.

Es curioso, tantos años temiendo eso mismo: que hubiera alguien debajo de mi colchón, que dentro de los baúles pudiera ocultarse una presencia no deseada, que en la noche surgiera algún diablo de las sombras, y cuando finalmente sucede, me quedo quieta y no sólo eso, sino que obedezco sus órdenes. «Ven», dijo. Y yo, obediente cual borrego, fui a ponerme a su lado (hasta que pude distinguir sus olores y tocar sus ropajes, que eran tan reales como los míos).

—¿Sí? —pregunté. Y ya no quedaban ni rastros de las arcadas.

—Hola, Beatriz.

Sí, me dijo «hola». A la manera de los viejos amigos y con su voz en un tono tan bajo que apenas la oía. «Es mi muerta», pienso. Y ¿qué iba a decir yo?

—Hola.

La miro a la cara esperando encontrarle cuernos, o agujeros en la nariz como los de las serpientes, orejas picudas, o unas cuencas vacías como las de la piel de la oveja

que tengo encima de mi cama. Pero es perfectamente normal: una mujer que, de no estar muerta, no hubiera resaltado ni lo más mínimo. Bueno, exagero: era guapa. Morena, de pelo rizado y boca pequeña. Los ojos, negros, lloraban (oh, sorpresa, nunca imaginé que los muertos pudieran llorar).

Señalo una de las lágrimas.

—¿Por qué lloras? —pregunto.

—Porque estoy triste —no ha sido hiriente ni su voz cortante, simplemente natural.

«Muy inteligente por mi parte, me merecía una contestación así», pienso. Ella continúa:

—Porque estoy muerta.

¡Ajá! ¿Quién está siendo obvia ahora?

—Ay, pobre. Lo siento.

Es lo único que se me ocurre decir.

Y ella asiente.

—Pero no te creas que se está tan mal; de muerta, quiero decir.

Me siento a su lado, en el suelo. Me da igual si está helado.

No todos los días se tiene la posibilidad de hablar con un difunto. Y ella era casi una conocida, habiéndose aparecido todas las noches.

—¿No?

—No, una vez que te acostumbras, se hace llevadero. A estas alturas de la conversación, mi mente comenzó a trabajar: empecé a preguntarle lo que todo el mundo haría si de pronto un día se encontrase con alguien así.

—Pero ¿no tendrías que ir al cielo? —pregunté.

—Sí, claro. Pero con esto del albedrío que nos dio el Señor, pues me preguntaron: «¿Quieres ir?». Y yo preferí quedarme.

—¿Y eso?

No sé por qué. Fue todo así de simple. Como la misma muerte. Al poco ya me parecía que toda esa situación era normal y que, si no dos amigas, éramos por lo menos dos conocidas que se encuentran en el mercado y comienzan a charlar: qué tal la familia, el niño, su esposo. Bien, bien. Ay, no sabes...

—Ya ves, tenía todavía algún asuntillo pendiente.

—¿Ah, sí?

—Sí, descubrir cómo morí, por ejemplo.

—Claro, eso es importante. ¿Y qué tal lo llevas? —pregunté, cuando en realidad quería saber: «¿Qué tiene que ver todo eso conmigo?».

—Bueno, no va mal. Aún me quedan piezas por colocar, pero ya comienza todo a cobrar sentido. Me lo debía, ¿sabes? Por mí y por el niño —y señala mi vientre con su dedo de muerta.

—¿Por el niño? —lo cubro con mis manos.

—No, no ése, no tu hijo —se ríe y su risa es indescriptible, como un sonajero, casi—. ¡El mío! ¡El que cayó conmigo!

—Ah —asiento como si supiera de lo que me está hablando.

—Bueno, aunque siendo franca, ahora también por el tuyo, Beatriz.

—¿Por el mío?

—Sí, por el tuyo. Y por ti. Te están matando, Beatriz, por mi culpa.

—¿Quién? —pregunto—. ¿Quién me está matando?

Y sonrío, con toda su boca de muerta.

—¡Ah! ¿Tú te crees que si yo he tenido que morir para averiguarlo, te lo voy a decir así como así? No, yo ya no tengo nada que perder. Aún me quedan muchos años de vagar por este palacio y créeme que es francamente aburrido. Sólo te aviso, porque me caes bien y porque me recuerdas mucho a mí, con un orgullo tan ciego que no te permite ver qué sucede a tu alrededor. Espero, por tu bien, que no sea demasiado tarde, porque si no acabarás dando vueltas conmigo por estos pasillos. Aunque la verdad es que no me importaría, me caes bien.

Y se levantó y, echando a correr, se lanzó por la ventana (por la misma de la que cayera para morir).

Yo no tardé en seguirla, pero en dirección opuesta.

Resulta imposible describir el alivio que sentí cuando de un salto me metí en la cama. Con el embozo de las sábanas me cubrí hasta la cabeza y me abracé con fuerza a las rodillas. Temblaba. Aún recuerdo el sabor del labio cuando la sangre comenzó a gotear de tan fuerte como lo mordía. Blanca gimió levemente.

Busqué su mano, pero, reptando, se alejó de mí.

—Está bien —me decía—, está bien.

Y la noche, oscura, entrando por la habitación.

Porque ahora sabía que esa muerta y mi aya y yo misma no éramos sino partes del mismo círculo. Y que esa muerta era tan inocente como yo. Y que había alguien en ese alcázar que no buscaba sino el olvido.

Había temido estar con ella y ahora temía no volver a verla. Y esto fue precisamente lo que sucedió: nunca más vino a visitarme. Sólo yo podría sacarme las castañas del fuego y cuando esto sucediera, cuando sus palabras se volvieran hechos y el peligro, inminente, no habría nadie a mi lado.

(DEL PADRE).

Si en un principio fueron dos, al final una imagen se superpuso a la otra. Parece como si los recuerdos que vinieron después se encargaran de suplantar a los primeros, distorsionarlos o enterrarlos de un modo tan profundo que incluso ahora resulta difícil, y también doloroso, limpiarlos de la tierra que durante tanto tiempo han acumulado y sacarlos a una luz que descubre todas sus aristas. Las primeras imágenes de mi padre son borrosas, incompletas. Y sin embargo su presencia se afianza con el tiempo hasta llenarlo todo. Desgraciadamente.

Si el recuerdo de mi madre resulta distorsionado, la culpa sólo se me puede achacar a mí —y a una muy prematura desaparición—. Sin embargo, el de él, ay, qué poco tiene que ver. Mi padre se encargó de pisotear cualquier resquicio anterior a la muerte de mi madre. Su imagen siempre será parcial por más que yo, en un esfuerzo de benevolencia absoluta, consiga ceñirme sólo al pasado más lejano. Pero el concepto que nos formamos de las personas cambia con el tiempo y la imagen primigenia que pude tener de él se convirtió en la otra, en la oscura. Y puestos a buscar culpables, sólo él puede ser acusado.

Me gustaría poder hablar de Pedro como lo hacen las crónicas: privarlo de cualquier valoración, desvestirlo de cualquier adjetivo para referirme a él con la mayor inocencia posible. No existen narradores capaces de no decantarse —no aspiro a tanto, es un sinsentido—. Al hablar de un suceso, por más casual que éste sea, comenzamos a valorarlo. Es importante, y lo sé, mantenerse incólume, intentar ser lo más distante posible; sobre todo si lo que pretendemos contar se ha convertido en el eje de nuestra vida.

Ése es mi caso.

No, no pretendo juzgarlo, que sea otro el que lo haga. Al fin y al cabo, ¿de qué serviría? No creo que ese juicio pudiera hacer de él una persona más desgraciada de lo que fue y lo que es seguro es que no va a hacer de mí una persona más feliz. Si lo cuento es para, en última instancia, apartarlo de mí. Si hubiera querido perdón o comprensión, hubiera acudido al párroco y hace mucho que prescindí de él. Ya no busco redimirlo u odiarlo, ya no quiero encontrar el porqué, ni siquiera aspiro a olvidarlo. Es imposible porque forma parte de mi vida. Sería como pretender

arrancarme un brazo, una mano o algo igual de necesario. Mis recuerdos son mi yo pasado, los cimientos. Pero he de dejar de vivir en él y sólo vaciándome por completo podré volver a llenarme de algo que sea más parecido a un futuro.

Alguien me dijo una vez que las cosas importantes lo son por sí mismas, que es inútil redundar en ellas, cargarlas de descripciones que no aportarían más que una distorsión que lleva siempre a la falsedad, al ocultamiento y a la impostura. Y bastante he vivido en ella durante todos estos años. No, he de hablar de él descarnadamente, y en el fondo, aunque no sea el fin buscado, conseguiré vengarme. Curioso: la venganza a través de la verdad.

Entonces, el primer peldaño pasa por reconocer la importancia que tuvo mi padre, ni más ni menos. El segundo, hablar de él, y conocerme a mí. Porque negárselo sería ridículo, él vio en mí algo que ni siquiera intuía: el recuerdo de mi madre.

Y sin embargo, el primer recuerdo que me viene a la mente al pensar en él es su mano, grande, los dedos ásperos, las uñas mordidas, los nudillos desollados. Y el bofetón que me pegó.

Mi madre jamás nos había tocado. Y nuestras ayas, como mucho, cuando éramos pequeños y siempre en el culo. No es que fuéramos unos niños ejemplares, que más bien no, pero estábamos sometidos a una vigilancia tan continua que eran pocas las ocasiones que teníamos para organizar alguna trastada. Y cuando las hacíamos, nos cuidábamos mucho de escapar de las acusaciones, de eludir la culpa. Cuestión de sangre, supongo, no dejábamos de ser descendientes de reyes. Y pase lo que pase, nos habían enseñado, siempre habrá alguien por debajo de vosotros para cargar —con placer incluso—, decían, los fardos que no queráis. La labor de los grandes no consiste en pedir perdón. Tienen la obligación de ser consecuentes. Y si os equivocáis, habéis de rectificar, nunca diréis que fue un error, sino que era parte del plan. Lo que no se sabe no se tiene por qué perdonar. Nadie verá que habéis caído si no os ven levantaros. La debilidad es imperdonable. No lo mezcléis, niños, con la humanidad. Sed los más piadosos cuando tengáis que serlo, conceder indultos con ligereza. Esos signos no os quitarán respeto y sí os aportarán el cariño de vuestros vasallos. Pero manteneos firmes en vuestras decisiones. Un hidalgo dubitativo es como un árbol endeble, termina aplastado. Sólo aquellos que tienen fortaleza merecen gobernar. Y pedir perdón resulta un signo de debilidad. Os habéis equivocado y no sólo reconocéis que no sois infalibles, sino que admitís el ponerlos en un plano inferior al de vuestros súbditos: haciéndoles partícipes de vuestros errores, les dais herramientas para que puedan juzgaros. Mentid si hace falta, hasta el final. Si no rectificáis, siempre habrá duda de que lo que digáis o hagáis es cierto. Y la gente quiere ser engañada, sobre todo por sus dirigentes. La verdad no juega a favor de nadie, y mucho menos de vosotros mismos. La mentira es más cómoda y más segura para ellos. Y sobre todo es necesaria para vosotros.

Quizá no nos lo dijeran así, sino con otras palabras. Quizá ese discurso que tuve que aprender cuando fui a vivir a la corte del abuelo fuera en realidad implícito y no hubiera nadie que se atreviera a expresar lo que por todos era conocido. Todos mentían con una apabullante facilidad. No se inmutaban al hacerlo. Era parte de sus vidas. Me sorprendí incluso yo, que había vivido toda mi vida en un mundo de ficción construido en torno a una gran mentira, la de mi madre, la gran mentirosa — aunque lo hiciera por nuestro bien—. La verdad es que en esa corte llena de cazadores y de pedigüeños de manos largas, de hombres barbudos y sarnosos ocultos tras armaduras que pretendían decir algo de su estirpe, de mujeres embadurnadas en aceites que preconizaban un amor elevado y luego se acostaban con el caballero o porquero de turno, los maestros no abundaban —y mucho menos los de tan elevadas enseñanzas morales—. Pero la mentira era algo habitual. Ni siquiera se consideraba pecado.

Una frase que lo refleja muy bien es precisamente la que me dijo mi padre cuando sus recuerdos ya no son tan difusos, cuando su presencia se hace constante y lo siento como una amenaza y me gustaría poder olvidarlo, escapar de él, pero no puedo.

«Que no vea tu mano derecha lo que hace tu izquierda», dijo. Y mientras introducía una de ellas —no recuerdo muy bien cuál de las dos— por dentro de mi escote.

El bofetón llegó de improviso. No me lo esperaba (quizá si lo hubiera hecho, no lo recordaría ahora con tanta precisión). Fue en la cara, en la mejilla izquierda, con toda su palma abierta. El dolor se extendió desde el cuello hasta la oreja, pasando por el labio. Era un dolor cálido, lleno de rabia. Me quedé paralizada.

Y él, mirándome, como si el más sorprendido, aquel a quien el golpe y el dolor lo hubieran cogido más de improviso, fuera él. Sus ojos azules se aclararon y se abrieron, como su boca. No sé lo que le había dicho, qué tipo de contestación le habría dado o qué respuesta airada y fuera de lugar por mi parte le había hecho perder los papeles. Posiblemente me lo merecía. Pero hasta ese momento yo no había sido nada para él, su concepto de nosotros se ceñía al que le debía mi madre, como un informe breve, antes de ponerse a hablar de problemas que sólo les atañían a ellos dos. También hay que reconocer que era una época delicada, como pude saber más adelante, que estaba peleando con su padre, mi abuelo, y andaba conspirando en la sombra para conseguir derrocarlo y arrebatárle la corona. Incluso que algunos de sus más íntimos amigos habían muerto en no sé qué batalla, que el matrimonio con mi madre cada día se veía peor y que mi abuela y el cortejo de brujas —en las que incluyo a sus consejeros— que la rodeaban andaban todo el día candidata arriba, candidata abajo, para buscarle una nueva esposa.

Yo no sabía nada de todos estos detalles. Y aunque lo hubiera sabido, ¿habría servido de algo? Ya había caído. No es que su presencia tuviera demasiada

importancia en mi vida, no voy a engañarme. Nunca estaba en casa y cuando lo hacía, apenas nos prestaba atención, tan centrado siempre en su padre y sus problemas. Era como el tío que, después de un viaje, pasa para narrar sus hazañas y trae un pequeño presente que, para un niño, siempre supone una alegría momentánea en un primer instante, pero luego es sólo un objeto que acumulará polvo en un rincón.

No, en esos primeros recuerdos, no contábamos para él.

No se había metido nunca en nuestra educación. Le daba igual cómo fuéramos vestidos. Si nos preguntaba: «¿Qué tal andáis?», lo hacía por pura cortesía para con mi madre, porque ella no dejaba de invertir cientos de horas en nosotros y así conseguía darle una importancia ficticia a un trabajo que ni valoraba ni lo iba a hacer nunca. Una manera, como otra cualquiera, de ganarse su cariño. Le hacíamos gracia, no lo niego. Eramos como la planta que se riega todos los días. Te sientas, la miras y frunces el ceño si ves que está mustia y te deleitas —con orgullo del que piensa que es mérito propio, que es gracias a él que salga adelante— si le sale alguna flor. Una planta que no molesta. «Hala, a la cama», decía, sin distinguir quién era su hijo y quién su hija. Nos veía en su conjunto, en la especie genérica de hijos.

Nos contaba sus historias a la luz de la lumbre para poder recrearse en su propia voz. Por eso a veces eran inconexas y se saltaba trozos y avanzaba y retrocedía sin un orden prefijado. Por eso a veces retomaba la historia del día anterior y cambiaba escenarios y personajes a voluntad. Por eso, otras veces, las repetía punto por punto.

Nunca nos reñía, pero tampoco nos alababa ni se inquietaba si llorábamos. Convivíamos, cuando teníamos que hacerlo, con la cordialidad y la frialdad suficiente como para que ninguno se inmiscuyera en el espacio del otro: él respetaba cuando nuestra madre nos vestía y nos llevaba a misa o nos tomaba las oraciones sin acercarse. Y nosotros hacíamos lo propio cuando se encerraban en su habitación y comenzaban las risitas y los chilliditos.

Con el tiempo incluso intentó mantener alguna que otra conversación con nosotros. «Bonito tiempo, ha escampado». «Sí, la comida estaba muy buena». En fin, diálogos en los que, como mucho, todo se calificaba como bueno o malo: «La familia, bien»; «la salud, bien». Finalizado todo con un gentil «gracias», que para algo uno es noble.

Luego, los consejos: «Podrías intentar tal, o quizá fuera mejor cual». Y Juan y yo: «Gracias, gracias, padre, tiene razón». Y él se estiraba, tan magnánimo, sonriente: «Ya he cumplido por hoy», debía de pensar.

Con ese primer bofetón entré a formar parte de su vida. La sorpresa se sobrepuso al dolor. El extraño se había atrevido a cruzarme la cara. Me llevé la mano hasta ella. Y mi mano pequeña intentó cubrir todo el espacio que atravesara la de mi padre, más grande. Supongo que en mi cara había entonces un gesto simétrico al de él. Alargó sus brazos, los dos estirados, intentando tocarme, pero yo ya había dado un paso

hacia atrás. Recuerdo, es curioso, que el sol se reflejaba en su nariz y brillaba. Había perdido elegancia, de pronto, no quedaba nada de ella. Tu padre será rey algún día, me había dicho mi aya. Y el extraño, que nos visitara con despego pero con cordialidad, se revistió de un poderío que hasta entonces no tuviera. Tonta de mí, que aún desconocía la realidad: ignoraba que los reyes no van a todas partes montados en corceles blancos, que las coronas no son tan brillantes como en los cuentos y que pueden dejar de ser esos hombres galantes y apuestos para transformarse en unos viejos a los que se les ven los agujeros de la dentadura al sonreír, que protestan por las articulaciones y que se tiran pedos al levantarse del trono. Cuando me enteré de que mi padre sería rey algún día, me alegré por él como si fuera un conocido que de pronto consiguiera lo que se propuso. Era alegría, no lo voy a negar, pero no orgullo. Es ilustrativo, porque mientras veía natural que él poseyera semejante título, nunca pensé en qué lugar quedaba yo, si era princesa, infanta o qué: él era, ya lo he dicho, un elemento decorativo en mi vida del que poder presumir, pero que, sin embargo, es fácilmente reemplazable.

La alegría por él duró poco: hasta que comprendí que, por su causa, por ser precisamente rey, todo lo que me hiciera, incluso lo más antinatural, le sería siempre perdonado.

—Hija —dijo.

Y fue la primera vez que oí esa palabra en su boca. «Madre, Juan —pensé—, ¿dónde estáis?». Tenía ganas de echar a correr, encontrarlos, y a la vez deseaba quedarme allí, mirando a ese extraño que de pronto, y al llamarme hija, se consideraba mi padre. Esa palabra se convirtió en una imposición. «Vengo a recuperar mi sitio», parecía decir. «Tú eres mi hija, yo soy tu padre». Y si él reconocía lo inevitable, ¿cuánto tiempo podría yo seguir siendo sólo parte del mundo de mi madre? Nunca había querido ser mi referente, ejercer como tal. Su presencia, el lazo sanguíneo incluso, era sólo una circunstancia que apenas había hecho mella en nuestras vidas, que los dos habíamos aceptado como inevitable pero insustancial: él tenía su vida y yo, la mía.

Me sentía desconcertada, ¿por qué querría de pronto cambiar su sitio? No, no tenía espacio para él. No lo aceptaba. «Lo siento —hubiera querido decirle—, el trato no me interesa». Pero no era una transacción comercial, no una justa. Parecía un usurero que se aprovecha de su posición predominante. «¿Quieres a tu madre? —parecía decir—, bueno, pues ahora tendrás que aceptarme a mí también». Había inclinado los hombros hacia adelante, todavía intentando tocarme. El vello de los brazos le llegaba justo al final del antebrazo. Y fue por causa de esos pelos negros que retrocedí un poco más. En un mundo en el que sólo conocía la desnudez femenina —y siempre incompleta— y la andrógina de mi hermano pequeño, la certeza de que existían otras formas desconocidas y no sólo eso, sino incluso

repugnantes —aunque sólo fueran esos pelos tras los que no podía intuir nada más—, hizo que me sintiera de pronto confusa y asqueada. Era otra especie, muy diferente a lo que yo conocía. Una carne cubierta de pelos negros, unos dedos ásperos, gruesos como garras, y unos ojos que te rastrean por dentro y por fuera en los cuales es difícil adivinar qué hay detrás. O acaso lo sabía tan bien que por eso retrocedí todavía un poco más.

Él me había reconocido, «hija», había dicho. Y a pesar de que no había utilizado ningún posesivo, un «mía» que incluso habría podido quitar rotundidad al «hija», había esculpido, así, de pronto, la marca del cantero en mi cara. Pedro lo hizo, parecía decir el sonido del guantazo que aún resonaba en mi oreja izquierda. De pronto formaba parte de sus propiedades. Y con su mano extendida, sólo parecía estar deseando asir aquello que le pertenecía.

Es difícil imaginar qué hubiera pasado si en ese momento yo llego a hacerle frente. Negar que tenía poder sobre mí, humillarlo en vez de quedarme mirándolo atraída como atraen siempre las cosas repugnantes. Puede que sólo hubiera conseguido prolongar un poco más mi libertad y que de todos modos hubiera terminado imponiéndose, al fin y al cabo, él era dueño y señor y podía disponer a su antojo. Pero no quiero evitar pensar que quizá todo hubiera sido diferente y negando su papel en mi vida, impidiéndole la entrada o expulsándolo de un modo tan brusco como el que él había utilizado para hacerse un hueco en mi rutina, hubiera conseguido cambiar un futuro en el que ese primer «hija» pronunciado con una cierta culpabilidad sería sustituido por otras palabras que aún me duele recordar y en las que la culpabilidad no aparece ni remotamente.

—Beatriz —dijo.

El pelo le caía por los hombros, salvaje. Y toda su postura, tan quieta, parecía en tensión.

«Hija, Beatriz». Sus palabras. Con la primera demostraba que ya era suya, que le pertenecía. La otra me confería una entidad propia. Ya, por más que quisiera, nunca sería parte del colectivo niños: «Por favor —habría dicho—, llevaos los niños a acostar». Y nuestras ayas, sumisas, nos habrían cogido en bloque y en bloque nos habrían desnudado. No, Juan se había convertido en hombre y yo, en mujer porque con su sola mirada y con dos simples palabras mi padre me había definido. «Y Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente». Si Dios se valió de su aliento, mi padre, llamando con un nombre que en realidad me había pertenecido toda la vida, me otorgó una nueva entidad. De nada me serviría intentar ampararme en mi hermano, buscar confundirnos de nuevo carne y huesos, ser uno otra vez para que nadie pudiera distinguir dónde comenzaba yo y dónde acababa él. Ni siquiera, y lo sabía, podría refugiarme en mi madre. «Hija», había dicho para unirme a él. Y «Beatriz».

Como quien dice: «Lázaro, levántate y anda, no mires atrás porque nadie te va a acompañar, ya no tienes a nadie que te indique el camino».

Lo veía con los ojos del descubridor. Y sólo él estaba nítido, con la mancha del sol brillando en su nariz, con esos pelos negros que, como cuerdas, ascendían por su brazo hasta perderse en la manga, con esos hombros tan anchos, echados hacia delante con la decisión del que quiere algo y sabe que lo puede obtener. El resto del paisaje se desdibuja en mi memoria: podría haberme pegado en el jardín, en el convento, en las lindes del río. Podría haber sido la mañana o el atardecer. Todo lo que no fuera él, su figura, sus actitudes o mis pensamientos, aparece confuso en mi memoria (acaso pertenecen a aquellos recuerdos que quise borrar y conseguí hacerlo).

A pesar de todo, recuerdo tan claro como si lo viera ahora que una gota de sudor se deslizó por su frente hasta su mejilla donde el comienzo de la barba comenzaba a despuntar, dejando tras de sí un rastro viscoso. Las mejillas, tan prominentes, rodeando esa nariz aquilina que parecía que te apuntara siempre, acusadora. Y la gota, centro total de mi atención, una especie de refugio porque me permitía evadirme de esos ojos que no dejaban de mirarme, con fijación. Esos ojos que de pronto descubrí que eran almendrados igual que los de mi hermano y que, sin embargo, miraban de un modo tan diferente (y tan atrevido).

Replegó la mano que hasta entonces me tendiera y se la quitó de la mejilla con un movimiento brusco (la humedad se extendió hasta el comienzo del cabello). Y entonces, lo curioso es que ya no deseé echar a correr, sino quedarme clavada allí mismo, hundir mis piernas en la tierra. Y comencé a llorar. Su mano ya no se detuvo. Avanzó los tres pasos que lo separaban de mí y recogió una de mis lágrimas entre sus dedos.

—Hija —volvió a decir.

Fue, creo recordar, la única vez que lloré hasta que sobrevino la muerte de mi madre (en la que las lágrimas vencieron; fue superior a mis fuerzas, y aún me lo reprocho). Aquella gota de agua que cogiera entre sus dedos y que luego, si la memoria no me falla, se llevara a la boca; y sin yo quererlo, nos habían unido y sólo manteniéndome firme podría alejarme de él. Sólo así podría volver a estar más cerca de mi madre. No había medias tintas. A mis padres era imposible quererlos por igual. No lo permitían. Un cariño excluía al otro. Eran demasiado posesivos, vivían demasiado dentro de su realidad individual, como para poder compartir nuestra filiación en partes alícuotas. Y a pesar del amor que se tuvieran —que no pienso cuestionar—, les resultaba imposible concebir que nosotros, criaturas ajenas a ellos dos, pudiéramos quererlos de igual modo, en justa proporción. O eras de uno o lo eras del otro. Es lógico imaginar que su cariño entonces era paralelo: ellos querían a uno u a otro, por entero, por más que Juan y yo intentáramos cambiarlo. Mi madre a Juan,

mi padre a mí. Un círculo tan vicioso como absurdo porque al final todo caía en saco roto.

Y esta reflexión, que tan dura puede parecer («Honrarás a tu padre y a tu madre», lo sé), no sólo me la hice yo, sino el propio Juan, quien, por más que lo intentara, no conseguía que nuestro padre posara su vista en él más de unos instantes. «Padre —le decía—, mira lo que he hecho». Y el otro: «Sí, sí, claro, claro, lo que tú digas».

Fue desde el bofetón cuando mi madre se alejó definitivamente de mí. Y no es que cambiara su actitud. Siempre tan rotunda, tan correcta. Seguía rezando conmigo como había hecho hasta entonces, y enseñándome modales. Incluso cuando me tropezaba o buscaba consuelo por cualquier rabieta, me acogía entre sus brazos y me decía, como hasta siempre había hecho, «no ocurre nada, ya pasó». Pero eran sus caricias mucho más breves y más mecánicas. Era la inflexión de su voz, tan monocorde aun cuando buscara consolarme, era cómo se echaba ligeramente hacia atrás cuando la rozaba, lo que me hizo saber que mientras mi padre había ignorado mi presencia, había tenido todo su cariño, pero que una vez que él había decidido entregarse por completo, ya se suponía que tenía mi carencia emocional completa y ella podía dedicarse a Juan. Su cariño hacia mí, sin dejar de ser aparente, se había acabado. Sin posibilidad de modificación. Un niño se da cuenta.

Todo esto sólo ahora puedo plasmarlo, entenderlo. En su momento era algo que me desconcertaba por completo. A pesar de que viviéramos solos, alejados de cualquier tipo de familia que podría clasificarse como convencional, algo en mí me decía que no era normal, que en nuestras relaciones, las de los cuatro, había algo raro.

De la noche a la mañana mi madre me rechazaba, educadamente, como hacía con cada uno de sus protegidos cuando veía que sus penas se alargaban demasiado y ella tenía otros menesteres de los que ocuparse. Era inútil el haber protestado, haber reclamado mi inocencia: el mal ya estaba hecho. No entendía las causas, el porqué de todo ese maremágnum de sentimientos encontrados: yo corriendo detrás de mi madre y mi padre pisándome la sombra. Juan detrás de él y mi madre: «Juan, Juanito, ven conmigo». Era más bien, se me ocurre ahora, una carrera en la que sálvese quien pueda y en la que no hay direcciones marcadas y sólo cuando chocas con otro de los participantes, te das cuenta de su presencia, de que no corres solo. (Aunque la única dirección posible fuera el precipicio al que todos nos encaminábamos).

Sólo mucho tiempo después he comprendido que no existen familias perfectas como no existen amores perfectos. Somos egoístas y mi núcleo familiar representaba ese egoísmo en su máxima esencia. Sólo nos preocupábamos de nosotros mismos y sólo fijábamos la vista en el otro (mi padre en mí, yo en mi madre, mi madre en mi hermano, mi hermano en mi padre) cuando éste podía suplir nuestras ausencias.

Seguíamos un código perfectamente definido. En esa búsqueda de la complicidad, sabíamos interpretar cualquier gesto.

Y a pesar de mi corta edad, entendía que lo último que debía hacer en el mundo si quería mantener alejado a mi padre era llorar.

Llorar era un gesto de complicidad que no quería volver a tener con él. No iba a volver a ser débil en su presencia, palabra. «Aguanta», me decía. Y aunque no estuviera en casa, porque se encontrara cazando o gestionando esos asuntos que tan importantes eran siempre, si me sentía al borde del llanto, me lo prohibía tajantemente. «No has de llorar, Beatriz». «¿Cómo si no —pensaba— podría fortalecerme lo suficiente como para no hacerlo cuando él se encuentre aquí?». «Quien cae una vez vuelve a repetirlo», pensaba.

Así que si por ejemplo él me veía tropezar mientras jugaba con mi hermano, se apresuraba hasta donde estaba y me preguntaba: «¿Te has hecho daño?». Yo contraía los labios y me levantaba. «No, padre, no se preocupe». Y él, decepcionado, volvía donde mi madre cosía (en ese pórtico que tanto recuerdo, sedente, reclinada sobre su costura y allí, su figura tan guapa, tan inaccesible). Ella levantaba la cabeza y sus ojos vagaban desde donde yo estaba, con indiferencia, hasta los de él. Y ya el gesto no era diferente, o por lo menos así me lo parecía: una mezcla de reproche y de comprensión.

Desde que mi padre reparó en mi existencia, el proceso de acercamiento había sido cada vez más constante y sin duda más insidioso. «¿Estás bien?», solía preguntar. «¿Quieres algo?». Y yo: «No, no, gracias —reverencia, reverencia—, todo bien, padre».

Y su sonrisa dibujada tras una barba en la que escondía la cara de mi madre cuando creían que no los veíamos y la cogía por su cuello y buscaba sus labios (luego, mi madre, con la barbilla roja y una sonrisa tonta). Y mi madre: «Qué bueno tu padre, siempre tan preocupado por ti» (y en su tono no encuentro ninguna acusación velada, es una voz neutra, porque yo ya no pertenezco a su círculo, nuestra relación, la de mi padre y la mía, nos pertenece únicamente a nosotros). Y Juan tuerce la boca porque, que yo sepa, Pedro nunca le ha preguntado si estaba bien o si quería algo.

Un año antes de la muerte de Inés, nació Dionís. De cuatro, pasamos a ser cinco. Y el círculo familiar y sus relaciones se hicieron todavía más complejas. El equilibrio inestable en el que nos habíamos mantenido hasta entonces, el limitado círculo en el que corríamos sin mayor problema —porque incluso a las pequeñas rozaduras e incomodidades se terminó acostumbrando el cuerpo— saltó por los aires cuando apareció la palanca que era mi nuevo hermano pequeño. No fue un cambio radical —aunque, a la larga y visto con la perspectiva del tiempo, sí que pudiera parecerlo—, sino paulatino, un proceso en el que cada uno definió claramente su postura y, como en un acuerdo tácito, fueron menos permitidas las injerencias en las relaciones de los otros: Juan era de mi madre, yo, de mi padre y Dionís, el fardo que pasaba de brazo

en brazo hasta que alguien decidiera en qué lugar habría de situarse (alguien que pronunciara su nombre y dijera: «Hijo», reclamando su propiedad).

Los nueve meses anteriores mi madre se los había pasado postrada en cama. «¿Qué te sucede?», le preguntaba Juan. Y ella: «Un regalo de Dios». «Pues menudo Dios —pensaba yo—, que te hace vomitar, te impide dormir por las noches, te ha hecho estar hinchada como un odre». «Mira, Juan —decía—, pon tu mano aquí». Y él: «Se mueve, se mueve».

A mí nunca me invitó. Nunca me dijo: «Ven, Beatriz, pon la mano sobre mi vientre, es tu hermano».

Sin embargo, mi padre me cogía en brazos, me aupaba en sus hombros y me llevaba al río, me enseñaba las pieles de los animales que cazaba, adiestrar a los alanos, cómo orientarse en el monte. Me mostraba incluso cómo se utilizaba un arma. «Agárrala con firmeza», decía. «Mantente recta en la montura». «Golpea con decisión el estafermo». «Es un animal, Beatriz, están hechos para morir, no han de darte pena».

Abandoné la costura. «Tengo que hilar el ajuar», decía a mi padre. Y él me miraba con el desprecio del soberbio: no es que menospreciara este tipo de deberes femeninos como otros de sus amigos o incluso su propio padre, sino que lo que en realidad le dolía era no saber hacer algo. Cambiante y caprichoso: todo tenía que probarlo y todo tenía que salirle bien a la primera. Si no era así, montaba en cólera consigo mismo y lo pagaba con los demás. Si he de ser justa, la inteligencia de mi padre era mayúscula. Podía hacer lo que se propusiera. Un ser brillante para cualquier tipo de deducción o estrategia. Eso sí, a la hora de comprender al hermano, se encontraba con un escollo insalvable: consigo mismo. Juzgaba los comportamientos ajenos a través del suyo propio. Sólo consideraba aceptables los fallos que él mismo pudiera cometer. Despreciaba al inútil, al que malgastara sus talentos, al inconsecuente, al cobarde, al que, pudiéndose medir con él, prefería no hacerlo. Del mismo modo que sólo entendía que se pudiera dedicar el tiempo a las actividades que él creía imprescindibles. Todo lo demás resultaba una pérdida de tiempo. Su inteligencia sólo era comprable a su testarudez. Ahora bien, que los asuntos en los que la empleara no fueran del todo aceptables, que los propósitos que se hiciera —y que por regla general siempre conseguía— fueran oscuros e hicieran daño a los que lo rodearan, eso ya es otro cantar.

—No te preocupes, Beatriz, que el día que lo necesites, tendrás el mejor de todos.

Sin una madre de verdad, sin un referente femenino más allá de los hoscos comentarios de mi aya —que a pesar de su buena intención y de todo el cariño que le pudiera tener, no era precisamente el mejor ejemplo para una niña que se supone que habrá de llegar a ser alguien en su país—, me transformé en lo que en realidad tendría que haber sido mi hermano.

Yo era casi como un mozo de cuerdas, un paje como otro cualquiera. Pero él (y esto supongo que tampoco se lo perdonará nunca), tras ocupar el vacío que había dejado su hermana, aprendió a leer y a escribir e incluso a tejer y a rezar en voz alta con la voz atiplada que cualquier señorita debiera poseer. Sus gestos adoptaron la languidez y la cadencia que a mí me faltaban. Incluso sus facciones se suavizaron y sus manos eran largas y finas mientras que las mías, llenas de costras y de raspones, parecían más bien las de un cocinero.

Juan, el niño que aprendió a ser mujer en todos los sentidos.

El día que mi madre se puso de parto, sorprendentemente, quiso que los dos estuviéramos con ella. Mi padre, a pesar de que la costumbre aconsejaba que esperara fuera, decidió quedarse y no había nadie allí con la autoridad suficiente como para rebatirlo y obligarlo a salir de la habitación. Hacía un calor sofocante. La chimenea ardiendo (mi padre apoyado contra una de ellas, el codo izquierdo en la repisa, la cabeza inclinada hacia atrás, los ojos entornados que vagaban de un lugar a otro de la habitación). No recuerdo cuántas personas habría allí atendiéndola, serían cinco o seis, a lo sumo, entre el sacerdote, las damas y la partera. Pero, llegado un momento, a mí me pareció que sólo estábamos nosotros cuatro. Tanto es así que, si puedo reproducir nuestras actitudes, sería incapaz de describir cómo fue el parto en sí, quién hizo qué, cuáles fueron los consejos de la comadrona, qué oraciones nos hicieron rezar. No recuerdo la sangre o los paños mojados. No recuerdo el olor a brea de las lámparas, el incienso. Ni siquiera recuerdo cuál fue la cara de mi hermano al nacer.

Veo, por ejemplo, como mi hermano la miraba horrorizado mientras la mano de ella retorció la carne de su brazo. Veo la boca de ella gritando, las piernas separadas, el cuello tan largo, estirado como el de un caballo que intenta llegar a la rama de un árbol. Veo la cara de mi padre, sin inquietud o ansiedad, mirando a mi madre y luego a mí con ojos circunspectos, la sonrisa de satisfacción del que se ha salido con la suya. Me recuerdo a mí, paralizada en mitad de la sala, dudando si acercarme a la silla de partos o a mi padre o quedarme allí, mirando cómo mi madre se retorció. Y ella lloraba. Sí, las lágrimas que le faltaron el día de su muerte le rodaban cara abajo. Sufría. Y resulta paradójico que padeciera más en el momento de traer a la vida a un nuevo ser que viendo cómo le cortaban su cabeza con tanta facilidad. Así es la muerte, supongo, siempre más rápida que la vida.

Y de pronto, el niño que ya había nacido comenzó a llorar.

Y nosotros, que hasta entonces pareciéramos estatuas, salimos de nuestro letargo.

—Es un varón —dijo la comadrona.

Y todos: «ah», con indiferencia, porque en una familia donde los papeles estaban invertidos, ¿podía importar realmente?

Dionís no tuvo tiempo de trastocar nada. Sólo conocería a mi madre por lo que le contaron de ella. Y mi padre tampoco quiso ocuparse del pequeño. Al día siguiente de

la muerte de mi madre, lo mandó a vivir con su ama de cría. Después, cuando ya no tenía edad para estar con ella, encargó su educación a los mejores maestros —eso sí—, y lo olvidó. Nunca dijo: «Dionís, hijo». Y Dionís fue siempre el niño huérfano de padre y de madre, sin comprenderlo ni poder evitarlo porque nunca supo de las reglas del juego. Posiblemente él se buscó otros modelos (no creo que nos reconociese incluso como sus familiares: se cambió incluso el apellido, borró su estirpe paterna y renegó de la materna). Y he de decir, aunque no me enorgullece, que yo tampoco le hice demasiado caso. Ni siquiera cuando vivía con nosotros. Era, ya lo he dicho antes, el elemento que ayudó a definir más nuestros papeles dentro del juego familiar (aunque al hacerlo su figura se desdibujara hasta perder cualquier sentido).

La sala de parto era, por fin me daba cuenta, un lugar desordenado, de atmósfera agobiante. ¿Cuántas horas habíamos estado allí encerrados? Olor a sudor, a sangre, a leche rancia —aunque esto último no sé si es sólo una asociación de ideas al recordar los pechos hinchados de mi madre—. Y todos: «Felicidades, felicidades». Y el cura: «Deo gratias» y bla, bla, bla. Y mi padre: «Sí, un placer». Todo tan impostado, tan ficticio.

Seguía allí y mis ojos buscaban un horizonte más allá de la ventana. Quería salir de la estancia y a pesar de que fuera llovía, alejarme, esconderme al otro lado de la pared, lejos de la jofaina en la que la sangre se mezclaba con agua y con ese líquido blanco que nació después de mi hermano (como las primeras gotas de leche sucia al ordeñar una vaca). Me sentía apresada. Y la chimenea escupía humo y, apoyado en ella, mi padre sonreía con falsa placidez a quienes se le acercaban para darle la enhorabuena. Había tenido un hermano y eso me hacía sentirme menos hija todavía. Me desconcertaba esa cosa rosa de la que todos decían: «Qué guapo», «qué bonito, es como el sol» (¿cómo puede ser esa carne roja como el sol?).

Mi madre, todavía sentada en la silla de partos, había echado la cabeza para atrás enseñando su nuez, el comienzo de sus camisas, todas manchadas. Tenía los ojos cerrados y su respiración era tranquila. Las piernas abiertas todavía, las manos entre ellas, flácidas. Y Juan a su lado. Atento a cualquier gesto, acaricia el lugar en el que ella se había aferrado hasta entonces. Y su cara es de dolor.

Nadie ha preguntado por el niño. A nadie le importaba. De hecho, creo que incluso se lo llevaron para bañarlo y nadie se dio ni cuenta.

(DEL HIJO).

Morir. dicen que es un trámite. Que duele más la vida que la muerte. Yo soy la perfecta dolorosa porque siempre me gustó ese sufrimiento que es la vida. Aunque, he de reconocerlo, hubo momentos en los que decidí que ya no podía más (y si no me maté, fue porque la Providencia no lo quiso). Y otros en los que fue la propia vida la que intentó acabar conmigo.

«Hala —me dije—, se acabó lo que se daba. Ya no puedo más. Ahí se queden todos. Sí, estoy media muerta. Y ese fantasma absurdo, pues también, que dentro de poco podrá explicarme a qué vino todo ese número de la ventana».

Y luego los pensamientos elevados: «Dios me quiere con él, es inútil seguir luchando (es casi una ofensa). Sé buena cristiana, Beatriz, déjate llevar».

Y luego los pensamientos altruistas: «Qué bondad en la muerte», me digo. «Por lo menos, así Blanca y Pedro podrían ser felices y tener bastardos, decenas de bastarditos que los cuiden cuando estén viejos y se les caiga el moco a la hora de masticar» (pero a Pedro, aunque no lo supiera, sólo le quedaba otro año de vida y sería yo, y ese hijo tan legítimo como indeseado, quienes lo enterráramos).

Y finalmente, los pensamientos vengativos: «Bueno, pues este niño del demonio se viene conmigo. Así, los dos juntos, como en vida. Ja», me río. «Y con el paso de los años nadie sabrá que pudo haber nacido y todo este dolor que ahora siento se convertirá en cenizas también. Ni de lápida dispondrá. Será un niño, o una semilla, o una larva. Condenado al olvido más absoluto. Será mi venganza —me dije— por todos estos meses en los que se ha deleitado en hacerme vomitar. Quit pro quo. Los dos compartiendo féretro, por los siglos de los siglos. Y cuando llegue el juicio final, también. Porque tú, querido hijo, ni siquiera llegaste a existir (sólo yo viví tu vida).»

Me pregunto: «En la otra vida, las mujeres que murieron sin dar a luz, ¿llegarán a hacerlo?». Y como estoy tan enferma, soy yo la que me contesto. Y la respuesta es que no, porque no hay parto sin sangre y no me imagino un cielo lleno de partos sangrantes, ni niños llorones y mucho menos a nuestro Señor preocupándose en limpiar los pañales. ¡Qué horror de eternidad sería si no!

Y es que, lo reconozco, mi cultura es limitada. No sé cuándo se resucita: si tras la muerte o al final de los tiempos (aunque creo que una vez muerta, tampoco estarás

para plantearte ese tipo de cuestiones). Y luego eso de la resurrección de la carne ya es otro cantar.

Una vez le pregunté a un sacerdote que, llegado ese momento, cómo sabría Dios dónde se encontraban todos los huesos de los santos, si nos dedicamos a desperdigarlos por ahí. Pero, claro, yo era pequeña y no entendía bien eso de la omnipotencia y de la fe ciega. El sacerdote, que creo recordar que era un obispo, se recostó en su sitial púrpura, cruzó sus dedos largos sobre el pecho y me dijo: «Ah, niña, malo es que pienses, que te hagas preguntas, pero ¡ni se te ocurra cuestionar la religión!». Y yo: «Padre: que no la cuestiono, que sólo quiero comprenderla». Y él, como siempre hacía en esos casos, sacó a relucir el tema de que si cuestionaba a Dios, a sus dogmas, a su fe (amago de protesta, desisto), ¿cómo podría entrar en el reino de los cielos? Y yo, voz compungida, cabeza entre los hombros: «Claro, padre, soy pecadora». Y él, tan benevolente: «Toma, niña». Y me da un trozo de hueso de santa Cecilia en un escapulario. «Para que cuando quieras dudar —añade—, que el señor te guíe.» (Y me pregunto qué clase de oficio tendrá el que se dedique a hacer los escapularios con los huesos de los muertos).

Fue uno de los primeros regalos que le hice a Blanca. Aún me emociona pensar en la cara que puso. Me preguntó:

—¿Qué es exactamente?

Lo cogía sobre la palma como si quemara, pero la curiosidad terminó vencéndola.

—Creo que un trozo de santa Cecilia —le respondí—, de la pierna, me parece. Pero trae, que te lo pongo.

Y se lo anudé al cuello.

Así que, durante mi convalecencia, cada vez que se agachaba a mi lado, podía ver cómo la cadena rodaba esternón abajo y se quedaba colgando frente a sus senos, a la altura de mi nariz.

Además, cuando andaba, tintineaba como la campanilla de un becerro, así que podía saber en todo momento y con toda certeza dónde se encontraba. Y durante aquellos días en los que estaba en las últimas, Blanca, con su escapulario de santa Cecilia, no estuvo junto a mí. De no separarnos ni un instante, Blanca desapareció casi por completo.

Aunque el cambio se produjo bruscamente: de pronto, sin motivo aparente —todavía—, ya no estaba; en ese momento me pareció que mediaba un decurso lento, de muchos días. Sus visitas habían sido, para mí, como las de un río que se angosta en verano, poco a poco. Cuando en realidad se había producido, como suele decirse, de la noche a la mañana. Venía, es cierto, a darme todos los remedios posibles, a colocarme los cojines, a cambiar el fuego del brasero y a preguntarme: «¿Qué tal estáis? ¿Necesitáis algo?». Pero incluso en esos momentos había una nueva

entonación en sus frases —que incluso yo, en mi estado, pude percibir—, a la que, sin haber disminuido la inquietud al hacerlas, se había sumado un tono que luego, con los años, clasifiqué de tristeza. Pero esa tristeza sólo sería comprensible, por entero, tiempo después. En aquellos momentos su actitud me irritaba profundamente: creía ver, aunque me equivocara, cierto victimismo. Y esto me enervaba.

—Vamos a ver —le dije un día—, ¿me vas a contar lo que te pasa o vas a dejar que me muera sin habérmelo dicho?

Y ella parpadea tres veces, se tira de la manga del vestido.

—¿Perdón, señora?

—Mira, Blanca, creí que a estas alturas ya nos conocíamos lo suficiente como para no tomarme por tonta.

—No, señora, claro que no.

—Entonces, ¿me vas a decir de una vez qué te sucede?

—Yo, señora...

Y en su voz, por primera vez, había vacilación. Y claro, quizá si la hubiera dejado terminar de explicar lo que en el fondo estaba deseando contarme, todo hubiera podido acabar de un modo muy diferente y tantas muertes y tantas citas absurdas hubieran podido evitarse. Pero yo, y sirva como eximente, estaba cegada por mi propio dolor —¡que me estaba muriendo!.

Y no podía centrarme más que en intentar localizarlo. Y la que yo creía mi mejor amiga de pronto no sólo me escamoteaba su compañía, sino que se dedicaba a engañarme.

—¿Es por tener que hacerte cargo de mí? ¿Es eso, Blanca?

Y ella, que ya se ha recuperado de ese momento de vacilación en el que a punto estuvo de contarme su secreto, contesta:

—No, señora... Sí, señora.

—Bueno, en qué quedamos.

—Que no me molesta cuidaros, que lo hago encantada, pero es que, señora, ¡os estáis muriendo!

En fin, que no se puede ser más franca.

—Sí, Blanca, me muero —como si no hubiera quedado lo suficientemente claro.

—Y yo no puedo veros así.

Y yo, que estoy deseando creerla, rompo a llorar y me inculpo por haber llegado a pensar que me ocultaba algo que va más allá de la preocupación y de la angustia de ver una moribunda como yo.

Estoy débil, sólo quiero dormir y entre sus brazos, que huelen a vainilla y a naranja, uno se siente reconfortado.

—Me quiero morir —le digo—, no aguanto más.

Y mientras lo digo, algo se me deshinchaba en el pecho.

—No digáis eso.

—Estoy cansada, Blanca, me quiero morir. No tiene sentido mi vida —trago saliva, me duele al hacerlo.

Se ríe un poco, su risa también me duele.

—Señora, tenéis más motivos para seguir viviendo que ninguna otra persona que conozca.

Me revuelvo: ¿cómo se atreve a cuestionar mis pocas ganas de continuar con esta existencia?

—¡No! —grito (o por lo menos creo hacerlo)—. Voy a morir, Blanca, tengo que hacerlo. Nada tiene sentido. Es mejor así.

Me aprieta más contra su pecho, que es blando, y me pasa la mano por el pelo, supongo que esquivando las calvas. Así, entre la tela de su traje y su piel, tan cálida, no puedo verle la cara: es imposible saber lo que piensa.

—No digáis eso, señora.

Y su tono es también neutro. No desvela nada (aunque de todos modos estoy centrada sólo en mí misma).

—No, no puedes comprenderlo, ¿verdad? A ver, Blanca, que me quiero morir.

Silencio.

—¿Tienes una idea de lo que es el sufrimiento? ¿Sabes acaso lo que es la agonía, con mayúsculas?

Porque yo, como todo enfermo, creía que mi dolor era único, que sólo yo podría experimentarlo.

—No —contesta—, no lo sé.

Pero yo sigo:

—¿Sabes lo que es tener un hijo que te chupe las pocas fuerzas que te quedan?

—No —contesta resignada, tras unos momentos de vacilación.

—Y luego ese dolor, dentro, tan dentro que no sabes de dónde viene. Y que prefieres el dolor físico, clavarte un cuchillo, lo que sea, para distraerte, porque es tan grande que, si no estuvieras postrada en cama como estoy yo, saltarías, pegarías a alguien —en realidad, descubro, tengo ganas de abofetearla— o te tirarías por la ventana.

Y ella, que no dice nada.

Me callo yo también.

Y las lágrimas.

—Blanca —digo por fin—, ayúdame a morir.

—¿Qué? —carraspea. Se echa hacia atrás, mi cabeza, tan pesada, va con ella.

—Sí, que me ayudes, que eres la única que puedes hacerlo.

—No entiendo.

Y yo me desespero. Dios, Blanca, que eres inteligente, ¿de otra forma quieres que

te lo pida?

—Que me ayudes a salir del frasco.

—Del frasco...

Me armo de paciencia. Va a ser más difícil de lo que parecía.

—Sí, Blanca, que me ayudes a empuñar el puñal, que me des el veneno, que me mates.

—Ya lo había entendido.

Su mano, ahora quieta sobre la cabeza. La mía busca mi vientre abultado.

—Bueno, ¿y?

«Eres mi dama —pienso—, tienes que hacer lo que yo te diga».

«Y eres mi amiga, tienes que hacer lo que yo te diga».

—No sé, ¿está segura?

—Cómo no voy a estarlo. Tú crees que te levantas un día así y decides, bueno, venga, que la muerte se está demorando mucho, qué pesada, y a mí, que me placía morir hoy... ¿Tú crees que me mueve el ideal estético: que he pensado que tal día o cual día quedaría muy bien escrito sobre mi lápida?

—No, no, claro —su tono es inquieto, levanto los ojos y los suyos no me miran, sino que vagan de un lado a otro de la habitación.

—¿Entonces?

—¿Y el niño?

Ya estamos con el niño.

—¿Qué niño? —me mira la tripa hinchada—. ¡Ah! Ése... Bueno. De todos modos, no tendría fuerzas para dar a luz. Nacería muerto. Y ¿para qué hacerle pasar por ese trámite tan engorroso de salir aquí, a este valle de lágrimas, pudiéndose quedar para siempre donde está?

Y luego se equivoca y se sonroja.

—Y vuestro marido.

—Bueno —contesto sin molestarme—, seguro que se apaña. Hasta ahora no creo que mi vida le haya sido demasiado necesaria. Seguro que busca a otra.

Y comienza a llorar y, aunque no llore por mí, sus lágrimas me mojan el pelo.

—No lloréis, que tampoco es tan difícil, que todos hemos de morir antes o después y que está el cielo esperando. Y que mira, que mucho mejor llegar antes. Siempre preferí los caminos rectos.

—Pero, señora —responde—, si os quitáis la vida, no iréis al cielo.

Siempre sacando pegos.

—Y yo tampoco —añade.

«Menudencias», pienso. Si hay algo que de toda la vida me fastidió, fue tomar una decisión y que todos aquellos quisquillosos que me rodeaban se dedicaran a buscarle problemas.

—Mira, Blanca, si yo ya me estoy muriendo. En realidad, sólo ayudaríamos a Dios, aceleraríamos su trabajo. Con la cantidad de almas que habrá de llevarse diariamente al cielo, seguro que hasta nos lo agradece.

«Suenan mal —pienso—, tengo que buscar más argumentos. O me dejará seguir viviendo».

En realidad querría hablarle de los beneficios que tendría para ella mi desaparición, decirle: «Mira que cuando yo me vaya tendrás a mi marido, ese “gran conde”, para ti sola, con todo su condado y con toda mi dote, todavía sin tocar. Lo tendrás entera para ti, sin hijos engorrosos, sin amantes ni mujeres legítimas (sólo alguna que otra mujer de buena vida, que ya sabes cómo es). Y podrá hacerte su mujer porque con los tiempos que corren ahora cualquiera puede ser mujer de un grande (y te lo digo yo, que de eso sé bastante). Y podrás despreciar al Quiste por ti misma. Insultarlo si gustas. Y podrás quedarte con todas mis cosas, si quieres, porque lo dejaré en mi herencia: todo para ti, para Blanca, la amiga que me ayudó».

Pero no los encontré, no aquellos que no me avergonzaran.

En realidad, Blanca tendría que haber aceptado. Yo, en su lugar, lo habría hecho.

—No, señora, no vais a morir. Yo voy a descubrir qué os pasa y vais a salir de ésta —me ha cogido la cara con las manos y me mira fijamente.

—Tenéis que hacerlo por el que viene en camino. Y por vos, tenéis que hacerlo también por vos. Y por mí y por todos los que pueden llegar a necesitaros.

«Este discurso —me pregunto—, ¿a qué viene?». Ya me he enterado de que no quiere acabar con mi vida. Pero, encima, que no me sermonee. Sigue, y parece querer convencerse a sí misma:

—¿No veis que sólo es cansancio? Os duele, sí, pero eso quiere decir que os estáis curando, que algo de lo que habéis tomado va a salvaros.

Está bien, lo que me faltaba: ahora resulta que el dolor cura.

—Beatriz —me toma la mano—, prometeme que vais a sacaros esa idea de la cabeza.

Una mosca enorme. Blanca es una enorme mosca. Sólo le falta frotarse las patas. «Qué vergüenza —pienso—, todavía no me he muerto y ya está revoloteando a mi alrededor».

—¿Cuál? ¿La de matarme?

—Sí.

Me coge la cabeza con más fuerza, hasta que los dedos se hunden bien profundos en mis mejillas. Me hace daño.

—Está bien —miento.

—Bueno, pues voy a traeros un vaso con leche —en el que sé que echará sus potingues, esos con los que quiere curarme—. Pero mientras tanto, me voy a llevar vuestra daga. Intentad dormiros.

Y ¡claro que me dormí! ¡Si por lo menos tardó tres horas en traerme el vaso de leche prometido!

El autoengaño siempre me ha parecido la política más poderosa. En eso consiste la manipulación, a mi parecer. La meta de cualquier gobernante es, sin duda, obligar a pensar a sus súbditos que todo lo que hacen es siguiendo sus impulsos interiores. Sois vosotros los que lo quisisteis, me lavo las manos. Y Dios, para mí, por lo menos en esa época, era el perfecto manipulador (o por lo menos ésa era la visión que quería que tuviera de él). Me decía: «Tu vida no es tuya, no puedes disponer de ella a tu voluntad». Me decía: «Vive, hija mía». Como antes dijera: «Creced y multiplicaos». Entonces, ¿cómo podía reprochar nada a mi padre o a mi marido o a mis cuñados o a todos los que me rodeaban si se buscaban mujeres sustitutas? «Qué bonito —me obligaba pensar—, todo el día por ahí, repartiendo la semilla del señor, llenando el mundo de niños, porque de ellos es el reino de los cielos».

Todavía me parece oír a mi aya diciendo (como si hubiera sido mi madre) que para eso estamos las mujeres, para traer al mundo los hijos de los hombres. Y son siempre los hijos de los hombres, nunca de las mujeres. Y la veo, sentada en la iglesia, sacando un pañuelo, sonándose, con los ojos clavados en mí: precio político que ha pagado mi propio hermano para conseguir la paz con Castilla. En mi cuarto ya han puesto las sábanas blancas sobre mi cama (que así han de quedarse, tan blancas) y sobre la mesa del escritorio han dejado una mesa de frutas para poder encontrar, como alguien ha dicho, la inspiración de la fertilidad. Y luego el crucifijo, sobre la pared.

Sé que tengo edad para casarme (de hecho, hace tiempo que la rebasé) y mi futuro esposo tampoco es un jovencito precisamente. Y cuando llego a su altura, siento deseos de decirle: «Mira, que casi mejor que lo dejemos, esto no es más que un trámite. Bueno, pues en buena hora y después, cada uno por su lado y Dios con todos».

Pero me mira con ojos que exigen silencio. Y vuelve a girarse hacia el nuncio, que sin duda ha de ser mucho más interesante que yo.

Nunca he entendido muy bien qué relación directa hay entre las bodas y los llores. En los funerales se empeñan en decirte: «No llores, que has de ser fuerte». O «no llores, que es mejor así, estaba sufriendo». O mejor, «no llores, que está con Dios».

Y piensas: «Sí, menudo consuelo». Pero optas por dejar de llorar sólo para que paren de intentar coaccionar tu derecho a un buen llanto.

Y, sin embargo, en las bodas, hay libertad absoluta para deshacerse en lágrimas. Y cuanto más emotivo sea el discurso del sacerdote, mayores serán los quejidos de los asistentes (en realidad, yo creo que ellos se recrean precisamente en este hecho). Si dice: «La amarás y respetarás por siempre», las lágrimas salen, como fuentes, de los

ojos de ellas —los de ellos están secos porque, aparte de ser hombres, la mayoría están casados y conocen la gran falacia que son estas palabras—, a mí, las bodas siempre me parecieron una disección. Como el día de matanza, todos nos arreglábamos.

Y luego, sin mancharnos lo más mínimo, nos sentábamos en un banco para ver cómo son otros los que hacen el trabajo sucio cuando nuestra mente sólo piensa en el banquete de después.

Y dice el cura: «En la salud y en la enfermedad». Pero, claro, si tu marido no ha estado a tu lado en la salud, ¿cómo va a estarlo en la enfermedad?

No, mi querido Sancho estaba demasiado ocupado como para venir a verme (aunque supongo que yo también tuve algo de culpa, bastante era con tener que aguantar mi convalecencia como para tener que soportarlo a él también).

—¿Qué haces aquí?

El, que ha asomado su cabeza entre la puerta. Me cubro con las mantas, hasta la cabeza, hasta que sólo se me ve la cara entre ellas.

—He venido a verte.

Se acerca. Su olor es a monte, a heces de monte.

—Ah —contesto.

Me toca la frente.

—Tienes fiebre.

Y yo pienso: «Pues claro, como que estoy enferma. Qué perspicaz».

—Ah —contesto.

—Tienes que cuidarte.

¿Algún comentario inteligente que añadir a eso?

Se sienta en la cama.

—No puedes morir.

Y pienso: «Ya está, ya se lo han dicho y viene aquí a decirme lo que puedo o no hacer». Juguetea con sus dedos, los hace girar. En la frente todavía siento la presión de su mano. Me reconcentro en mi odio: lo odias, Beatriz, recuérdalo.

—Y está el niño —dice.

Y de pronto ya no tengo que reconcentrarme en mi odio. Brota naturalmente.

—Entonces la extremaunción será un poco más larga, supongo.

—Estás muy desmejorada.

Por no decir que estás muy fea, que se te notan los huesos, que los ojos se te salen de las órbitas, que hueles a vómito, que tienes la boca llena de llagas y la cabeza casi pelada.

Miro a todos los lados: «Si Blanca estuviera aquí —pienso—, no se hubiera atrevido a entrar».

—Y tú, ¿qué tal estás? —pregunto.

Sigo pensando: «¿Por qué ha venido, qué quiere?». No tengo nada que dejarle.

—Bien —añade—, y preocupado.

Enarco las cejas.

—Preocupado por ti, por vosotros.

Quiero decirle: «Sancho, que nos conocemos, que llevamos ya varios meses casados, que no hay nadie en la habitación y puedes dejar esa estampa de marido perfecto». Pero contesto: —Ah.

—¿Necesitas algo? Me han dicho que hay un cirujano en Burgos muy bueno. Que las sangrías que hace apenas dejan marca.

Bueno, pienso: «Otra sanguijuela más. Tengo una que me chupa la sangre por dentro, ¿por qué no tener otra que me lo haga desde fuera?».

—Sí, que puede venir a veros. Pero tenéis que aguantar hasta que llegue.

—Así que ya lo has hecho llamar.

Y quiero añadir: «Sin consultarme».

Y él:

—Sí.

Y pienso: «Era de prever, no me iba a dejar morir tranquila. Tiene que demostrar que hizo lo posible. Aunque sea atiborrándome de remedios, de consejos, de visitas de cirujanos».

—Gracias —no se da cuenta de mi tono irónico—. Pero quiero dormir.

—Sí —dice—, tienes que dormir, que tienes que curarte.

«¿Desde cuándo —pienso— mi marido se ha convertido en mi padre (el que nunca tuve)?».

Cuando se está enfermo, como yo lo estaba, la vida se ve desde el otro lado. Supongo que no soy la primera en decirlo —ni la última—. Y llega un momento en el que ni el dolor importa ya, que te sientas en la cama y miras a los que tienes alrededor con una sonrisa que es de placidez. Las causas dejan de ser importantes. Olvidas quién eres, el porqué de tu situación. Apoyas tu cabeza, durante horas, entre tus rodillas. Cierras los ojos, a veces. Y los vuelves a abrir y no sabes cuánto tiempo ha pasado. Y poco a poco dejas de sentir. Y si alguien te toca, lo percibes con los ojos y ya no por la piel. Y te hablan y asientes y sonrías. Te tratan entonces como un muñeco: te peinan, te colocan la bacinilla (cuando ellos gustan y no cuando tú tienes ganas), te limpian la nariz, te mueven las manos. Entonces también comienzan a hablarte, a todas horas, sin esperar respuesta. Sólo por el mero hecho de poder oírse a ellos mismos. Y casi sabes que si pudieran, moverían tu boca, y lo harían como titiriteros.

El enfermo da pena. Pero cuando es uno quien se está muriendo, los que dan pena son los demás. Todo el día corriendo de un lado a otro, afanándose en cosas que, de pronto te das cuenta, resultan inútiles.

Y si al principio te desesperas: «Tengo tantas cosas por hacer todavía —piensas —, no he plantado un árbol, no he tenido un hijo, no he escrito un libro», llega un momento en el que incluso esto deja de tener sentido y casi te alegras de no haberlo hecho: menos responsabilidades que dejarás atrás cuando te llegue la hora.

Y dan ganas de decir: «Bueno, un poco de alegría, por favor. ¿Así pretendéis que me cure? ¿Con esas caras tan largas?».

Y luego esa manía persecutoria de todos de que el enfermo tiene que estar a oscuras. Como si la oscuridad ayudara a curar. Vamos a ver, ¿dónde está la relación, la coherencia? Yo todo el día: «Descorred las cortinas. Abrid la ventana». Y ellos hirviendo ollas y ollas de agua caliente que no sé para qué utilizaban, cerrando ventanas y encendiendo sólo pequeñas velas que iluminen las esquinas (como si ya estuviéramos en mi velatorio).

Y todos pasándote la mano por la frente: «Tiene fiebre», dicen. Y menean la cabeza. Y ya está, eso es todo. Y quiero decirles: «Sí, tengo fiebre, me duele el estómago, se me cae el pelo, vomito sangre». Pero ellos sólo reparan en la fiebre (y menean la cabeza).

Luego digo: «Quiero un perro». Porque me apetece abrazarme a él, que duerma en mis pies. «Las princesas —aclaro— siempre han tenido perros que aúllan tras su muerte».

Pero yo no soy princesa, sino una enferma que se muere. Y los enfermos no pueden tener perros porque, como la luz, están prohibidos. Y todos hablan en susurros cuando se dirigen a ti.

Pero después se olvidan y gritan y se dan cuenta y vuelven a bajar el tono como si hubieran cometido un pecado mortal. Y quieres decir: «Por favor, no os cortéis, ¿qué estabais diciendo?». Pero no tienes fuerzas para ello.

Mi aya se empeñó en que era Blanca la que estaba intentando matarme.

—¿No lo entiendes?

Niego con la cabeza.

—No —contesto. Y mi voz es un hilo.

—Ella es la que tiene más motivos. De hecho, es la única que tiene motivos para mataros.

—Y mi marido —quiero decir, pero decido guardar las fuerzas para una respuesta mejor. En su lugar, pregunto:

—No me están matando, me estoy muriendo, que es diferente.

—Ay, mi niña —agita su enorme pecho, tiembla—, qué equivocada estás.

Siento ternura por esta mujer. A pesar de su bigote, de sus cejas tan unidas, de las arrugas que ha tenido siempre. Me parece de una belleza rara de explicar.

—Te están envenenando. Y no intentes negármelo. He visto demasiados envenenamientos en mi vida. Incluso yo he ayudado un poco. Ya sabes, siempre me

gustaron las plantas. Y sé perfectamente cuáles son los síntomas. Y tú los tienes.

—Pero Blanca no.

Y quiero decirle que Blanca me hubiera podido matar si hubiera querido, que yo misma se lo pedí. Y que Blanca, a pesar de todo, es mi amiga.

Me toma la mano, que se ve tan pequeña entre lo grande y áspera que es la suya.

—Sí, es Blanca, Beatriz, pero estás cegada y es normal. No te preocupes, mi niña, que yo averiguaré quién es y le extraeré el remedio a la fuerza si hace falta.

Vuelvo a mirarle las manos: sí, serían muy capaces de ahogar a alguien.

—Bueno —claudico—, está bien.

Aunque en el fondo creo que se equivoca. Que nadie me envenena. Que es sólo la esperanza a la que se aferra. Que mi pobre aya me quiere, que es la única que lo ha hecho sinceramente en mi vida.

Pero al día siguiente la muerta era ella. Y no yo.

(DEL PADRE).

Mis recuerdos más lejanos —y, sin embargo, a los que me aferró con más insistencia— se remontan a una madre que en nada se parecía a aquella que murió asesinada en la Quinta del Pombal. No sé, quizá me equivoque e intente dar cuerpo a una imagen con retazos que saqué de aquí y allá, un monstruo andrógino construido a partir de escenas obtenidas en una infancia en la que todo lo miraba sin el filtro de la susceptibilidad. Los mecanismos de la memoria son extraños y no busco comprenderlos. «Pero —pienso— si no consigo entenderla, no podré saber quién soy o por qué hice lo que hice». Quiera o no quiera, mi vida está ligada a la suya. Y sólo analizando sus actos con un mínimo de escepticismo y de distanciamiento llegaré a comprender mis propios impulsos. Por más que me lo niegue, a veces me parece estar viviendo momentos que no me corresponden. Incluso hechos que nadie dudaría en calificarlos como banales no son sino imágenes de sucesos ya vividos que ella misma me contó. Es cierto, a veces me siento usurpadora de su vida.

Hubo una época en la que renegué de ella, la olvidé, busqué una orfandad verdadera y me construí un pasado a mi medida.

Pero la ficción no duró. Incluso su recuerdo me era necesario. Había muerto, sí, y tendría que aprender a vivir sin su presencia, me dije. No pude. Cuanto mayor era el esfuerzo por alejarla de mi mente, más crecía su presencia —una presencia, debo decir, cada vez más distorsionada—. Creé un fantasma ajustado a mis necesidades, el prototipo de la madre que me hubiera gustado tener. Puede que incluso trastocara momentos vividos junto a ella, o que incluso los inventara, porque la memoria es caprichosa y más durante la infancia. Adapté, lo reconozco, circunstancias que hacían una madre en consonancia con lo que yo buscaba y la revestí con una pátina de grandiosidad que sin embargo ahora encuentro exagerada. Ante la falta de un referente materno, construí un recuerdo ideal que daba respuesta a todas las preguntas que me planteaba. Ella no estaba, por ejemplo, para explicarme lo que es la menstruación, y me respondí con mis palabras puestas en su boca: lo que tendría que haberme dicho si no se hubiera dejado matar.

Ahora la disculpo a ella y me disculpo a mí. Fueron los hechos pasados los que decidieron su destino y los hechos futuros los que me obligaron a asumir una vida

que no me pertenecía. Nada tenía que ocurrir, pero pasó. Y sólo el tiempo me permite desnudarla (tanto de los atributos que yo le adjudiqué, como de aquellos de los que la privé) y verla tal cual era y entender por qué hizo lo que hizo y por qué, aun con su ausencia, su pensamiento y su recuerdo revisten todo de sentido.

Mi madre era fuerte, pensaba entonces, porque no tenía motivos para ser débil. Lo he contrastado y todos aquellos que la conocieron opinan lo mismo. «Qué fortaleza tenía», dicen intentando buscar en mí esa misma característica. «Era —dicen con demasiada frecuencia— como la roca que se coloca en el camino y que no sólo señala la dirección correcta, sino que es punto obligado de descanso para aquel que está aquejado de fatiga». «Era —repiten ya con lágrimas en los ojos— el centro de apoyo, el pilar de los tristes». A las puertas de casa siempre había un amigo en busca de consuelo o un familiar con asuntos tan urgentes que las necesidades de sus hijos quedaban en un segundo plano. «Estoy ocupada, cariño». Y había que esperar el turno, sorbiéndose los mocos hasta que ella terminara con el desvalido de turno. No es un reproche, sería estúpido a estas alturas. Además supongo que esa espera de consuelo terminó fortaleciéndonos: en la cola que se formaba en sus cuartos, daba tiempo a reflexionar y encontrar los motivos de lo que nos había sucedido. Si se hubiera lanzado para protegernos como una gallina, nunca habríamos aprendido lo importante que es saber sobreponerse rápidamente para seguir jugando sin tener que escuchar, mientras aguardamos nuestro turno, los grandes pesares de esa lavandera que había sido estuprada por el primer gañán que estuviera a mano (sin que llegara a atisbar por un momento lo que significa el estupro ni lo que es un gañán).

No sé si era la distancia con la que te tomaba de la mano y te consolaba: ese «no te preocupes» que decía con tanta espontaneidad y, no obstante, con tanta convicción. Pero la cantidad de acogidos que acudían a ella no dejaba de aumentar por días. Resultaba tan creíble, tan entero al mismo tiempo, que no era difícil terminar buscando su pecho para dejarse consolar. La recuerdo sentada, mirando fijamente a los ojos del pesaroso que tocara, las manos sobre las rodillas, la espalda ligeramente adelantada, los labios contraídos. A primera vista podía parecer que su actitud era de plena atención, pero tras una observación más detallada uno se daba cuenta enseguida de que en realidad se trataba de un vacío de sentimientos. Cuando estaba con sus acogidos o con mi padre o con mis hermanos, no lloraba nunca, se mostraba entera y firme, y si se permitía expresar cualquier tipo de impulso, era simplemente aquel que su interlocutor esperaba de ella. Había hecho de sus gestos una máscara sin fisuras con la que, a la vez que parecía altruista en extremo, se guardaba de contar aquello que en realidad la afligía.

Por eso a veces me pregunto si alguien llegó a conocerla en verdad.

En aquellos primeros tiempos (cuando ni siquiera había nacido Dionís) todo en mi madre tenía un ligero tinte de impostura. Sus besos y sus caricias siempre

resultaban medidos, bajo control. Y no es que no los profiriese con generosidad, pero había algo en ellos que los hacía demasiado increíbles. Incluso los que dedicaba a mi padre. Eran fugaces, como si se avergonzara de ellos. Pasados los años, cuando comencé la labor de entender el porqué de su conducta, creí que esa rapidez (que yo unía a la frialdad) no era más que producto del egoísmo por el que ella dejaba de ser el centro de su propia vida para entregarse, aunque fuera mínimamente, a los demás. Mi madre, ya lo he dicho, fue siempre el centro de todos aquellos que la rodeaban y era entendible que no quisiera dejar de serlo.

Ese tipo de pensamientos (producto de una época en la que el rencor era mayor que el recuerdo) produjeron otros de los que ahora me avergüenzo. En realidad, pensaba, si mi madre mostraba hacia nosotros un poco de cariño, no era sino para que todo el mundo la viera haciéndolo.

Recuerdo, por ejemplo, una escena —con la parcialidad que me da el haberla vivido en primera persona— que viene a refrendar esta opinión. Estábamos las dos solas en el jardín. Mi padre se había ido de cacería, o quizá eso me habían inducido a creer (porque las mentiras sobre mi padre en boca de mi madre y de todos aquellos que la rodeaban se sucedían con apabullante facilidad), y mi aya había ido a ayudar a la de Juan. El resto de la servidumbre, o al menos así pensábamos, se encontraba dentro de la casa. Mi madre estaba sentada en un travesaño de piedra que había en la fachada norte sin prestarme la menor atención. Leía, creo. Yo, aprovechando que nadie me veía, me acerqué al chamizo donde guardaban los aperos del jardín y cogí una azada. La levanté sobre mi cabeza, como tantas veces había visto hacer al jardinero, pero medí mal mis fuerzas. Tan pronto estuvo en el aire, se resbaló de las manos y cayó con tanta celeridad que no me dio tiempo a apartar los pies. La hoja de la azada atravesó tela y piel y llegó hasta clavarse en la tierra. En un primer momento no me asusté. La sangre no me daba asco y el dolor no era tan intenso como sería después. Me senté y tiré de ella hasta que el filo volvió a salir tan limpiamente como había entrado. Entonces me levanté y corrí hacia mi madre no porque me estuviera mareando, que eso también sucedería más tarde, ni porque quisiera que me curara, que ya había aprendido que ella era la menos apta para ese tipo de menesteres (sí, aunque parezca increíble, tenía temor a la sangre, como si pudiera prever que el día de su muerte fuera a sangrar tanto), sino que corrí hacia ella como cualquier niño que acaba de hacer un descubrimiento y que quiere compartirlo con alguien.

En un primer momento me miró con asco. Y digo me miró porque apenas reparó en mi pie. Se quedó quieta, así, mirándome, toda entera. Y yo dije: «Madre». Y ella así, inmóvil. Y yo: «Madrecita...». Ya comenzaba el dolor y la pierna me temblaba.

Pero ella seguía mirándome, como decepcionada. Y sólo se movió cuando mi aya salió de la casa, gritando como una posesa y pidiendo ayuda. Mi madre entonces alargó su mano y me cogió la mía y no hizo nada más. Sólo cogirme de la mano.

Aunque no voy a negar que su necesidad de ostentación era notoria, en realidad pienso ahora que, si mi madre no expresaba más los sentimientos que tenía —y no me cabe la menor duda—, fue por puro instinto: necesidad de supervivencia. Se sabía en peligro y tenía que estar siempre preparada para lo que habría de venir. Y es curioso que precisamente bajara la guardia cuando su fin se encontraba ya tan próximo.

Porque con el tiempo incluso las rocas (incluso las que sirven para indicar el camino) terminan lascándose y mi madre ya estaba muerta cuando sus asesinos la degollaron.

Mi memoria funciona mejor con el decurso del tiempo. Los años son los únicos que han permitido que me distanciara y que supiera en dónde terminaba ella y dónde comenzaba yo. Si bien es cierto que algunas lagunas las he suplido con imaginación, el retrato que tengo de ella ahora quizá no sea del todo fidedigno, pero sin duda es más aproximado que el que me hice cuando de pronto ella faltó. Tras su muerte bucéé en los recuerdos y los archivé de un modo caótico. El resultado consistía en un conjunto de trazos imposibles de encajar y de los que incluso ella se hubiera espantado.

Y aunque la identificación sigue siendo muy grande, no es como en ese momento en el que se me obligó a adoptar su papel en todos los sentidos. De Beatriz, me convertí en Inés, la muerta.

Me resulta imposible recordar el momento exacto en el que toda la fortaleza de mi madre se deshizo. Comenzó a llorar como el resto de los mortales y aquellos que durante tanto tiempo la visitaran dejaron de hacerlo. En el fondo, supongo, cuando estamos sumidos en nuestro dolor, odiamos pensar que a nuestro lado tenemos a alguien que es más desgraciado que nosotros. Lloraba por cualquier motivo. Y luego reía como una loca. Y cuando nos perdía de vista, comenzaba a decir: «Mis niños, mis niños, ¿dónde están mis niños?». Y venga caricias y besos. Y luego los curas, y las monjas, a todas horas.

En el fondo, mi madre tenía que morir porque ya estaba muerta, su interior era un vacío que intentaba llenar rezando y golpeándose el pecho entonando un mea culpa que ya no decía nada para ella porque con el tiempo las penas son menos penas y para ella, aunque no quisiera reconocérselo, había dejado de tener sentido martirizarse por la muerte de una amiga, de una prima casi hermana, que en realidad le importaba tan poco.

Esa amiga que fue más importante que nadie (y de la que tendré que hablar).
Y la muerte.

Es cierto que los recuerdos que guardo de ella están distorsionados porque la memoria es frágil y sobre todo con aquello con lo que hemos estado fuertemente ligados. Además, con su muerte, construí una imagen que matizó la otra: débil y

llorona. Era la única manera que tenía, por ejemplo, para perdonar, sobre todo, que se casara con mi padre, prototipo —a mis ojos— de todo lo deleznable.

Si la imagen de mi madre resulta algunas veces borrosa, sin embargo, la de él es demasiado nítida. Supongo que la culpa la tiene la fuerza de la repetición de unos actos que no por ser constantes dejaron de parecerme nunca repugnantes. Quizá la palabra *estupro* no me decía nada cuando era pequeña, pero de pronto cobró un significado enorme, más grande de lo que estaba preparada para cargar. Hay cosas que nadie debiera permitir, por mucho que quien las haga sea el rey. Y yo, qué diablos, por más que me pareciera a mi madre, no dejaba de ser su hija. No sé cómo lo permitieron. Como arma para defenderme sólo tenía la memoria, y el recuerdo de que mi madre sí que lo había querido, tanto que le había incluso prometido amor eterno (él, tengo que decirlo, pronto olvidó la promesa o quizá sólo buscara otra manera de honrarla a través de mi cuerpo, no lo sé).

La Iglesia, que tantos años me reprochaba mi actitud, cerró los ojos. Y me decían los curas: «Confiésate, hija, porque todos podemos caer en la tentación». Entonces la que me sentía sucia era yo. Y culpable, sin saber muy bien por qué o cómo evitarlo. Entonces: «Padre, ¿debería cerrar la puerta por las noches? ¿Atrancarla?». Y él: «No, hija, no, que ya sabes que amarás a tus padres sobre todas las cosas». «¿Sobre todas las cosas?». Y él: «Sí, mi hija, reza tres avemarías por la salvación de tu alma».

Puede ser, pienso con la indiferencia que me han dado los años, que mi madre no supiera cómo era el hombre con el que se casara. Y aunque ella no fuera un dechado de virtudes, no hubo nada en su conducta que yo en verdad le pueda reprochar. Sin embargo, en la de él, no encuentro nada loable.

Pero es mejor que lo olvide. Así, las imágenes de mi madre se superponen a las otras y todo tiene sentido.

Recuerdo cómo mi madre alargó el brazo para coger el peinador y cómo la manga se le levantó dejando descubierta la muñeca. Si en ese momento apenas le di importancia, fue porque desconocía qué significaba esa marca abultada más blanca que el resto de la piel. Y posiblemente hubiera seguido desconociéndolo si yo misma no hubiera llegado a tenerla no mucho tiempo después. No sé los motivos que la llevaron a quererse marcar así —casi, diría, como una res—, pero sospecho que no fueron muy diferentes de los míos. Es curioso, las dos nos hicimos la misma cicatriz por causa del mismo hombre: fina, alargada y que atravesaba la muñeca de un modo paralelo a las venas. Alguien me dijo alguna vez que toda pasión deja marca y supongo que entonces la pasión que ella sentía por mi padre fue tan fuerte que sólo le quedó el cuchillo y el agua hirviendo. En esos momentos, y lo digo por experiencia, no se piensa en el infierno. Dicen los sacerdotes que es pecado pretender disponer de nuestra vida porque pertenece a Dios. El suicidio. Pero cuando decides que es preferible la muerte, nadie es dueño de tu vida porque ya ni la consideras tal. Y Dios,

francamente, te importa un ardite.

Sí, mi madre intentó quitarse la vida. Y yo también (parece que ahora, cuando lo escribo, consigo quitarme un peso de encima). El reproche, sin embargo, acude a mis labios. Que intentara quitarse la vida no deja de significar que, de pronto, todo dejó de importarle: y en ese todo estábamos nosotros. Y estoy yo.

Cuando a mi madre vinieron a asesinarla, ya estaba preparada. Su actitud fue irreprochable. Murió como cualquier heroína de tragedia griega. Pero se equivocan los grandes escritores de la antigüedad: las mujeres no mueren con valentía, sino con resignación. A las mujeres les importan poco las heroicidades porque esos ideales como el honor son mucho menos importantes que la vida diaria. Si una mujer se deja matar, es porque, simplemente, o ha renunciado a la vida o piensa que con su muerte consigue mucho más que con su existencia. A pesar de que mi madre llorara a todas horas, de que tuviera miedo y ordenara comprobar todas las cerraduras antes de irse a dormir, de que recelara tanto incluso de su propia sombra —que todos los pasadizos de casa tuvieran que estar permanentemente iluminados—; en la hora de la verdad, se mantuvo firme. Se había resignado.

«¿Por qué —me preguntaría tiempo después— no luchó y permaneció así, tan quieta, mientras le cortaban la cabeza (casi como si esperara la comunión)?». Tenía, por lo menos, que haber pensado en nosotros. Pero no me miró. Y yo estaba allí, junto a ella. Pegó sus brazos al cuerpo y se dejó matar. Un golpe seco. Cuando el verdugo rebanó el cuello que tantas veces ensalzaran los poetas, ella, y yo lo sabía, ya no estaba allí. Mi madre había vuelto a ser aquella que yo recordara en la infancia: la persona fuerte que se ocultaba en el escudo que le otorgaba su belleza. Con ella lo había conseguido todo (incluso su perdición y la de todos nosotros) y su muerte tenía que estar a la altura. De tal patetismo fue que no emitió sonido alguno, se dobló sobre sus rodillas y cayó al suelo. El pilar de los tristes, qué paradoja.

No recuerdo su sangre —a pesar de que la hubo, sin duda—, ni qué dijeron los asesinos, ni siquiera si yo chillé o me limité a contemplarla.

Sí que puedo decir que una sensación se impuso sobre todas las demás: el abandono. Y también la traición. Había muerto, y ya no era. Y tenía la obligación de seguir siendo, ¡no podía dejarme así!

Y ni miedo ni repulsión, simplemente, el deseo de coger su cabeza, que ha rodado alejándose de su cuerpo, y obligarla a mirarme para que comprobara por última vez lo que estaba dejando atrás. En el fondo supongo que los celos, porque ella había encontrado una salida y yo no.

No sé cuándo se comienza a tener conciencia de que existe la muerte. Un niño pequeño, supongo que no podrá reconocer en toda su amplitud las repercusiones de una palabra que le resulta tan abstracta como lejana. Pero yo estoy segura de que a mí me daba miedo porque la muerte —aun privada de infierno o purgatorio— suponía la

ausencia, el no ser. Y eso hasta un niño pequeño sabe lo que supone el que de pronto algo te falte y no entiendas el porqué y nadie sepa explicártelo o te den explicaciones almibaradas, como «cariño, es que está en un sitio mejor». Y también, para qué negarlo, porque era una idea presente en mi vida: parecía que todos aquellos que me rodearan tuvieran que recordarme continuamente que un día lo que conoces se acaba y comienza un más allá en el que, lo primero, habrá de ser un juicio implacable (y yo pensaba: «Qué bonito, empezar una vida eterna con el peso de un juicio divino sobre tus espaldas»). La muerte y la resurrección, confesaos, porque el juicio se acerca y toda esa invectiva en la que sólo se ven las espaldas del sacerdote de turno y las manos, arriba y abajo, y los gritos que retumban y la confesión y el perdón de Dios, que es eterno.

En mi corta vida ya había entrado gente y otra se había ido y en el fondo era como si se hubieran muerto, porque si volvía a verlas, no las recordaba: habían dejado de existir.

Sin embargo, la idea de que mi madre habría de morir me resultaba improbable, por no decir imposible. Estaba ciega, lo reconozco, porque a pesar de las señales que nos enviaba, no quería ver. Fue después, cuando ya no sentía ni abandono, ni rencor, ni angustia cuando pude contemplar con la suficiente laxitud todos aquellos pequeños detalles en los que, en su momento, apenas había reparado.

Recuerdo por ejemplo una noche. Yo apenas tendría seis años y Juan, cuatro, pero ya era consciente de que si mi padre, que estaba en casa, intentaba volcarse en mí, tenerme cerca, mi madre prefería a mi hermano pequeño. No es que hiciera ningún tipo de agravio entre los dos, su actitud siempre fue igual de correcta e irreprochable con ambos. Ya lo he dicho: nos regañaba por lo mismo —aun con la diferencia de sexo— y sus órdenes siempre iban en plural. Pero había, en su manera de tocar a mi hermano, en su manera de mirarlo, un estremecimiento especial que no sentía conmigo, lo reconozco. No tenía envidia, aunque pueda parecer lo contrario, ni siquiera tuve que aprender a resignarme, porque siempre había sido así: era un papel asumido tiempo atrás.

Igual que mi madre, los dos teníamos miedo a la oscuridad.

Y como mi aya, la suya solía apagar el fuego de la chimenea entrada la noche porque todo se puede prender, niños, y podéis acabar los dos chamuscados en vuestras camas sin enteraros. Y después se iban a dormir juntas, a la zona del servicio, y nos dejaban solos, mirando el lugar donde los rescoldos de la chimenea aún brillaban un poco. Porque el fuego no nos repelía como a ellas, sino que nos atraía de un modo extraño y casi preferíamos soportar el peligro de ver arder nuestras estancias antes que enfrentarnos a la oscuridad en la que reina el diablo y sus acólitos y en la que ellas eran capaces de abandonarnos con tanta tranquilidad. La casa se quedaba a oscuras y el silencio se volvía imposible, los ruidos de los ratones, de los

animales que merodeaban, de pasos en los pasillos. Asustada, me escondía bajo las frazadas y esperaba a que llegara el sueño con la esperanza de que la noche se fuera pronto.

Pero si mi miedo era mayúsculo, el de Juan no iba a la zaga. Al otro lado de mi cuarto comenzaba a escuchar sus lloros, bajos al principio y luego más fuertes. Y la pena y la responsabilidad de ser la mayor me embargaban y me atrevía a dejar la seguridad de mi cama y a abrir la puerta y a cruzar el pasillo y andar descalza y a notar como el aire me golpeaba en la nuca para alcanzar su cuarto y meterme junto a él en la cama y así, abrazados, dormir hasta que llegase el amanecer.

Pero un día, mi madre se me adelantó. Y yo le cedí el terreno como la cosa más natural del mundo; al fin y al cabo, ella era la madre, la encargada de protegernos. De un modo aleatorio, decidimos turnarnos. Si una llegaba antes, la otra se retiraba sin decir palabra y manteníamos así un equilibrio en el que nadie luchaba por el cariño del otro, sino por la propia supervivencia. Ya he dicho antes que los tres teníamos miedo a la oscuridad y la respiración de Juan tenía un efecto tranquilizador. Por qué, me pregunto ahora, no dormimos nunca juntos. No lo sé. Existen comportamientos extraños y casi absurdos, que repetimos una y otra vez hasta el momento en el que nos paramos y nos preguntamos su causa (e incluso por qué no hemos reparado en ellos antes). Y es entonces, y no antes, cuando dejamos de cometerlos. Y nosotras nunca nos lo preguntamos, simplemente acudíamos, en orden riguroso, ante los lloros de Juan y dormíamos con él, o nos retirábamos según habíamos llegado antes o después.

Fue una noche en la que yo llegué más tarde cuando recibí la primera impresión de que no todos nuestros miedos iban a ser tan sencillos de superar como el que los dos teníamos a la oscuridad. Vivía en un mundo de rutinas cotidianas sin fisuras que mi madre, las monjas y las ayas habían creado a medida para⁷ nosotros, para que no descubriéramos qué había más allá. Y si hubo deslices —como el de aquella noche—, pequeñas intuiciones de que se nos ocultaba algo, apenas duraron unos instantes. Supongo que la confianza que habíamos depositado en nuestra madre era tan grande que jamás pudimos imaginarnos que nos estuviera engañando o siquiera ocultando parte de una verdad que pronto tendríamos que conocer.

Juan lloraba más alto de lo normal. No sé si porque había creído ver un monstruo, o había oído algo y ni siquiera el pecho de mi madre conseguía tranquilizarlo. Sus lloros resultaban tan angustiosos que fue la primera vez que, en el marco de la puerta, dudé si debía entrar yo también para tranquilizarlo. A pesar de que mi madre lo hubiera visto como una intromisión, una manera de echarle en cara que no era capaz de tranquilizar a su propio hijo, los quejidos de mi hermano eran tan dolorosos que no pude reprimirme. Asomé mi cabeza dispuesta a entrar en su habitación, cuando oí la voz de mi madre. Me detuve.

No creí que pudiera estar espiando. A pesar de que sabía que yo nunca sería receptora legítima de lo que le estaba diciendo. Parecía que, aunque no hubiera sabido que estaba allí, en cierto modo también quisiera que yo me enterara: «Ea —dijo—, no llores, todo se va a pasar». Y lo dijo sin énfasis, como quien repite una cantinela. Por ello no di la menor importancia a sus palabras, ni Juan tampoco. Los sollozos de mi hermano cada vez eran más fuertes y mi madre callaba, obstinadamente, casi como si ese «se va a pasar» fuera una verdad incuestionable y quisiera concedernos el tiempo necesario como para asimilarla en todo su conjunto.

Yo no lo veía así. Apenas concibo que, a pesar de todo el tiempo que ha pasado, consiga recordar con tan clara memoria sus palabras exactas. En realidad, lo único que había comprobado es que mi madre era incapaz de consolar a mi hermano. Y, entonces, y por ende, tampoco a mí. De pronto, mi madre ya no era infalible. Y Juan también hubo de percibirlo porque su lloro ya no era igual, sino que tenía un matiz mucho más pesaroso, profundo. «Venga, cariño, que estás a salvo».

Los veía como el espectador de una pelea en la que siente que debiera participar, pero hay algo que se lo impide y se pone excusas que termina por creerse. Y yo no dejaba de ser una intrusa. Y él: «Tengo miedo». La confirmación de que la presencia materna no es suficiente ya, que el miedo al final también le ha vencido a ella. Y mi madre: «Ya pasó, ya pasó». Como si su sola presencia pudiera volver a recuperar su antigua fortaleza. «Yo estoy aquí». Y Juan entonces se mueve, percibo su movimiento. «Pero te irás», dice, y concluye ahí, no dice que tendrá que dormir solo, ni que quiere que esté con él toda la noche. No, simplemente dice «te irás», como un hecho definitivo, consumado.

La voz de mi madre entonces raspa. «Sí, me iré —dice—, pero nunca lejos de vosotros (y de pronto yo vuelvo a estar entre ellos, aunque sigo sin atreverme a abandonar el refugio de mi puerta). Como la Virgen, Juan, que no la puedes ver, pero que sabes que está ahí».

Quizá el ejemplo de la Virgen me ponga nerviosa ahora que sé que las cosas que hacía con mi padre, las que hizo en un pasado que todavía no conocía pero que ya comenzaba a intuir, eran las más alejadas de los atributos virginales que con tanta facilidad se atribuía, pero éste cumplió su cometido: Juan dejó de llorar.

El silencio se hizo tenso. Permanecí en mi esquina sin atreverme a ir hacia ellos o regresar a mi cuarto. Estaba paralizada y no por lo que mi madre acababa de confirmarnos: que algún día iba a faltar, sino porque de pronto me di cuenta de que acababa de asistir a una escena preparada de antemano. Mi madre de pronto ya no era la víctima, sino nosotros. Ella lo había manipulado, con su sutileza de siempre, para decir o hacer algo que quería que los dos viéramos y que yo, tan pendiente de esta nueva actitud, esta forma de ser tan ajena a la idea que me había formado de ella, no captaba del todo. El mensaje se había diluido (ya he dicho que no entraba ni por

asomo dentro de mis consideraciones) y, sin embargo, su manera de decirlo, el tono que había utilizado, la inflexión de su voz, cómo había pronunciado con firmeza todas las palabras, como si lo llevara ensayado, seguían allí. Tendría que habérselo repetido varias veces, practicar la entonación para que sonara casual. Y fue esa supuesta casualidad la que me puso en alerta. Ella, siempre tan pétrea, tan comedida, acababa de demostrarme que también era débil, que también fallaba y que, aunque me cueste reconocerlo, nos tenía miedo, o por lo menos a lo que pudiéramos decir. Si mi madre necesitaba ensayar sus palabras, acaso era porque no fuese tan segura como aparentaba. Por segunda vez en una misma noche, había fallado. Y si la primera vez, cuando intentara consolar a Juan, había sido algo imprevisible y por tanto perdonable, la segunda vez nos había demostrado algo mucho más doloroso: las madres también se equivocan, las madres también son inseguras y, por tanto, las madres también mienten. Y en cuánto más, me pregunté, nos habría mentado.

Podía intuir en la semipenumbra las caricias de mi madre, cómo mi hermano había agachado la cabeza para buscar el hueco entre su brazo y su hombro y cómo ella había comenzado a subir y bajar su brazo, con su parsimonia habitual, limpiando unas lágrimas que también podía imaginar. Sólo veía, sin embargo, la espalda de ella, ligeramente inclinada, las manos de él, que en esa oscuridad eran más claras que el resto y que rodeaban las espaldas de mi madre y un brazo, el de ella, que sube y baja y vuelve a subir y vuelve a bajar. Una mezcla de extremidades y de telas y de murmullos.

Yo, recuerdo, había cogido mis enaguas entre los dedos y las hacía girar como en una espiral cada vez más pequeña, hasta sentirlas cada vez más prietas ellas y más apresados ellos. El contacto de la tela me otorgaba una sensación de realidad que no hubiera podido experimentar de otro modo. Me sentía como si estuviera en la frontera de dos mundos. Y aunque no crea que existan acontecimientos que marcan un antes y un después en la vida de uno, sino que los cambios están latiendo dentro de nosotros y al final si salen es porque así tenía que ser; siempre, al recordar —que es lo que hago ahora—, son los hechos puntuales los que nos remiten a esos momentos en los que existen pequeñas inflexiones, pequeñas desviaciones que plantean las famosas preguntas del «quizá habría cambiado algo si», y que no por ser absurdas, porque ya están fuera de lugar, podemos evitar dejar de hacernos. Por ejemplo esa noche: quizá si me hubiera dado media vuelta y hubiera vuelto a mi cama, ¿habría sido todo distinto? Y si hubiera llegado antes que mi madre para consolar a Juan, ¿habría cambiado en algo el futuro? Y quizá si me hubiera acercado a ellos desde el principio, ¿habría mi madre preferido callarse aquello que tenía que decirnos? Y la respuesta es siempre no. El futuro era así, estaba decidido. Y mi madre iba a terminar demostrándonos su flaqueza (y también su humanidad) antes o después por más que intentáramos eludir su visión. Sí, es cierto que esa noche podría haber sido diferente.

Pero el cambio ya estaba en ella. Y también en mí.

De pronto, sin mediar nada, me di cuenta de que mi presencia se había convertido en algo hostil. Mi madre ya había cumplido con lo que se había propuesto y la función se había terminado.

No sé cuándo mi madre detectó que estaba allí, o si lo supo desde el principio. La percepción fue algo tan inexplicable como real. Yo sabía que mi hermano ya no lloraba, pero que ella había comenzado a hacerlo. Igual que ella sabía que yo estaba en la puerta mirándolo todo, sin atreverme a entrar o salir porque no había sido invitada —ni lo iba a ser—. Y, sin embargo, mi presencia era requerida. Igual que sabía que lo había visto todo pero que mi actitud hacia ella no iba a cambiar. Simplemente, no le daba importancia —¿cómo habría de dársela, si en el fondo sólo había cumplido su propósito, si ella era mi madre y me conocía mejor de lo que me cuesta reconocer!—. Como demuestra el hecho de que jamás se volviera a hablar de esa noche, ni de su actitud ni de sus palabras, pertenecían a la serie de hechos que era mejor callar. Al fin y al cabo, podían perturbar la estabilidad, el nido endeble en el que vivíamos y que tanto esfuerzo le había costado construir. Y yo, a pesar de mi edad, ya era consciente.

No pensé en ningún momento que me estaba equivocando, que el juicio que estaba emitiendo podía variar un poco de la realidad. A pesar de que hubiera actitudes en mi madre que no entendiera y otras que incluso se me escaparan, había algunas certezas que me parecían, y aún hoy me lo parecen, incuestionables.

Y si lo hice, no fue porque ella buscara engañarme (lo prueba el que no negara ni ocultara las cosas, sólo vivía aparte), sino porque yo no quería ver.

Ya lo había dicho: «Sí, me iré». Y Juan lo sabía y yo no quería ni intuirlo. No me atrevía, supongo.

Permanecí en el resquicio de la puerta. La noche y el frío y las enaguas enroscándose en torno a mis dedos. Juan dormía y mi madre lo miraba y yo, a su vez, a ella. Y me parece extraño porque por un momento me pareció la más frágil de los tres. Seguía manteniendo el aplomo y la elegancia que sus admiradores ensalzaban y aquellos que buscaban su consuelo necesitaban. La ficción en la que vivíamos, entretejida con silencios y verdades que sólo se intuyen, era el núcleo de su fortaleza, aunque no fuera, como me di cuenta mucho después, más que los estertores de un espejismo en el que había vivido desde que conoció a mi padre. El muro que levantara y que con el tiempo fue haciendo más y más grande —y por tanto más endeble— no sé si para protegernos a mis hermanos y a mí o a ella, simplemente (aunque sospecho que es más bien esto último).

No obstante, esa sensación de fragilidad, ese levantamiento del cortinaje duró apenas unos momentos. Se puso de pie, después de apartar la cabeza de Juan de su regazo, y se dirigió hacia la puerta donde me encontraba yo. Su paso era tan firme y

seguro como siempre. Se dirigió hacia mí consciente de que estaba allí. Nada la traicionaba. Nada había que consiguiera hacerla sentir incómoda o descolocada: en realidad, parecía que continuara en su papel.

Esperaba que me dijera: «Vas a coger frío, es muy tarde» o cualquiera de esas frases rutinarias con las que podía refugiarse y volver a su rol de madre perfecta y sin otros sentimientos más allá de los que le inspirábamos. No dejaba, me decía, de haber tenido un momento de flaqueza. Esperaba, no sé, que me mirara o que rehuyera mis ojos. Que hiciera cualquier tipo de gesto que delatara su nerviosismo. Pero me equivoqué. Sus gestos eran los mismos de siempre. Nada había en ella que denotara una actitud extraña. ¿En qué mentira había estado viviendo? ¿Siempre había sido así?, me preguntaría después. Pero en ese momento sólo la miraba mientras buscaba una señal que no era capaz de definir.

Pasó su dedo índice por mi mejilla y continuó su camino, hacia su cuarto, como si ya no estuviera allí (incluso como si nunca lo hubiera estado) y mi presencia se hubiera transformado en algo tan circunstancial y ajeno como que fuera llovía una vez más y que las campanas del convento habían comenzado a doblar.

Y si se me olvidó lo que había escuchado, creo ahora, fue porque le di mucha más importancia a ese gesto posterior. «¿Por qué tendría que preocuparme —debí de pensar—, si mi madre falta algún día, si ahora ya no estoy segura de nada que provenga de ella?». Mi madre se había transformado en un personaje de ficción. Me pregunté: «¿Es su cariño una impostura? ¿Cuál es mi madre de verdad: la que me persigue durante el día para que diga mis oraciones o la que durante la noche me deja descalza en mitad del pasillo y que dice que se va a ir, como un hecho consumado?».

Vendrían otras señales más adelante, de eso estoy segura. Mi madre quería transmitirnos que algún día no estaría para que, en el momento en el que eso sucediera, estuviéramos preparados. Pero me resulta imposible discernir si se equivocó en el método, si nosotros nos negamos a verlo o lo aplazamos inconscientemente o si en realidad todo sucedió demasiado pronto, cogiéndonos a todos de improviso. El día de su muerte sólo ella estaba preparada.

Su cabeza voló.

Y yo, irracionalmente, eché las culpas a mi padre Y lo hice sin motivos —aunque sí que los hubiera—. Y lo odié, sin motivos también —aunque más adelante tuviera también motivos de sobra para hacerlo.

(DEL HIJO).

Oodio los imprevistos. Odio las imposiciones. Odio que me digan que las cosas son inevitables, que, por más que lo intente, son imposibles de cambiar. «Si tan inmutables son —pienso—, deben de ser lo suficientemente obvias (incluso para mí) como para que nadie me tenga que estar diciendo nada». Sus comentarios sobran. Prefiero los que dan las cosas por sentado —y se equivocan— a aquellos que se empeñan en dar vueltas sobre un asunto como si no hubiera quedado lo suficientemente claro. O como si su interlocutor fuera un patán y ellos poseyeran el don de la omnisciencia.

Sí, soy un ser positivo, lo reconozco, todo me encanta y todo lo acepto, ¿qué se le va a hacer?

Odio a la gente que se cree con autoridad suficiente como para juzgar lo que los demás hacen. Odio en general los juicios en tercera persona, las personas que dicen: «Es o debe ser», en vez de: «Yo creo que, mi opinión es, estaría mejor, debe de ser o quisiera que...». A todas éstas les gritaría que sus decisiones no son palabra de Dios, que simplemente pueden estar más o menos equivocados. Y odio a los que dicen la última palabra sin aportar nada, acabando con «y punto o y ya está o esto es así, niña y te callas». Sí, odio a los que te hacen callar con el único criterio de que son la autoridad y están por encima de ti.

Yo prometí que nunca sería así y que escucharía todos los argumentos que tuvieran que darme.

Y por eso decidí escuchar a Blanca.

—No, señora, yo no he sido, yo no la he matado.

Su tono es tranquilo, como si comentáramos de qué color vamos a hacer el traje de los domingos o si queda mejor esta u otra puntilla.

Decido adoptar yo también un tono similar:

—¿Estás segura?

—Si lo hubiera hecho, señora, yo creo que me acordaría.

«Sí —pienso—, eso está claro».

—Mira, Blanca, no estoy diciendo que hayas sido tú. Pero que tú eras la que tenías más motivos. Sólo eso.

—¿Más motivos? ¿Por qué?

Y de pronto me siento culpable: ¿voy a decirle a esta mujer, que es el único apoyo que me queda en esta vida, que es una asesina porque mató a mi aya porque ésta creía que me estaba envenenando? Suena, me doy cuenta, demasiado absurdo. Y ¿Blanca envenenándome? ¿Por qué? Me repito: no te mató cuando tuvo oportunidad para ello. Podía incluso haberte dado veneno y que no se notara. Con lo débil que estoy, cualquiera hubiera podido pensar que si fallecí, lo hice por cansancio. Y nadie hubiera podido inculparla. ¿Matarme Blanca? Y ¿por Sancho? (se me atraganta la idea). Sin embargo, no lo hizo aunque yo se lo exigiera. ¿Qué motivos tendría entonces para matar a mi aya? Lo reconozco: no se llevaban bien, de hecho, no se podían ni ver. Pero la gente no va matando por ahí a aquellos con los que no se lleva bien. Para eso están las guerras, pienso que son mucho más civilizadas y se rigen por reglas estrictas. No, no pudo hacerlo Blanca.

Me convencía de lo contrario: me sentía incapaz de decirle, así, de pronto: «Mira, amiga, mal que te pese, ya sé lo que me estás haciendo, quieres librarte de mí, no lo niegues».

Me escapo por la tangente.

—No lo sé. Y me han dicho que te vieron por las cocinas a esas horas.

—Claro —replica—, como a treinta personas más.

—¿Treinta?

—Sí, entre cocineros, cocineras, dispenseros, pinches, caballeros, soldados. Señora, eso parecía una audiencia.

La verdad es que las cocinas nunca me habían gustado demasiado. Sin entenderlo muy bien, asociaba ese lugar a un paritorio. Ver allí esas enormes ollas, cociendo todo el rato agua, y la gente que da vueltas sobre sí misma como peonzas con las caras rojas, todos agobiados y todo el rato de aquí para allá; el olor a hierbas que intentan ocultar el de la sangre y el de la carne que se abre del animal que, como la parturienta, está sobre una mesa esperado a que le hagan lo que tienen que hacerle. Desmenuzarlo.

Supongo que ése era uno de los mayores reproches que podía hacerme mi marido. El gobierno de mi casa lo tenía cualquiera menos yo. Pero mi padre siempre dijo que es signo de inteligencia ser consciente de las propias limitaciones. Y yo lo era y por eso tomé la opción de delegar siempre en alguien más apto. Una filosofía de vida.

—Pero ¿tú qué tenías que hacer allí?

Porque, que yo supiera, nunca había delegado en ella ese tipo de operaciones.

Se revuelve incómoda. Parece nerviosa.

—¿De verdad queréis saberlo?

Y sus ojos me dicen: «No, señora, no lo deseáis».

—¿Quiero? —y me doy cuenta de que, con este tipo de respuestas, voy a perder

la poca autoridad que me queda—. Quiero —repito esta vez más convincente.

—Vuestro esposo me impulsó a ir.

Lo que era, como pude saber después, totalmente cierto.

Filosofía de la delegación: todo lo que concernía a mi marido se lo había dejado a Blanca. Y la verdad es que cumplía perfectamente con su cometido.

—Bueno, ya me he cansado de esta plática, por favor, Blanca, acércame eso, que me voy a levantar.

Empujo el embozo de la cama con el pie.

No sé si la muerta (como he comenzado a llamarla en mi mente cuando me refiero a ella, ¡mi pobre aya!) tenía razón, si me estaban envenenando o no; pero desde que le llegó su hora, parece que yo he comenzado a recuperar las fuerzas. «Por lo menos —me he dicho—, he de averiguar qué sucedió con ella».

Lo que más me sorprendió fue verla desnuda. A pesar de todos los años en los que conviviéramos, que ella no pasaba un día sin que me viera de este modo, camisa más, camisa menos. Yo jamás pude intuir que, por debajo de esos ropajes oscuros, podía tener un cuerpo que era tan viejo como ella misma. De tan previsible podía dar esta pena. Daban ganas de abrazarlo y eso hice, cuando nadie me veía, cuando en la intimidad del cuarto donde la bañaba, podía incluso permitirme llorar.

—Yo me hago cargo de todo. Yo prepararé su funeral.

Mi marido frunce el entrecejo (todo lo que puede porque ya de por sí sus cejas estaban bastante unidas). Quiere protestar, decirme: volved a la cama. Pero estamos rodeados de gente y no es cuestión de montar una escenita conyugal.

Me salgo con la mía.

La baño despacio. Le quito la sangre reseca que salió de su pecho y goteó hasta sus tobillos. La cicatriz aparece entonces perfecta entre sus bordes blanquecinos. Es como una cortina, descubro, por la que se puede mirar el interior de la muerta. Y toda ella recuerda a un árbol que se agostó, desde dentro hacia afuera. Sus brazos nudosos, su piel, que es áspera y como en capas, incluso su sangre de pronto me parece resina. Y miro su interior esperando descubrir el mismo vacío que tienen siempre los árboles viejos. «Por ese agujero —pienso— se le ha escapado la vida. Demasiado pequeño —me digo— para acabar con ella así, tan súbitamente. Los árboles mueren», pienso. Aunque sigan en su sitio durante años, ya no corre vida por sus ramas. Y su interior, o lo que yo puedo ver a través de esa pequeña ventana que tiene la forma del arma que la mató, me parece de una perfección abrumadora. «Esta mujer —me digo— estaba llena de perfección».

Llaman a la puerta.

—¿Sí?

La cabeza de mi marido se asoma. Me abalanzo sobre el cuerpo desnudo de mi aya. La cubro con mis brazos.

—¿Qué haces aquí? —le increpo.

Cómo se atreve. El cuerpo de la muerta, tan frío contra el mío. Ya casi rígido del todo. Con dificultad la han metido en el barreño. No sé cómo la van a sacar.

—He venido a ver si necesitabas algo.

Pero este hombre, ¿no se da cuenta de las cosas?

—Pues no, claro que no.

Y añado: «Sólo que te vayas, que nos dejes tranquilas».

Y su cabeza enorme se retira y vuelve a cerrar la puerta.

Y nos quedamos de nuevo las dos solas. «Es un cadáver», me digo. Sólo eso. Y le mojo el pelo, a ella, que tan pocas veces se bañó en vida. Le mojo el pelo y se lo froto, con fuerza.

—¿Qué queréis que diga de ella?

—¿Perdone?

—Bueno, señora, o acaso prefiere ser usted la que, como introducción o como despedida, diga unas palabras sobre la difunta.

El pobre clérigo, tan joven, me mira como si fuera un espectro. Y la verdad es que quizá tenga un poco pinta de eso: de tan delgada, tan pálida y con esas pústulas y esos pelos mugrientos. Noto que quiere salir corriendo a la vez que dice «¡apestada,apestada!».

—Sí, claro —lo pienso—, ¿de acuerdo?

Entonces comencé a preguntarme qué sería lo que podría destacar de esa mujer que había compartido mi vida. Y, si en un primer momento pensara que serían cientos de cosas de las que podía hacer mención, que podía hablar de ella durante horas, enseguida comprendí que no iba a ser tan fácil. Mi discurso resultaría perfectamente insustancial, me dije. Podría explicar cómo torcía la boca al reír, cómo se peinaba primero el lado izquierdo y luego el derecho, cómo se persignaba y decía «Jesús»; cada vez que me veía haciendo algo que no le gustaba. Hablar del olor que desprendía su piel cada vez que preparaba pulpo, su plato favorito. Hablar también de su acento, tan cerrado que incluso a mí me costaba entenderlo. Y sin embargo, me di cuenta, no sin horror, de que nada podía decir de ella que no fueran meras impresiones, pequeños detalles incoherentes que en nada ayudarían a retratar a esa mujer que me había dedicado, con absoluta devoción, tantos años de su vida. Ni un amante, ni un marido, ni un amigo especial. Y aunque a veces su presencia resultara agotadora, el hecho era innegable: había hecho de mí y de mi corte el centro de su vida.

Resulta obsceno investigar entre las cosas que pertenecieron a un difunto. Yo buscaba un trozo de su pasado que me permitiera creer un discurso sobre la persona que fue. En su lugar sólo encontré futuro: la ropa que se iba a poner al día siguiente, las hierbas con las que prepararía mis infusiones, el cojín que estaba tejiendo, las

agujas. Ningún recuerdo pasado. Nada.

Y la rabia. Porque había en ella detalles que me molestaban: como que estornudara tan alto o que se pintara tanto los ojos con carbón que a veces pareciera que se dedicaba a ir golpeándose allí con todas las puertas que se encontraban en su camino.

Y estaba muerta y yo no había podido olvidarlos. Incluso, bajo la luz del recuerdo, conseguían exasperarme todavía más.

Me decía: «Piensa, Beatriz». Algo habrá hecho esta buena mujer por lo que merezca ser recordada. Pero ¿a quién podría interesar una vida construida de pequeños momentos, de impresiones fugaces, del día a día?

Luego en el funeral: si se habla de la humildad del difunto, es que en realidad nunca hizo nada importante. Si se menciona su generosidad, si ésta se refiere a su familia, es que era un victimista; si es con los pobres, es que era rico. Si dicen de él que fue comedido, es que era tacaño. Si ahorrador, avaro. Si se dice que fue justo, es que no dudó en tomarse la venganza por su mano. Si se dice que amó, es que tuvo varios amantes. Y si fue amado, es que tuvo muchos hijos (aunque no todos con la misma persona). Si se habla de la pulcritud, que era un maniático. Si de la calma, es que era perezoso. De la perseverancia, un cabezota. Si de la constancia, un pesado. Sólo hay que saber leer entre líneas.

Sus exequias fueron breves. Todo gratitud por mi parte. Y flores, muchas flores, para que suplieran la falta de palabras. Dije: «Gracias, gracias por todo». Y ya está. Volví a sentarme para que el sacerdote pudiera decir: «Podéis ir en paz».

Así que adiós. Lágrimas, flores, pañuelos. Ahora soy yo la que no se quiere dejar ir. Que me quieren matar, está bien, pero no se lo voy a poner tan fácil, no, señor, ¿qué se han creído? Con mi aya se han muerto mis ganas de fallecer. Ahora he de vivir por ella, para que su sacrificio no sea en balde. Porque eso ha sido, un sacrificio en toda regla con cuchillo y sangre a borbotones (que durante más de dos días estuvieron fregando las cocinas) y cientos de oraciones y de rosarios, por su alma y por la del asesino. Me anudo un pañuelito a la cabeza y si estoy calva, ¿importa en realidad? Al fin y al cabo, mi cabeza es como mi tripa, redonda y grande. Ya le crecerán los pelos. Si estaba siendo envenenada o era el niño quien me mataba, ¿importa en realidad? No van a poder conmigo.

Durante noches enteras aguardo que el fantasma se me vuelva a aparecer. Pero debe de estar ocupada en otros menesteres. La llamo: «Espíritu, lo que seas, por favor, ayúdame». Las noches son tranquilas. Ni sombra. Nada. Cuando estaba enferma, no se cansaba de visitarme, ahora que comienzo a recuperar las fuerzas, se dedicará a molestar a otra persona. Y pienso: «Yo, la verdad, en su lugar, también lo haría».

A ver, Beatriz, céntrate, ¿qué es lo que sabes? ¿Qué es lo que tienes? En primer

lugar, una muerta que se te aparece para visitarte por las noches y que te dice que estás en peligro y que si te lo dice no es por ti, sino por el niño, que no es tu hijo, sino otro niño del que nada sabes. En segundo lugar, un marido que se acuesta o se acostaba con tu mejor amiga. En tercer lugar, una mejor amiga que te oculta algo y a la que tu aya creía culpable de intentar envenenarte. En cuarto lugar, esa misma aya yaciendo bajo la tierra, y por último, una sanguijuela que es tu propio hijo y un quiste que no se cansa de perseguir a tu mejor amiga. ¿Y qué hago yo con todo esto? Paso a paso, a su ritmo.

Dios sabe que nunca me gustó coser, me parecía una pérdida absoluta de tiempo. Además, me recordaba demasiado a mi madre y a su manía persecutoria de «las niñas tienen que aprender a hacer algo con su tiempo». Replico: «Pues a mí se me ocurren cientos de cosas mejores». Contrarréplica: «Obedece, Beatriz, soy tu madre y harás lo que yo te diga». Así que lo de hilar y deshilar solía dejárselo a alguien mejor dotado. Y, sin embargo, esta madeja en la que se había convertido mi vida tenía que desenredarla si no quería acabar como el fantasma: arrojada por la ventana o envenenada o quién sabe qué.

Paso a paso: averiguar quién es la fantasma y ver qué quiere.

Mi aya, que en paz descansa, decía que hay dos maneras de conocer a la gente: por lo que hace y por lo que piensa. Como yo no poseo poderes sobrenaturales, esta segunda opción habría de dejársela a alguien más apto. Yo tendría que conformarme con la simple acción. Primer problema: que la mujer de la que estaba intentando saber más estaba muerta, así que, en vez de averiguar qué es lo que hacía, tendría que investigar qué es lo que hizo para conocer, de una vez, de quién se trataba.

—¿Adonde vais? —me preguntó Blanca.

Sí, claro, tú puedes esconderme lo que quieras. Puedes entrar y salir de mi cama como Pedro por su casa, ¿y yo no voy a poder guardarte un secreto? Ah, no. Que vale que en mi convalecencia tuvieras que cuidarme, pero se acabó, que lo sepas.

—Por ahí —contesté, señalando un punto incierto.

—Pues no os resfriéis, cubrios con esta manta, y calzaos con estos borceguíes que os tejí. Y no tardéis, que enseguida os subirán la comida.

Y yo: «No, no, no te preocupes, Blanca. Sí, lo que quieras, como digas». Ha asumido, de pronto, el papel de la difunta.

En mi mente ya estaba claro a quién habría de preguntar.

Soy una mujer atípica, lo reconozco. No me gusta airear mis problemas más que con gente a la que escojo muy cuidadosamente. No creo además en el arrepentimiento. No creo en el perdón. Me parece algo atrasado: en esta época de progreso en la que vivimos es imposible hacer borrón y cuenta nueva: los errores son necesarios, de los errores se aprende. Así que a mí que no venga un sacerdote o quien

sea a decirme: «Aquí no ha pasado nada». No, señor, son mis fallos, tan míos como mis aciertos. Y por ellos, por la suma de los dos, soy quien soy hoy en día. Y era por esto que si recurría al sacramento de la confesión, era sólo por guardar las formas. Siempre he creído que hay que barrer hacia dentro, sobre todo las victorias, que son las que más envidias y disgustos provocan a la larga en los que te rodean. Que los hombres de religión, por mucho secreto que tengan que guardar, al final terminan apropiándose de las debilidades de sus feligreses y, tras hacerlas suyas, ¿por qué no proclamarlas a los cuatro vientos? Vamos a ver, alguien cuya vocación es de predicador, ¿se le puede pedir que guarde un secreto de por vida? He de decir que hay excepciones, pero precisamente por éstas llegué a la certeza de que no me equivocaba. Y si quería averiguar algo de esa mujer, el camino más fácil y corto sería hablar con el hombre que la confesaba.

Decían que estaba loco, que no sólo le había trastornado ser espía y confidente en primera persona de los tejemanejes entre Enrique y su hermano Pedro, sino el haber vivido también en primera persona los problemas de la Iglesia cuando, entre un papa y otro, decidieron trasladar sus santas sedes primero a Aviñón, luego a Roma y después vuelta a empezar. Entre tanta mudanza, tanta apariencia y demás, el pobre hombre había terminado por perder el juicio y, aunque se suponía que pertenecía a una orden de gente sensata como la de los dominicos, había optado por apartarse de las conspiraciones del mundo y refugiarse en la torre a la que denominaron como la del Observatorio de Alfonso X, exactamente la que daba más al norte, para que el sol en su decurso —así dijo— no pudiera molestarlo en sus cavilaciones. Y nadie lo hacía, que es una de las características que tiene la santidad: que te dejan tranquilo.

La verdad es que, viéndolo allí, yo también me planteé hacerme santa. La comida, la cama, los libros, las velas. Porque se había rodeado de ellas y se dedicaba a mirar por la ventana a un cielo sin sol. ¡Y yo, que me lo imaginaba vestido con harapos y agarrado a una calavera! Me dijo: «Pasa, entra».

Y yo:

—Padre, ¿le molesto?

—No, hija mía, ven, siéntate a mi lado.

Mira entonces mi cabeza, mi tripa y se cruza de brazos.

—Es de su marido, ¿verdad?

—Por supuesto, padre.

—Entonces, ¿qué os trae por aquí?

Y pienso: «¿acaso las mujeres sólo hablan de infidelidades, de hijos ilegítimos?».

—Pues —vacilo— la fantasma, y la ventana de la Sala del Solio. Querría hablaros de...

Me escucho y veo lo absurdo de mi pregunta. Casi hubiera sido mejor haberme inventado alguna infidelidad.

—Así que —me dice, y sus ojos brillan— se te ha aparecido.

—Sí, padre —espero, pienso, que estemos hablando del misma fantasma—, ¿a vos también?

—No, no. Pero sé que anda por ahí.

Me ha cogido las manos y me las aprieta hasta que se ponen blancas. Están igual de frías que las de él.

No me gustan los sacerdotes. No me gusta su doble moral. Y éste, revestido de ese solipsismo y esa pretendida superioridad, me gusta todavía menos. Y, por favor, ¡que me suelte las manos!

Y añade:

—Ya me hubiera gustado. ¿Y qué tal está?

«Pues muerta», quiero contestarle, pero cambio de opinión. Si pretendo sacarle información, será preferible que utilice mi mejor tono.

Siento que su nariz aguileña casi se me clava entre un pulmón y otro pulmón. Sus orejas son grandes. Y al hablar, se mueven. Me concentro en ellas (así, por lo menos, no tendré que aspirar su aliento con olor a alcohol).

—Pues muy bien. Muy guapa, en verdad.

—Sí, siempre fue guapa. La llamaban «la bruja». Y es que tenía una belleza que hechizaba. Pero se equivocaban todos, era una santa, ¿sabes? Siempre tan preocupada por todos: por el rey, por la reina, bueno, y sobre todo por el niño.

Se levanta y se acerca a la mesa, donde tiene pliegos y pliegos. Por fin mis manos se tintan de rojo de nuevo: la sangre vuelve a ellas. Las froto y las escondo entre los pliegues de mi falda, por si acaso tiene tentaciones de volver a apresarlas. Coge una jarra y se sirve una copa de vino (espero que sin bendecir) y la apura de un trago. Después se limpia con la manga.

—¿Gustáis?

—No, no —contesto mirando mi tripa.

—¡Ah! ¡Claro! Así que se os ha aparecido. Curioso, curioso.

—Pero ¿vos la conocíais?

—Sí, hija, muy bien. No había día que no visitara mi confesionario. Una verdadera santa, ya os digo.

—¿Ah, sí?

Se pone tenso, de pronto.

—Pero, eso pertenece al secreto de confesión.

¡Ya estamos con esa monserga! ¡Padre, que está muerta y remuerta! Me callo, una vez más (me sorprendo de mi contención). Decido dar una respuesta más correcta.

—Pero, padre, ella me pidió que hablara con vos —invento rápido, siempre fui hábil—, que os echaba mucho de menos. Que los de arriba —señalo al techo— no la dejan hablar con vos porque..., bueno, ya sabéis, pero que yo, y éstas fueron sus

palabras: podría hacer del hilo conductor que se rompió con su muerte. Y así podríais estar juntos de nuevo.

Siento que con esta última frase he ido demasiado lejos, que no va a tardar en echarme indignado. ¡Cómo os atrevéis! Dirá: ¡infamia! ¡Pecado! Y me llamará mentirosa, porque lo primero que le había preguntado era que si la conocía y luego voy y le suelto toda esa filípica en la que yo daba por hecho que no podían vivir el uno sin el otro.

En vez de eso, se sienta otra vez a mi lado.

—¿Y del niño? —pregunta—, ¿qué te ha dicho del niño?

¡Ajá! Ya está hecho.

—Poco, la verdad, que está bien, junto a ella, como debe ser.

—Claro —ya no me mira, parece que habla consigo mismo—, madre e hijo, juntos, no podía ser de otro modo.

—Claro —digo yo.

—Sólo falta el padre. Aunque no creo que el rey tarde mucho en estar con ellos.

—¿El rey? ¿Enrique?

—¿No os lo contó?

Me mira con suspicacia.

—No, veréis, es que tenía un poco de prisa. Me dijo que vos os encargaríais, que ella tenía que ocuparse de asuntos de arriba —y vuelvo a señalar al techo. Me sorprendo de mi sangre fría.

—¡Un ángel! Si la hubierais visto, viva, me refiero. Venía todas las tardes, con lágrimas en los ojos, y me decía: «Padre, he pecado». Si os digo la verdad, nunca mujer alguna me pareció tan pura.

«No sé —pienso—, alguien que va teniendo hijos del rey por ahí no me parece excesivamente pura». Esta vez no me contengo:

—No sé, padre, ese hijo era ilegítimo.

Se levanta. Mueve las manos al hablar, su boca se contrae como la de los monstruos de los capiteles. Y escupe: sus babas salpican mi traje.

—¡No, señor! Ese hijo era un niño del amor. ¡Vos no tenéis idea de cómo se querían! Amor de verdad, niña. Del puro.

«No he venido —pienso— a cuestionar el amor de nadie. Me importa una higa, la verdad».

—Lo sé, padre, lo sé —me señalo de nuevo la tripa como si mi embarazo fuera también producto del milagro del amor, como él mismo dice.

Se tranquiliza.

—Teníais que haber visto los funerales. Alfombraron de flores la ciudad. No quedó un rincón sin cubrir. Todavía flota en el ambiente el jazmín, ¿lo oléis?

Y yo:

—Sí, claro, padre, está por todas partes.

—Y cómo lloraban.

Se le salta una lágrima, rueda por su mejilla, vieja y hundida, y cae sobre el embozo de la cama.

—Todo el mundo. Era una santa, ya os lo digo. Por eso tuvo que saltar.

«Una santa completa», me digo. No sólo se acuesta y tiene hijos con el rey, sino que encima se suicida. Santísima.

—Claro —digo—, cualquiera lo hubiera hecho en su lugar.

—No, cualquiera no, sólo ella. Sólo una mujer así podría amar tanto como para sacrificar su vida por su hijo.

—¿Sacrificarse?

—Sí, me da igual lo que diga el resto, que ella lo tiró y eso. No es cierto. Yo soy el único que lo sé. Sé cómo lo quería: a él y al padre. Y sé que fue un descuido, que el niño se cayó y que ella, no pudiendo soportar el dolor, se tiró tras él. ¿Es o no puritísimo amor?

—Amor del de verdad.

—Yo estaba oficiando en ese momento. Y cuando los vieron, ah, ¿podré olvidar alguna vez esa cruel imagen? Su cuerpo, tan perfecto. Tendríais que haberlo visto, qué piel de melocotón, qué uñas pequeñas y sonrosadas...

—¿Y el rey?

—Lloraba, él también. Porque él la quería y hubiera dado la vida por ella. Pero él estaba en misa, conmigo, los dos impotentes. Por eso no pudo hacerlo, como dicen las malas lenguas: él no la empujó. Se tiró ella, por el niño. No quería librarse de ella. Era una santa, ¿sabes?

—Sí, sí, ¿y la reina?

—Ella estaba con él. Pálida, claro. Porque, aunque destrozada, seguía siendo bonita. Era un cadáver precioso. Tan blanco, tan puro.

—¿Y el niño?

Pregunté, cuando en realidad quería saber si mi marido sabía toda esta historia, si incluso la habría vivido. Si él la había visto. Incluso el Quiste. Me doy cuenta de que todos en realidad pudieron muy bien haberla conocido.

—Tan guapo como la madre. Y con la gallardía del padre. Puedes verlo, si gustas, enterrado en la catedral. Con una vela encendida siempre. El rey ordenó que se diera misa por su alma todas las semanas, ¡tanto lo quería!

—Porque —pregunto— ¿de qué año estamos hablando?

—De 1366.

Justo recién coronado rey. Sí, Sancho y todos los suyos tuvieron que estar con él. Por si acaso, lo confirmo.

—Y ¿había mucha gente en el alcázar?

—¡Claro, niña! Estaba toda la corte, ¿no veis que Segovia es el camino más corto entre Burgos y Toledo? No faltaba un caballero. Todos llorando, claro.

—¿Y no pudo hacerlo Pedro o alguno de sus sicarios?

—Pero ¿estáis sorda? ¡Se tiró! ¿Cuántas veces tengo que decíroslo?

—Sí, padre, estaba hablando del niño.

—¡Se cayó, criatura!

«He de comer —pienso—, tengo hambre y si no lo hago volveré a enfermar». No sé quién es todavía ni a qué viene toda esta historia. Pero si hago caso a mi intuición, dos cosas están claras: ni ella se tiró ni este sacerdote puede decirme mucho más.

—Padre —le digo—, me tengo que ir.

—Pero —me mira con ojos expectantes, se agarra a la copa que ya está vacía— ¿no os ha dejado ningún mensaje para mí?

Y yo:

—Sí, claro, ya se me olvidaba. Me dijo que rezarais, que rezarais mucho y que os apretarais el cilicio y que durmierais en el suelo. Por la salvación de su alma.

Y él:

—Sí, sí.

—Y que hagáis ayuno y que no bebáis tanto.

(DEL PADRE).

Un «no», seco. Es lo único que dijo.

El cuerpo seguía allí. Nadie se había atrevido a moverlo. Las piernas desvencijadas, los brazos en cruz, la cabeza a escasa distancia. Y mi padre, que se acerca a ella (o a sus restos). Sus pasos son inseguros. Nosotros, Juan y yo, lo miramos, en la distancia. Se le adelanta uno de sus perros, que se acerca a olisquear el cadáver. El pie de mi padre no duda, le arrea semejante patada que el animal pierde el equilibrio y cae entre gemidos sobre el pecho de la que fuera mi madre. Se levanta, retorciendo primero las patas de atrás, después las de delante, y sale corriendo. Mi padre ya ha llegado hasta ella. Le coge una de las manos. La suelta con precipitación. En su cara hay asco, hay dolor, una rabia añosa igual que la mía.

Después, vomita.

Pasé la noche en vela. Intuía el peligro, percibía que se acercaba un nuevo comienzo. Las piezas del ajedrez habían caído. Sin reina, se había acabado todo. Era el momento de empezar de nuevo, de definir posiciones. Los que habían sido sólo peones de pronto se convertían en guerreros. Inés había muerto y se había llevado mi seguridad. La echaba de menos, pero no por lo que era, sino por lo que representaba. Y esto, además, me hacía sentirme culpable, ¿qué clase de hija era? ¿Tan poco me importaba en realidad su muerte? Cuando podía haberme preguntado: ¿qué clase de madre había sido ella?

Me hubiera gustado que esa noche Juan llorara. Me habría dado la excusa que buscaba, el clavo al que aferrarme: «Todo sigue igual —pensaría—, Inés ha muerto, sí, pero nada más va a cambiar. Juan me sigue necesitando. Existe la certeza todavía, aún hay estabilidad. Todo igual». Y levantar el alhamar de su lecho y encogerme junto a él. Acariciarle. Creer que era yo la que lo consolaba cuando en realidad lo único que hacía era buscar consuelo. Y sin embargo, permanecía callado, tan despierto como yo, a la espera de lo que él también podía adivinar que sucedería. Todo cambiaba.

Y la noche, a través de la ventana. Los ruidos que terminan haciéndose monótonos pero que, en vez de ayudarte a conciliar el sueño, resultan cada vez más

insidiosos. Un rescoldo final que salta en la chimenea, que llamea por última vez. Y los pasos, que se acercan. Es mi padre, lo sé, su respiración ya suena al otro lado de la puerta. No pensar en la amenaza. «Es tu padre —me digo—, sólo desea tu bien».

Niña, los hombres sólo piensan en una cosa. La sabiduría hablando a través de mi aya. ¿En qué piensan? ¿En qué van a pensar? Vamos, Beatriz, que lo sabes perfectamente.

¿Podía saber mi padre cuál era mi bien? ¿Se había preocupado alguna vez por otro bien que no fuera el suyo propio? Los besos que me daba, ¿no eran calculados? Llegué incluso a pensar que en realidad él había propiciado la muerte de mi madre, que esos pasos llegaban por fin a una meta que le había costado demasiado trabajo —sin darme cuenta de que era al contrario, que si mi padre buscaba mi presencia, era porque creía hallar en mí lo que había perdido.

Una noche terrible en la que tendrían que haber aullado los lobos, en la que las lechuzas tendrían que haber sobrevolado mi ventana, en la que la naturaleza tenía que haber puesto de algún modo de manifiesto que lo sabía, que no permanecía ajena a esa mano que ya se alzaba para bajar el picaporte. Y no ese silencio.

Y la muerta, mi madre. Buscaba su olor en mí. Una prueba de que no me había abandonado del todo a mi suerte. Y me preguntaba: ¿habría entrado ella alguna vez en mi cuarto mientras dormía? ¿Me habría besado en la frente como hacía con Juan?

Y de recién nacida, ¿me habría cogido como a Dionís y me habría cantado, bajito?

Me encogí, pequeña, como un guisante. Pensaba en los monstruos que estarían debajo de la cama. Los monstruos de Juan. «Cuántas noches —pensé con rencor— me he pasado consolándote. Diciéndote: no existen, Juan, no hay monstruos debajo de tu cama». Y yo temiendo por ellos, cuando el monstruo ya había salido y me esperaba del otro lado de la puerta.

Empezó por desvestirse él primero. Lento, firmemente. Me miraba con fijeza y a la vez sabía que no era a mí a quien veía. Recuerdo las arrugas en torno a sus ojos, el pelo, que le caía suelto y largo por los hombros, todavía con el olor del monte.

Y su cuerpo, de pronto, tan completo y tan desnudo. El miedo y la fascinación porque estaba haciendo algo prohibido y era niña y él, sin embargo, no.

«Quizá —pienso ahora— no fuera una verdadera violación». Al fin y al cabo, no pretendió herirme, aunque lo hiciera. Ni intentó engañarme. No me preguntó: «¿Te duele?». Mi cuerpo no le produjo la mayor sorpresa, parecía que se lo esperaba tal y como lo veía. Me desnudó con ternura y me abrazó, apretándome contra su pecho hasta que los escuché, allá al fondo, los recuerdos de todas las noches que hubo de hacer ese mismo gesto con mi madre. Y ya no tuve ni miedo ni fascinación. Mi madre estaba muerta y mi padre me abrazaba, mi padre buscaba mis labios con los suyos.

«Y sí —pensé—, es esto lo que hacen todos los padres con sus hijas».

Dolió como un desgarró. Y él empeñado en tapar mis ojos con su mano. Y yo procurando no chillar para que Juan no se enterase, para que si el espectro de mi madre comenzaba ya a vagar por los pasillos de la que llamarían Quinta de las Lágrimas, no tuviera que enterarse tampoco.

—Inés —dijo de pronto. Respiraba con dificultad. Al hablar le salía un pitido incómodo.

Abrió los ojos y resultó curioso porque, a pesar de la oscuridad en la que todo había sucedido, los veía diáfanos, brillantes. Como si hasta entonces hubieran estado cubiertos con una nebulosa, una película que lo cegaba tanto como a mí sus manos.

—Inés —repitió.

Y rompió a llorar. Su respiración, cada vez más afanosa.

Acerqué mi mano a su cara (que raspaba) y recogí una de sus lágrimas, tal y como él hiciera, entre mis dedos. Después me los limpié entre las sábanas, muy despacio para que fuera consciente de un gesto que, a pesar de no comprender toda su trascendencia, me parecía que podía demostrar mejor mi pensamiento que cualquier otro. Acababa de cortar el hilo. Nuestra relación, a partir de entonces, tendría que regirse según distintos patrones. El ya no podría protegerme, limpiarme las lágrimas o los mocos porque ya no era mi padre. Aunque él quisiera volver a serlo, yo no lo aceptaría. No después del dolor. Le había cogido la lágrima con desapego y me la había limpiado. Era como decir: «Puedo prescindir de ti, padre, puedo borrarte de mi vida, ¿puedes hacer tú lo mismo?».

En realidad las ideas me avasallaban. Una amalgama de sentimientos encontrados en los que se mezclaba la decepción, el dolor y sin embargo la victoria. Sólo ahora puedo ponerlo en palabras, expresar de lo que, o por mi edad, o por lo precipitado e inesperado de la situación, o incluso por miedo, fui incapaz.

Mi madre había muerto por la mañana y mi padre buscaba mi cuerpo al anochecer.

Quería decirle: «Te has quedado contento, ¿no? Eso es lo que querías. Ya lo tienes. No era Inés, ¿no te diste cuenta? Pero ahora me has convertido en ella. Ya no soy hija, y no soy Beatriz. Me acabas de dar un nuevo nombre, una nueva vida. Porque eso es lo que le hacías, ¿no? No era por yacer con ella, no, ¿verdad? Para eso podrías haber ido a cualquier prostíbulo, era por poseerla, hacerla tuya y de nadie más. Le cerrabas los ojos a ella también y te quedabas dentro de ella, prolongando el tiempo de separación para no ver que era independiente, que podía vivir sin ti. Era el único modo que tenías, ¿no? La encerraste aquí, la rodeaste de monjas, le diste tres hijos. Pensabas que así nadie podría arrebatártela. Pero, padre, no pensaste en la muerte, ¿verdad? Con ella no contaste. Te venció, padre. Tanta inteligencia, ¿de qué te ha servido?».

Y el asesino: mi abuelo. Aquel contra el que pretendiste medirte te ha vencido en

tu propio terreno. Y se ha llevado a mi madre.

Y yo, que era la que había sido deshonrada por quien tendría que haber sido su protector en las horas posteriores al asesinato de su madre, no sentía ganas de llorar, sino de quedarme sola. «Que se vaya —pensé—, estoy cansada».

Y él, que seguía llorando, apoyó su cabeza en mi pecho (tan plano como corresponde a una niña de mi edad) y lo besó, brevemente. Después cogió su ropa y, todavía desnudo, salió por la puerta. Se calló por fin el silbido de sus pulmones.

Me recosté en la cama.

Y es extraño porque en ese momento comencé a sentirlo. Mi olor era el de mi madre. Ella me lo había negado durante años. Se lo daba a mi padre, se lo daba a mi hermano. Y yo, que era su reflejo, que la idolatraba, que vivía para ser como ella —o por lo menos eso pensaba—, jamás sentí que había estado lo suficientemente cerca como para haber dejado su rastro en mi ropa, en mi piel. Y había tenido que ser mi padre el que me diera ese trozo de mi madre que faltaba, y que, sin embargo y de pronto, ya no quería.

Me sentí sucia y no por lo que mi padre me había hecho, sino por lo que ella no hiciera cuando estuvo a tiempo, cuando todavía no era un fantasma.

«No me gusta tu olor —dije—, me desagrada. Es sucio e impersonal. Lo llevabas con vergüenza».

Lo entendí de golpe: ese olor era el de la culpabilidad. El de ella, por haber traicionado a su prima. El de él, por haber abusado de su hija. El mío y el de Juan, por haber comprendido cosas que nunca tendríamos que haber supuesto.

Pasaba ya la medianoche. Las antorchas del pasillo estaban apagadas. Y en el cielo, la mayor oscuridad. Comprendí que tras esa noche algo había cambiado definitivamente: las tinieblas siempre me habían acongojado. El demonio se mueve entre las sombras, me habían dicho. Siempre roba las almas cuando no podemos defendernos. Y yo me lo imaginaba lanzándose sobre el inconsciente de turno, agarrándose a su cabeza y sorbiendo su alma a través de la oreja. Y el pobre desalmado ya, agitando sus manos inútilmente porque es incapaz de ver qué es lo que le está atacando. No, cuando caía la noche, me refugiaba entre las sábanas y si me atrevía a salir, era sólo para reunirme con Juan, con quien la oscuridad parecía ser menor. Y sin embargo, después de que mi padre se fuera y me dejara sola, el miedo que siempre me acompañó se había desvanecido. La noche no sólo no me desagradaba, sino que me atraía. ¿Qué podría sucederme en ella? Al fin y al cabo, si los demonios pueden ocultarse en ella, yo también. Pensé: «He dejado de pertenecer a la claridad, he sido marcada y todos habrán de darse cuenta. Sólo la noche puede protegerme. Ya no soy una niña de la luz».

Y de pronto me di cuenta de la gran falacia: ¿cómo podía decir que había sido alguna vez niña de la luz?

«Los niños son luminosos —decía mi madre—, los niños son hijos del día».

Me reí desde dentro, profundo. ¿Hijos del día? Cuánto cinismo. Los niños, de pronto descubrí, los hijos no son más que el producto de ese dolor que te llega hasta la boca del estómago, de ese olor a sudor tan salado y tan sucio, de los movimientos frenéticos de alguien que se da prisa para terminar pronto: del frenesí, de la rozadura, de la batalla y de la posterior retirada en tablas. Alguien que tiene que recurrir a la noche porque sabe que lo que hace es oscuro, abyecto y repugnante. Y que te tapa los ojos para que no veas nada de luz. Todo ha de suceder en la más densa oscuridad. Nadie ha de verlo, ni siquiera la que está debajo. Así habíamos sido concebidos. Juan y yo y todos los hijos de la luz. Por un padre que de hija quería convertirme en madre.

Sentí deseos de limpiarme, de salir fuera, bajar al río y bañarme y recuperar mi propio olor corporal para volver a ser yo (aunque continuara siendo hija o Beatriz, y por tanto parte de él).

Me puse en pie y una gota de sangre, la confirmación de que hiciera lo que hiciera ya no volvería a ser la misma, una gota de sangre, tan pequeña que sólo llegó hasta la altura del tobillo, se deslizó desde aquel agujero que nunca fue tan negro como desconocido.

El agua estaba fría. Desnuda, en mitad de todo y ni frío ni miedo, sino la sensación de que el agua cae por mis hombros y se cuele en mis ojos, en mi nariz, en mi boca y en mi pubis. El monasterio cercano es una mole que intuyo en la neblina que sube del río y que me rodea. «En él —pienso— ya está el cuerpo de mi madre». Y las monjas que nos vieron nacer estarán velando alrededor. Sujetarán cirios con sus manos y llorarán también porque así está escrito, así lo quiere Dios, cuando en realidad lo que desean es irse a dormir a su celda. Quizá incluso se alegran porque al día siguiente podrán abstraerse de su rutina diaria y la muerte de mi madre se convertirá, casi, en una fiesta de guardar —un motivo de regocijo interior—. «Acógela en tu seno, señor», dirán. Como ella a Dionís. En el seno del señor, que será grande y gordo porque tendrá que albergar a todas las almas que van al cielo. «Está con Dios», me dirán. Dentro de Dios. «¿Cómo entrarán allí? —me pregunté—. ¿Darán patadas en su vientre? ¿Y quién sino Dios podrá apoyar su mano sobre él y sentirlo allí, moviéndose?». Y luego me reí. Hundí la cabeza en el río y el agua que mata, porque bañarse es de vanidosos y la vanidad es uno de los pecados capitales por los que te vas de cabeza al infierno.

Salí cuando ya me dolían los dedos. No sabía nadar, pero tampoco temía poder ahogarme. No pensar, ser parte de lo que me rodea. Ni siquiera escapar, ¿de qué me serviría? ¿Hubiera eso podido cambiar lo que ya se había consumado? Y sí: él podría repetirlo, todas las veces que quisiera. Era mi padre. Podría volver a mi habitación, abrir la puerta, taparme los ojos. Pero ¿hubiera sido peor? ¿Existe aberración más allá

de la aberración? Incluso, si por casualidad no lo hubiera vuelto a repetir, ¿habría encontrado perdón por mi parte? ¿Se puede perdonar un hecho así? Irme o quedarme, en realidad, ya daba igual.

Cuando desperté al día siguiente, mi padre ya se había marchado. No se quedó ni para el funeral. Se había llevado todas sus cosas, todos sus animales. Creí que escapaba de mí, cuando su propósito era muy diferente.

Tras el entierro, tras los quejidos y el luto, comenzó el silencio. Pareciera que tuviéramos que evitar hacer cualquier ruido, como si alguien durmiese y temiéramos despertarlo. Nadie nos obligó a ello, nadie nos dijo nunca: «Niños, no habléis tan alto». Era casi como un acuerdo tácito. Y la única manera que teníamos para refugiarnos en nuestros pensamientos. O mejor, para no pensar. Por no tener que hablar, llegué incluso a evitar encontrarme con mi hermano. En el fondo supongo que temía que empezara a decir lo que yo no quería escuchar: ese «¿recuerdas cuando madre...?» que, sin duda, hubiera jalonado todas nuestras conversaciones, de haberlas tenido. O peor, «la echo de menos». Que lo resumía todo y lo expresaba tajante. Temía enfrascarnos en una conversación que inevitablemente giraría en torno al pasado —porque, a pesar de que intentáramos negárnoslo, todavía vivíamos en él—. Pero, sobre todo, temía que mi hermano quisiera hablar de aquello que habría transformado a ese padre que aun no haciéndole caso, habiéndole incluso abandonado, él continuaba adorando: en el monstruo que en realidad era. Preferible estar ciego. Y su actitud, a pesar de ser reprochable, era igual a la de todos aquellos que nos rodeaban.

Yo no renegaba de lo que había sucedido aquella noche. A pesar de ser incapaz de comprender todo lo que abarcaba, los negros mecanismos que habían saltado tanto en mi padre como en mí, entendía con extraña lucidez el acto que habíamos consumado. De un modo que no alcanzo a vislumbrar, sobre todo si se tiene en cuenta la edad que tenía y el ambiente en el que me había criado: siempre rodeada de monjas y de mujeres sujetas a la vergüenza, sabía qué era lo que mi padre había hecho conmigo. Y no hablo del aspecto interno del acto, que todos mis pensamientos vagaban en un mar de dudas que no sabía cómo conexionar; no, me refiero al aspecto más físico de la palabra: el sexo. La palabra de la que nadie me había querido hablar —menos quizá las alusiones veladas de mi aya: «Es un hombre, ella, una mujer, ya sabes lo que quieren los hombres»— y que, sin embargo, yo había sabido entrever espiando a través de los ojos de las cerraduras o apoyando la cabeza en la pared que daba al cuarto de mis padres.

Resulta difícil para un adulto darse cuenta de todo lo que los niños son capaces de enterarse. Se habla delante de ellos con la impunidad que da el «no entienden, no saben qué sucede». Y sí, es posible que se les escape el sentido de las conversaciones

de los mayores, que los temas de los que traten les suenen extraños y ajenos. No obstante, como seres que buscan espejos en los que reflejarse, saben intuir actitudes, conocen cuándo los mayores guardan secretos, cuándo hay algo de lo que no quieren que se enteren, cuándo bajan el tono, cuándo actúan con falsa naturalidad. Los niños son los grandes detectores de mentiras. Sobre todo cuando éstas vienen de parte de sus padres.

Tras la muerte de mi madre, a pesar de mantener una vida de la que el ojo ajeno hubiera incluso podido decir que era igual a la de antaño, había pequeños detalles que confirmaban que nada era cierto, que nos manteníamos en una realidad impostada en la que los nervios estaban a flor de piel y que, si actuábamos como lo hacíamos, no era sólo porque era el papel que mejor nos supiéramos, sino porque era el más cómodo.

De pronto hasta mi aya rehuía esos temas que tantas chanzas y tanto jolgorio le habían provocado en el pasado. Y no era porque respetara esa ley del silencio que todos parecíamos cumplir —el respeto a la muerte de mi madre—, sino por algo que intuía en mí. Cuando estaba delante, callaba de pronto como si hubiera sido pillada en falta y se limitaba a mirarme con ojos estrábicos, a pasar su mano por mi pelo y a decir: «Pobriña, pobriña, tan joven... y ya sin madre».

Juan dejó de llorar por las noches cuando comprobó lo inútil de aquel acto: nadie acudiría para espantarle sus monstruos. La noche era mi aliado y tendría que ser el suyo. «Así —me dije con rencor— tendrá que aprender a convivir con sus miedos». No me pesaba la conciencia. Lo había puesto en mi mismo plano: jugaríamos en igualdad de condiciones. Y ni él pensó en apoyarse en mí, ni yo en protegerlo. Nunca me reclamó nada, como tampoco intentó inspirarme pena o conmiseración. Cada uno continuó con una rutina, a la que nos aferrábamos porque era la única capaz de otorgarnos identidad, la única en la que nos sentíamos reconocidos: él siguió tejiendo y yo cazando con unas armas que cada día resultaban menos pesadas.

Nadie se preocupó por corregirnos. «Aunque —pienso ahora— hubiera sido lo más normal». Saltaba a la vista que nuestro comportamiento era desviado y sin embargo a nadie le extrañaba, y ya no sé si por el respeto que les merecía la memoria de mi madre y su modo de educarnos o por la fuerza de la costumbre, la inercia que nos impulsaba a seguir viviendo tal y como habíamos hecho: modo —absurdo quizá— de evitar que todo se derrumbara.

Reconstruimos nuestra rutina como si nada hubiera cambiado. Juan y yo comíamos y cenábamos solos, pero en la mesa siempre había dos platos más: uno por la madre que tendría que haber estado y otro por el padre que podía llegar en cualquier momento. La cuna de Dionís seguía donde la dejara su ama el día que se lo llevaron. Y no para recordarnos su existencia —que en realidad no nos importaba demasiado—, sino porque a nadie se le ocurrió cambiarla de lugar. Incluso por las

noches, antes de acostarme, rezaba tal y como lo hiciera con mi madre: guardando silencio en los momentos en los que era ella la que tendría que haber hablado. «Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén». Y vuelta a empezar: «Santa María, madre de Dios».

Así vivimos durante año y medio. Aguardábamos la vuelta del padre porque así habíamos sido educados. No es que, y a pesar de que diéramos esa impresión, le echáramos de menos ninguno de los dos —o por lo menos yo, que ¿cómo pretendo adentrarme en los pensamientos de mi hermano si ni siquiera me atrevía a acercarme a él físicamente?—. Su ausencia siempre fue cotidiana y su regreso, algo que tarde o temprano terminaría por producirse.

Pero volvió y lo hizo, como no podía ser de otro modo, como lo había hecho siempre. Y otra vez las escenas se solapan y ya no estoy segura de lo que viví antes o después.

Recuerdo, como un momento recurrente, que siempre que llegaba era al atardecer. El sol caía en lontananza cuando emergía él rodeado de sus perros y sus seguidores (siempre tan exagerado, padre, tan poco sorprendente). Entonces su cara se bañaba de tonalidades naranjas que le conferían, por más que me lo prohibiera y que me obligara a desenmascararlo, cierta sensación de irrealidad que conseguía hacerme olvidar al ser vil que era para volver a adoptar el papel de héroe que tuvo antes de que mi madre muriese.

Desmontaba sin apenas agarrarse a las riendas. Su pierna pasaba por encima de la quijada con la seguridad del que lo hace cientos de veces al día. Lo primero, el brazo, perfectamente cincelado mediante golpes atizados a Dios sabe quién. Y la mano grande, los dedos también (como cadenas). No apoyaba los pies en los estribos. Saltaba desde la silla y caía al suelo y sus espuelas se clavaban en el barro y salpicaba. Las gotas oscuras llegaban hasta nosotros como moscas oscuras que manchaban los trajes que mi madre nos mandara poner muy de mañana —cuando vivía—, y después de que el mensajero que siempre lo precedía nos anunciara su visita. El resto de la jornada esperábamos que llegara la tarde y la alargábamos con frases que apenas transmitían nerviosismo y sí mucha contención. Y ansiedad.

Y luego, cuando mi madre ya estaba muerta, seguíamos vistiendo con las ropas que ella nos hiciera ex profeso y que se nos habían quedado pequeñas. Juan, por propia iniciativa, había tenido que añadirles un palmo entero de una tela que le dieran las monjas. No recuerdo los zapatos que llevaba porque seguramente ni me los cambié. Debían de ser los que utilizaba para ir a cazar al monte o ir a coger bayas. Sin embargo, puedo reproducir con exactitud la claustrofobia que me producía ese traje, que era en realidad como las tripas que envuelven los chorizos. A pesar de que mi hermano tenía una habilidad extraordinaria con la aguja, las costuras me apretaban y las notaba como clavos contra mi piel. No podía subir ni bajar los brazos e incluso

tenía dificultades para andar, dando zancadas grandes. Me resulta difícil pensar en el color del traje. Quizá porque, de tan desvaído, era imposible saberlo. O quizá porque en realidad tampoco me importó demasiado. Recuerdo a la perfección, sin embargo, cuál era el color de la cinta que me había cruzado en el pecho: marrón oscuro, del color de las bridas, porque precisamente eso era: un trozo de cuero que había cortado con el cuchillo que ahora pendía de ella.

Todo el mundo lo vio, pero aquellos que convivían conmigo ya se habían acostumbrado a verme ataviada así y mi padre tampoco hizo ningún ademán de sorpresa.

—Hola, Beatriz —dijo, como quien saluda a un amigo al que acaba de ver hace un rato. Y en efecto, me parecía que ese año y medio no había tenido lugar en realidad y que esa tarde (que ya era casi la noche) comenzaba exactamente en el momento de mi baño en el río.

Se agachó y pasó la mano, con un gesto en el que creí entrever la crispación, sobre mi cabeza. Yo hube de contener las ganas de echarme para atrás. Me parecía que detrás de la aparente cordialidad que reinaba en tan esperado reencuentro, todos aquellos que nos rodeaban esperaban un gesto que les confirmara lo que acaso no sabían y sólo podían intuir.

No obstante, por más que me lo propusiera, fui incapaz de sonreír. Aquel gesto debió de ser, en cambio, un rictus extraño porque Juan se me quedó mirando con la incomodidad del amigo que procura no fijar su atención en el grano de su interlocutor.

—Hola, hijo —dijo finalmente volviéndose hacia él.

Echando la vista hacia atrás y comprobando lo bien que representó toda la escena, no pude evitar pensar que lo llevaba todo ensayado. Como mi madre. Nos había dicho exactamente lo que necesitábamos oír. Beatriz, me había llamado (para diferenciarme de este otro Inés que dijera antes de partir: el nombre con el que me había bautizado cuando se encontraba protegido por la intimidad de mi alcoba y el silencio de la noche de luto).

Y luego a mi hermano: «hijo», pronunciando bien todas y cada una de sus letras —cuando tan necesitado estaba de padre y de madre, cuando incluso había perdido a su hermana—. Esto me hizo pensar que en realidad él tenía más miedo que nosotros al reencuentro y que incluso durante ese año y pico que tardó en volver llegara a sentir cierta culpabilidad.

No eran imaginaciones mías. No sólo los padres no son infalibles, sino que pueden llegar a reconocer sus errores, aunque lo hagan disimuladamente, como era el caso. «Y si se siente culpable, nunca más —me dije—, nunca volverá a visitarme por la noche, nunca más ese dolor. Podremos enterrar a Inés y descansar todos, sin monstruos que nos levanten de la cama y nos impulsen a buscar protección en brazos

ajenos».

Pero luego me di cuenta. No es que llevara preparado ese reencuentro porque algo le oscureciera el ánimo, le remordiera en la conciencia; sino que todo respondía a un plan perfectamente trazado. Mi padre iba a ser rey y cualquier error en su conducta —aunque fuera delante de sus hijos bastardos o de sus criados—podía llegar a ser fatal. De hecho, tras ese año y medio, sus gestos resultaban incluso más calculados; su pose, aristocrática, como si se prepara para el gran momento. Comprobé con horror, tras mirarle apenas unos instantes, que no se sentía esencialmente culpable por lo que me hiciera, sino que había hecho de la actuación un medio de conducta, que era su nueva manera de ser, pero que debajo de tanta educación y tanta sonrisa y tanta mano convenientemente colocada en mi pelo, mi padre seguía siendo el mismo hombre. Ese «Beatriz» y ese «hijo» eran pura política: la manera más cordial de captarnos para su bando. «Sois mis hijos— parecía decir entre esa actitud melosa, —tenéis que estar a mi lado para todo lo que os requiera. Lo que sea».

Pasó varios días con nosotros. Sus gestos eran corteses y distantes; sus palabras, comedidas. Todo en él era una pose. Si alguien hubiera dicho: «Preparados, listos, ya», él no podría haber estado más preparado. No cometía deslices. A pesar del gasto de energías que tenía que suponerle, no menguaba su actitud, que de tan cortés llegaba incluso a resultar empalagosa.

Como en los viejos tiempos, ni él se metía en nuestras tareas ni nosotros en las suyas. No buscaba su presencia y mucho menos la rehuía. Si en un primer momento me chocó su nueva actitud, pronto preferí ignorarla —aunque lo normal hubiera sido espiarlo hasta cogerlo en una renuncia—. Pero, simplemente, no me importaba. Mi padre era algo del pasado. Había tenido —o al menos así lo pensaba— tiempo suficiente para sobreponerme a esa noche. Creí que ya lo había asimilado todo y con tanto éxito como para llegar a perdonarle. Esto me hacía sentir orgullosa de mí misma: habíamos echado un pulso y yo lo había vencido.

Mientras su cordialidad era una impostura, un reto para su fuerza de voluntad, lo mío se podía definir como simple indiferencia.

Me equivocaba.

No pasaría mucho tiempo —o quizá sí, pero se hizo tan corto que ahora los recuerdo muy cercanos el uno del otro— antes de darme cuenta de mi error. Nada estaba olvidado, nada superado; lo que creí que había expulsado de mí simplemente había quedado almacenado en el desván de la memoria cubierto con una sábana tan ligera que él sólo tuvo que tirar levemente y toda la angustia, todo el miedo y toda la vergüenza volvieron a reflotar.

Al repetir lo que yo creí que sólo podía hacerse una vez, el castillo que yo pensé de piedra resultó ser de adobe. Se derrumbó por completo. Mi padre había vuelto. E Inés con él.

Su verdadero ser estaba latente debajo, esperando resurgir. No sé los motivos por los que no me tocó más que lo necesario durante los días que conviví con nosotros. Quiero pensar que me vio muy niña y prefirió seguir esperando a que llegara un momento en el que lo que hiciera conmigo no estuviera tan mal visto por todos aquellos que lo rodeaban. Estaba en plena campaña. Su misión en esos días consistía en reclutar aliados y tenía que medir muy bien todos los actos para calibrar sus consecuencias. Cualquier desliz podía resultar imperdonable. Así que venció su inteligencia y su amor por la táctica —y la manipulación— y consiguió sobreponerse a sus instintos. Por lo menos ante los ojos de los que lo rodeaban.

Su presencia, como ya he dicho, sin ser incómoda, me descolocaba. ¿Qué estaba haciendo en esa casa? ¿Qué era lo que en realidad le había impulsado a ir a la Quinta del Pombal? No creí que hubiera sido por nosotros. Y tengo que reconocer que esta vez me equivocaba.

No sé por qué tardó tanto. Quizá no estaba decidido del todo a hacerlo. Era, supongo, un paso importante para él: agachar la cabeza ante su padre.

Pero al quinto día de su estancia —en la que no había dado más muestras de su presencia que la voz imperante pero cortés con la que reclamaba que le llevaran la comida a sus habitaciones—, se acercó a nosotros y nos dijo: «Empaquetad vuestras cosas». No nos planteamos para qué, por qué. Obedecemos con tal de no tener que entablar una conversación en la que, tras responder nuestras primeras preguntas, hubieran seguido otras de las que en realidad no queríamos saber su respuesta (jalonadas con un reproche cortés, con un tono hiriente, con la ironía que todo buen rey tiene que aprender a utilizar: porque la ironía es signo de inteligencia y aunque no lo seáis, se os exige que por lo menos lo aparentéis).

Apenas había amanecido cuando nos pusimos en marcha. Sólo las ayas venían con nosotros. El resto del servicio se quedó al cuidado de la casa: por si algún día se producía un regreso que nunca tuvo lugar.

No nos despedimos de nadie. Las monjas que tan bien nos habían cuidado en realidad no dejaban de ser, ante nuestros ojos, un conjunto. Al principio, cuando entraba una novicia en el convento, todavía podíamos apreciar rasgos distintivos en su cara, en sus expresiones, en su manera de andar. Pero con el tiempo todas terminaban por transformarse en parte del todo, con simétricos gestos de contención y rasgos de amargura —y, no obstante, ¡dichosas ellas, que (si lo querían, claro) podían mantenerse alejadas de los varones sin que nadie les cuestionara su decisión!—. Y luego el resto del servicio, con el que apenas habíamos tenido contacto. Ni otro amigo (ni siquiera Dionís, que continuaba creciendo tan paralelamente a nosotros como ajeno). No nos dio pena dejar atrás la casa en la que nos habíamos criado, en la que habían llegado a asesinar a nuestra madre. El equipaje era más bien escaso y si en realidad lo llevaba, no era porque precisara nada de él, sino para que mi padre no

podría pensar que cuestionaba sus órdenes. A pesar de tanta cordialidad y tanta reverencia aquí, reverencia allá, si en algo estaba segura de que no había cambiado era en su mal carácter, su prisa cuando algo no salía como había dispuesto, su intransigencia. Lo sabía muy bien. Por más que me pesara, yo era igual.

Montaba a horcajadas, como los hombres. Me negué a viajar en el carro junto a las ayas. Al fin y al cabo, galopaba mucho mejor que mi hermano y a él nadie se le ocurrió decirle que se fuera con las mujeres (aunque él estuvo a punto de hacerlo tras caerse dos veces seguidas y que el caballo, al que llamó «bestia del infierno», se echara a galope tendido y casi lo estampara contra un árbol).

No recuerdo la impresión que me produjo el castillo del abuelo; no guardo memoria de esos primeros instantes. A pesar de que fuera consciente de que sólo con ese pequeño desplazamiento físico se estaba produciendo un cambio importante en mi vida, su imagen primera está velada en mi memoria, oculta quizá en el nerviosismo que, sin duda, debía de sentir. Llena estoy, sin embargo, de esa imagen posterior que creció tanto como un árbol y que recrea los primeros momentos que pasé allí (y que me asaltan por más que intenté esconderlos entre sus raíces).

(DEL HIJO).

No voy a negar que Blanca pudiera estar envenenándome. De hecho, con el tiempo comenzó a parecerme algo más que una posibilidad. El veneno es eficaz, limpio y seguro. Nadie podría acusarla. No así si hubiera querido matarme a sangre fría como yo se lo pedí. Y sin embargo, la certidumbre de que lo que comía estaba envenenado me daba igual, ¿por qué? Es fácil preguntárselo pero difícil de responder. Ella era, supongo, como esos novios que todo el mundo se empeña en decir que no te convienen, o esos maridos. Pero ¿sirve de algo? En el primero de los casos, afortunada tú, que has conseguido estar con la persona a la que quieres. En el segundo, ya estás casada y con eso de la indisolubilidad del matrimonio mejor aceptar que sí, que puede ser la persona que menos te conviene pero que va a serlo hasta que la muerte os separe, amén. Y fastidiarse, no queda otra. Quizá lo mejor entonces sería acelerar ésta. Conseguir que sea precisamente la muerte la que te libre de la pareja y de tanto juramento ante Dios: una caída desafortunada, una seta echada sobre el plato indicado, una araña que, oh, casualidad de la vida, se pasea sobre su cabecero. Librarse del marido y luego acudir a la iglesia como viuda compungida. Opción que tendría que haberseme ocurrido antes de toda esta historia que tuve que vivir en mis carnes. Sí, en el fondo era una buena esposa: no sólo hasta entonces no había engañado a mi marido, sino que incluso no había intentado asesinarlo. Podía darse con un canto en los dientes.

Amantísima mujer y sobre todo buena amiga. Y no iba a estropearlo todo por una sospecha. Reconozco, sí, que las sospechas eran notables y patentes, que mi estado había sido lamentable, que la muerte de mi aya era motivo más que de sobra como para hacer de ella objeto de mi odio o por lo menos de mis pesquisas. Pero no lo hice. Porque, al fin y al cabo, a Blanca la había escogido yo y no me iba a desentender de ella por cualquier pequeña contrariedad que se nos presentara.

La fantasma tenía razón. A mi alrededor sucedían demasiadas cosas que yo me había negado a ver durante un tiempo que habría que considerar como vital —sobre todo para la difunta—. Todos aquellos que me rodeaban tenían una vida con problemas propios que yo, tan ensimismada en mi enfermedad, había ignorado (sin darme cuenta de que esos problemas que creía ajenos me atañían de un modo

insospechado). Nunca fui demasiado curiosa. Supongo que mi amor propio me negaba la posibilidad de profundizar en la vida de los demás. Además no aguantaba a la gente cotilla. Me parecía que Dios había cometido un grave error al olvidarse meterlo en su catálogo de pecados: «No te inmiscuirás en la vida ajena». Y si lo haces: derechito al infierno, sin escaleras intermedias.

Pero por una vez tendría que salir de mí misma y saber, por fin, qué estaba sucediendo.

«Empecemos —me dije— precisamente por la persona que tengo más cerca. No sólo es la más cómoda, sino la que parece que tiene más que ocultar». Y de que ella fuera mi sombra, me convertí yo en la suya. Espiaba su manera de comer, cómo se vestía, cómo se desvestía, hasta, supongo, hacerla sentir incómoda.

—¿Sucede algo?

Y yo:

—No, ¿por?

Se sube un tirante, el otro. Me da la espalda, su cabeza por encima del hombro. Contengo las ganas de silbar.

—No sé. Me miráis raro.

—Bueno, será la enfermedad, que me ha dejado un poco atontada y me cuesta centrar la vista a veces.

—Ya.

La seguía por pasadizos, alcobas, pasillos. Pero siempre terminaba por darme esquinazo. No sólo yo no había terminado de recuperar mis fuerzas, sino que mi enorme tripa me impedía moverme con la velocidad y el cuidado necesario. Así que fueron también numerosas las ocasiones en las que hubo de atraparme *in fraganti* detrás de columnas, esquinas y sitios poco oportunos para esconderse.

—¿Vos por aquí?

Y yo:

—Ya ves, pasaba por esta esquina. Bonito lugar.

—Sí, bonito lugar.

Fue poco lo que averigüé. Estaba cambiada, eso sí. Más guapa, diría yo. Tenía la cara más redonda, más dulce. Andaba además con una cadencia especial, como si se recreara en cada uno de sus pasos. Y canturreaba, cuando se creía sola. Canciones de barcos sobre la mar, viento en popa y no sé qué (aunque nunca hubiera estado en el mar).

«Quizá —me dije— es que nunca me había dedicado a mirarla con tanta atención como entonces lo hacía». Descubrí también aspectos de su carácter que hasta antes no percibiera. Por ejemplo, su meticulosidad: antes de vestirse, quitaba todos los pelos de sus ropajes y vigilaba que no tuvieran ninguna mancha. Si las había, las frotaba casi con rabia. Las mantas siempre estiradas, ni una arruga sobre ellas y su pelo,

permanentemente trenzado, ningún cabello se movía de su lugar. Le gustaban los animales, sobre todo los perros. Se sabía los nombres de todos y, por la manera que éstos tenían de responder a sus llamadas, tampoco su presencia debía de serles indiferente. Además era presumida: se miraba en cualquier superficie que pudiera reflejar su imagen. Y no tenía concepto alguno de la propiedad: me cogía todo lo que necesitara, devolviéndolo, eso sí, con la meticulosidad de la que ya hablara antes.

Y, como sospechaba: mi marido ya no se la beneficiaba. No sabía los motivos, quizá había sido ella la que hubiera decidido cortar por lo sano, o quizá fuera al revés, aunque lo dudaba. Pero el hecho era incuestionable: cada uno hacía su vida independientemente y procuraban no encontrarse nunca solos. Sus conversaciones, las que tuvieron, siempre fueron formales:

—¿Han traído los pollos?

—Sí, señor, ya están en la despensa.

—¿Y los han limpiado?

—En ello están ahora mismo, señor.

—Bien, bien.

—Bien, bien.

Se acostarían, de seguro, con otras personas —que ya no quise profundizar en ello: mi afán curioso se limitaba simplemente a aquello que pudiera afectarme de un modo directo—, pero lo que estaba claro es que, juntos, ya no.

Luego el Quiste. La verdad es que era poco lo que podía (y quería) averiguar sobre él. Bebía como un descosido. Y comía del mismo modo: vaca, pollo, rata, le daba lo mismo. Pero sobre todo, cerdo, sus congéneres. Una vez, justo unos días antes de que muriera, me atreví a preguntarle qué opinaba de la antropofagia.

Me miró sorprendido, con esos ojitos redondos y respingones suyos y con la chuleta a medio morder goteándole por el brazo peludo.

Mi marido, a mi lado, sofocó una risotada.

Pero el Quiste no se enteró.

—¿Perdone?

Yo creo que ni sabía lo que significaba. Otro auténtico dechado de virtudes con una inteligencia apabullante.

Cada noche se llevaba una mujer diferente al lecho, pagando, supongo, porque no creo que haya otro modo con el que pudiera haberlo conseguido. Y si todas eran distintas, me imagino que no era porque a él le importara mucho, sino porque, simplemente, ellas no querrían repetir.

Con eso no quiero decir que no tuviera cualidades, que las tenía: era voluntarioso y obsesivo. Estaba empeñado en conseguir a Blanca y le daba igual a quién tuviera que saltarse o matar para lograrlo. La perseguía por todas partes, cosa que puedo jurar porque fueron multitud las ocasiones en las que me choqué con él mientras duró la

persecución de mi amiga.

Es gracioso porque ahora que ya está bien enterrado lo que mejor recuerdo eran sus calzas rojas y cómo éstas le apretaban a la altura del muslo formando dos gruesas rosquillas.

De mi marido no quise investigar demasiado. Cuanto menos supiera de él, mejor. Si nos encontrábamos en alguna alcoba, media vuelta, cabeza en alto y deshacer el camino, con dignidad, que una no deja de ser hija de reyes. Todo lo demás: su vida, sus quehaceres, sus anhelos me importaban una higa.

Y luego, don Rodrigo, qué decir de él. Sin saberlo, por más que me empeñara en espiarlo, jamás podría verlo como lo hacía con los demás: sin distorsión, límpidamente. Ya podía ser el peor monstruo de la faz de la tierra, que hubiera continuado creyendo que era un ángel.

El amor, qué cosa más tonta. Tenía veintiséis años, hacía tiempo que esa palabra se había reducido en la práctica a un cortejo muy bien planeado con el fin de llevarse al uno o a la otra al lecho de la manera más legítima, pasando o no por la vicaría. Eso en el plano útil. En su concepción más inservible, la belleza por la belleza: los poemas, las canciones, las cintas de colores, los pañuelos dejados caer con disimulo, los perfumes, los conejos dentro de una cesta de mimbre, los suspiros, las margaritas deshojadas, los filtros amorosos, las serenatas: la mejor manera de llenar el tiempo con una ocupación fácil, agradable y que puede que incluso llegue a dar un resultado satisfactorio para ambas partes cuando por fin se encuentren en un lugar más privado sin necesidad de tanta zarandaja. Yo podía decir: «No me he enamorado nunca». Y creerlo de verdad.

Y sin embargo pensaba que Rodrigo era perfecto, que todo lo que hacía no podía estar mal. Daba lo mismo que me hablara de las nubes o del color del pulgón del espino: escuchaba con arrobamiento sus palabras. Estaba enferma de tontería: comía mucho y de pronto dejaba de hacerlo. Lloraba por las noches abrazada a la almohada. Me quedaba durante horas mirando las velas, las estrellas, los ojos de los gatos o cualquier cosa que brillara mínimamente. Día que no lo veía, día que estaba de mal humor. Me pellizcaba las mejillas cuando podía encontrármelo por los pasillos. Dejaba caer pañuelos perfumados a su lado que normalmente eran atrapados por un perro antes de que él pudiera hacer ademán de agacharse. Metía tripa, como si así pudiera disimular mi embarazo. Trenzaba mis cuatro pelos o los cardaba para que pareciera una melena de verdad, de princesa de cuento y no de bruja mala.

Y todo era perfecto: su manera de desmontar el caballo, su manera de llevar los animales que mataba colgados del cinto, su risa abriendo tanto la boca, su olor incluso. Analizaba cada una de sus frases: ha dicho que le dolían los pies, pero en realidad ha querido decir que no estaba cómodo, que prefería retirarse. Eso significa que está incómodo conmigo. Y las lágrimas, tan amargas, sin saber por qué, sin

entender de pronto qué significa esa soledad que me oprime el pecho.

Era consciente de mi propia dependencia, lo que conseguía desesperarme. «Yo soy —pensaba— la que podía prescindir de todos, y ahora mírate...». No me dolía que él me ignorara, que hiciera promesas que luego no cumplía («esta tarde iré a visitaros», «¿qué os parecería salir mañana a montar?»), sino que consiguiera él, hombre y por lo tanto ser inferior, despertar en mí esa ansiedad capaz de tenerme todo el día esperándolo con una sonrisa de espantapájaros. Pero era inevitable: cada día que me proponía algo, yo, cual mema profunda, me alborozaba hasta el delirio. Y, mientras pasaban las horas y él no venía, sentía cómo me hundía en una tristeza cargada de suspiros y de más abrazos a la almohada. Le echaba la culpa, le reprochaba mentalmente: «¡Podría haber sido un día tan perfecto!, pero lo pasé esperándote». Y luego me recriminaba a mí misma: «Beatriz, haz algo, no dejes que te hunda de este modo». Ordenaba y limpiaba entonces la habitación, cambiaba sábanas, quitaba la ceniza, encendía velas. Pedía que me trajeran bollos y me empachaba. Estaré gorda, pensaba, pero no por un embarazo sino porque yo quiero. Y me prometía no pensar más en él. «Allá él —me decía—, tú vales mucho más. Ya se dará cuenta».

Rodrigo era interesante y conseguía hacerte reír con sólo una mueca. Tanta virtud tenía su contraprestación en no menos defectos —todos perdonables para mí—: Como a todos los hombres, le gustaba beber, arrimarse a las mujeres, mentía, engañaba y siempre terminaba saliéndose con la suya. Era además un orador consumado y aunque estuviera defendiendo una tesis que no apoyaba en absoluto, con tal de discutir y que acabaras dándole la razón, era capaz hasta de renegar de su religión. Esa mezcla de inteligencia y de seguridad hacía de él un ser entre irresistible y un hijo de su madre. Hasta se llevaba bien con los hombres.

Supongo que nos trataba a todas del mismo modo. Pero yo creí ver en su actitud una deferencia especial hacia mi persona, más allá de mi situación de mujer de la casa. Es cierto que era galante con cualquier fémina que se cruzara en su camino y no tendría que haber interpretado sus comentarios o sus invitaciones como un trato de favor (sobre todo a tenor de lo que llegaría a descubrir de él), pero yo estaba ciega por completo y creía que, en su vida, sólo estaba yo. Y si por ejemplo no llegaba a su cita o sus conversaciones eran tan cortas, no era por mí, sino por nuestra respectiva posición: yo de preñada, él de amigo de mi marido y de su hermano, de invitado en una casa que no le pertenece.

Por su alcoba, me habían dicho, había pasado la mitad de mi corte y la otra parte no tardaría en hacerlo. Tiempo después, cuando pude reprochárselo, me diría: «¿Celosa?», y le respondería: «Qué va, ya lo sabéis, podéis acostaros con quien queráis» (mientras añadía para mis adentros: «Siempre y cuando lo hagáis pensando sólo en mí»). «Ay, qué tontina». Y yo, como verdadera tontina, callada cual muerta

porque una vez más: los problemas hay que barrerlos hacia dentro y lo que te falta es encima espantarlo con tu mal humor, tus envidias y tus miedos.

Si intento visualizarlo, lo veo cruzado en jarras, con el mentón levantado y riéndose. Siempre riéndose. Para él todo tenía gracia, incluso el acabar como acabó.

Y sí, hubo ocasiones en las que me dije: «A ti lo que te pasa es que estás enamorándote». «Pero el amor —me replicaba— es un asco, una peste: no sirve para nada, sino para provocar infidelidades y lloros». Me lo imaginaba entonces como una fiebre que te supuraba en costras verdes y en mocos, verdes también.

Y yo llegué a ser una auténtica infectada.

A la fantasma saltarina, que así había comenzado a llamarla, no había manera de analizarla directamente. Me esquivaba ella también. No venía por las noches. Y yo, pendiente de la mínima corriente de aire, de cualquier escalofrío, me cansé de esperarla. La llamaba: «Eh, por favor, acudid a mi presencia», vestida de negro, a ver si así se inspiraba, pero ni por ésas. Si quería saber quién había sido, tenía que hacerlo a través de los retazos que me dibujaban los demás: de las historias, de los recuerdos. Y seguir investigando y analizando todo lo que me dijeran.

La cita fue en la iglesia de la Veracruz, supongo que para darle un carácter más místico. Decían que estaba encantada, que estaba construida en no sé qué punto de confluencia de energías especiales de la tierra. Decían además que la construcción en sí no tenía comparación con ninguna de ningún otro lugar del mundo. Que no era un santuario —y de hecho no funcionaba como tal—, sino un *martyrium*. Antes de entrar lo rodeé en todo su perímetro: conté sus doce lados, me paré delante de la torre y suspiré. El frío. Me arrebujé en la capa. Pensé en mi marido, en Blanca, en todos aquellos. Nadie me buscaría. Pasé la mano por una de sus fachadas, la más oriental. La piedra, dorada. Sin juntas. Y el tímpano. También decían que había sido de los templarios y que de vez en cuando se podía ver alguno de sus fantasmas rondando la zona. Yo, que antaño me hubiera reído de esa leyenda, comprobé que estaba asustada. Que tiene un pase encontrarse con el fantasma de una suicida no peligrosa, pero de ahí a toparse con el de un caballero, vestido con su armadura fantasmal, montando su caballo fantasmal y blandiendo su fantasmal espada, ah, eso ya era otro cantar: un abismo por el que no estaba dispuesta a arrojarme.

—Templarios, brujas, fantasmas, en qué locura he ido a meterme.

No soy crédula, no pienso que haya un destino escrito ni sucesos maravillosos capaces de alterarlo. Si alguna vez participé en un hechizo u aquelarre, fue más por curiosidad que por creencia. La magia me parecía algo fuera de los tiempos que corrían. Lo de las brujas y magos y tal había estado muy bien en la época del rey Arturo, pero yo no dejaba de ser hija de quien era y si de algo fui consciente desde pequeña, es de que no hay arma más poderosa que el miedo (y más atrayente). Y que cuanto más grande es éste y más irracional, mayor la sujeción. Y la magia. Multitud

de veces me habían llamado bruja, pero no creo que precisamente por mi capacidad de hechizar a nadie.

Recuerdo que mi madre le tenía un miedo atroz a todos esos temas. Nos atiborraba a ajos, nos llenaba el cuarto de crucifijos y de patas de conejo, de agua bendecida, de tréboles, de huesos y trozos de telas de santos, de piedras cogidas en tal sitio y a tal hora. Vamos, que si yo llego a ser un fantasma y ver todo aquello, me doy media vuelta no ya por el miedo, sino por el mal gusto de la que decoró la alcoba.

Y bueno, todos aquellos que ofrecían pociones de tres al cuarto para la calvicie, para la impotencia, para el mal de ojo, para el patizambo, para los niños atrofiados, para la peste, para las arrugas, para las varices, para el pecho caído, para estar más rubia, para tener los ojos más azules, el cutis más blanco, el culo más alto, las piernas más firmes; hechos, indudablemente, con babas de caracol y hierbas que cuanto peor huelan, mayor efecto deben de hacer. Todos aquellos no merecían ni mi consideración. Qué decir. Prefería mi culo flácido, mis pelos en las piernas, estar casi calva y no encontrar nunca el amor verdadero a estar bebiéndome mejunjes que lo único que consiguen es hacerte un agujero en la tripa y que te arda la garganta.

Pero de ella me habían dicho que tenía algo que me podía interesar. Y yo soy interesada por naturaleza, así que acepté vernos.

Tras empujar el grueso portón, entré en la iglesia.

El interior era todavía más curioso que el exterior. Y hacía todavía más frío. Anduve por el transepto sin atreverme a entrar en la estancia interior. Estaba sola. Las velas, encendidas, alargaban las figuras de las paredes, los santos, las vírgenes. Me persigné. «No hay vicaría —me dije—. La única salida es la puerta por la que he entrado. Y los vanos, tan pequeños, si me quedara encerrada, no tendría manera de escapar. Ya está, me dije, ya lo han conseguido. Ahora un cuchillo y se acabó Beatriz —y luego—: Vamos, no seas aprensiva. Una mujer menos en el mundo, ¿quién lo va a sentir? Llorarán, me encerrarán dentro de un ataúd, los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos cerrados y se acabó hijo, marido y la indisoluble unidad del matrimonio. Seré una fantasma más que se dedique a dar vueltas diciendo que los muertos, en el fondo, no lo pasan tan mal y que mejor que nos muramos todos».

Me puse por fin en el centro de la iglesia, justo en mitad de esa extraña construcción que se alzaba como un templete de piedra gris. Probé a hablar: «¿Hola?». Y el eco repitió, magnificada, mi palabra. «Qué pena no ser templario —me dije—. Ir por ahí, cargándome a quien quisiera amparado por la religión. Y luego que escriban sobre ti, que te achaquen hechos sobrenaturales...».

Por fin llegó y dejé de divagar.

La había visto alguna que otra vez por el palacio: en una corte tan necesitada de afrodisíacos, de abortos, de afeites y pociones; no había corte que se preciara sin su bruja. La del alcázar de Segovia era una bruja, todo hay que decirlo, con bastante

fama en la zona. Había quienes decían que podía volar por las noches, que comía gatos, ratas y sapos. Al hablar gestualizaba mucho y hacía ruidos con la boca: fussels, fasss, zasss, rataplán, plan, plon.

Yo no sé cómo eran sus pociones, pero de abortos sabía un rato. Te tocaba el vientre. «Viene de pies», decía.

Y la madre en cuestión:

—¿No podría hacer que no venga de ninguna manera?

—Eso es pecado —afirmaba siempre por si acaso a la denta se le escapaba ese pequeño detalle.

—Bueno, un pecado más, uno menos...

—Me pueden mandar a la horca por hacerlo.

Entonces la mujer en cuestión sólo tenía que hacer sonar la bolsa.

—Dios sabrá hacer oídos sordos.

—Está muy agarrado a vuestro vientre, señora. Os saldrá caro.

—Os pagaré lo que sea.

Crujía los dedos frente a ella, se arremangaba y sonreía con su boca mellada.

Sacaba entonces una bolsa negra, una copa de barro. Vertía de una jarra agua sobre ésta y después echaba unas hierbas de la citada bolsa.

—Ahora, señora, vamos a conjurar al demonio, a Satán y si dice alguna vez algo de lo que ha visto aquí, si cuenta nada de nada, vendrá en persona y la arrastrará por los pelos con él y nadie volverá a verla en la faz de la tierra.

Y la pobre mujer, que sólo quiere verse libre del niño:

—Sí, sí, lo que sea, pero rápido, que mi marido vendría al anochecer y no quiero que se encuentre con el percal.

Porque teme más al marido que a que el mismo diablo venga y la lleve por los pelos (y me pregunto yo: ¿por qué siempre han de llevarte por los pelos?, ¿y las calvas como yo?).

Y empezaba la bruja a decir un discurso muy largo en lo que se supone eran latines o una lengua mucho más antigua. Hacía beber el líquido que siempre había de saber repugnante y seguía bailando hasta que la mujer en cuestión se dormía, de puro aburrimiento. Cuando se despertaba, el niño, o lo que llevaba dentro, y la bruja habían desaparecido (junto a su bolsa de dineros).

Si lo hubiera sabido antes, yo quizá también habría recurrido a sus servicios.

Entró con seguridad, como si supiera de antemano que estaba allí:

—Buenos días, señora.

Y yo:

—Buenos sean, bruja.

Ya está a mi altura. Huele a polillas y a achicoria. Y es fea. Tiene un lunar peludo en la mejilla. Quisiera preguntarle: «¿Por qué las brujas son siempre tan feas?». En

vez de eso digo:

—¿Por qué me ha hecho venir?

—Ah —me contesta—, porque en el castillo se oye todo, todo se sabe. Y lo que tengo que contaros sólo vos podéis escucharlo.

Tiene los ojos separados, como los peces. Y cuando te mira no sabes si es a ti o a lo que te rodea.

—Pues espero que sea importante porque la verdad es que aquí hace un frío de diablos —me persigno— y no creo que sea lo mejor para una embarazada.

—Bonito niño —me dice, como si pudiera ver a través de mi piel.

«Pretende impresionarme», pienso.

—Sí, como su padre —contesto—. Y ¿qué es eso que quería decirme?

—Decirle no, contarle. Quiero hablarle de Inés.

—¿De Inés?

—Sí, de su suicidio. Bueno, de su asesinato.

—Bueno, y cuánto me va a pedir por contármelo.

—Lo justo, mi señora, que vos sois una mujer generosa y yo, una pobre bruja que vive de la limosna ajena.

—¿Y cómo sé que lo que me vais a contar me interesa?

—Ay, mi señora, ¿cómo querría yo engañarla? Y más en este recinto sagrado —se arrodilla, se persigna—. Jesús de mi vida, líbranos del mal a esta señora tan buena y tan guapa y tan generosa.

—Está bien —respondo cortándole su plegaria—, os daré lo que queráis.

Y pienso: total, es el dinero de mi marido.

—Ya sabía yo que erais buena y dulce. ¡La mismísima Virgen!

Y yo:

—Sí, sí, lo que digáis. Tomad y contadme lo que queráis.

Volcó la faltriquera sobre su regazo. Y sin apartar la vista de los dineros, comenzó a hablar:

—Yo la vi nacer, señora. Yo ayudé en su parto. Y ya desde entonces fue asesina, os lo juro. Mató a su madre. Le arrancó a mordiscos la vida. Rodeadita de sangre. Nunca vi parto igual, tanta sangre que ni un cerdo, mi señora, ya sabéis a qué me refiero. ¿Habéis visto alguna vez un pulpo?

Asentí.

—Bueno, entonces sabréis qué aspecto tenía la niña. Toda moco y tan roja, con esos dedos como tentáculos y esos labios que se agarraron al pezón de su madre fallecida y no había manera de soltarla. Desde el primer momento supe que estaba maldita. Por eso no podía abandonarla. Me la llevé conmigo y me propuse criarla como me criaron a mí.

Ya me imaginaba cómo. Tentada estuve de decirle: «Llévese a mi hijo cuando

nazca, que de seguro que es del tipo de niños que necesita».

—Era guapa, la condenada. Ya de niña. Es más: tenía esa seguridad que vuelve locos a los hombres, ya sabéis a qué me refiero. Llevaba siempre un tocado que yo creo que se lo sacó a un muerto. Y un traje que se cosió ella misma, siempre fue muy hábil con las manos, con unas telas que compró con el dinero obtenido de vender su virgo. Y todavía le sobró, créame, para darse un atracón de pasteles.

De pronto había olvidado lo inadecuado de la conversación en semejante lugar. Pregunté:

—¿Mercado de virgos?

—Huy, sí, señora. El vuestro, por ejemplo, se cotizaría altísimo. Bueno, como le decía. Llegó un momento en el que lo sabía todo, ya nada podía aportarle: mis conocimientos eran pocos para ella, verdadera hija del diablo. Y teníais que ver cómo me trataba, la desgraciada. Yo, que la había criado bajo mis faldas. Consiguió trabajo en la corte de doña Juana. Y no tardó en acostarse con todo hombre, incluso con el cura, pero no me haga mucho caso, que yo soy inculta, mi señora, y no tengo idea de nada. Pero había uno que se le resistía: el rey, mi señora, don Enrique. Y ¡era tan gracioso! Porque él, que no tenía reparos en llevarse a quien fuera al lecho, le daba cada desplante que ya se imagina. Yo por entonces me había convertido en habitual en la corte, ya sabéis, la nobleza siempre ha tenido más miedo que el pueblo llano al futuro y no había día que no me requirieran para una u otra cosa. Así que podía ser testigo de los intentos de mi ahijada y de las palabras de repulsa de nuestro señor.

Nos hemos sentado en el suelo, la espalda apoyada contra la pared. Se rasca el brazo, cubierto con una pelusilla rizada.

—Así que, ya no pudiendo más, viene a mí un día y me dice: «Ay, madrecita», porque me llamaba así, ¿sabéis? Su hipocresía llegaba hasta ese extremo. «Ay, madre, ayudadme a conseguirlo. Doy lo que sea. Por favor. Sería la solución de todos nuestros problemas. ¿Os imagináis la cantidad de oro que podríamos ganar?». Y yo, claro, porque no dejaba de ser mi hija y las entrañas siempre pesan. «Sí, mi niña — que así la llamaba yo—, hay un método, y lo sabéis». «¿Cuál?», me preguntó. Lo sabía, claro que lo sabía: su alma. Y la de su hijo, el primero que tuviera. Me dijo: «Sea, porque mi alma ya está perdida y teniendo al rey a mi lado, podré hacer cuantos hijos sean menester». Así que lo hizo, vendió su alma y el futuro de su primogénito. Y no veas. Nunca he visto un hechizo con tanta potencia. No sólo cayó el rey rendido a sus pies, sino todos aquellos que sólo se habían acostado con ella porque, según me consta, en ese tipo de labores era una auténtica maestra. Hasta vuestro esposo, si me permitís decirlo, cayó rendido. Bueno, ya sabéis cómo son los hombres: ni uno se salvó. Sobre todo su majestad, que la perseguía como un auténtico conejo.

Y entre tanto arrumaco y tanta mano bajo la falda y tal, no tardó en quedarse embarazada. Y aun en este estado, seguían reclamándola porque nunca he visto un

embarazo más precioso. Nació el niño y con él la hora de pagar el precio. Pero ella lo posponía siempre: «Mañana lo haré», me decía. Y yo: «Niña, que con estas cosas no se juega, que ya sabéis cómo se las gasta el de allí abajo», y eso. Pero no me escuchó. Parecía que flotaba con su niño y su marido, porque así comenzó a llamarlo. Mi marido.

Toso. Busco un pañuelo entre la manga. Noto cómo me estoy resfriando. Y pienso que la historia es apasionante, pero no veo el momento de regresar a mi lecho.

—Y claro, sucedió lo que tenía que suceder. Al final, vino el diablo y los empujó a los dos, por la ventana. Primero a él y luego a ella.

—Fantástica narración, señora bruja, se lo agradezco, pero si no le importa, debo retirarme.

Me puse de pie. Y ella, agarrándome por la falda.

—Espere un momento, señora. Le voy a dar un consejo y por éste no le voy a cobrar nada: guárdese las espaldas porque ni el trigo ni el mirlo son tan blancos como los pintan.

Y yo:

—Gracias, muy amable.

(DEL PADRE).

Extraña palabra el odio. Quizá no odiara a mi padre, o a mi madre. Nunca lo verbalicé, nunca me dije: «Mujer, he ahí a tus progenitores, los que han hecho de ti lo que eres, son culpables, ódialos».

No. Los quería en la misma medida que los odiaba porque estaba llena de ellos (y me quería y me odiaba del mismo modo a mí misma). Personalizaban, ellos dos, los sentimientos más encontrados porque estaban demasiado cerca de mí —incluso cuando ya ni siquiera vivían.

A mi abuelo, al contrario, lo odiaba en toda la extensión de la palabra. «Te mataré —pensaba—. Cavaré tu tumba con mis manos pero no la pisaré para que nadie pueda creer jamás que fuiste humilde. No te ganarás el cielo gracias a mis pasos. No, abuelo, ahí te quedas. O mejor: el olvido. Que nadie te recuerde». Ningún juicio en su contra o en su favor, sino el más absoluto silencio. Muerto ya para todos.

¿Cuánto hay de recreación en mi odio? ¿Me aferró a él casi como vía de escape? ¿He magnificado tanto mi rencor para ser menos imparcial con mis padres? ¿Personalizo en mi abuelo todo lo que en realidad sentía y que no podía expresar de otro modo?

No tengo respuestas para estas preguntas. Pero ¿de verdad importa? Quizá mi inquina hacia él pudiera ser menor, no lo niego. Y sin embargo seguiría ahí, agarrado en mi estómago como una úlcera. Además, me crié en esa aversión, son las únicas aguas en las que sé bogar. Y sin odio no podría entender quién soy ahora y por qué. Y hoy lo que tengo por seguro es que mi abuelo es una persona que merece ser odiada.

Era un ser rencoroso, infectado por el poder. Tenía todos los motivos para ser feliz y no lo era. De hecho, lo único que parecía hacerle feliz era su propio sentimiento perpetuo de infelicidad. Bueno, y fastidiar la vida a todos los que lo rodeaban. Sólo estando completamente a disgusto conseguía dormir por la noche (y, aun así, estoy convencida de que en sueños únicamente pensaba en cómo hacer para que el día siguiente fuera todavía peor que el anterior). Tacaño hasta la extenuación. No se fiaba nunca de nadie. Por eso dormía con todos sus tesoros metidos en un baúl de su alcoba. Y si el día no había sido lo suficientemente productivo como para poder conciliar el sueño, los sacaba —me consta— uno a uno y se dedicaba a admirarlos.

Comía poco y procuraba que los demás lo hiciéramos aún menos. A pesar de todo, su tripa era prominente, lo que me hace sospechar que en ese baúl de los tesoros tenía que guardar otros de tipo culinario. Así nos tenía a todos, delgados como una corte de raspas de pescado lastimosas. Los ataques a la despensa resultaban frecuentes. Cuando alguien sacaba la llave al ama, se creaba una ola de confraternización entre todos los habitantes del palacio sin importar la edad y atacábamos como verdaderos cernícalos, convenientemente organizados, eso sí, para que mi abuelo no pudiera sospechar. Su odio se convertía entonces en ira. La sonrisita malvada que tenía siempre en su cara se transformaba en una boca semiabierta y en unos ojos saltones, como los de una vaca a la que tiraran demasiado de las ubres. Pero cuanto más se enfadaba, más la saqueábamos mis hermanos y yo.

Si se producía un desafortunado y horroroso gasto, como él decía, pagaba su mal humor con cualquiera que le pillara a tras mano. ¡Cuántas veces hube de ver la cara de un aguerrido caballero abofeteado porque simplemente estaba allí cuando se desataba uno de sus frecuentes ataques de ira! Aunque, he de decir en su defensa, mi abuelo era justo, paridad ante todo. Le daba igual la edad, el sexo o la condición. Golpeaba a quien fuera siempre con la misma fuerza.

Lo bueno es que, tras tantos años de «excesos alimenticios», de vivir tan confortablemente y de dormir a piernas suelta, mi abuelo era un ser enclenque que se aposentaba en su trono y se limitaba a señalar con el dedo lo que quería —su baúl, eso sí, muy cerca de él—. Esto nos daba libertad absoluta para investigar lo que nos viniera en gana en el palacio. Y sus bofetones eran considerados casi como un honor regio.

Tenía mi abuelo otras peculiaridades que producían verdadera risa. Por ejemplo, la necesidad de decir la última palabra. Es comprensible, por otra parte, al pensar que era rey y que estaba en su derecho. Pero, a veces, esas palabras que tendrían que haber sido tajantes se convertían en algo fuera de lugar. Preguntaba: «¿Habéis ensillado los caballos?». Y contestaba el caballero: «Sí, mi señor». Y entonces él decía: «Ensilados están, pues, bien ensillados» (y la cara de tonto del pobre caballero, que no sabe si sonreír, si hacer una reverencia e irse o si quedarse).

Para ser justa, si a mi abuelo lo habían apodado «el Bravo», era por algo. Pero ese algo estaba tan atrás en el tiempo que sólo Matusalén podría haber sido testigo de lo que él llamaba «sus proezas bélicas». La imagen de mi abuelo sosteniendo una espada en su vejez tendría que haber sido muy graciosa, ¡qué pena que no lo hiciera mientras viviéramos con él! No necesitaba la espada para nada, con los bofetones ponía a todos en su lugar. En vez de eso, se dedicaba a conspirar nuevas tácticas con las que vencer a su hijo, mi padre, sobre planos que más me recordaban a los dibujos de un niño que a un plan estratégico o trascendental.

Además siempre tenía que llevar la razón. Así que, si nunca se equivocaba y era

quien tenía que decir la última palabra, nadie quería mantener una conversación con él en la que todo hubieran sido monosílabos: «Sí, mi señor»; «no, mi señor» (y punto). «Para tener que escuchar sus monólogos —pensábamos con el respeto debido, por supuesto—, casi mejor evitarlo». Así que, sentado en su trono, esperaba a que alguien entrara para sermonearlo y nosotros, detrás de la puerta, deseábamos no tener que hacerlo.

Era del tipo de hombres que sólo se miran en el espejo cuando están a solas (que ya se sabe que eso es propio de mujeres). Y que cuando lo hacen, piensan: «Qué hombre soy». O su otra modalidad: «Cuánta hombría tengo». Y esta necesidad de autoadoración se llevaba todas sus energías, es comprensible. No es que no quisiera a los demás, es que se quería demasiado a sí mismo. Él era único. Era rey, ¿no? Había sido designado por Dios. Podría decirse que él era el nuevo Adán sobre la tierra, sin pecado concebido. Pobres mortales nosotros y pobre de aquel que pudiera parecer un atisbo de peligro en su hegemonía de belleza, fuerza, inteligencia y juventud.

Por eso odiaba a mi padre. Eran idénticos en sus atributos físicos: con sus rasgos angulosos, su barbilla puntiaguda —que se adivina incluso debajo de la espesa barba—, los ojos grandes, la nariz tan recta como prominente. Pero también en sus pulsiones más recónditas: el motivo que impulsaba todas sus acciones, escondido, eso sí, en esa aura regia de que todo lo que hacen es, además de incuestionable, por el bien de sus súbditos. Sólo buscaban su propio bien, satisfacer sus propios deseos; y sin embargo eran capaces de hacer pensar a todos que lo hacían por el suyo. «Gracias, gracias», teníamos que decirles. La única diferencia entre ellos era que mi abuelo, tras años de profesión, había perfeccionado tanto la técnica del engaño que incluso a veces llegaba a creerse su papel de salvador de la humanidad. No obstante, yo sabía que entre tanto revestimiento de tanta corte y tanta zarandaja existía latente, bajo su piel cetrina, el mismo monstruo de mi padre. «Tarde o temprano tendrá que salir», pensaba. Vivir con él se convertía entonces en otra espera: aguardar a que esto sucediese.

El odio es cíclico, circular, perfecto. El odio no busca contraprestaciones, excusas. Se odia sin más. Yo odiaba a mi abuelo, él a mí y a mi padre, y mi padre a su padre (e intuyo que un poco también a mí). No entiendo ese empeño de que todos nos hemos de amar como hermanos (me pregunto: ¿de verdad tenía hermanos quien planteó semejante tesis?). El odio es tan necesario como el infierno. Sin un lugar semejante, ¿podría haber cielo? Sin odio, ¿podría haber amor? Además puede llegar a ser incluso reconfortante: sobre todo si piensas que la persona a la que odias te detesta de igual modo. Entonces no hay por qué disimular.

Y mi abuelo no disimulaba su odio hacia mí. O hacia mi hermano.

Creí en un primer momento que era por nuestra condición de bastardos (al fin y al cabo, él casi pierde el trono —su único y verdadero amor— por culpa de un

hermanastro). Luego descubrí que no, que me equivocaba, e imaginé que la única causa era que mi abuelo era un odiador nato. Hasta que finalmente me di cuenta, al comprobar lo parciales que eran mis suposiciones, de que no tenía que empeñarme en buscar el porqué, ya que los motivos eran tan infinitos como variados.

Desde que nos vio, nos odió. Simplemente. O quizá venía de antes.

Tras ese instante en el que dijo que era incapaz de saber quién era el chico y quién la chica, percibí que la convivencia con mi abuelo no iba a ser un camino de rosas.

Yo era consciente —como todos los de la sala— de lo paradójico de la situación. Pero lo curioso es que nadie hizo ningún gesto de extrañeza: todos éramos consumados actores. Mi padre nos dejaba a nosotros, hijos bastardos también, con su propio progenitor para mientras tanto poderse ir a la guerra a continuar destruyéndole todas sus fortificaciones y consiguiendo que todos los caballeros del reino se aliaran con él. De broma macabra. Aún me pregunto por qué mi abuelo se avino a permitir que viviéramos con él. Y lo que es peor: por qué mi padre prefirió llevarnos a esa corte en la que no dejábamos de ser intrusos, en vez de mantenernos en nuestra casa de Coimbra.

Hay una cosa que sin embargo me resulta diáfana. Uno de los motivos por los que me odiaba mi abuelo era porque yo era lo que tanto mi hermano como mi hermanastro tendrían que haber sido: un macho. A pesar de que enseguida se encargara de colocarme una dama de compañía que corrigiera todos mis modales, no podía seguirme las veinticuatro horas del día (sobre todo cuando ella se dedicaba a perseguir a un paje cinco años menor que ella diciéndole «mi dons, mi dons», en una perfecta muestra de lo que es el amor cortés. «Aprende, niña, que esto es una enseñanza de verdad»). Y no bien me había dejado sola, que buscaba la compañía de Juan y de Fernando, mi hermanastro, para jugar a lo que calificaban como juegos impropios de una señorita de mi alcurnia. Fernando podría parecer una persona débil y enfermiza —eso nos decía todo el mundo: «¡Pobre Fernandino! Tenéis que cuidarlo»— y yo no digo que no lo fuera, pero tenía un puñetazo de siniestra que ya hubiera querido para sí el mismísimo Cid Campeador si conseguía arreártelo. Pero normalmente no era así. La suerte jugaba en mi favor. Fernando podía ser mayor, pero yo era más fuerte. Y Juan era rápido, pero no tanto. Recibía como el que más. Nos llevábamos bien. Formábamos un grupo compacto porque era la única manera de mantenernos a salvo del abuelo. Sólo María, con cinco años más que yo y tres más que su hermano, se mantenía aparte de nosotros. Menuda pécora, María (y no lo digo sólo por su cara bovina).

Era la típica hermana santurrona que todos se dedican a idealizar como modelo de conducta. «Mira María qué guapa, qué estilo, qué manera de hablar. Ya podrías aprender de ella, Beatriz». Cuando querían decir: «Mira qué de afeites se pone, qué de dineros saca al abuelo para traerse telas de la misma Francia, qué manera de

mover el culo tiene al andar». Y claro, María, sí, sí —bajada de pestañas hasta tres veces—, muchas gracias. Y reverencia —todas las tetas se asoman, cara de arrebolamiento, lengua para afuera, como los perros.

Y María: «Ven a mis habitaciones, primita (porque la muy ilusa nunca quiso reconocer que yo era hermana suya), que te voy a dar unas lecciones. Punto uno: estilo. Se anda con las piernas juntas, se sienta una con las piernas juntas, monta a caballo (si tienes que hacerlo) siempre a la grupa de un hombre y con las piernas juntas». Y yo pensaba: «Sí, sí, como si tú tuvieras problemas para abrirlas cuando quieres». «Punto dos: el pelo. Hay que cepillarlo diariamente, diez veces en cada dirección. Además hay que plancharlo de vez en cuando». Y yo, «¿para qué, si lo tengo liso?». Y ella, «pues para estar guapa, para qué si no».

La verdad es que era imposible discutir con ella. Nadie lo hacía. Al final te terminaba doliendo la cabeza y la tortura que podría haber durado sólo un par de horas se alargaba hasta el atardecer, momento en el que sus amantes comenzaban a llamar a la puerta. María la sociable. Menos mal que estaba prometida y que pronto habría de irse y la perdería de vista, que si no hubiera intentado cortarme las venas mucho antes de lo que lo hice.

María despreciaba a su hermano porque creía que se iba a morir pronto y que entonces ella no podría ser nunca la hermana del rey. «Ay, pobre de mí, que me voy a casar con un simple marqués», decía mojando las faldas del abuelo. Y luego, cada vez que se peleaba con Fernando, zanjaba la discusión diciendo: «Tú calla, que te vas a morir».

Así no me extraña que el pobre Fernando nos confesara un día que, hasta que llegáramos nosotros, su mejor amigo era un fantasma. «¿Un fantasma?», le preguntamos. «Sí, el de un antiguo caballero que murió aquí». Y nosotros: «ah», porque no era cuestión de maltratarlo también. «Un caballero con cola de serpiente». «¿Un demonio?», preguntaba mi hermano. «Sí, pero uno bueno, porque yo quise que mordiera a María y me dijo que no, así que al final tuve que hacerlo yo». Y nosotros: «Claro, claro».

En realidad la vida, a pesar del abuelo y de mi dama, no era tan mala. Si la comparaba con la tranquilidad de la Quinta, la vida en palacio no permitía el aburrimiento. Siempre había algún descubrimiento que hacer, un hecho que investigar, alguien a quien consolar (o insultar). Y si un día te quedabas enfermo en cama, te costaba por lo menos otras dos jornadas ponerte al día. Sobre todo por las noches, que eran un trasiego de ir y venir, de pasadizos y puertas que se abren y se cierran, que a veces incluso te encontrabas un extraño en tu habitación que te decía: «Buenas, me he equivocado de camino, ¿para la de la dama tal o cual?». Todos muy caballerosos, eso sí, que para jolgorios y desenfreno ya estaba la soldadesca en el piso de abajo (piso que, por cierto, se conocía muy bien mi hermanastra). Teníamos

deberes, por supuesto. Juan tuvo que aprender a montar a caballo y yo retomar mis clases de costura. Pero el pobre echaba tanto de menos su antiguo quehacer que, por la noche y a la luz de la ventana, se sentaba en el alféizar y se dedicaba a tejer lo que yo tendría que mostrar a mi dama al día siguiente. El sacerdote de palacio era el encargado de enseñarnos el catecismo, pero habitualmente estaba tan ocupado absolviendo a tanto pecador que apenas le veíamos el poco pelo que tenía, que el pobre era tan calvo como la ocasión.

Así que podíamos dedicar las tardes a ir al bosque.

En realidad fue el abuelo quien lo propuso.

—Estos niños —dijo refiriéndose a Juan y a mí— no hacen nada en palacio. Mejor que salgan a airearse un poco.

Y nosotros bajamos la cabeza y emitimos un «nooo» algo desfallecido para darle gusto, para que no pudiera pensar que en realidad sí que nos apetecía.

—Ay, abuelo —terció María—, dejadme ir con ellos —lágrimas y movimiento de melena tan planchada y tan requemada que más que seda (eso decía, «tengo el pelo como la seda, como la mies en septiembre», cuando era más castaño que el tronco de un olivo) parecía tela de saco.

—Pero María...

—Claro, los bastardos pueden ir y nosotros, no.

Juan y yo nos mirábamos sin entender nada. María, ¿en el bosque?

—Los quieres más a ellos.

Por supuesto que María vendría ese y todos los días, que buena era ella. Y por supuesto que fuimos andando, no fuera a ser que el sudor del caballo pudiera estropear sus trajes o, peor, su fino cutis.

—¿Para qué ha venido? —me preguntó Juan.

Yo me encogí de hombros. En realidad no me importaba demasiado. Bastante tenía con contener la risa viéndola caminar entre los espinos.

Cuando ya llevábamos media hora larga andando, primero ella, después los demás, se giró hacia nosotros y nos dijo: «Bien, ¿dónde está el hada del bosque?».

Detrás de mí sonó un resoplido de Fernando.

—¿El hada del bosque?

«Debe de ser cosa de familia», me dije.

—Claro, primita, ¿que no la conoces? Ah, claro, que tú vienes del campo.

Miré a Juan: ¿dónde está la lógica en su comentario? Le pregunté con los ojos: «¿No tendríamos que ser nosotros los que al venir del campo la conociéramos mejor?». Esta vez fue mi hermano quien se encogió de hombros.

En lontananza repicó una campana.

—No, no la conozco —contesté.

—Pues es mi madre —dijo—. Y se quedó tan tranquila.

—¿Perdón?

—Claro, primita, ¿de verdad te crees que con esta belleza mía podría haber nacido de una mortal cualquiera? Yo soy inmortal, soy perfecta, soy la hija del hada del bosque.

—Por supuesto —contesté—. ¿Hay alguien que lo dude?

Movimiento de melena y se da media vuelta mientras sigue la búsqueda y captura del hada del bosque, su madre. Nadie se encargó de desmentírsele. Mientras ella quisiera continuar con esa locura suya, nosotros podríamos salir de palacio e ir a al bosque —y a veces, incluso, perderla de vista.

Los días se sucedían con pasmosa monotonía. El ataque de mi padre se hacía esperar. «Pero —me decía— cuánto más lo prepare, más tardará en volver, tanto mejor». Así que me amoldé a la rutina y encontré en ella un rincón de solaz y expansión donde poder detestar a mi abuelo.

Las cenas resultaban el perfecto paradigma de nuestra vida en palacio: cómoda dentro de los límites que marcaba el páter familias.

Normalmente, tanto Juan como yo almorzábamos en otra mesa. Sólo Fernando y María tenían derecho a compartir la de mi abuelo encima del estrado. En su mesa, sin que la comida fuera abundante, uno no se quedaba con hambre. Todo lo contrario que nosotros (pan blanco para ellos, pan de centeno para los demás). El resto de convidados nos teníamos que conformar con las sobras del tan pantagruélico banquete, en el que lo único que abundaba eran los rábanos porque justo detrás de palacio había un huerto de un labriego que pagaba su tributo con tan nutritiva y deliciosa raíz. El administrador encargado de vigilar la comida, al ver lo poco que tardábamos en dar cuenta de la comida, pronto comenzaba a aburrirse y se acercaba a cualquier mesa que le pudiera dar algo de conversación.

No obstante, cuando había algún invitado importante, el abuelo poco tardaba en ponernos a su lado. Era la manera de confirmar ante los ojos del egregio convidado la virilidad del pene del señor de la casa —o por lo menos de su hijo— y la grandiosidad de su prole. (Cuando, si el huésped hubiera tenido un poco de vista, se hubiera dado cuenta enseguida de que ante semejante descendencia, la virilidad de mi abuelo era francamente cuestionable: una nieta mayor que parecía un repollo de mirada lasciva, un primogénito que era incapaz de comer con la boca cerrada por una malformación en el labio superior, otra nieta a la que, por más que su dama le pegara collejas para corregir sus modales, sólo le faltaba una barba para ser un hombre. Y por último, otro nieto que se pasaba la cena lavándose las manos porque nunca estaban lo suficientemente limpias como para llevárselas a la boca). Bueno, y luego estaba mi abuelo, que tensaba el brazo hasta que se le dibujaban los tendones bajo la camisa cuando quería alcanzar cualquier cosa que estuviera encima de la mesa, por más que lo que fuera que hubiera cogido no pesara apenas, para que todos

pudiéramos admirar unos músculos que sólo veía él —como el fantasma de Fernando o el hada de María: prerrogativas familiares, supongo, transmitidas, como el trono, por línea descendente.

Esas cenas eran una pantomima en la que el abuelo, con cara de crucificado, miraba de un lado a otro como si quisiera reprocharnos nuestro buen comer. «Gordos, glotones, devoradores, muertos de hambre», murmuraba. Y luego se miraría las manos. «Ay, qué desperdicio», como si en vez de ese cerdo pagado con los dineros de las arcas del reino, esos mismos nietos de los que presumía se dedicaran a picotear en su propia carne.

Siempre he pensado que a la hora del comer nos desnudamos sin darnos cuenta. Las fachadas se caen y la pudicia se muestra por completo. Imposible esconderlo. Por eso quizá disfrutara tanto con los banquetes. Era una manera de penetrar en la intimidad de los que me rodeaban sin que ellos pudieran percatarse.

Mi abuelo, como mi padre, desmenuzaba con los dedos todo lo que se iba a llevar a la boca y lo colocaba en la escudilla, perfectamente ordenado, para después devorarlo con ansiedad. No comía demasiado. Le resultaba imposible teniendo que vigilarnos a todos.

Luego María, a su diestra, no probaba bocado —por eso creo yo que la colocaba mi abuelo a su lado: como ejemplo a seguir—. Supongo que a la pobre no le daba el cerebro para tanto, ¿hacer dos cosas a la vez? Imposible dejarse caer el vestido para poder mostrar un hombro y masticar al mismo tiempo. «¿Por qué habría de hacerlo?», me habría respondido, de habérselo preguntado. «Querida primita, punto tercero: las señoritas han de tener un talle delgado».

Mi hermano Juan, el pobre, comía con una mezcla de miedo y avidez. Cogía rápidamente un bocado y, con la misma velocidad, se lo metía en la boca. Después, cuando ya lo tenía dentro, lo masticaba sin demasiados aspavientos como si temiera que alguien pudiese decirle: «Abre, escupe, escupe». Pero sus viajes bandeja, mano, boca no cesaban hasta que ya no quedaba nada comestible a su alcance. Y después incluso se permitía coger el pan blanco y limpiar los restos de acedera, de agraz o de zumo de limón.

Y mi otro hermano siempre cogía trozos tan grandes que se le terminaban haciendo una bola que al final tenía que escupir (mi abuelo miraba con reprobación tanto desperdicio de comida pero nada decía: tenía que guardar la apariencia delante de sus invitados).

Cuando el abuelo se aburría, bien porque el huésped había resultado ser, aleatoriamente, un hastío o un glotón, decidía dedicarse a uno de sus entretenimientos favoritos: atacarme a mí, representante del grupo de hijos bastardos.

—Las mujeres, como las plantas o los perros, es bien sabido que no tienen alma —decía.

Y yo la verdad es que no entendía qué le habían hecho ahora los perros.

No me sorprendió, sin embargo, la afirmación; era natural que él quisiera demostrar siempre su supremacía, incluso intelectual, sobre todos aquellos que lo rodeaban (e incluso me honró, por qué negarlo, que se atreviera a plantearme ese tipo de cuestiones).

—Bueno —respondí yo—, menos mal que hay hombres para recordárnoslo a nosotras, pobres plantas, mujeres y perros. Lo bueno de este hecho es que, tras nuestra muerte, no habremos de ir al infierno como aquellos afortunados a quienes de poco les sirve tener alma —mirada directa que quiere decir: «Sí, como vos, abuelo»—. ¡Menos mal que vosotros, los hombres, os encargaréis de poblarlo en nuestro lugar!

—¿Qué dices, niña?

—Que, si no tenemos alma, es tan difícil que podamos ir al cielo como al infierno. Así que bien podemos hacer entonces lo que nos plazca en esta vida.

—Ah, no. Sin duda tendréis un infierno esperándoos sólo a vos.

Parece enfadado, pero creo percibir que, por más que le pese, la respuesta le hace gracia. Peligro, me dice el instinto. Siempre que mi abuelo ve vencida su resistencia, contraataca. ¡Cómo yo, pequeña mujer invertida, me atrevo a poner en tela de juicio sus sapientísimos dogmas! Pero soy incapaz de callarme.

—¿Creado por Dios —pregunto— a imagen y semejanza del vuestro?

Mi hermano Fernando tose.

—Escupe —le digo tendiéndole mi escudilla sin mirarlo.

A mi abuelo le late el cuello como si algo quisiera salirse de dentro. Se lleva las manos a la cabeza buscando una corona que obviamente se ha quitado para cenar. Me río por dentro. Mi abuelo, sin corona, es sin duda mucho más vulnerable. La liza, por lo menos, está un poco igualada.

Juan se revuelve incómodo. Sabe que el ataque también va dirigido contra él y que por lo tanto debería estar conmigo. Pero en este tema, y yo lo sé, prefiere pensar como el abuelo —acaso porque, aunque no se lo haya confesado nunca, tiene una cierta envidia secreta de las mujeres.

Ya nadie come. Este hecho, que tendría que haberle hecho feliz a mi abuelo, pierde toda su enjundia. Está demasiado ocupado rebatiéndome, poniéndose a mi nivel.

Ninguno de los dos sabemos demasiado de religión. Incluso nuestra disputa podría ser considerada herética para oídos más atentos que los del cura de palacio, quien está siempre ocupado escuchando cómo el vino cae por su garganta. Lo que en realidad se discute, y todos somos conscientes, no es la incuestionable existencia del cielo o el infierno (somos gobernantes: el cielo para disfrutarlo, la tierra para dominarla), de las almas o siquiera si éstas existen; sino si, llegado el momento en el

que Fernándo por cualquier motivo faltara, podría llegar a reinar mi hermano... o incluso yo.

María se lleva un pañuelo a la frente. Ninguno de sus amantes la mira.

—Sí, un infierno —contesta finalmente— donde os metan a todas y no os dejen salir.

—Y nos acompañarán, por supuesto, las plantas y los perros.

En ese momento, si yo hubiera sido él, me habría puesto en pie y me hubiera arreado tal guantazo que con dificultad habría podido sacar su mano de mi mejilla. Pero él era mejor que yo —o por lo menos llevaba más años ejerciendo como rey—, así que se limitó a coger el vino y con su mejor sonrisa ofrecérselo al huésped.

—¿Quiere? —preguntó.

El hombre, blanco, no pudo evitar echarse para atrás, como si mi abuelo, en vez de ofrecerle vino, le estuviera dando matarratas.

—No, no, gracias.

La cena continuó. El abuelo hizo entrar a los juglares y el silencio en el que se había desarrollado nuestro diálogo se convirtió pronto en bullicio.

Puede decirse que a pesar de sentirme triunfadora, mi abuelo acabaría teniendo una razón que no le voy a negar por más que lo odie. Al César lo que es del César. Ni Fernando, ni mi hermano ni yo acabaríamos heredando el trono. Los bastardos crecen como las setas y son, como él mismo hubiera dicho, el peor parásito. Garrapatas.

El día que María tenía que abandonar el palacio, vino a despedirse a mi habitación. Llevaba puesta su ropa de viaje (que era, sin embargo, mucho más elegante que mi traje de domingo). Había estado llorando apoyada en la ventana desde la mañana. Quería parecer lánguida, pero sus quejidos al final habían terminado por cansarnos a todos y sólo podíamos pensar: «Que se vaya». O «pobre de su futuro marido».

Llamó a la puerta suavemente. Sin necesidad de abrir, ya sabía que era ella quien estaba ahí. Su olor la precedía dondequiera que fuera.

—¿Puedo pasar?

No esperó a que contestara. Entró y se sentó junto a mí, encima de la cama.

—¿No está tu dama? ¿Ni tu aya?

—No —contesté lacónicamente.

Tiene los ojos clavados en mí. Y su mirada, a pesar de que no la busco, me parece triste y dificultosa. Hay algo en ella de indefensión.

María, la mayor, me ha buscado a mí, su hermana pequeña.

Y lo que tiene que decirme le resulta difícil. Sabe que sus palabras se van a transformar en una lanza que podré utilizar en su contra. Me va a regalar algo que quizá no sea mucho pero que para ella, que apenas se ha dignado a hablar conmigo para decirme «punto uno» y «punto dos», resulta un mundo. Y aun así quiere hacerlo

y se acerca, humillada casi y cercana. Baja la cabeza, recoge sus manos debajo de su pecho, las cruza, y sus pulseras tintinean como un carillón.

Yo, sin embargo, tan dura.

—Beatriz —dice.

—¿Sí?

—Quería despedirme de ti.

—¿Por qué?

Vacila un momento. La debilidad con la que se supo ganar a todos aquellos que la rodeaban ya no es impostada. Y de pronto me doy cuenta. Si mi hermana aparentaba indefensión, era porque en realidad lo era. Sólo si los demás, sus caballeros, como ella los llamaba, creían que era todo parte de un juego en el que ella adoptaba el papel de débil y ellos el de fuerte, podría mantener a salvo su verdadera personalidad. «¿Hay alguien —me pregunto— que no tenga necesidad de actuar?».

Las pulseras se vuelven a deslizar por su brazo cuando lo sube para coger entre sus dedos la cadena que se perdía dentro de su escote.

—Porque no nos vamos a volver a ver —dice con sencillez.

Y de pronto ésta también me parece una impostura. Alguien que durante tanto tiempo ha sabido engañar a todos tiene que ser, sin duda, una consumada comediente. María, que siempre me pareció la nota discordante, se convierte de pronto en la culminación de lo que todos hubiéramos querido ser. Y entonces me apeno yo también. «Acabar así», pienso.

—No digas eso —replico—. Seguro que sí.

Pero miento y ella sabe que lo hago. «Esto es así», querría poder decirme. (Es el discurso que en realidad todas pensamos pero ninguna expresamos). Las mujeres podremos tener alma, pero lo que es seguro es que no poseemos capacidad de decisión. Nos la han quitado. Te casarás, Beatriz, con quien te digan. Y vivirás como ellos quieran. Tendrás que parecer frágil, abnegada, tierna. Y ser en el fondo fuerte para luchar por los hijos que tengas. Porque sabrás que tu marido te engaña, que está en su derecho y que tiene otros hijos con otra. Y a ti no te quedará otra que esconder a tus amantes de las iras de aquel que puede matarlos si lo desea, porque así lo dice la ley, y velar porque sean tus vástagos y no los de la otra los que hereden lo único que a ti te queda, el título. Han quemado tu amor, han pisoteado lo que te hacía mujer —esa carencia de alma quizá—, e incluso pretenden quitarle el derecho a aquellos que tuviste entre arcadas y en los que, ilusa de ti, todavía encuentras esperanzas de remisión: aquellos en los que depositas el tonto pensamiento de que todo puede cambiar y ellos podrán aprovecharse de la suerte que tú no tuviste. Pero un día te haces vieja y ya tu belleza no sólo no atrae a aquellos con los que calentabas tu cama, sino que incluso llegan a tus oídos canciones que la maledicencia de los que te adulan por la mañana han hecho por la noche para burlarse de tus tetas caídas, de tu cintura

gruesa, de tus pies comprimidos en los chapines cruzados de venas. Y lo peor es que el día que escuchas esas canciones lo haces en los labios de uno de tus propios hijos.

Pero María no dijo nada de eso. Dijo:

—No te cases.

Y lo dijo todo.

Sacó un pañuelo (y por su olor tan penetrante supuse que no era el de llorar, sino el de los mareos).

—María —digo.

Y ella:

—Beatriz.

Inclina la cabeza y se pone en pie. La espalda estirada, la cabeza altiva. Que una mujer siempre tiene que estar perfecta. Sois hijas de rey. Incluso dormidas habréis de parecerlo. Os casaréis con un grande. No llamará a la puerta. Entrará y se meterá en vuestra cama. Y seguiréis perfectas porque sois hijas de rey. Y el hombre, que es vuestro marido, os tendrá que ver siempre así, porque antes de ser mujeres sois su mujer. No chillaréis si os hace daño u os produce placer porque sois hijas de rey y la perfección es lo primero.

Su espalda, también perfecta. Toda ella. Tintinea al andar. Busco mi cuchillo debajo de la cocedera.

Y cierra la puerta. Sin ruido.

(DEL HIJO).

Apareció primero ella. Me dijeron: «Señora, ha de acudir a las cocinas». Rezongué. Nunca me había gustado ese lugar.

—No se asuste —me dijeron.

—A estas alturas, ¿qué podría asustarme?

Me salió al paso mi marido.

—No deberíais verlo.

—¿Desde cuándo, Sancho, vos podéis decirme lo que debo o no ver?

—Lo hago por vuestro bien.

—De eso no me cabe la menor duda.

Y seguí andando, todo lo digna que era capaz.

Atravesamos el patio. Estaba amaneciendo y los estorninos cruzaban el cielo. Todavía se podía ver la luna poniéndose por el sur. —Bonita mañana— me dijo.

—Las he visto mejores.

Que para galanterías o sutilezas estaba yo.

Los pies se me hundían en la nieve. Observé los techos del alcázar, todos cubiertos con una manta blanca, como si Dios se fuera de mudanza. El agua goteaba por la piedra como estrías y colgaba en estalactitas deformes. Miré más allá, y entre el cielo y el suelo, del mismo color, sólo se distinguía el crucifijo de la Veracruz.

Descendimos por la escalera del patio. Alrededor de la entrada estaba despejado y podía verse el suelo original. Sentía la sal que habían echado para fundirla crujir bajo mi peso. Uno de los guardias me sostenía por el brazo. El resto, mi marido entre ellos, marchaba detrás y el sonido de sus pasos tenía algo de chirriar de dientes. Inusitadamente, la entrada estaba desierta, cuando lo normal era ver gente subiendo y bajando con bandejas. Nos acompañaba una luz azulada que se fue tornasolando a medida que bajábamos.

Lo primero que me recibió al entrar en las cocinas fue la vaharada habitual de humo cálido. Y luego los olores: el del pescado en descomposición, el de las tinajas donde la sangre de cerdo se fermenta, el del ajo machacado, el de las plantas aromáticas que cuelgan del techo como musgo: la mejorana, el cilantro, el cebollino, la pasiflora.

—Beatriz, insisto en que es mejor que no lo veáis. Os lo ruego, incluso.

—¡Para ruegos estoy yo a estas horas!

Y pensé: «Qué dolor de cabeza da este hombre, es insufrible».

A la luz de los fogones, todos parecían mucho más pálidos. Enormes ojeras rodeaban sus ojos. No, definitivamente, no me gustaba aquel lugar, no me gustaba andar por debajo de la tierra, se lo dejaba a los topos, a las lombrices. A pesar del fuego, de las velas, de los hornos, era frío. Las esquinas estaban cubiertas por lo que parecía musgo verde.

Nadie lloraba, supongo que el trabajar en cocinas curte de algún modo. Tanta víscera y tanta entraña tienen que fortalecer el ánimo. Y ya era el segundo cadáver en el mismo mes.

Estaba colgada por los pies de una de las vigas. La cuerda, que pasaba por encima a modo de polea, había sido atada a un clavo de la pared. Sus brazos, estirados, ni siquiera tocaban el suelo. Había vomitado y la mancha en el suelo trazaba una línea perpendicular perfecta con su cuerpo. Giraba. Había veces que se le podía ver la cara y otras el pelo, húmedo o grasiento, que con la escasa luz que había no podía distinguirlo con precisión. Tenía los ojos abiertos y la boca cerrada. Y las faldas caían sobre su cadera, arrebujadas, descubriendo unos muslos gruesos y un pubis negro y peludo.

—Descolgadla —dijo mi marido.

Cayó como un fardo. Sonó ploc, al golpear su cráneo contra el suelo. Se quedó, con la falda todavía sin bajar y los brazos retorcidos.

—¿Quién era?

Nadie contestó.

—¿Quién era? —repetí.

Por fin un hombre bajito con ojos pequeños como de lagartija y que desprendía un olor que repelía se acercó.

—Una cocinera, señora.

—No os he preguntado qué era, sino quién era.

—Se llamaba Vigila.

—¿Vigila? Y dime, ¿sabéis acaso por qué la han matado?

Guardó silencio.

—Eso es un sí, ¿no?

Me había acercado a ella. En el cuello tenía otra cuerda con restos de piel. «Asfixia —me dije—, la han asfixiado». Sus ojos brillaban como perlas sobre las que incide la luz.

—Ya sabe, señora, por meterse donde no la llamaban.

—Y dónde se metió, si se puede saber.

Giró su cabeza, como si buscara auxilio. Comenzó a llorar, una baba gruesa cayó

desde su mejilla al suelo.

—Ay, señora, no me hagáis hablar, que ésas son cosas de grandes y yo soy un pobre hombre y no tengo ni idea de nada.

—Vamos a ver —le había cogido por el brazo. Sancho, detrás de mí, me miraba—. Me va a decir lo que sabe.

Un chico entró corriendo. Sudaba.

—¡Señores! —exclamó—. ¡Han de subir! ¡Otro muerto! ¡En el pasillo!

—Bueno —murmuró Sancho—, ¿es que hoy es el día de muere y vencerás?

Yo creía que cuando reventabas un grano, lo primero que salía era la grasa y luego la sangre. Con el Quiste, sin embargo, no fue así.

—Señora —me dijo Rodrigo—, no deberíais estar aquí.

«Bueno —pensé—, ¿es que se han propuesto todos decirme lo que tengo o no que hacer?».

Repugnante es el único adjetivo que se me ocurre. Todo sangre, ese hombre era una bola de sangre. Lo había puesto todo pringando. Hasta en el techo había manchas. No fue considerado ni en la hora de su muerte.

—Qué asco —dije.

Sancho parecía deshecho. Se acercó al despojo de lo que hasta hace poco había sido su amigo y apoyó sus manos sobre él, sobre su sangre.

«No va a volver a tocarme con esas manos», pensé.

Rodrigo se me acercó y me cogió por el brazo. Es curioso, porque en ese momento tuve deseos de desmayarme.

De pronto pareció que a mi marido le acometía una fiebre inusitada. Agarró la empuñadura del puñal que asomaba del cuello de esa bola deforme que había sido el Quiste y tiró con fuerza.

Sus ojos relampaguearon cuando se giró para mirarme.

—¿Qué es esto?! —preguntó tendiéndome la mano.

—Bueno, y yo qué sé —exclamé sin mirar.

—Fijaos con atención, Beatriz, que tenéis que saberlo.

La sangre acudió a mis mejillas en oleadas. Me agarré con más fuerzas al brazo de Rodrigo.

—Es mi... —susurré.

—Sí, vuestro puñal.

Lo primero que pensé: «Qué asco, no volveré a utilizarlo». Lo segundo: «Cómo habrá llegado hasta ahí, hasta el gatzate de esa cosa». Lo tercero que pensé: «¡Blanca!».

—¡Blanca! —exclamé. Y esta palabra pareció obrar como un ensalmo.

Rompí a llorar. Rodrigo se abalanzó a cubrirme con sus brazos. Y mi marido a chillar como un poseso:

—Que la busquen por todo el palacio, que la encuentren, que la apresen, que la traigan aquí, que la juzguen, que la maten, que la maten, que la maten.

Parecía que estuviera loco de verdad, que se quisiera precipitar sobre mi cuello y morderme. Me agarré más fuerte a Rodrigo.

Y yo:

—No, no, eso no, que es mi amiga.

Y Rodrigo:

—Vamos, señora, tiene que volver a su cama.

Y yo de nuevo:

—Que es mi amiga, no le hagan daño.

Estaba, lo reconozco, enajenada. Lo que me dolía no era la versión escabrosa de los dos cadáveres, sino la certeza de que había sido Blanca, y no otro, la culpable de estas muertes.

Me llevó casi en volandas. Apoyé mi cabeza contra su pecho. La tripa, mi tripa, tan grande. «Tranquilizaos, señora». Y yo, a lágrima viva. «Blanca, no. Blanca, no». Me pasaba un dedo por la mejilla. «Vamos, señora, que no sucede nada. Que estarán en el cielo». Y yo: «No, el Quiste no, que era gordo y feo». Y él, que abre la puerta con el pie (todavía podía escuchar los gritos de mi marido). «¡Mi puñal! —exclamo—, se me ha olvidado». «Ya lo recuperaréis, mi señora. No os preocupéis». Y su dedo, que dibuja mi mejilla, que baja por mi cuello, que se detiene en la perla que cuelga de él. Empuja la puerta con el costado. «Retiraos todos —dice a mis damas—, la señora tiene que dormir». Una mancha oscura se ha dibujado en su hombro. «Son mis lágrimas», pienso. Y mis mocos. Y vuelvo a decir: «¡Blanca!». Me deja en la cama. «Huele a caramelo —me digo— su piel». El lecho se hunde bajo mi peso. Me acurruco. Escondo mi cabeza en el travesero. Me tapa. No me quita los escarpines, los noto, con la mezcla de sangre y de nieve humedeciendo las sábanas. «¡Mi puñal!». Y él: «Dormid, dormid». Y yo: «He de encontrarla». Y él responde: «Tratad de dormir, que os hará bien». Y acaricia mi frente y hunde sus dedos entre mis cabellos y me dejo hacer porque hay algo en su gesto de mecánico y algo en sus ojos de hipnótico.

Y me duermo.

Cuando despierto, apenas entra luz por el vano. Un filo se dibuja en el suelo, justo a la diestra de mi cama. Él, Rodrigo, ha permanecido todo el rato ahí, mirándome. Y ahora, sobre su mano doblada, ha recostado su cabeza. Me levanto, me quito los escarpines y descalza, me acerco hasta él. Le toco el pelo. Es suave. Paso mi dedo por su cara (todavía siento la marca que dejó el suyo). Se despierta. Me mira. Sonríe.

—Buenas noches —le digo.

Sigue sonriendo. Me coge, dulce y firme, la cabeza entre sus manos. Noto la sangre latiendo contra mi piel. O es la suya. Ya no lo sé. Y sus ojos, tan verdes.

—Gracias —le digo.

Y él entonces, dulce y firme todavía, hunde sus labios entre los míos como un agujón. Un instante. Me retiro. Me siento blanda, perdida.

—Tened cuidado —le digo.

—¿Os he hecho daño?

Y yo:

—No, no es eso, la puerta está abierta.

Y sabe que he claudicado. Su sonrisa se expande, gozosa.

—¿Estáis segura?

Y yo respondo:

—Sí.

Y me callo (cuando en realidad quiero decirle que nunca he estado tan segura).

Y la respiración ya no tiene ritmo. Ya no es mía.

Entonces se levanta. Me empuja por los hombros hasta el lecho. Me tumba. La tripa, el niño, forma una montaña informe sobre las mantas.

—No lo miréis —le digo, la cubro con mis manos.

Y él se agacha, las aparta, la besa.

—¿Por qué no habría de hacerlo? —pregunta—. Sois vos.

Me mira mientras sus manos bajan hasta mis pies. Encojo los dedos. Quiero que sean pequeños. Hacerme pequeña toda yo.

Y comienzan a trepar por mis tobillos. Los besa también.

Rodea con sus dedos mis gemelos. Y su piel, que es áspera, me recorre entera. «Sube por mis muslos como una araña», pienso. Me hace cosquillas, río. Y él también, reímos los dos con una risa simétrica.

No se detiene en mi tripa. Agarra el corpiño, lo muerde. Escucho el sonido de su mandíbula al cerrarse. Lo huelo, todo él y es amargo, su olor es amargo. Y necesario.

«¿Es esto el vértigo?», me pregunto.

No, no veo la cara de mi marido, no veo al Quiste, no veo a Blanca. Me veo a mí misma, tirada en las mantas que antes fueron testigo de mi enfermedad y que ahora lo son de mi amor.

Se me llena la boca.

«Amor», repito.

Y él: «Sí, sí, amor».

Su barba es ahora la que recorre mis muslos.

Y luego el cuello, sin detenerse, como si supiera perfectamente por dónde ha de ir.

Y un escalofrío. «Soy infiel —me digo—. Ahora soy como él. Ya no podré juzgarlo».

—¿Qué te pasa?

Quiero decir: «Que tengo miedo. Que tengo un nudo en el estómago. Que te deseo y no. Porque ahora soy infiel. Que te necesito. Que ahora eres mío». Pero contesto:

—Nada, seguid.

«La infelicidad —me digo— es necesaria en el matrimonio». Pero no fuimos nunca un matrimonio, sólo ante los ojos de Dios. Y Dios no mira, no ve nada. Y yo no tengo a quién serle fiel o infiel.

—Espera —digo.

Y me levanto. Débil, la sangre baja por mi cuello, de nuevo.

Me llevo las manos hasta la cadena, me quito la perla, la arrojo hacia la pared. El sonido es tenue.

—Ahora —digo.

«Es tristeza —me digo— esto que siento. Y nostalgia. Porque lo he quemado. Ya no queda inocencia. Y quiero llorar de nuevo por esa pérdida. Hagámosle un funeral a su altura. Que le canten alabanzas. La pureza».

—Déjate llevar —me dice.

Y suena a poema.

Pienso en Blanca, en que querría pedirle su opinión. Decirle: «¿Qué creéis? ¿Hago bien?». Pero no está porque ha matado al Quiste, a la cocinera y posiblemente me quisiera matar a mí. Y ahora vivo en un castillo plagado de fantasmas.

Besa mis pechos, que son grandes. No los reconozco.

Su saliva va dejando un rastro sobre mi cuerpo. Puedo dibujar la forma de sus besos. Hundo mis manos en su pelo, detrás de sus orejas.

El pecado de la concupiscencia.

—¿Hacemos mal? —le pregunto.

Me mira con ese verde que es puro.

—¿Mal, Beatriz?

Y pienso en el mal, en todo lo malo que he hecho en la vida, en mi infancia, en la adulta que fui, que soy. Y me digo: «No, esto no está mal, es perfecto». Pero me siento débil. Y el miedo.

—No, no os preocupéis.

Se tumba a mi lado.

No quiero perderlo. Ha sido creado para mí.

Ahora soy yo la que lo desnudo. Mis manos tantean su ropa, sus calzas, que caen hasta la altura de sus tobillos, las empujo con mis pies.

Pruebo sus labios. Y me saben a todas las mujeres a las que ha besado antes que yo. No soy única. Nunca lo seré. En ellos está su memoria. El alma de todas. Se quedaron atrapadas como se quedará la mía. «Tiene cientos —pienso—, cientos de mujeres que conocen el sabor de su sudor, que han besado cada trozo de piel que yo

bese. Y las seguirá teniendo mientras esté conmigo».

«Y las tendrá cuando yo no esté. Pero ahora es mío, esta noche es mío. El verde de sus ojos. Mío». Y los beso con fuerza porque quiero hacerle sangrar, marcarle, sí, como a los cerdos, con el sello de mis dientes en sus labios y que la próxima vez que otra lo bese, diga: «Aquí, en este sitio exacto, sabe a Beatriz».

—Ay —dice.

La boca se me llena de sangre. Y río. Porque ya no soy débil. Su sangre me ha henchido. Y ya podemos ser sólo uno.

Su cuerpo, como labrado. Sus músculos en tensión. No tengo miedo de su cuerpo porque es mío. Del todo.

No hay posiciones. No es un juego de ajedrez. Es un reencuentro.

Ser grande, sentirse poderosa. Reina. Madre. Entender de pronto qué es la vida (tener los ojos grabados en la retina de todos aquellos que murieron, del sonido gorgoteante de la sangre del Quiste).

Y luego ser ritmo, en su estado más perfecto. Convertirte en tiempo y superarlo, por unos instantes. Que no exista nada más: el cuerpo y el alma perfectamente unidos y luego ni eso porque ya ni cuerpo, ni alma, ni Beatriz, ni Rodrigo. Y gritar para recuperar la conciencia. Chillar todo aquello que te comprimía y extenderte, toda tú, sobre el cuerpo del hombre que te ha llenado.

Lo besé, después, en la frente (y su sudar era dulce).

—Mira —le dije señalando a mi tripa—, ahora ya te reconoce.

Dormimos abrazados, el uno junto al otro.

—Que no se entere tu marido —me murmuró.

Pensé: «¿Por qué no? ¿Importa en realidad? ¿Dónde está la gracia si no?».

Le pregunté: «Rodrigo, ¿dónde nacisteis?».

—¿Os molestaría si habláramos mañana?

—Por supuesto que no. Buenas noches.

Sancho ya lo sabía, lo supo desde el principio. No pasó ni dos días antes de que me citase en su alcoba.

Llamé a la puerta. Nunca había estado allí, pero todo me era familiar, como si ya lo hubiese vivido, supongo que porque era su naturaleza y no la decoración la que lo llenaba todo.

—Pasad, sentaos —dijo mientras me indicaba una silla de tijera.

Tomé asiento como todas las embarazadas: echando la espalda para atrás, agarrando con una mano el reposabrazos y con la otra sujetándome la tripa (como si se pudiera caer). El, ya sentado justo en frente, me miraba con atención.

—Bien —dije—, ¿qué queríais?

—Hablar con mi mujer.

«Mal comienzo —pensé— si se dedica a tratarme como una posesión».

—Bien, mi marido —repuse—, vos diréis.

—Querría que comentáramos todos los hechos pasados.

—¿Qué hechos?

—Pues la desaparición de Blanca, el asesinato de la cocinera...

—De Vigila —le interrumpí.

—Sí, de Vigila. Y de don Pedro.

—Y de Inés.

—¿De Inés?

—Sí, la mujer que saltó.

Asiente, pasea su mano por el mentón.

—Tenéis buen aspecto. Os ha vuelto a crecer el pelo.

—No os desviéis, Sancho.

—No me desvío, Beatriz. Vuestro pelo es importante en todo esto.

—¿En qué sentido?

—En que era Blanca quien os envenenaba.

—¿Cómo lo sabéis?

—Me lo dijo ella.

Quiero hundirme allí mismo. Hundirme en lo más profundo.

—¿Vos también lo creéis?

—Pero ¿no me habéis escuchado? ¡Lo sé!

Me miro las muñecas donde hacía tantos años me hice los cortes. Ahora sólo quedan surcos, como un río que se deseca.

—¿Y mi aya entonces?

—Pues posiblemente la matara.

¿Por qué no hicisteis nada? ¿Por qué os callasteis? ¡Sois hermano del rey! ¡¿Dónde queda vuestro poder, dónde vuestro honor?! Sé la respuesta. Es como yo. Ciego por Blanca como yo lo estoy con Rodrigo.

—La matara —repito.

—Y a la cocinera, y al Quiste.

«Ahora resulta —me digo— que Blanca era una loca peligrosa que iba matando a todos».

Y de pronto recuerdo a mi hermano Fernando y su colección de animales. Recuerdo la cesta donde almacenaba los ratones. «Mira —me decía—. Se violan. Se abalanzan los unos sobre los otros, incluso en grupo». Y yo lo miraba, el futuro rey observando el comportamiento desviado de los ratones de campo. Y luego: «Mira, las cucarachas nunca se separan de las paredes. Inténtalo». Y yo: «¿Estás de broma?» (los bichos, moviendo las antenas). Entonces él los cogía y los dejaba en medio de otra cesta y los repugnantes insectos corrían hacia la pared y se quedaban quietos (moviendo las antenas). Ésas eran, recuerdo, las cucarachas que cogía Juan para

descabezarlas y dejarlas en las camas ajenas.

«Mira los murciélagos. Qué solidarios son: regurgitan, sangre incluso, para alimentar al compañero». Y yo: «¡Sí, una delicia de animales!».

«¿Sabes que los pájaros no hacen pis?».

Y luego su manía de las abejas. «¿Sabes qué?». Y yo: «No, claro que no». «Que las abejas reinas, tras el apareamiento, echan a los zánganos del panal». «¿Ah, sí?». «Sí. Y tras días mueren de hambre. Aproximadamente tres».

Aprendía mucho con Fernando.

Blanca, la pobre zángana sin panal. Dando vueltas por ahí.

—Ah, pero yo creía que pensabais que la había matado yo, que era mi puñal el que se había encontrado.

Se levanta, me coge las manos.

—¿Vos? Seríais incapaz.

No sé por qué, pero el comentario me duele.

—¿Pensáis que no podría hacerlo?

—Sí.

—Pues el puñal era mío y os ruego que me lo devolváis.

—Está bien. Con una condición: que me digáis dónde se esconde.

Sus manos me repugnan:

—¿Perdón? Que yo os diga ¿qué? —me río, con mi risa más cruel—. No os equivoquéis, que si alguien lo sabe sois vos, y no otro.

Me suelta de pronto y se da media vuelta. Me habla de espaldas.

—¿Porque fuera mi amante tendría que saber todo lo que hace?

—Es lo natural, ¿no?

—¿Acaso vos sabéis lo que hace don Rodrigo?

—¿A qué os referís?

—Beatriz, que os tengo por inteligente, no disimuléis. Lo sabe todo el mundo. Vuestra discreción brilla por su ausencia.

¡Y él se atreve a decírmelo!

—No consiento que me habléis así. De hecho, creo que hemos terminado esta conversación.

Me pongo de pie. Me coloco el traje.

—Vos habréis terminado, pero yo no, porque por más que os pese, los dos vamos a ser padres.

—Vos lo seréis, no yo. Este hijo no es mío.

—No digáis sandeces.

—Aunque —continúo— os debe de resultar normal: debéis de tener el mundo lleno de vuestros hijos.

—No —replica con rapidez—, sólo tengo éste —se corta, enrojece.

«Se siente atacado», pienso al ver cómo se lleva la mano al costado. Aprovecho su debilidad. Siempre me sentí hombre: atacando hasta el último momento, sin conmiseración para con los caídos.

—Y eso por no hablar de todos aquellos que no tuvisteis. ¿O sí? Porque quién me dice que el hijo de vuestro hermano, el de Inés, no era en realidad vuestro.

—Beatriz, desvariáis.

—No, no lo hago y lo sabéis. ¿Vais a negar que os acostabais con Inés?

—¿La bruja?

Silencio, espero que continúe. Pronto será la hora de comer. El niño tiene hambre, se revuelve. Yo también, quiero salir de allí, me sofoca el ambiente, me aplasta. No lo soporto, no aguanto a ese hombre que no deja de mirarme. Sus ojos, tan oscuros, tan diferentes a los de Rodrigo. «¡Rodrigo! —pienso—, ¿dónde estáis?».

—Sí, como vuestro amante, capaz de embotar a los más cuerdos. ¡Si supierais, Beatriz, con todas las que se ha acostado!

—Eso no es de vuestra incumbencia.

—Tenéis razón. Y no lo sería si él mismo no lo pregonara a los cuatro vientos.

—No hace eso, mentís.

Estoy cansada de estar de pie. He de irme. De esto no saldrá nada bueno. No tiene sentido. Esta conversación es absurda.

Se ríe y su risa me sobrecoge.

—Preguntadle a Inés, ya que tanto habláis con ella de las aventuras de semejante caballero.

—¡Es el siervo de vuestro hermano!

Se ríe, aún más fuerte.

—¿Y qué? ¿Acaso porque sea mi hermano tendría que quererlo?, ¡y cuánto menos a su siervo, a un cretino integral como don Rodrigo!

Resulta despreciable. Una rata no estaría a su altura. Pienso en Fernando, él encontraría un animal mejor con que compararlo.

—No, de vos no se espera tal cosa. ¿Querer? ¿Vos?

El también se pone de pie.

—¿Y vos? ¿Me vais a enseñar vos lo que es el amor? Alma frígida, el ser más egoísta que ha pisado la faz de la tierra.

¿Cómo se atreve? «No sé en qué momento —me digo— el mundo ha comenzado a ir al revés». ¡Ahora es él el alma amorosa de la habitación! El, que tiene la delicadeza de una estaca.

—No he venido aquí a ser insultada —contesto, con mi tono más frío—. Me voy. No intentéis volver a detenerme.

—Idos. No tenéis ni idea de lo que es ser ultrajada.

—Me parece que vos tampoco.

Se deja caer sobre la silla.

—¿Sabéis lo que es vivir siempre a la sombra de un hermano cuyo único mérito es ser mayor? —su voz es ahora meliflua.

—¿Sabéis lo que es ser la mayor pero por ser mujer tener vetado todo? —me giro, con rabia.

¿Qué sabrá él? El señor conde de Alburquerque y de Haro y de no sé cuántos señoríos. Y yo qué, la hija del rey, la hermana del rey, la esposa de mi marido, la madre de mi hijo. Y nada más.

—Si supierais todo lo que sé yo del rey, comprenderíais por qué Inés se tiró por la ventana.

Me siento yo también, de nuevo.

—¿Inés?

Habla como si yo no estuviera allí.

—Se tiró, estoy convencido. Empujó al niño y detrás fue ella. Estaba cansada de él, de que le pegase, de que día sí y día también la cogiese por el brazo y la amenazase con arrojarla fuera del castillo.

—¿Y la reina?

—Callada, por miedo, que no sabéis el carácter que gasta mi hermano —me mira, largo—. Nos odiaba a todos, incluso a nuestros padres. No podía perdonar ser el bastardo, no ser el heredero legítimo. Y lo pagaba con cualquiera que tuviera a mano. Mejor cuanto más débil. Y yo, Beatriz, era de sus hermanos pequeños. Y tan bastardo como él. Nos encerraba en baúles, nos untaba de brea, nos obligaba a comer...

«No me da pena», pienso. Es penoso, sí. Pero no siento tristeza por él.

—Entonces la conocíais...

—Como todos, Beatriz. No era una santa. Pero no se merecía acabar como acabó. Defenestrándose.

Se regodea en la palabra.

—Este alcázar está maldito —murmuro.

—Sí.

—Y ¿cuándo nos vamos?

—Cuando deis a luz. No podemos arriesgarnos, comprendedlo.

Y eso me siento. Como un estuche. ¿Qué será de mí cuando me vacíe?

—Muy bien, quedémonos. Vos veréis.

—No me habléis en ese tono, no me gusta.

—¡Como si a estas alturas me importase un ardite lo que os gusta! Me voy. Ya no aguanto más esta plática.

—Sí, id. Volved con él. Es lo mejor.

—Me alegro de que lo reconozcáis.

Me he vuelto a poner de pie. «Con tanto ejercicio —pienso—, no me extrañaría

ponerme de parto ahora mismo».

—Espero que os satisfaga por completo.

—Creo, señor, que eso ni os va ni os viene.

—Sois mi mujer.

—Bien pronto lo olvidáis cuando os lleváis a quien queréis a dormir con vos.

—Qué poca idea tenéis de la vida.

—Porque no he tenido un maestro como vos.

—Como todas: ignorante, desalmada, cobarde.

Estallo:

—Y vos: pacato, palurdo, acomplexado.

Cojo el picaporte. Lo aprieto con fuerza. Lo giro.

—Un momento, Beatriz, quiero deciros una cosa —su voz es cansada. Todo en él, tan cansado, como viejo.

—¿Qué? —suenas seca mi voz.

—¿Sabíais que los ojos se oxidan?

—¿Qué?

Está loco, es un demente, mi marido está fuera de sus cabales. O acaso sea este castillo, que nos vuelve a todos locos.

—Mis ojos, que eran grises. Y ya no. Ahora son oscuros. Como vos.

Resoplo y cierro la puerta de un golpe.

Sancho era en realidad el noveno de diez hermanos. Pero en el momento de nacer ya tres habían muerto antes que él. Y sólo uno le sobreviviría: precisamente su hermano, el rey Enrique. Pedro, Sancho, Tello, Fadrique, Enrique, Fernando, Juana, Juan, Sancho y Pedro. Así se llamaban por orden de nacimiento.

Su madre no lo tuvo muy difícil para encandilar a Alfonso XI y las crónicas se hacen eco de la influencia que llegó a ejercer sobre él. Como Inés, mi madre, venía de una familia rica, dueña de extensas tierras y que, como ella, no hubiera necesitado de la sombra de ningún rey para dar su paso a la historia. Pero su amor fue más grande y éste le costó la vida.

Mientras vivió su amante, Leonor tuvo una existencia desahogada en la que podía dedicar todo su tiempo a sus hijos. A pesar de que nunca se sobrepusiera de la temprana desaparición de dos de ellos: Sancho el Mudo y Fernando, el advenimiento de los siguientes colmaba en cierto modo el vacío que habían dejado los vástagos fenecidos. Así, cuando Sancho, mi marido, nació, poco podría prever lo difícil que sería su vida en el momento en el que su padre y su madre desaparecieran. Lo tenían todo: una madre que vivía volcada en su educación, un padre al que, a diferencia del mío, lo que más le importaba era su familia (la nueva, la que se había buscado, no la legítima), una casa con jardines y fuentes y preceptores encargados de su educación. Cuando iban a misa, sus convecinos los aceptaban como miembros de la nobleza. Y

es curioso porque, aunque Leonor, a diferencia de mi madre, nunca se casara con su amante, siempre fue mejor aceptada en su reino que Inés en Portugal.

Sancho era un niño tímido, de ojos grandes y pelo rizado y negro. Tenía las manos blancas y grandes y con ellas se agarraba a las faldas de su madre cuando sus hermanos se metían con él. Era delgado, pequeño y a veces, al hablar, tartamudeaba. Pronto aprendió que, entre las peleas de los hermanos, era mejor mantenerse apartado de Tello y de Enrique. El primero, de carácter irascible, tenía un derechazo capaz de hacerte caer de espaldas con un solo golpe. No obstante, su inteligencia no tenía punto de comparación con la de Enrique. Entre los dos formaban el tándem perfecto: uno pensaba el golpe y el otro lo ejecutaba. Ya desde pequeño, Enrique demostró sus dotes de liderazgo. Los mejores aliados de Sancho ante sus envites eran Juana y Fadrique, quien, a pesar de ser gemelo de Enrique, no tenía nada que ver con él. Fadrique, sin ser tan listo, era mucho más valiente y su dominio de las armas le permitiría, llegado el día, convertirse en el Maestre de Santiago. Poseía además una capacidad asombrosa para inventarse historias. Y siempre pronunciaba las palabras justas para consolarlo. Pero dejaría de hacerlo precisamente el día de la muerte de su madre.

Primero fue el padre quien, en 1350, moría en el asedio de Gibraltar víctima de la peste. La viuda legal, llegado este momento, se vio con las manos libres para hacer con aquella que le había robado el marido, Leonor, lo que quisiera. Porque ancha es Castilla. La atrapó primero y la encerró en el Alcázar de Sevilla. Posteriormente, fue trasladada a Carmona. Y desde allí, la muerte no se hizo esperar. Corría el año 1352 y mi futuro marido, Sancho, sólo tenía nueve años.

Blanca, como los zánganos, apareció tres días más tarde. ¿Qué podría decirme ahora Sancho?

(DEL PADRE).

Mi abuelo murió una semana después de que se fuera mi hermana. No sé si por la derrota que le había inflingido las hordas de mi padre o por la pena que le producía el saber que nunca habría de volver a ver a María.

Se lo encontraron tieso en la cama. Los ojos abiertos, una mano tras la cabeza, la otra colgando por el reborde, los dedos también abiertos, la lengua fuera, ladeada, y la mandíbula tan caída que tuvieron que desencajársela para poder prepararlo para su funeral.

Siempre creí que la muerte por vejez era menos patética que por decapitación. Me equivocaba.

El cuerpo de mi madre se veía en su muerte delicado y, a pesar de haber sido privado de su cabeza, todavía latente. Sangraba, sí, pero daban ganas de abrazarlo, de poner la mano sobre el límite de la herida y hablar hasta que dejara de emitir esos sonidos que eran como gorgoteos o estertores.

El cuerpo de mi abuelo daba ganas de cubrirlo con una sábana para luego cogerlo por las puntas y llevarlo así, directamente, hasta la tumba que se había hecho labrar para la ocasión.

Privado de todas las joyas y oropeles con las que solía vestirse, se veía como lo que en realidad era: un viejo que ha decidido dejar de vivir. Los huesos eran bultos deformes, como montañas. Las piernas ligeramente abiertas, tan delgadas. Y la boca, cual agujero, como las de los peces que sacan del agua y se ahogan.

Sus ojos vidriosos, que ya no son tan oscuros, sino que están grises y el iris también, bañado de venas rojas.

Está seco y rígido. Me recuerda a un trozo de carne que se ha cocinado demasiado. Incluso puedo percibir el olor a chamuscado que desprende.

Nadie se acerca para cerrarle los párpados. Los sentimos en nuestra imaginación, blandos, resbaladizos (escondemos las manos disimuladamente tras la espalda).

No hay lloros, nos amparamos en la excusa de que estamos demasiado afectados. «Ha sido demasiado imprevisto —decimos— como para reaccionar».

Al final alguien se acerca y hace lo que había que hacer: coge la sábana, lo cubre y se santigua. Ya vendrá quien sea a prepararlo para su funeral. Alguien también se

acerca a la ventana y la abre, entra el aire y se lleva el olor a carne. Se ha muerto el rey; sin embargo, en el ambiente flota la impresión de que el que acaba de pasar a la otra vida no era más que un hombre corriente.

Una vez vi a un ahogado. Lo habían sacado del río empujándolo con un palo. Tenía la cara hinchada y también la tripa. Como mi abuelo. A pesar de su delgadez, la tripa de mi abuelo sobresalía como si en el último momento de vida, alguien le hubiera propinado un puñetazo en ese preciso lugar. Mi abuelo dormía desnudo. Me reí, entre dientes. Ni siquiera en ese momento sentí pena por él, no me engañaba. Estaba convencida de que hasta el última instante él me había detestado. Dejar de hacerlo no sólo hubiera sido absurdo para mí, sino que él tampoco lo hubiera querido. Coherencia ante todo.

Me dijeron que se había muerto de viejo. Niños, vuestro abuelo vivió una vida larga y fecunda, Dios lo ha llamado a su lado. Pero yo estoy segura de que se murió de un atracón, que por una vez había dejado su política ahorrativa y que se había despachado a gusto con las reservas que guardaba en su baúl porque al abrirlo no había el menor rastro y tan sólo un ligero tufillo a salchichón.

No bien habían dejado de doblar las campanas a difunto cuando coronaron a mi padre. A rey muerto, rey puesto. Si el entierro del abuelo fue casi un trámite (su piel cerúlea ya no imponía respeto a nadie: lo encerraron bajo la piedra y lo sellaron con ese olvido que yo, cuando todavía sentía por él algo cercano al odio, le deseé). La coronación se prolongó durante días. Sacaron arañas de todas partes. Desempolvieron alfombras, cortaron flores, cosieron y recosieron trajes siguiendo las nuevas modas.

Me vistieron como una muñeca, me llenaron de polvos, me hundieron horquillas en el cuero cabelludo y para terminar mi proceso particular, colgaron una cadena gruesa en mi cuello que al andar sonaba como un cencerro. Luego, cubrieron mi pelo, empolvieron mi escote, perfumaron mis manos. Hasta que dejé de ser yo.

«Pareces otra», me dijeron.

No, no parecía otra, me habían convertido en otra: en la que ellos querían porque era la que mi padre buscaba. Y su futuro, el de los nuevos súbditos, estaba en la felicidad de su monarca y con tanto brocado y tanto tejido y tanta puntilla era la que ellos buscaban, la muñeca del talle flexible con la cara de Inés.

Había vuelto del mismo modo que se fuera. Si creí que en algo cambiaría, esperé en vano.

«Inés», dijo él.

Durante su ascenso al trono, me miraba. Y eran iguales sus ojos. El tiempo había pasado, yo me había transformado y él no.

Aplasto la cabeza entre mis manos, reclinada miro el techo, las paredes, las vidrieras, el rosetón que está a mis espaldas donde quisiera perderme. «Ha vuelto — pienso—. Mi padre ha vuelto para estar conmigo».

Y rezo, mientras tanto, en voz alta porque están coronando a mi padre y *Deo gratias, exultate, jubilate*. La baba se desliza como procesionarias sobre mis manos. Y ya no sé si es saliva o son lágrimas. Y rezo.

Mientras el abuelo vivía, estaba a salvo. Lo odiaba, nunca me lo negué, pero prefería vivir con ese odio que salía de mí y acababa en él a continuar con esa sensación nueva que podía experimentar allí, agachada en esa iglesia que no por tener una altura elevada deja de ser sofocante. «Ya no soy inconsciente —me digo—, la inocencia se ha perdido (y pensé que era para siempre cuando, sin saberlo, la perdería una y otra vez, todavía muchas veces).» «Al menos con el abuelo —pienso— tenía la fortuna de encontrar una línea paralela que me confirmaba que mi odio y el suyo no eran estériles, sino perfectos en su dualidad. Al menos con el abuelo podía reconcentrarme en mi rencor y vaciarme de cualquier otro tipo de sentimiento». La inquina lo llenaba todo y con eso me bastaba. No buscábamos nada más. Convivíamos con nuestra aversión: él y yo, tan monótona como repetitiva. Pero ahora mi padre ha vuelto y soy consciente de que voy a caer una y otra vez en la búsqueda del no pensamiento, del estado de laxitud en el que no se quiere ni el conocimiento ni la comprensión. Mientras odiaba no sufría, pero ahora, lo sé, volverá el dolor, de nuevo. Y tardaré en aceptarlo. Tengo sed, me ahogo.

Murmullos a mi alrededor. La iglesia está llena. Se forman nubes de vaho por encima de las cabezas. Quemán incienso. Y es olor a santidad que ensucia porque se mezcla con el sudor, con los perfumes, con el barro porque antes de entrar llovía y puede que siga haciéndolo.

Al lado de este palacio, me doy cuenta, no hay río al que huir. «La suciedad —pienso— tendrá que empezar a ser parte de mi vida. Acostúmbrate», me digo.

Porque fue durante la coronación cuando la certeza llegó, tan grande como terrible, y supe que daba lo mismo que yo olvidara a mi madre, que aquellos rasgos que en su momento fueran tan nítidos se hubieran diluido en mi memoria, que ya no pensara ni en su muerte ni en su vida, si todos aquellos que me miraban (sobre todo a través de los ojos de mi padre, el nuevo rey) veían en mí a la difunta, a la que nadie quería olvidar.

He de resucitarlos, a los dos. De nuevo mi padre y mi madre. Volver a traerlos, de golpe, al lugar que nunca han abandonado.

Me siento pequeña, rodeada de gente que no me ve. Las velas humean. Dicen que estarán encendidas hasta el día que Cristo muera. Los cirios tan grandes. Desde las columnatas, los demonios se retuercen. Tienen los ojos salidos, las lenguas partidas por la mitad. «Están hechos en piedra —me digo—, son de piedra». No sienten.

Y la comprensión de que una vez comienza el dolor, éste va tejiendo su red y ya es difícil librarse de él (y si lo hiciera, sería mutilada, un ser incompleto, un monstruo, formaba parte de mí).

Lo miro allí, sentado frente a nosotros, con esa capa que huele a polilla, a polvo, que parece manida a pesar de que se hayan pasado toda la mañana cepillándola.

Sus manos agarraban lo que parecía un cetro. No había visto cómo el obispo se lo entregaba, pero podía imaginar su cara de orgullo, de arrogancia, de falsa modestia. Sus manos grandes y el cetro, tan grande también, atrapado entre ellas. Encaramado al trono, en aquel sitio que lo eleva por encima de nosotros. Lo aferra con posesión, seguro de sí mismo. Es suyo, ya es suyo y nadie se lo va a quitar.

El coro comienza a cantar. Sus voces son como las de las cigarras, hirientes.

Y mi dama, que sigue a mi lado: «Niña, recta, guarda la postura, no llores, deja de ser tú, conviértete en lo que yo quiero, en lo que queremos, que eres hija de tu padre, el rey, y él ya tiene el cetro y todo es suyo y tu eres su hija y busca tu bien».

Y las mujeres suspiran como tontas y se rifan quién será la primera en llevárselo a la cama, porque ya no se acostarán con el hombre, sino con el cetro.

Dios, que lo ve todo. Pero ya no, porque está en el sagrario y lo han encerrado y su cuerpo me quema en la lengua y lo escupiría si no tuviera a mi dama al lado, que me mira con esos ojos saltones, que frunce los labios y que hace ese ruido como de sapo que le sale de la garganta, y que no dudaría en pegarme si me viera sacándomela.

Al otro lado, Fernando y Juan. También reclinados pero tan serios que parecen estatuas y tan formales que la gente que los ve mueve la cabeza y dice: «Idénticos a su padre» (porque nadie busca en ellos los rasgos de sus madres).

Y mi otro hermano llora en brazos de su ama, que lo aprieta contra sí y hunde su cabeza en su pecho, pero el infante, que no es Dionís, sino otro hermano nuevo, no se calla.

Ese niño representaba, aunque en ese momento no me diera cuenta, la confirmación de la derrota. El instinto de mi padre había vencido y por eso le coronaban rey y por eso yo, que era su hija, tendría que admitirlo en mi lecho.

Otro niño sin madre.

Me pregunté, sin embargo, el porqué de que mi padre mantuviera a mi otro hermano, Dionís, lejos de nosotros y que trajera a esa nueva criatura tenida Dios sabe con quién a vivir a palacio. «Éste es vuestro hermano», dijo. Un nuevo hermano nacido en la guerra paternofilial. Una madre sin hijo. «¿Qué habrá sido de ella?», pensé. «Quizá haya muerto», pensé. Tuvo suerte. Forjado, me dirían, en una noche de batalla. De ahí, supongo, el espíritu vengativo que guiaría después la vida de aquel niño, su necesidad de sangre, la necesidad de derrotar por el placer de hacerlo, de humillar. «Éste es vuestro hermano». Nadie se sorprende. Juan y Fernando detrás. Yo me acerco y pongo mi mano sobre su frente y él abre su boca y llora, la campanilla le tiembla.

Sería rey, algún día: ese niño que fue llamado Juan, como mi hermano, y al que

colocaron el apellido de primero cuando accedió al trono. Juan primero, fundador de la dinastía de Avis. Lo apodaron también «el de la Buena Memoria» porque supo borrarlos a nosotros, los otros bastardos, de las de todos nuestros súbditos y quedarse, ya él solo, con todo el poder. El grande, el grandioso, el padre del pueblo. Fernando y luego él. Un rey tras otro. La historia continúa. Y mis hermanos y yo: Juan, Dionís y Beatriz, los hijos de mi madre, relegados del trono, abocados al olvido.

Y, sin embargo, puedo decir que fuimos los que más entendimos los resortes del poder, los que los vivimos hasta sus últimas consecuencias. Éramos, aunque no lo quisiéramos, los que llevábamos la sangre más pura de mi padre, los legítimos herederos de su estirpe, la que empezara con Alfonso I el Conquistador y que algún día terminaría con la muerte de mi hermano Fernando (que ha pasado a las crónicas, muy equivocadamente, como el Hermoso). Juan de Avis no tendría que haber heredado nunca, pero lo hizo. Y ya no seré yo quien discuta su proclamación. Puede que no lo aceptara como hermano, que por llegar el último y en circunstancias que mi padre nunca se avino a explicarme, no lo quisiera demasiado, pero nunca me opuse a él como rey.

Nuestro destino estaba escrito, pero no como hijos de Dios, sino como hijos de mi padre.

«Volverá», me dije. Ya lo había hecho. Mi padre había regresado.

«Dionís», pienso. Mi niño, lo último hermoso y bueno que hizo mi madre, y quizá, por primera y última vez, lo echo de menos. «Dionís podía servirme de escudo, ser la empalizada cuando mi padre no viera más allá de mi cuerpo», pensé. «Y fuera deseo y lujuria todo él». Otra vez, lo quería a mi lado pero sólo por la protección que podía otorgarme. Mi padre es rey ya y nadie, y mucho menos yo, podrá detenerle en sus deseos.

Mi Dionís, suplantado por ese otro niño que es rojo debajo de los encajes y que aún huele a sangre y a líquido amniótico. Ese niño es otro niño, no forma parte de nosotros.

En Fernando e incluso en María podía descubrirme a mí misma. Pero en ese amasijo de lloros y babas y vómitos y eructos que sólo sabe exigir (incluso cuando deja de llorar) no encuentro ni un hilo que nos una. Con él nunca se rompió la red porque nunca la hubo. Llegaría a rey pero sería sangre nueva que acabaría con la antigua, con la de sus mayores, con la de todos nosotros. El niño de la guerra comenzaría una nueva dinastía en la que, siempre según él, sólo había un horizonte de paz conseguido a través de la guerra, eso sí.

Salimos de la iglesia. Él primero, luego nosotros. Su capa arrastra, larga, y al llegar a la puerta se la recogen para que no se pringue en la porquería de la entrada. Nosotros la sentimos, insegura, debajo de nuestros pies. Nos cubre hasta la altura de los tobillos. Andamos sobre ella, siguiendo una fila recta que más parece un cortejo

fúnebre. Vuelve a llover y el agua deshace peinados y moja trajes, puntillas, y las gotas de lluvia repican en las espadas de los caballeros que van detrás de nosotros. «¿Qué crees que va a suceder ahora?», me pregunta Juan. A su lado, Fernando, tan iguales los dos, me doy cuenta de pronto, que pienso que Inés tenía razón, que los tres (los cinco con María y con Dionís) podíamos haber sido hijos de la misma madre. «No lo sé, Juan. Supongo que continuar aquí, en palacio». Y quiero decirle: «Comportarnos como nos educaron siempre, como hijos de reyes, vivir con él. Aparentar a todas horas, vivir en esa apariencia que será nuestra vida de ahora en adelante. Y no te sientas bastardo —quiero decirle— porque los demás no nos ven así». Hemos sido aceptados. Quiero decirle: «Juan, a partir de ahora tendrás que aprender a ser más hombre, dejar de coser, amar la caza, ir a los prostíbulos. Y yo tendré que ser más mujer. Y Fernando, aprender a ser más rey». Sonrío: «No te preocupes, que ya verás como todo va a salir bien». Coge mi brazo y lo aprieta con el suyo contra su cuerpo.

Cae la noche. Me recuesto en la cama. El brasero a los pies, todavía. No me levanto para quitarlo. En la palangana se han quedado los afeites, los aromas, los trazos tras los que escondieron mi verdadero ser: mi edad. Cubro mis piernas con las sábanas —como si ellas fueran las más desprotegidas—. Me estiro como si quisiera rebasar los bordes o hacerme grande, saber que estoy sola en la cama, ser consciente de que no siento ausencia, que la soledad buscada no es soledad.

Pero esa noche no aparece, ni la siguiente. Duermo sin sueños, profundo, porque decía mi madre que si se duerme así, es como morir: matar la conciencia.

En mi familia siempre hemos sido exagerados. Nuestra estirpe era grande. Los cambios en nuestras actitudes no podían venir por hechos casuales, por el simple paso del tiempo. Nacíamos a lo grande y así debíamos morir. «La locura —decían— es algo perdonable: ¿cuántos santos, profetas, reyes, genios no serían en realidad locos?». La ordinariez era sinónimo de vulgaridad. Dramatizábamos en exceso. Y así amábamos u odiábamos. «El término medio —decía el abuelo— es para la plebe» (y resulta curioso que su muerte fuera de lo más vulgarcita, dormido, sin sufrimiento). Mejor perder la vida por unos ideales que vivir sin ellos. Y era todo una mezcla de egocentrismo, de rabia y de pasión que, aparte de diferenciarnos, de llevarnos a cometer los actos más altruistas, también nos forzaba a hacer los más bárbaros.

Un grande que no hace grandes cosas se convierte en polvo de la historia. «Y —añadían— si esas cosas son terribles, el paso a las crónicas se vuelve seguro». Por eso, tanto mi padre, como mi abuelo o como mi hermano no dudaron en sacrificar todo lo que tenían. Lo llamaron idealismo, cuando era, y yo lo sé mejor que nadie, puro egoísmo. A veces se me podían escapar las causas profundas, el porqué de sus actos, pero nunca el verdadero fin. Y si mi padre hizo desenterrar a mi madre y la mandó colocar a su lado, sólo fue para escapar de esa vulgaridad que su padre le

había enseñado a temer.

No había hecho partícipe a nadie de sus propósitos. Si en secreto se habían casado, en secreto habría de coronarla reina. Se negaba a estar solo en el trono. «Gobernaré —dijo— con la mujer a la que amo». La sacó de su tumba y montó una parafernalia que, supongo, y tal como él quería, por más que pasen los siglos, se seguirá recordando.

Allí estaba ella, Inés, mi madre.

Recuerdo que, a pesar de que la piel se le había hundido, los cabellos ya no tenían color trigueño, sino que parecía que se los habían lavado con ceniza, que los ojos, aunque cerrados, parecían más oscuros que nunca; su cuello (unido con una gruesa cinta roja, como un regalo) seguía siendo igual. Mi madre, cuello de garza.

La mandó desenterrar y tras vestirla con un traje que era mío, la sentó a su lado.

El tiempo se mezcla en mi memoria y ya no sé cuántos días pasaron desde que él fuera coronado rey hasta que ordenó que rindieran pleitesía a ese cadáver en el que los rasgos de la muerte se mezclaban con los de mi madre. Poco, me imagino, porque los recuerdo, una vez más, seguidos en el tiempo, casi solapados.

Uno a uno, la nueva corte que antaño fuera de mi abuelo y ahora de mi padre se fue acercando al trono. Uno a uno, doblaban su rodilla ante la nueva reina, a la que habían tenido que atar a la silla para evitar que se venciera hacia delante. Y todos, aquellas damas, aquellos caballeros, acostumbrados ya a las excentricidades de sus monarcas y a pesar de que su educación tendría que habérselo impedido, no podían evitar poner cara de sorpresa e incluso de asco cuando tenían que coger la mano de la muerta, apenas huesos, y besarla. Uno a uno, todos fueron pasando.

El salón estaba profusamente decorado. Mi padre vestía las mejores galas. Mejores incluso que las de su coronación.

Recuerdo a Fernando, a quien sólo el rencor podía unirle a esa mujer (o lo que quedaba de ella), sus gestos, su cara porque serían el adelanto de los mismos que pondría yo. Lo veo plegar su rodilla y bajar su cabeza sobre esos dedos que nunca lo tocaron en vida. Lo veo, sus manos tiemblan. Gira la cabeza, la boca contraída, intentando esconderse en su cara. Sus rasgos coléricos y tristes al mismo tiempo, como si añorara algo que nunca tuvo, que acaso poseyera pero que perdió. Me imagino que su madre, a la que yo tampoco conocí. Le sonrío pensando que eso podría acercarme a él, pero su boca, que se había vuelto a abatir sobre el mentón, se abrió todavía más con un gesto de enfado y de asco que ya no iba dirigido a la muerta, sino a mí.

«Quizá —pensé— él también lo ha visto: ha comprobado lo mucho que me parezco a la difunta, a la que le robó a su padre y le forzó a vivir con el abuelo».

Y me hubiera gustado echar a correr hacia él, en ese mismo instante, y haberle obligado a que viera en mí lo que me diferenciaba de ella, lo que me hacía única.

«¿Ves? —le hubiera dicho—, mi pelo es más corto, mi cara más afilada, mis dedos más largos. Somos diferentes, Fernando, ¡has de verlo!».

Y Juan, tan pálido como ella. También la besa; padre asiente y sonrío desde su pedestal.

Me apeno por él, mi hermano. La última vez que la vio era su protegido. Ahora nuestro padre se la había arrebatado y la mantenía allí, por encima de todos nosotros, sentada como un pelele con la mano caída sobre la unión de sus piernas para que resulte más fácil acercarnos y besársela.

«Beatriz —me dice—, es tu turno».

Las piernas me pesan. Los terciopelos del suelo son como un campo de ortigas en el que desearía poder hundirme en ese mismo momento. La lengua reseca, otra vez. Y el paladar que sabe amargo, como si hubiera regurgitado bilis sin darme cuenta.

Quiero recordar los momentos en los que éramos ella y yo todavía. En los que no había Juan ni Dionís. Pero no los encuentro: mi memoria, o está vacía o los ha borrado. Pienso entonces en la Quinta del Pombal, cuando todavía no era la Quinta de las Lágrimas. En las tardes corriendo por los jardines y las monjas mirando por las ventanas; la arena, que estaba húmeda, y que por ello resultaba reconfortante.

La garganta, tan seca, que duele. Y el latido a la altura de las orejas. El pecho que se hincha y se deshincha. Las piernas que, ajenas a todo, siguen avanzando.

Me miran todos en silencio. O quizá sea yo la que no puede oírlos.

Busco la salida con los ojos y pienso: «Escapa, vete lejos».

Pero delante están mis padres. Y me digo: «Beatriz, son tus padres, no puedes escapar de ellos». Y pienso: «¿De verdad resulta tan difícil encontrar una nueva vida?».

Ella, la muerta, todavía tan guapa. El traje parece hecho a su medida, a la medida de esos huesos que, a través de la tela, se dibujan nítidamente.

Huele extraño. Como si la muerte también le hubiera quitado eso. No es desagradable, sino, simplemente, diferente.

Y mi padre, que susurra algo así como: «Beatriz, besa a tu madre» (quizá no lo dijo y sea mi memoria la que trampea los recuerdos, la que los trastoca a su antojo según un criterio incomprensible).

Me acerco. Y la muerta: los ojos cerrados, el cuerpo abombado por las cintas que lo recorren, la cadera adelantada, el pecho tan liso como lo era el mío hacía apenas dos años («ella es la que yo fui —pienso— y yo soy ella ahora»). Y el traje, dorado y carmesí, que visto de cerca ya no es tan fino. Ni su piel llena de surcos, ni sus labios que son un hueco, como su nariz, que ya no es tan recta, sino que se hunde al final y muestra dos agujeros que quieren llegar hasta su mismo cerebro. Un monstruo. Pero es bella en su monstruosidad. Imposible negarlo. Espanta y atrae al mismo tiempo —contengo la respiración—. La muerte la transforma en belleza atemporal.

«Voy a besar a una estatua», me digo.

Entiendo de pronto a mi padre, por qué lo ha hecho.

Su cuerpo es rugoso, apelmazado. Se aplastan músculos y huesos. No da miedo —todos se equivocan—, tampoco asco. Está, de pronto me doy cuenta, muy por encima de todos nosotros. Aunque parezca una marioneta con tanta cinta y tanto hilo que la cruzan y la atan a la silla.

Muerta es tan indolente como lo era en vida.

Mi madre —la beso— estuvo muerta desde siempre.

Y mi padre: «Muy bien, Beatriz».

Y yo agradecida porque me llamó Beatriz y no Inés, porque al sacarla de su ataúd, me había dado una última oportunidad para diferenciarme de ella, le sonreí.

Volvió a mi lecho esa misma noche.

Como la última vez, cubrió mi cuerpo con el suyo, me tapó los ojos, me besó en el vientre. A pesar de que la barba y los cabellos le habían crecido, de que descubriera en él cicatrices que quizá fueran nuevas o quizá no, de que sus músculos estuvieran más duros pero también más viejos (nuevas arrugas, esta vez sí, rodeaban los huecos sin pelo de su cara), tampoco él había cambiado: mismo olor, idénticos ojos de reconocimiento.

Descubro que somos dos viejos conocidos, que el tú y el yo se han convertido en nosotros desde hace mucho tiempo. Uno dentro del otro.

(DEL HIJO).

La vida es una broma perfecta. La mayor ironía. Lo más ridículo es lo que al final termina sucediendo. No aspiro a cambiarlo, no quiero ser malinterpretada. Lo que ocurre es que yo no tengo el humor suficiente como para pasarme todo el día riéndome. Supongo que Dios sí puede hacerlo, al fin y al cabo, ¿tiene algo mejor en lo que ocupar todas las horas de su vida eterna? Y mientras tanto yo me contentaré con vivirla sin cinismo. Es suficiente.

La predeterminación. Me dijeron una vez: «Te casarás, tendrás dos hijos». Y yo repuse: «Por supuesto, ¿cuántos si no?». Y en mi mente, en ese momento, me veía como cuando era pequeña y con mis hermanos pensaba en el día de mañana y nos preguntábamos cuántos hijos tendríamos cuando fuéramos mayores y siempre eran dos: la parejita. Así que le dije a la adivina que por favor se cobrara lo que le debía. Y me marché igual que había entrado: con la certeza de que ni esa mujer ni yo sabíamos muy bien qué era lo que nos deparaba el futuro (de hecho, al día siguiente la mandaron a la horca por estafa, qué bien hubiera hecho, de haberlo previsto antes).

Si no creo en el destino, es porque si yo fuera Dios me parecería un completo aburrimiento saber de antemano todo lo que ha de sucederle tanto a él como a todo lo que creara. Y sí, ya lo sé, ¿cómo me atrevo, pobre mortal, a plantearme este tipo de cuestiones? Pero pienso: ya que tiene que vivir una vida eterna, mejor distraerse con lo que les sucede a sus criaturas que dedicarse a manejarlas como vulgares marionetas. Es lo lógico. Sentarse y mirar.

Nos dicen que los designios del Señor son inescrutables. Que su forma de ser es insospechable. Que no hay que aspirar a comprenderlo. Se refugian en la fe. «Cree», te dicen. Pero a mí el humor me parece la forma más excelsa de inteligencia. Y Dios tenía que ser infinito en todos sus aspectos, en todos los matices de su carácter, sobre todo en éste. Y si yo quería parecerme a él: ser su hija, hija del Padre, tenía que intentar reírme con la misma fuerza omnipotente y omnipresente, aprehender en definitiva un sentido del humor que se empeñaba en rehuirme una y otra vez: a mí siempre me pareció que los chistes del Señor son, simplemente, incomprensibles (y a veces muy malos).

Mi humor no es divino, qué se le va a hacer. Soy mujer, limitada por la

naturaleza. Y sí, puede que no tenga inteligencia, ni alma ni moral. Pero sí necesidad de reír. Y si hay algo que admiro, por encima de todas las cosas: de la luz, las tinieblas, el cielo, la tierra, es la ironía con la que éstas fueron creadas. Primero la tierra y el cielo. Y luego la luz. «¿Y dónde vivía el Altísimo hasta entonces —me pregunto—, en las tinieblas?». Y luego, tras días de trabajo, por fin se decide a crear al hombre y, ¿cuándo lo hace? Pues justo después de haber hecho lo propio con los reptiles. Tendrá su lógica el planeamiento, pero prefiero no pensar en ella. Y me dirán: el hombre fue creado primero, y después la mujer. Y yo entonces respondería —cosa que no pienso hacer— que los sapos se les adelantaron, ¿les hace eso mejores? (la respuesta a veces me pareció demasiado obvia).

La vida resulta admirable y divertida hasta extremos insospechados. Quise bebería en su totalidad y no me importó hacerme daño, herir, llorar o matar. Aunque esto último, lamentablemente, escapó a mi sentido del humor. No he matado a nadie, lo confieso, pero fue porque no encontré la oportunidad. Candidatos sí, sí que los hubo. Y sin embargo también hubo otros a mi alrededor que no perdieron oportunidad de degollar a cualquiera que tuvieran a su mano, como Blanca.

«Una vez que huyó —me dije—, ya no sabremos nunca qué ha sucedido». Y me resigné. En realidad era más cómodo así: yo tenía a Rodrigo y por ende alguien con el que quemar los días hasta que llegara el del parto. Después, Dios proveería. La echaba de menos porque no dejaba de ser mi amiga, y ser una asesina no hacía de ella un ser despreciable. Conmigo, aparte del detalle del veneno, siempre se había portado bien. Así que me dediqué a disfrutar del mozo que la vida me había mandado y ya está, que para elucubrar están las mentes de los reyes y de los gobernantes y (estaba claro que yo no era ni una cosa ni la otra).

Pero la vida dio otra vuelta de molino. Y conjuró los hechos para que nada sucediera como ninguno habíamos planeado. Y Dios, arriba, riéndose y contemplando, como es de rigor.

Nevaba sobre Segovia como jamás lo hiciera antes. Era bello. Tenía la inocencia del peligro. No me cansaba de mirar los copos caer, alargaba la mano por el ventanal para sentirlos posarse sobre mis dedos. Y luego, ya transformados en agua. Las rocas que, después de las paredes del alcázar, bajaban hasta los dos ríos parecían dientes, dientes enormes, blanquísimos. El Clamores y el Eresma se unían, con furia, en un remolino perfecto. «Allá abajo —me dije—, donde Inés y su hijo se desnucaron». Y me imaginé entonces que esa nieve que había salpicado los árboles y después las laderas y que sorteaba la Veracruz y seguía, todavía más lejos, quién sabe si hasta Burgos o hasta Santiago, no era más que las salpicaduras de la sangre que perdieron al chocar contra el suelo. Y la imagen, a pesar de lo macabro, no dejaba de ser bella.

Hacía un día luminoso. El sol, desaparecido porque era la propia nieve la que lo alumbraba todo.

«Las nevadas —pensé— tienen sabor a muerte».

Aquellos que tenían que salir a la ciudad, a pesar de encontrarse al lado, decidieron posponerlo hasta que escampara. «De todos modos —alegaban—, en un día como hoy todo ha de estar cerrado, tenemos provisiones de sobra: nadie se va a morir de hambre por ahora». Atrancaron las puertas. Y el viento las agitaba y su sonido retumbaba por todas partes.

Los segovianos hubieron de pensar lo mismo: se parapetaron en sus casas y no saldrían hasta que escampó. Desde la ventana del alcázar, en los momentos en los que la intensidad de la nieve amainaba, se podía ver cómo el humo de las chimeneas formaba espirales tan blancas como el mismo cielo. Husmeé en el aire. «Una nevada —me dije— es una experiencia para todos los sentidos». Pero los olores: a madera de pino, a piñas quemadas, a castañas que se asan en los rescoldos, no se diferenciaban demasiado de los de cualquier otro día de invierno.

Frente a los fuegos que se habían encendido en las alcobas, se hacinaban todos, extendiendo las manos, dándose la vuelta para calentar también las partes traseras y rifándose quién había de ser el siguiente en acudir a la leñera. Juntaban hombro con hombro, frotaban las manos, echaban su propio aliento sobre ellas (como si quisieran otorgarles vida propia).

Me dijeron, cuando tuve necesidad de saberlo, que las puertas de la ciudad permanecerían tal y como habían estado durante la noche, así que si alguien entró, tuvo que hacerlo saltando. Y si alguien quiso salir, o se llevaba una escalera o se daba media vuelta y regresaba por donde había venido. Y es en esa puerta, y no en la nieve, donde reside toda la ironía.

Rodrigo y yo habíamos colocado el brasero entre medias de nosotros. No hablábamos, nuestras conversaciones nunca habían sido demasiado extensas. Preferíamos otro tipo de compenetración. Él estaba, recuerdo, en calzones y yo, en paños menores también porque hacía frío y no era cuestión de pasearse en pelota por la habitación y coger cualquier enfermedad. Yo me encogía, planeando cómo hacerlo para buscar el hueco del hombro. Él, mientras tanto, extendido en toda su rotundidad. Llamaron a la puerta:

—Señora.

—Un segundo —contesté—. Ahora salgo.

Me levanté y me eché una pelliza sobre los hombros. Rodrigo no se movió. Tenía los ojos clavados en la pared y canturreaba, bajito.

El mozo me miraba, nervioso. Me cubrí más. El suelo estaba frío. Encogí los dedos. Sólo pensaba en regresar al lecho.

—¿Sí? —dije.

—Vuestro marido me ha dicho que os avise.

«¿Qué quiere ahora éste?».

—Pues decidle que espere. O que venga él.

—Pero, señora —replicó—, me ha dicho que es importante y que os interesaría. Es urgente que vayáis.

—Está bien —rezongué—, ya voy. Y ¿dónde decís que se encuentra?

—En las celdas, mi señora.

No me extrañó. Hacía tiempo que los lugares de vicio y depravación de mi marido, que así los llamaba, no podían sorprenderme. Las celdas, ¿quién podría ir a semejante lugar en un día como aquel en el que lo único útil que se podía hacer era permanecer abrigado en la cama?

«La tortura es necesaria», me había dicho alguien, creo que un sacerdote. Sí, fue durante mi infancia, cuando vivía en el castillo de mi abuelo.

Resulta fácil aceptar que tu familia asesina con total impunidad a quien le dé la gana, están en su derecho. Lo tenía aceptado, así debía ser: los reyes matan, los campesinos mueren, es ley de vida. Pero lo que me produjo mayor impresión fue conocer los medios con los que lo hacían. La muerte dejó de ser una idea abstracta y se concretó en esas argollas, en esos collares de metal, en esas poleas, en esas tinajas, en esas sillas con clavos... qué decir: mi abuelo tenía un muestrario que ya quisiera para sí el mismo Herodes.

Las salas de tortura siempre son frías, inhóspitas. Aunque estén en una torre, rodeadas de madera. Y el olor: apestan a dolor, a orines, a pelo quemado, a carne puesta a hervir. Se cubren las ventanas, se tapan los respiraderos porque lo que se hace en la oscuridad no se ve (y acaso se puede olvidar).

—¿Y éste?

Fernando me miraba como si fuera tonta de remate.

—Ése es un cepo, Beatriz. Lo colocan en medio de la plaza. Es para los ladrones. ¿Nunca lo habéis visto?

—Hermano —le digo—, nunca he vivido en la ciudad.

—Entonces venid, que os muestro este de aquí.

«No sé —me dije— si quiero verlo».

—Lo llaman la tortura de la rata.

Asentí con la cabeza.

—¿Veis la jaula que está abierta por abajo? Bueno, pues la colocan encima de la tripa del que sea. Y meten una rata dentro. Después comienzan a atosigarla con fuego y tal, que ya sabéis lo que odian las ratas el fuego, como los escorpiones, ya os lo conté, ¿no?

Vuelvo a asentir. La nuca se me agarrota. Los dedos de las manos, tan fríos.

Y de pronto:

—No, Fernando, no quiero saberlo.

Me siento cansada. Vieja también. «Esto soy yo —pienso—, y todos nosotros». Y

este que me habla así es mi hermano, que un día será rey. Y esto que tengo delante es la tortura de la rata que no busca en realidad la muerte, sino el sufrimiento por sí mismo.

—... su única escapatoria es escapar mordiendo la tripa del hombre.

Empiezo a retroceder. Tengo la tripa revuelta.

—Creo que no me encuentro bien —digo.

Pero él no me escucha. Pasea por la habitación, tan liviano. Desliza su palma sobre los objetos que ya no son tales. Me recuerda a un hada, de aquí para allá, y su voz cantarina.

—Y éste es el potro, y éste es el quebrantacráneos, y éste es el péndulo.

El peso de mi cuerpo se concentra en los tobillos. «Tocar cualquiera de estas cosas —me digo— te mostraría lo que no quieres ver».

«¿Cuántas personas —pienso— habrán pasado por aquí?» (como si por ser un número mayor o menor mi asco pudiera ser equivalente).

—No me encuentro bien.

—Ya nos vamos, dejadme que os explique éste.

No hay maldad en sus actos. Se recrea, es cierto, en todo lo que le rodea. Es un niño que estrena mundo. La brutalidad del descubrimiento no es tal en él, sólo le guía la curiosidad. «Mira», me dice.

—No, no, Fernando.

—Es el de la cabra. Consiste en untar los pies del reo con sebo y dejar que la cabra los chupe hasta llegar al hueso.

Y la ira, de pronto. «No está bien —me digo—. Cállate». Y ya no sé si se lo digo a mi mente o a mi hermano.

—Salgamos.

La puerta, a nuestras espaldas. Fernando me mira y no hay expresión en su mirada. Siempre fue un niño vacío. Y yo, supongo, una hermana empeñada en llenar lo que no me correspondía.

—Fernando —le digo—, tenéis que prometerme que nunca los utilizaréis.

—¿Qué cosa?

—Nada de lo que hoy me habéis mostrado.

—¿Por qué? El abuelo los usa.

No dice «me gustan», «me divierten». Las referencias, para él, son externas. «Ahí —pienso— está mi baza».

—¿Y la abuela? ¿La habéis visto alguna vez hacer algo semejante?

Me mira fijamente.

—Ella no es reina. Ni hombre. No sabe lo que son las guerras.

—Y ni tú ni yo lo sabemos, no hemos vivido ninguna —desisto. Decido atacar por otro flanco: por el de su sentimentalidad hacia los animales—. Pero ¿pensáis que

está bien que torturen de semejante modo a una pobre ratita? ¿O que obliguen a una cabra a comerse a un hombre? Qué asco —le digo—, piénsalo, carne de hombre, ¡de los pies!

—No —admite.

—¡Entonces! —remato. Y siento que he vencido apelando a su amor por las criaturas no racionales.

Que no quisiera saber no significa que no supiera. Hacía mucho tiempo que había dejado de ser un alma cándida. Y era imposible aislarse, vivir en una burbuja, no darse cuenta de cómo la gente solía entretenerse con lo transgresor, con lo que excedía la moral. Ver, por ejemplo, los brazos con quemaduras de algunas damas. O con marcas en las muñecas de cuerdas. «Pero —me decía— no los juzguéis con acritud, Beatriz, que ellos no han visto lo que tú». En mi mente, de nuevo, el potro, la gota china, el enorme cubo de agua. Por ello, todos los que en sus juegos sexuales utilizaban cadenas, cuerdas, fustas o cualquier otro instrumento no podían más que parecerme unos depravados inconscientes. Y la inconsciencia es, la mayoría de las veces, la verdadera fuente del mal. Si había que escoger el mal menor, preferir siempre a aquellos que atacaban de frente a aquellos que se escudaban en el «no sabía, pensé...». Los que necesitaban acudir a lugares como celdas o cuevas, los que utilizaban animales (para espanto de mi hermano) estaban en el mismo nivel.

Y mi marido no era una excepción. Es cierto que nunca lo había descubierto armado con ninguno de estos instrumentos. Del mismo modo que tampoco me habían llegado rumores de que los utilizara. Pero mi imagen de él no podía ser peor. Le había creado un retrato que comprendía cualquier tipo de perversión. Y sí, mi mente respecto a él era perversa —y puede que hasta injusta— pero era mi manera de protegerme. Corazón coraza, lo habían llamado: clasificar a las personas en buenos o malos absolutos, sin matices.

Tenía que ver con su manera de hacer el amor. Con desesperación. El acto carnal lo era por completo: buscar el alma a través del cuerpo no tenía nada que ver con él. Piel y músculos. La posesión sólo a través del físico. No temía hacer daño o hacérselo a sí mismo. Mordía, pellizcaba, arañaba por sentir que lo que tenía debajo era real. Te cogía, recuerdo, con sus piernas como tenazas. El acto se desprendía de cualquier sentido más allá de la necesidad, de la urgencia. Necesitaba, como si de un instinto primario se tratara, tener conciencia de las formas, del olor, de los flujos, de la corporeidad y humanidad del otro cuerpo que compartía con él ese instante. No había refinamiento alguno: ni caricias, ni besos. La brutalidad radicaba en su simpleza. Se mostraba desnudo y era eso quizá lo que me asustaba más. La verdad sin ambages. Sancho vivía la sexualidad absoluta. Y disfrutaba de ella casi con desesperación, con dolor; como si fuera consciente de que había algo que le faltaba, pero que, sin embargo, ese sentimiento fuera totalmente innecesario para vivir el momento en su

plenitud.

No es que viera el cuerpo ajeno como un objeto, sino que lo sublimaba hasta tal extremo que lo demás palidecía a su lado. Me dijo: «En el sexo no hay nada sucio. El límite lo pones tú». Pero él no ponía límites. No había misticismo alguno, era el goce y la necesidad en uno. Cualquier éxtasis no era más que la respuesta de la carne tras haber tocado el lugar adecuado.

El goce era el deseo y ya está. Te transformaba en una cáscara. Lo de dentro, los pensamientos, las ideas, los sueños, el amor, el dolor incluso quedaban anulados ante el ímpetu de la prisa. Cuando hacía el amor se olvidaba de todo lo demás: se permitía gruñir, chillar. Eran dos cuerpos —sí, el mío también— que no responden más que al momento.

Manos que tocan manos. Y miradas, sobre todo después.

Me entristecía pensar que daba igual con quién lo hiciera. Que yo me había transformado en aquello que precisamente odiaba: carne. Le acariciaba, buscaba su nuca, el pelo. Le hablaba sólo por escuchar, en algún momento, mi nombre. Y sobre todo detestaba que lo lograra, que me hiciera olvidar cualquier sentimiento a través del puro hedonismo. Me sentía ridícula, pequeña a su lado. Él, que conseguía neutralizarlo todo (y obligarme a no pensar en nada a mí también, aunque fuera sólo durante un instante). Entonces ya sólo quedaba el odio. «¿Por qué eres así?», le recriminaba. Y él me miraba sin comprender. «¿Dónde está el error?», le preguntaba. Pero se daba media vuelta y se quedaba dormido. Y yo, mientras tanto, con la conciencia de que mis preguntas no tenían sentido porque vivía dentro de un bucle condenado a la repetición diaria.

Y que así seguiría hasta que algo vino a cambiar: el niño.

Atravesé el patio con determinación. La nieve caía sobre mis hombros. En el suelo se habían formado algunas placas de hielo. Me crucé con dos guardias, los hombros y las cejas ya blancos. Los saludé con corrección. «¿Todo bien?». «Sin novedad, señora». El vaho, las orejas rojas, las narices. La nieve crujía mientras se dibujaba el camino por el que había pasado. «Hay algo obsceno —pensé— en pisar la nieve virgen».

Y la quietud. No había pájaros que cruzaran el cielo. Los ruidos eran frecuentes, pero nimios: la gota que rueda y choca contra el suelo, la piedra que se desprende del tejado, el árbol que se agita y luego se queda parado. Los pasos se hacen más audibles. Y la tranquilidad de la nieve ya no es tal. La blancura ya no es pureza. Existen dos momentos que, como dirían los poetas, marcaron mi vida: la primera vez que vi nevar y la primera vez que vi el mar. De ninguno de los dos guardo memoria. Los he olvidado. Y, sin embargo, deben de quedar escondidos en algún lugar de mi mente porque no puedo evitar estremecerme al reencontrarme con cualquiera de los dos. Quizá sea por la apariencia de apacibles que tienen, cuando, en realidad, son los

más taimados elementos. Matan con frialdad semejante. Y no dejan de ser excelsos, admirables en su perfección.

Llegué hasta las escaleras de los calabozos y comencé a bajar. Los primeros escalones estaban completamente húmedos. A partir del décimo o así, sólo se intuían huellas de alguien que pasó antes que yo. Ya no recibía luz exterior y sólo las antorchas iluminaban mi camino. El techo, además, descendía más rápido de lo que lo hacía yo, así que al final casi hube de ir inclinada.

«No me ha dicho que me acompañaba —pensé—. Podría haber tenido ese detalle, por lo menos. No, se ha tenido que quedar en la cama, dormitando». El frío comenzó a remitir. Allí abajo el ambiente era más cálido que fuera. «Pero la culpa no la tiene él, yo habría hecho lo mismo en su lugar. Es Sancho, el único, él sabrá lo que se hace. Con el día que hace y yo, en mi estado, subiendo y bajando escalones, ya verá como me desnucan».

Toqué las paredes, una película húmeda las cubría. «¿A qué profundidad me encontraré —musité—. ¿Y quién habrá construido estos pasadizos?». Bajaba y bajaba, hasta las entrañas de la misma roca. «El diablo —pensaba— siempre se esconde en lo profundo, ¿dónde si no podría citarme mi marido? La piedra que pisaba era irregular». Además estaba desgastada por su centro. Quién sabe cuántos pies los habrían recorrido antes que yo. El aire estaba estancado allí y olía a años de encierro. El fuego sólo se agitaba cuando pasaba (lo percibía en la nuca, a diferencia del que me precedía, tan estancado). Pensaba también en la pared que tenía a mi diestra. «Tras ella, me decía —está el foso—. Imagínate que revienta y el agua nos arrastra a todos». En algunos agujeros habían colocado argollas tras las que habían hecho pasar una gruesa cuerda. No la soltaba, aunque me raspase las manos.

El descenso se me hacía pesado. A la incomodidad se sumaba el desasosiego. «Si chillo —pensaba—, nadie podrá escucharme. Correr es inútil». Andaba indefensa en un mundo que ya no era el mío. Me sumergía en el abismo al que mi marido me había guiado. «Es este aire —me dije— el que embota tu razón. Estaré descendiendo por siempre. Bajar hasta lo más profundo y luego seguir, sin descanso». Las llamas, desde las paredes, me parecía que ardían con desgana, condenadas ellas también a hacerlo por siempre. Y el olor de la piedra crecía o quizá fuera yo, que, privada de otro sentido, me refugiaba en él. Las paredes eran irregulares: en unas podía pasar con los brazos estirados, pero de pronto se juntaban hasta obligarme a ladearme y rezar para no quedar atorada como una vaca en el matadero. Escuchaba mi respiración y este hecho, en vez de tranquilizarme, me ponía más nerviosa. «En buena hora —pensé— tuve que casarme. Un verdadero depravado».

Cuando llegué, lo encontré sentado en el suelo. Tenía las piernas dobladas, plegadas sobre su pecho, el mentón apoyado sobre sus rodillas. Me recordaba a un ternero perdido.

—Vais a coger frío sentado en el suelo —le dije.

Levantó la vista. La luz de la antorcha que llevaba en mi mano izquierda lo iluminó irregularmente. Pensé en la luna, en sus dos caras.

—¿Qué queríais, por qué me habéis hecho llamar?

Esto es el fin del mundo. He penetrado en el interior del inframundo y me encuentro con el ser más abominable. Qué alegría.

—Yo no he sido. Fue ella —señala.

Y allí estaba, acuclillada también junto a la pared, tras los gruesos barrotes de la celda. Tenía la cara cubierta con una capucha. Y había en su posición, al contrario que en la de mi marido, que parecía de absoluta dejadez, una evidente tensión. Como el caballero que se prepara para el ataque (Sancho, en cambio, el caballero derrotado).

—Qué bonito —exclamé—, ¡el reencuentro!

¡La que faltaba para crear el marco más bucólico imaginable! Un obseso, una asesina y la mole gorda y casi calva que era yo.

—Beatriz —murmura ella.

—Beatriz —dice él.

—Sí, bueno —me dirijo a mi marido—, por fin la habéis encontrado, ¿no? Ahora podréis enjuiciarla, demostrar a todo el mundo vuestro poder. Juzgar a vuestra amante, seguro que os alegra. Pero si no os importa, a mí me queda todavía un largo camino de ascenso.

Me alegraba verla, he de reconocerlo. Blanca había aparecido y sus manos, las miré con la luz del fuego, que ahora sostenían una capa alrededor de su cuello, eran las mismas que durante tantos meses me curaron. Hube de contenerme para no agacharme yo también y obligarla a besarme: «Bésame, todo está perdonado».

Pero si no lo hice fue porque estaba él allí y me dolía que ella hubiera acudido a verlo en primer lugar y que hubieran hablado, los dos, sólo el Señor sabe durante cuántas horas. Cuando se encontraba con Sancho, Blanca se convertía en una prolongación de él. Y mi odio fluía del uno al otro con perfecta equivalencia. Los dos juntos cobraban una entidad nueva en la que mi furia podía fluir con total tranquilidad.

—¡Por supuesto! —responde—. Será juzgada y la colgarán, como es menester. Es una asesina y morirá como tal.

Mi odio entonces es sólo para él. O por lo menos su intensidad es mayor.

—Me parece perfecto. Salid a decírselo a todo el mundo. ¿Por qué no lo habéis hecho ya? Todos aguardamos vuestro veredicto con impaciencia, oh, mi señor. ¿Por qué os guardasteis el secreto? Qué desconsiderado.

Quiero herirlos, a los dos. Estoy encerrada en una pesadilla, pienso, con las dos personas a las que tendría que querer más en el mundo pero a quienes detesto.

Porque, de pronto, descubro que del amor más sublime al odio más perfecto hay sólo un paso. Y yo, lo siento mucho, he cruzado la frontera.

En algún lugar del mundo habría alguien sintiendo simétrico dolor al mío, pero me parecía ser la única. Era la traición condensada en aquellas dos personas y en aquel calabozo en el que, aunque sin rejas que me impidieran la salida, me sentía encerrada.

—Porque yo se lo pedí —la voz de Blanca es cansada y apagada. Hay, no obstante, brutalidad en sus palabras.

—Bueno, por lo menos a vos os hace caso.

—Me lo debe.

Sancho se puso en pie. Sus uñas se agarraron a la roca, como si hubiera hecho un tremendo esfuerzo. Chirriaron. Sus piernas temblaban.

—Y ¿por qué? —pregunto—, ¿por qué conmigo?

Me mira triste. «¿Sois tonta? ¿Os habéis dado un golpe en la cabeza?», parece decir. Calla, supongo que por no empeorar las cosas. Pero su silencio es suficientemente elocuente.

—Bueno, os dejo solas. Avisadme, Beatriz, cuando hayáis terminado.

—Recordadlo —le dijo entonces Blanca— ni una palabra a nadie hasta que yo haya hablado con ella.

—Os he dado mi palabra.

Me siento excluida. Diálogo de amantes, cuánto amor en cada palabra.

—Bueno, si no os importa, seré yo la que me retire.

No me escuchan. Se miran entre ellos, sosteniéndose la mirada.

—Hace tiempo que dejé de creer en vuestra palabra.

Al pasar, Sancho agitó el aire. Después, la tranquilidad. Y el silencio.

(DEL PADRE).

Quise descubrir a mi madre a través de mi padre y me equivoqué. Tenía que hacerlo a través de mí misma.

«¿Por qué —me pregunto— todos fueron conscientes menos yo? ¿Por qué esa cerrazón mía de negar lo innegable?». Tardé algún tiempo en conocer —puede que demasiado—, pero cuando lo hice, fue hasta su último extremo y el comportamiento de mi madre, aunque todavía oscuro, dejó de antojárseme alejado o ajeno. Aunque yo no entendiera qué motivos la impulsaran a actuar de tal o cual forma, sentía que no sólo no podía hacerlo de otro modo, sino que incluso todo estaba bien, que era como debía ser, sin más vuelta de hoja.

No obstante, no era tan fácil de aceptar.

Si mi padre amaba a mi madre, era sólo porque ella era la superficie perfecta donde reflejarse. Mi madre, a pesar de no serlo en realidad, parecía moldeable, una figura de barro siempre dispuesta a plegarse a lo que los demás querían. A mí también me sucedió: también vi en ella lo que necesitaba. Magnifiqué su figura, la idealicé hasta convertirla, si no en la madre perfecta, sí en la que necesitaba. Y por eso parecía a todo el mundo bella y buena. Le adjudicamos virtudes que ahora sé que nunca poseyó. Y yo, que pretendí que mi madre quisiera a mi padre, que creí que era lo normal, que así tenía que ser: hombre, tomarás a tu mujer. Llegué incluso a pensar que de verdad lo hizo.

Y por ende yo me obligué también a amarlo.

Y después, viendo mi imposibilidad —que era idéntica a la suya, a la que en su momento experimentó—, ¿cómo negar a mi madre el perdón cuando yo misma era incapaz de hacerlo? No, no lo quise. Afecto puede. Pero no amor. Como ella. Sólo apariencias.

Una vez aprendí a comportarme como mi madre, todo fue más fácil. Centrarse en uno mismo, aunque hacer creer lo contrario; actuar como los demás quieren, vivir de su felicidad como un parásito y pensar que lo que haces es siempre por los demás. Sólo buscaba ver a través de sus ojos; sentir, ya que era incapaz, a través de los sentidos ajenos. Y luego poder decir, o por lo menos pensar: «No vivo por mí, sino por ellos». Y llegar a creérmelo completamente.

Dejé de meditar las causas y razones de mi comportamiento o el de los demás. Actuar por el placer de hacerlo: el acto por el acto. Vivir sin sorpresa, entonces, la aceptación de lo que venga.

Y crecer así en esa corte en la que nada cambia, donde la gente, sus actitudes o su modo de ser eran siempre igual.

Consolar al afligido y no sonreír nunca, porque la envidia ajena odia al feliz. El triste es querido, el triste permite la compasión. Les hacía sentirse a gusto consigo mismos: «Pobre niña —decían—, no llores, ¿quieres una manzana, un pasador, una peineta?». Sobre mi mesilla se acumulaban los objetos. Y todos: «Tan guapa, tan buena, tan dulce, tiene cara de ángel».

Y si ellos estaban satisfechos, su ideal cristiano cumplido, ¿cómo no iba a estarlo yo?

Era una felicidad, lo reconozco, pausada, sin sobresaltos. Todo bajo control: número de lágrimas, pañuelo, bajada de pestañas. No me sentía impostora, ¿quién de todos aquellos podía tener más motivos para sentirse infeliz que yo? ¿Acaso sus desgracias podían siquiera compararse con las mías? No falseaba. Vivía de la exageración, lo reconozco, pero los motivos estaban allí. Dar pena se convirtió en mi método de vida y descubrí que no era malo, sino todo lo contrario: la gente se volcaba en mí, la gente me quería y era cómodo y útil.

A mi padre le inquietaba esa actitud mía. «Deja de hacerlo —me decía—, te lo prohíbo», pero no podía castigarme o gritarme porque de ese modo sólo habría conseguido darme más motivos para continuar haciéndolo, para que la gente buscara compadecerme y para humillarlo, de forma indirecta, también a él.

«¿Cómo obligar a alguien a ser feliz?», se preguntaba. Es imposible, no existe modo alguno. Sobre todo, y como era en mi caso, cuando esa infelicidad era la fuente de su contrario.

Había encontrado, aun sin proponérmelo, la manera de que viera en mí la individualidad que siempre me negó. Comportándome, es curioso, del mismo modo que hiciera mi madre, había por fin hallado el modo de ser yo y serlo en los demás. Fue mi época de resistencia, cuando todavía me creía única, con una vida independiente de la de todos. Me llamaron adolescente. «Es una mala edad —decían. Y añadían—: Pobre». Y yo: «Gracias, sí, es una mala edad, soy desgraciada, pobre de mí». Porque buscaba dar pena, porque no me repugnaba la idea de dar lástima.

«No te entiendo —me había dicho Juan—, no eres la misma».

Y yo: «No, no lo soy».

Y él, que cruza las piernas como si buscara una explicación. «No lo puedes entender, hermano mío».

Él, de pronto, se siente ofendido.

«No, no lo puede entender», pienso. Se levanta y se acerca a la ventana, pasea su

mano sobre ella, apoya la cabeza sobre la piedra y resopla; su respiración es dolorida y amarga.

Tengo que explicarme, que por lo menos él lo comprenda. Pero cómo decirle que el aliento de su padre huele a carne y ajonjolí, que cuando te desviste, se acerca por detrás, pone sus manos, que siempre están frías, sobre tu cuello para poder girarte así, más fácilmente. Cómo explicarle también que no, que no puedo ser la misma porque él, aunque lo parezca, no es mujer y yo no soy la niña que conoció. Decirle que las mujeres sangran y lo hacen todos los meses, que se sienten manchadas, se les hinchan los pechos y la tripa, les duele la espalda, el estómago se vuelve pesado y apoyan las manos en su vientre, se cubren los bajos con trapos que, aunque son blancos, sienten sucios. No te dejan andar, tropiezas con ellos, te humedecen los muslos. Que quieres estar todo el día lavándote y el agua empapa tu traje y todo se moja y se mancha porque la sangre se extiende por todas partes. No quieres mirar porque es pecado, pero miras y ves ese agujero que es grande como un foso y sabes que por él se escurre tu alma, gota a gota. «¿Cómo explicártelo?», me digo. Saber que eres mujer por fin y no sentirte diferente, sólo sucia, pegajosa, molesta. El milagro no se produce. Nada cambia en ti. Te engañaron: viviste en la gran falacia. «Ya me ha venido», le dices a tu aya. Y ella te da un beso. «Calla, niña, no se lo digas a nadie, no dejes que te arrebaten esto también».

«Pero no es tan importante —quiero decirle—, no hay esa ruptura de entrañas que me imaginé. Sigo respirando, pensando, moviéndome (incluso con los paños entre las piernas). Del mismo modo que lo he hecho siempre. Hoy me he visto en el espejo —le diría—, y sigo siendo la misma».

Y sin embargo sí, quizá sí, quizá todo haya cambiado o vaya a hacerlo porque aunque no me sienta distinta (sólo pesada y sucia si acaso, pero por dentro soy la misma), los otros, aquellos a los que he decidido dedicar mi vida, se empeñarán en verme de un modo distinto y cada cosa que haga o deje de hacer, cada palabra que diga, todo aquello que antes hubieran visto como una cosa anormal (antes de esta especie de hemorragia que se prolonga durante días) lo encontrarán ahora lógico y dirán, como si eso pudiera resumirlo todo: «Ah, claro, que ya es mujer».

Y decides no decírselo a nadie, ni siquiera a ti, Juan, porque, aunque no entiendes el porqué —o mejor, no quieres pensar en él—, intuyes que es mejor así. Te callas, niña-mujer, y vives de la conmiseración ajena y de esa infelicidad que no es tal y de que continuamente te preguntes: «¿Has cambiado?». Y de que sólo puedas asentir, vagamente y sin énfasis, que las niñas tristes no deben mostrar interés por nada. Y no añades nada más.

«Juan —le digo—, lo siento».

Sé que con él no me valen las lágrimas, que no le convencen. Tendrá que aceptarlo o no hacerlo. Él era de mi madre, yo de mi padre. Lo sabe, las cosas

cambian.

Y la cara de mi padre: «Así que por fin». Sus dedos a la altura de sus ojos. Los mira con atención.

Y yo bajo la barbilla, la hundo en el cuello. Y me siento entre avergonzada y ofendida. «Sí, padre». «Bien», dice, como si fuera lo más natural. «Por fin», añade. Como si él lo hubiera esperado más que yo y, llegado el momento, tampoco le produjera demasiada sorpresa. Quise preguntarle, de pronto, lo recuerdo, si la Virgen María también sangraba, si llegó a hacerlo alguna vez. Pero sé que no debo. Sólo mi madre podría haberme respondido y, sin embargo, intuyo que, de estar viva, tampoco lo habría hecho.

—Las cosas cambian —le digo a Juan.

—Ya.

Se ha puesto recto.

«Si lo viera ahora el abuelo —pienso—, tan gallardo y regio, tendría que aceptarlo como nieto, como futuro rey».

Tiene las manos clavadas en la cintura y su muñeca no cae floja, como siempre, a la altura de su pecho. Pero el abuelo está muerto (aprieto a la altura de mi cadera la daga hasta que la noto cálida contra la piel). Y mi madre. Nadie reconocerá nunca en él ninguna hombría y tendrá que aceptar que es un ser hermafrodita, que sus impulsos no son naturales y que lo que le gusta será siempre secreto. Mi hermano tendrá que ir acumulando su frustración hasta que ya no pueda más. Es el precio de ser quien es, de haber nacido en cuna de reyes.

—Perdóname —murmuro. Pero no me oye, o no quiere hacerlo.

Sale de mi cuarto porque las mujeres han de estar en sus aposentos sin enturbiar las actividades de los hombres. Me siento en la cama con la sensación de que he vuelto a perder algo.

Recuerdo una frase que dijo para sí mi padre tras la parodia de la muerta sacada de su tumba. Y si lo hago, no es porque fuera especialmente impactante: su vida estaba llena de frases grandilocuentes y fuera de lugar, sino por el significado que cobraría posteriormente.

En ese momento, cuando lo dijo, sólo yo pude escucharlo porque estaba delante de él, con la mano de mi madre todavía entre las mías y, aunque deseaba retirarme, mi padre aún no me había otorgado su permiso para hacerlo. Y no lo haría.

Allí estaba mi cara, entre los huesos en los que se habían transformado sus manos y allí estaba yo, agachada frente a mi madre (su olor de nuevo inunda mis fosas nasales, llega hasta la garganta, hasta la altura del estómago y se queda en ese lugar).

Y mi padre, ausente: se había olvidado de mi presencia y de la de toda la corte que lo miraba. Se giró, apenas unos instantes, hacia la muerta y dijo: «Tienes mal aspecto. Aún no puedes descansar, ¿verdad?».

Pensé en ese momento que todo era producto del nerviosismo. Que él no había dicho aquello o que yo lo había entendido mal. «No —me dije—, la locura no se extiende de padres a hijos. Ni él está loco ni yo lo estaré. Ha sacado a mi madre de su tumba, la ha sentado junto a él. Le habla incluso, como si todavía viviera, pero no está loco. Es sólo su medio de ejercitar su poder, de demostrarnos su dominio». Pero esa frase me daba vueltas, una y otra vez. Y aún lo hace.

Pienso ahora que si la recuerdo con tan clara memoria, no fue por lo que contenía, lo que quería expresar, sino por lo absurdo y malvado de la situación: yo ahí, arrodillada, rindiendo pleitesía a un cadáver que no dejaba de ser el de mi madre. Y quieta, me duele la espalda, porque mi padre ya no piensa en mí ni en ella, sino en la idea de venganza que ha comenzado a fraguarse en su mente.

Se empeñó en que Inés se revolvió en su tumba, que su fantasma le perseguía por las noches y que se le aparecía para decirle: «Pedro, has de hacerlo por mí, has de vengarme». Y luego él, acurrucado en el lecho, mi cabeza bajo su hombro: «He de vengarme, Beatriz, es la única manera de sacarla de mi cabeza».

Me retuerzo, giro la cabeza, mi espalda unida a su costado. No quiero que me vea, que intuya lo que quiero decirle: que el problema no está en ella porque está muerta, sino en su cerebro, que se empeña en seguir viéndola (incluso en mi cuerpo). Porque vive de una obsesión. Que la verá por mucho que la vengue. Porque igual que yo busco que me consuelen, él quiere dominar, imponer su criterio. Quiero decirle: has creado una figura articulada que se mueva siguiendo tus órdenes. Paso al frente, marchen. Decirle que no se empeñe, que en realidad la venganza le importa más bien poco porque lo que quiere es mantener su dominio sobre ella.

Se coge la barba, clava la vista en mi nuca, lo veo de reojo.

Pienso: te apropias de las personas. Las quieres por completo, su cuerpo, su alma. Junto a ti, todas las horas del día. No soportas que tus muñecas tengan vida propia. Por eso no soportas que me consuelen. Por eso, incluso en tu muerte quieres estar cerca de Inés y has mandado construir esa tumba nueva. (Tan ridícula, pienso).

—¿Tú también lo quieres? —me pregunta.

Ahora, con el tiempo me cuesta recordar con qué tono me planteó esa última cuestión. Si había vacilación en su voz o era, por otra parte nada extraño en su vida, sólo una pregunta retórica con la que expresar en voz alta sus pensamientos, hacerlos tangibles, recrearse en sus ideas.

Mi padre no precisaba interlocutores, no necesitaba a los demás. Y si se rodeaba de ellos, era para tenerlos sólo como posibles espectadores. Y digo posibles porque además debía ser él quien te invitara a su espectáculo. Ésa es la razón de que mis hermanos nunca fueran partícipes de sus decisiones o de cualquier otro tipo de señal que mostrara que, al menos durante unos instantes, había reparado en ellos.

La venganza, otro de los actos en los que el egoísmo de mi padre se hacía más

latente.

Me dijo: «Tú también lo quieres».

Y yo, por fin: «No, padre, no lo quiero».

Me coge las mejillas con la mano, me gira suavemente, me obliga a mirarlo con sus dedos incrustados en mi carne.

—Es tu madre, Beatriz.

Quiero decirle: «Y tú, mi padre».

Su cuerpo está frío, tiro de la manta, que la acapara toda él.

Intento recordarme de niña, pensar cómo era en aquel tiempo cuando mis trajes no estaban remendados, y una costurera me tomaba medidas, la tela era gruesa, pesaba y te obligaba a andar con la espalda avanzada. Quiero recordar cómo me veía desnuda en aquella época, aunque fuera pecado: con las caderas a medio formar, con el pecho que son dos bultos apenas como si alguien me hubiera pegado idénticos golpes a la misma altura. «Cúbrete —me diría mi aya tras verme así—, que Dios odia la desnudez». Quiero recordar cómo me reflejaba, cómo se iban formando los rasgos de mi cara uno a uno: cómo crecía primero la nariz, descoordinada del resto. Luego la boca, un ojo y el otro, todos a un ritmo diferente. Quiero imaginar mis sensaciones ante los primeros granos, si intentaba esconderlos o no. Quiero saber qué experimentaba por mor de tanta vida todavía y tanta, si no armonía, sí belleza — como mi madre—. Pensar que cuando andaba por los pasillos no era indiferente a los ojos ajenos y que yo también me deleitaba en sus caras de asombro.

Pero mi memoria, tan anárquica, me escatima aquello que me hubiera gustado guardar; no obstante, se aferra a aquellos acontecimientos que, gustosa, hubiera preferido sepultar.

Por eso, aquella noche.

Durante todo el día anduvo en silencio. Sus pasos eran erráticos; sus órdenes, sin embargo, concisas.

«Que cocinen el mejor banquete», dijo.

Faisanes, cerdos, vacas, capones, perdices, gallinas, pavos, ocas, patos. Fauna y flora traída de doquier se acumula en las cocinas, queman madera, humean los hornos. Todo ha de estar listo para la noche.

Sacan manteles para las mesas principales. Las otras las lijan, las pulen, las limpian.

«Las velas, quemad el incienso, colgad tapices, cambiad el suelo».

Las esteras se apilan. Tras ellas se van los perros, las moscas y las larvas de todos los insectos que pisamos al andar pero en los que nadie repara.

Se encienden las chimeneas, se bruñe la plata, se traen bancos de todas las alas del palacio.

Está tranquilo. Lo persigo como una sombra. Su gesto tiene algo de estoico.

Intento leer en sus pensamientos, ver qué oculta, qué nueva sorpresa nos espera. «Nada ya puede sorprendernos en él», me digo. Pero sé que me engaño, que una vez más ese organizador de espectáculos que no teme trampear, valerse de nuestros sentimientos, de nuestros miedos, prepara algo que nos sacará de la rutina y que escribirá con claridad su nombre en la historia.

De la bodega suben toneles de vino. Los acumulan lejos del fuego, para que no se calienten.

Los grupos de juglares, poetas y demás trovadores y acróbatas practican sus números en el patio. Sus gritos ascienden por las paredes.

Las damas, en sus aposentos (que son los míos desde que mi padre conoció el pecado original), se afanan sobre los ropajes que habremos de llevar esa noche.

«Las mejores galas», ordenó mi padre.

Se respira inquietud. O acaso sea yo la que lo huele todo con ese filtro: por la mañana a frutos secos y a vino especiado. Hasta que llega la tarde y el olor de los perfumes de los ramos de lavanda, de brea que han colocado en los salones suplanta a los otros, los habituales.

El impudor que otorga la costumbre me permite estar ante él en paños menores. Llevo, simplemente, el velo que sostiene mis pequeños pechos, luego la camisa y sobre ella, el corsé cosido, el doblete y finalmente el refajo. El traje que he de ponerme, de mangas escarlatas y recamadas, cae, como un guiñapo, colgado de un taburete. Y las perlas rozan el suelo, como lágrimas que no terminan de quebrarse.

Y mi padre: «¿Estás lista?».

Se fija entonces en el ajedrez con el que juego. Frente a mí, mi dama, que se ha levantado como si el tablero la quemara o la hubiera cogido cometiendo alguna falta.

—Sí —contesto. Aunque sea falso y tenga el pelo suelto, todavía sin recoger.

—Estás en jaque —me dice.

Y yo:

—Lo sé.

Y recuerdo que dije eso, lo sé, porque en mi mente comenzaba a intuir lo que iba a suceder pasadas unas horas.

Y él:

—No tardes.

Desde que había sido coronado, su manera de caminar había cambiado. No es que hubiera ganado rapidez ni aplomo: sus pasos, desde mi primera infancia, recuerdo que siempre habían sido tan firmes como sonoros. No, era algo más profundo, quizá una cadencia especial, una seguridad que no proviene de una educación esmerada, porque mis hermanos y yo también la habíamos tenido y nuestros pasos no se parecían en nada a los de él, sino de su ser más profundo.

Y quizá fuera, se me ocurre ahora, que esa fuerza no venía de sus pasos, sino del

gesto de su cara, que había cambiado, que irradiaba seguridad y confianza.

Porque mi padre, a diferencia de mi madre, todo lo transmitía: vivía para afuera. Y no porque lo expresara con palabras, sino porque conseguía con un simple gesto de la mano, un cruce de brazos, un parpadeo, narrar más que con otro discurso.

No sé si los demás invitados lo captarían, supongo que sí, pero esa noche mi padre estaba exultante, nervioso como habría de estar en su noche de bodas: con el mismo temor a lo desconocido, a lo que puede salir mal, pero con un deseo que sabes que al final terminará imponiéndose al resto de temores.

Por primera vez daba órdenes sin sentido, cambiaba de opinión constantemente. Se llevaba algo a la boca y lo escupía sin haber llegado a salivar. Y es extraño porque cuando comía, parecía otra persona. Se volvía menos posesivo. Cogía el pan con sólo dos dedos, como si hubiera sido consagrado. Y la brutalidad que solía guiar todos sus actos se volvía de pronto dulzura.

Probaba con la lengua todo aquello que iba a llevarse a la boca. Mordía poco y masticaba despacio con un gesto que casi parecía una sonrisa. No se manchaba al comer. El cuidado que apenas prestaba cuando hacía otro tipo de actividades lo focalizaba, sin embargo, en esos alimentos que por el modo de tratarlos hubieran podido ser sus hijos.

Pero esa noche apenas probó bocado.

Sus ojos vagaban de uno a otro de los comensales, sin detenerse más que unos instantes (los necesarios para catalogar actitudes) antes de pasar al siguiente.

Y de pronto, en esa alegría tan nueva en él, lo vi más viejo y más acabado que nunca.

Era rey, lo tenía todo. No bien tenía que formular un deseo para que éste se cumpliera de inmediato. Y esas posesiones suyas estaban acabando con él: a pesar de que no comiera, bebía con profusión y en verdad parecía que hubiera querido sustituir la sangre del campo de batalla por ese líquido que, aunque no lo llenaba, sí conseguía extenuarlo lo suficiente como para no tener que pensar.

El tiempo había pasado y con él se había ido su color oscuro del pelo, de la piel. Ahora su cara era gris. Tenía los labios contraídos, pero tan ligeramente que tuve que esperar a aquella noche para ser plenamente consciente. Además, su pulso temblaba al coger cualquier cosa, por muy ligera que ésta fuera.

Y de pronto, la tripa, como una protuberancia, redonda, un quiste perfecto que se aloja entre los huesos de su pelvis. Es la tripa del abuelo: la marca de los reyes.

Me mira y sabe que lo estoy observando, que tengo la vista clavada en ese trozo de su carne que debe de ser también su vergüenza. No me siento culpable por mirarlo tan fijamente. No deja de ser un cuerpo conocido y no me siento irrespetuosa. En mi cara, supongo, sólo hay sorpresa.

Él se limpia la boca con el único trozo de la manga que utiliza para tal menester.

«¿Qué esperabas?», parece querer decirme.

De vuelta, la sorpresa: descubro en él, por primera vez, un gesto de resignación.

Entonces recuerdo que comenzaron las preguntas. Fui consciente de lo que estaba sucediendo a mi alrededor, de que todo aquello no tenía más que un fin, acercarnos más a los tres: a mi padre, a mi madre y a mí. El triángulo que, de ser completamente desequilibrado, había terminado por igualar sus ángulos. Y daba igual que estuviéramos rodeados de gente, a lo que habría de venir sólo teníamos entrada los que desde siempre habíamos sido actores, directores y ejecutores de aquella pantomima.

«¿Por qué —me digo— tanta resignación?». ¿Qué ha cambiado en ti para que decidieras llevar a cabo esta apoteosis sin contar con nadie más? ¿Por qué esa vejez, ese cansancio, así, de pronto, sin aviso? Y todo se relacionaba con la noche: la venganza de mi madre, el agostamiento de mi padre, la aceptación definitiva de que yo era parte de su círculo y de que estaba a la misma altura que ellos, que no había tenido que interpretar porque había sido yo la que eligiera mi papel en toda la función.

Y todo esa parafernalia, casi como para una fiesta de despedida.

Debería sentirme orgullosa. Supe adivinarlo antes que el resto. También, y siendo justa, tenía más pistas que ellos. El momento final.

Y sin embargo todo el tiempo anterior, que ahora sé que fue una espera, había acabado por consumirnos. Ya poco podía sorprendernos. La tensión nos había mantenido suspendidos en la cuerda, pero habíamos terminado por acostumbrarnos a ella y podíamos pasar, recorrer cada uno de sus filamentos, con la mayor tranquilidad. La capacidad de escandalizarnos era algo que pertenecía al pasado. Y ese término, que por fin se veía tan cercano, no nos producía la menor ansiedad ni angustia.

Sobre todo a mi padre, que había apoyado su cabeza en la mano y miraba con aburrimiento.

La actividad del día no había sido más que los últimos retazos de lo que arrastráramos desde siempre. El nerviosismo había sido el ambiente en el que nos habíamos criado: mis hermanos y yo. El no saber nunca cómo has de comportarte. Aprender luego a aceptarlo todo con naturalidad como si así fuera, y no de otro modo, como tuviera que ser. A pesar de nuestro carácter irascible, ya nada temíamos: el miedo era nuestro estado natural.

«Las cosas son como son», habría dicho mi madre. De frente no conseguiremos cambiarlas. Acéptalas primero y después, cuando ya las conozcas, cuando las hayas hecho tuyas incluso, tórnalas según tu parecer. O destrúyelas si te place. (Pero mi madre no estaba y sus consejos, escasos como todo en ella, siempre me resultaron confusos y ya no recuerdo si quería decir exactamente eso o justamente lo contrario).

En esa noche, la sorpresa, junto con la espera, había muerto. Y aunque el

sufrimiento lo había hecho con ella, también la capacidad de alegrarse.

Estamos cansados, mi padre y yo. Y somos resignación, los dos.

Fernando desliza su mano sobre mi muslo. Y la deja allí, perdida, inmóvil cuando sé que en realidad lo que buscaba era mi otra mano para que se la apretara. Su mandíbula, aunque siempre fue prognata, parece ahora irreal, como si se le hubiera descolgado y pendiera sólo de dos cartílagos que son como zarcillos. Está encogido, también, con la mano que posó cuando todavía podía reaccionar, sobre mi pierna.

Los invitados guardan silencio. Sus ojos están clavados en los dos hombres que acaban de entrar. Los ruidos se hacen más patentes y audibles: la madera de la chimenea cruje, los muebles sobre los que nos sentamos también. El sonido de las respiraciones, de las telas.

Los dos hombres llegan encadenados, rodeados por guardias.

El primero tiene un ojo cerrado, las manos por delante, ligeramente adelantadas. Una cicatriz en mitad de la cabeza, en mitad del pelo, que está reseco como si hubieran intentado curarlo. De cintura para arriba, totalmente desnudo; manchas que no sé si son de sangre o de barro lo recorren por completo. Apenas se ve la piel debajo. Su gesto, a pesar de esas manos que parecen suplicantes, es decidido y casi audaz. Aunque va descalzo y las pocas uñas que le quedan son negras —como si alguien se hubiera deleitado en golpeárselas—, su paso es seguro.

Miro a mi padre de reojo y lo veo llevarse un trozo de pollo a la boca.

El segundo hombre va detrás. Su cuero cabelludo no es más que cuatro manojos de pelos mal puestos. Largo, eso sí. Va desnudo por completo. Y sus manos intentan cubrir inútilmente su sexo, que, en el conjunto de la escena, casi produce piedad. Se inclina sobre su derecha, arrastra el pie izquierdo y su labio, cruzado por una cicatriz que le llega hasta la altura de la oreja, todavía gotea sangre.

Mi padre mastica, con su parsimonia habitual. Frente a él, un cisne asado y recubierto posteriormente con pan de oro. Y detrás de él, el paje encargado de servirle.

Juan se recuesta en la silla, apoya la cabeza en el respaldo. Por la tensión se dibujan perfectamente los músculos de su cuello.

Son los asesinos de mi madre, los que le cortaron la cabeza, los que mi abuelo envió a nuestra casa para que la mataran a pesar de sus súplicas de que no lo hicieran delante de sus hijos. Falta uno, pero da igual, con estos dos es suficiente. Su presencia lo llena todo.

El espectáculo continúa:

—Música —dice mi padre.

Las notas titubean, pero vibran después y suenan rotas, fuera de lugar.

—Que claven el poste —ordena.

Cinco hombres se acercan al centro de la sala. Sobre sus hombros llevan un tocón

de madera, de un tamaño un poco superior al de una persona.

Lo atan con cuerdas, tiran de él hasta que queda recto, perpendicular al suelo. El sonido del martillo de pronto.

Y él sigue masticando, impasible. Y Juan también, casi mecánico y la carne, sin que se haya dado cuenta, se le hace una bola en la boca, como cuando era pequeño.

Y ya no sé si tengo ganas de levantarme en ese mismo momento o de quedarme. «Estamos jugando al juego de mi madre», pienso. Giramos todos en torno al círculo que ella trazó, que perfeccionó con su muerte. Creemos que tenemos un albedrío, que somos dueños de nuestras decisiones, también cuando ella vivía. Nunca nos dijo qué hacer o no. Hacerlo le hubiera supuesto una derrota: verbalizar sus propósitos hubiera demostrado que su influencia sobre nosotros no era perfecta. Permitir que pudiéramos dudar, otorgarnos la posibilidad de cuestionarla, era una renuncia a ese control férreo con el que, aunque parecía que todo pasara de un modo casual, lógico y circunstancial, nos controlaba. Nos limitábamos a seguir un plan: su plan trazado de antemano.

«¿Era —me pregunté— tan retorcida? ¿Podía serlo con esa apariencia frágil, con ese miedo que tenía por las noches, con esa necesidad de rezar a todas horas?». Y la respuesta deslumbraba en su rotundidad: la belleza, la delicadeza, su paciencia, su saber escuchar, no eran más que las armas de las que se valía mi madre para imponer su criterio —de pronto la palabra deja un regusto amargo y resulta pesada.

Miro a mi padre y siento algo por él: pena. La misma que por Juan, por Fernando o por mí. Por más que se empeñe, ya no es rey. Coronó a su mujer cadáver como reina y ella se ha apropiado del trono. Y él actúa sin meditar, porque tiene que hacerlo.

Un país sin rey gobernado, me río, por una difunta.

Y mi risa, de pronto, suena fría en la sala, que, a pesar de las chimeneas, parece haberse quedado fría también.

Los que me rodean me miran con sorpresa. Fernando retira su mano. Pestañean. Y yo también porque mi risa, aunque yo no lo buscara, ha sonado vengativa y dichosa. Y nada más lejos de mi intención.

Si mi padre se hubiera puesto en pie, si se hubiera acercado a uno de esos hombres, a cualquiera, y lo hubiera cogido por la barbilla como hacía conmigo, sus dedos como pinzas. Si hubiera sido él quien los atara personalmente. Si hubiera intentado insultarlo. O incluso hubiera sido él quien cogiera el cuchillo por el mango, y no uno de sus guardias. Y hubiera sido él también quien abriera su vientre, allí, como cerdos, mientras nosotros cenábamos. Si hubiera sido él quien clavara el cuchillo a uno por delante, a otro por detrás, como finalmente sucedió (el sonido de las costillas al partirse); quizá entonces mi pena por él hubiera sido menor: habría comprendido que era sólo su voluntad la que le guiaba, y no la del recuerdo.

Pero no fue así.

Mi padre, como todos, se quedó en su asiento. Masticaba y hacía ruido al hacerlo, mientras desollaban a los asesinos.

(DEL HIJO).

Me acerqué al rincón donde hasta entonces estuviera él. Me encogí, también, aunque no tuviera frío. No quería mirarla. Me concentraba en la llama, en sus saltos, en cómo el rojo se transformaba en naranja y luego en blanco y en humo.

La respiración de Blanca es pesada, silba al salir de sus labios. Ya no huele a ella, ya no es malvavisco, centeno, miel, sino leche agria. En la quietud de esos calabozos, los olores se perciben a la perfección. También los sonidos: el del agua deslizándose por los escalones, formando charcos justo en donde nos encontrábamos, en ese recodo que parece el final del mundo.

«No voy a hablar primero», me digo —aunque es mucho lo que quiero preguntarle—. Es ella la que me quería ver. Se quita la capucha. Su cara, más blanca, se descubre. Su trenza, tan larga, se cuela entre los barrotes.

—No me echéis toda la culpa a mí.

Callo, obstinadamente.

—Ni a él, ni a vuestro marido; las cosas son como son.

«La excusa de los cobardes», pienso.

—Nadie tendría que saberlo, en realidad. Pero a vos os lo debía. ¡Es tanto lo que desconocéis!

«¡Vaya!, qué considerada».

—Ya me ha dicho Sancho que estáis con don Rodrigo.

«Bien, lo que le faltaba a mi marido. ¿Qué podía esperar de él en realidad?».

—A vos también os engañó, ¿verdad? Pero es imposible no rendirse ante él. Su risa, es eso, ¿verdad? Es como una brisa de aire fresco. Lo pensáis a su vez, ¿no? Claro, todas lo hacemos. Y luego sus manos, que te acarician como si fueras la única mujer en el mundo. Eso es lo que le hace especial: que sabe hallar en ti lo que te distingue de las demás. Te lo pone delante de los ojos. «Es vuestra boca —me dijo a mí— lo que me vuelve loco, Blanca».

Y a vos, Beatriz, ¿qué es lo que os hace única?

Miro con tristeza mi tripa. Ese montículo que no se cansa de acariciar. «Sois vos», me dijo mientras lo besaba. Callo mientras el dolor trepa y se agarrota en mi garganta como la tenia.

—Huele la debilidad. Sabe cuándo una mujer es vulnerable. No sé cuándo se acercó a vos, aunque supongo que cuando yo partí. Es como un tábano, os lo juro. Conmigo lo tuvo más fácil: Sancho me había echado de su lecho y yo estaba destrozada. Lo quería. Y se lo dije: «Sancho, yo os quiero». Y él: «Pues yo no. Por favor, Blanca, que estoy ocupado».

—Siempre igual.

—No, no le echéis la culpa. Él lo creía, creía que me quería, pero no lo hacía en realidad. Yo le daba todo lo que me pedía y ése fue mi error. También creer que, aunque no del mismo modo, él me correspondía. ¿Sabéis qué? Me he dado cuenta de que el amor, como el veneno, en cantidades muy grandes, mata.

El suelo está cubierto por una arena muy fina, el poso, supongo, de años de desgastarse la piedra. El interior de su celda recuerda a un pesebre. Las pajas se asoman por debajo de los barrotes. Me duelen los ojos, los cierro.

—Pero no os engañéis. El amor de Rodrigo es mucho más cruel que el de vuestro marido. Supongo que no soy nadie para intentar mostraros la realidad, pero, bueno, ¿qué puedo perder? Siempre hemos sido francas la una con la otra. No serlo en este instante no tendría razón. Don Rodrigo ama con los sentidos. Y cuando digo ama, me refiero a hacer el amor. Supongo que ya lo habíais supuesto. Es el perfecto estratega. Transforma el cuerpo de la mujer en un campo de batalla. Rastrea los puntos débiles, traza posiciones y ataca allí por donde se es más vulnerable. Sé lo que me digo, Beatriz, he tenido mucho tiempo para meditar sobre ello. Rodrigo conoce la manera de sacralizar el momento. En contraposición con vuestro marido, quiere que seamos conscientes de todo. En Sancho hay necesidad de olvido. En Rodrigo, sin embargo, hay completa necesidad de conciencia. El amor tiene en él cierta apariencia de ingravidez, de irrealidad. Da sensación de venerar el cuerpo ajeno, de volcarse en el otro mientras que Sancho parece reconcentrarse en sí mismo y que lo demás le resultara ajeno. Nada más falso. Vuestro marido busca llegar a su amante través de su propio cuerpo. Rodrigo, al revés, ni siquiera busca llegar. Es la perfecta pantomima. Te sonrío, te acaricia, te recorre cada pliegue de tu cuerpo murmurando: «Te amo, te amo». Y piensas: «Soy única». Pero la delicadeza es su refugio. Sancho quizá sea la indiferencia; Rodrigo, la apariencia. Dice «te amo» como si no se lo hubiera dicho nunca a otra. Sancho calla, bueno, y gime, ya lo sabéis. Pero en esos gemidos hay mucha más humanidad que en todo Rodrigo. No hablo, como estaréis pensando, desde el obnubilamiento de la enamorada, sino como aquella que se sabe rechazada y que conoce las causas. Por los dos, no vayáis a pensar. A pesar de que sepa fehacientemente que Rodrigo volvería a admitirme en su lecho si le interesara. Es triste, permitidme que os lo diga, saber qué es lo que falla: tener una mente lo suficientemente fría como para analizar que has hecho todo lo posible y que no ha sido suficiente. Empiezas a preguntarte sobre la justicia del mundo.

Me siento desamparada. Entiendo lo que me está diciendo y no obstante me parece que se encuentra lejana, y que su voz me llega entrecortada. Me fijo en su cara, uno de los barrotes le ha dejado una marca roja en la mejilla.

—Me decían de pequeña: «Los hombres no son buenos». Pero yo en realidad quería ser uno de ellos. Y para ello tenía que comprenderlos. Se equivocan los que dicen que son simples, o quizá no. A veces la simplicidad es más compleja que lo opuesto, lo supuestamente difícil. Como Sancho. Con Rodrigo hubo tantas mentiras que todo funcionó a la perfección. Se fastidió sólo cuando la realidad salió a relucir. Con Sancho estuvo claro desde el principio: no me quería, nunca lo haría. Y siempre fue franco conmigo, no penséis mal. Pero yo me dije: alguien de instintos tan primarios no puede ser tan difícil de modificar. Su patrón de conducta responde sólo a la costumbre. Rectificará, en algún momento, cuando yo sea tan parte de su vida que no pueda permitirse prescindir de mí.

Su voz se ha ido afianzando. Si en un primer momento titubeaba, a medida que avanzaba en su discurso ganó en seguridad. Su tono sigue siendo triste, pero no hay vacilaciones. Lo que dice tiene que decirlo. Y yo debo escuchar.

—No os asustaréis si os digo que siempre he dominado voluntades. Mi secreto no responde a la belleza. Mi olor corporal no es un perfume, mi piel no es suave. Soy más consciente de mis defectos que cualquier otro. Pero poseo algo de lo que vos, permitidme que os lo diga, carecéis: seguridad en vos misma y conciencia ajena. No es empatía, no os equivoquéis. Sólo me importan las personas que me importan. Al resto ya les puede caer un rayo encima. No, es algo que va más allá porque incide sobre todos los demás y luego vuelve a ti: la conciencia de saber qué es lo que los demás piensan. Y comprender entonces cómo van a actuar. Sólo Rodrigo podía entenderme. El había llegado a sublimar tanto la técnica que incluso llegó a convencerme a mí misma. Sí, la ladrona de voluntades siendo robada por un ladrón mucho más hábil. Me descubro ante él, Beatriz, si lo veis, decídselo de mi parte.

Un mechón se ha desprendido de su trenza y le cae por los ojos. No se lo aparta, cuelga, como una araña, balanceándose mientras habla. «Quítatelo —pienso—, no eres así, tú, siempre tan pulcra».

—¡Ah!, el amor. Supongo que me cegó. Lo sabía, siempre lo supe. Algún día sería mujer. Estaba escrito en mi destino. Y me lo negaba. Sabía que me enamoraría. Me lo decían todos: «A todo cerdo le llega su San Martín». «Encontrarás la horma de tu zapato». Pero era más fácil pensar que yo controlaría la situación. Que podría decir, llegado el momento: «Basta, aquí se acaba todo, encantada de conocerte». Porque el amor, me lo habían dicho, corta como un cuchillo. Pero pensaba que no, a mí no, no dejaría que mis sentimientos vencieran a mi voluntad. Pero lo siento, me enamoré, como no tenía que haberlo hecho, del hombre que menos me convenía: del alma más simple y más infantil que jamás encontré. Sancho, tu Sancho. Y mi madre,

¡más razón que un santo! «Los hombres no son buenos, hija, mira a tu padre». Y por culpa de mi enamoramiento perdí toda mi influencia: ya no era yo la que observaba, sino que, por primera vez, estaba por encima la necesidad de sentirme observada. Y mi confianza fue menguando a medida que descubría que él no podría quererme. Me lo decía: «No, no os quiero». Yo me enfadaba, decía que no querría volver a verlo, y me daba la vuelta en la cama. Siempre se dormía él antes que yo. No le pesaba en la conciencia. No me quería, por ende. Tenerme era cómodo, primario: la mejor manera de satisfacer sus instintos, su necesidad de compañía con alguien que está ahí para que él, en cuanto lo necesitara, pudiese llamarme. Y lo peor es que a mí, en cuanto lo hacía, se me iban todas las congojas. Había otra, lo sabía. Luchaba con un fantasma. Y tenía la guerra perdida de antemano. Pero no por ello dejaba de desesperarme cuando no me miraba ni de alegrarme, hasta límites extraordinarios, inimaginables incluso para mí, cuando reclamaba mi presencia. En el fondo siempre pensé que quedaba algo de esperanza.

Busco su mano entre los barrotes. Está fría, y húmeda, a trozos, como si se hubiera limpiado alguna lágrima sin que yo sea consciente.

—Utilicé todas las armas que tenía a mi alcance. Sofisticqué tanto mis artes amatorias que cualquier meretriz se hubiera sonrojado a mi lado. Probé los enfados, la amabilidad absoluta. «Una de cal y otra de arena», me decía. Le permitía total libertad. Alejé los celos, porque es bien sabido que no hay nada que los hombres odien más. Le arengaba, incluso, a que compartiera la cama con otras. Y siempre su respuesta lacónica: «Está bien, si así lo queréis». Era como golpear un muro con los puños.

Lo hizo, se soltó de mi mano y comenzó a golpear la pared. Cuando paró, pequeñas líneas sonrojadas parecían haber creado sonrisas en sus nudillos.

Atrapé de nuevo su mano. Siguió.

—¡Todo! ¡Hice todo lo posible! «Si mi cuerpo no bastaba —me dije—, tendré que utilizar otras armas». Cualquiera. El veneno si fuera necesario.

«El veneno, por fin habla de él».

Agita la mano, como si quisiera espantar algún pensamiento.

—Cuando era pequeña todos mis amigos eran chicos. Y jugábamos a la guerra. Yo era el rey, mandaba a todos. Cada día teníamos una aventura. Al principio eran menos importantes, simples trastadas, ya sabéis, serrar la pata de alguna silla, esconder la ropa de nuestros mayores. Pero luego, empezamos a ir más en serio. Era la manera que teníamos de demostrar nuestra valía, de reafirmar la idea de que estábamos creciendo, que ya no nos podrían decir: «Niños, son conversaciones de adultos, id a la cama, que ya es tarde, dad un beso a la abuela». Creamos la camarilla del vómito: consistía en vomitar sobre la comida sin que los cocineros se enteraran. Uno hacía guardia mientras otro entretenía a cualquiera que entrara con las excusas

más banales, un dedo cortado, un incendio, en fin, cualquier cosa. Nos hicimos verdaderos expertos. No necesitábamos ingerir nada ni meternos los dedos para que la bilis cayera sobre los platos ya preparados para el almuerzo. Ya imaginaréis nuestras risas cuando, después, todos los adultos degustaban lo que nosotros habíamos regurgitado. Nosotros, mientras tanto, tirábamos la comida al suelo. Ni los perros la querían, imaginaos cómo debía de saber. ¡Y qué cantidad de cocineros fueron despedidos por nuestra culpa! Después de cada una de estas aventuras, nos encerrábamos en una habitación y los chicos se bajaban las calzas mientras gritaban como verdaderos bárbaros. Creían que, tras semejantes hazañas, mostrando sus partes se reafirmaban como hombres y ya nadie consideraría que eran niños. Yo, su líder, permanecía apartada. Y cuando me preguntaban: «¿Y vos?». «Yo no —decía—, yo no hago esas cosas». Y no porque me avergonzara mostrar lo que tenía, sino lo que no tenía. Me desesperaba saberme niña. Ver cómo mi pelo crecía y nadie hacía nada por cortarlo. Cada día, después de rezar, me miraba allí donde está prohibido y murmuraba: «Por favor, que crezca, que crezca», decía. Pero, como comprenderéis, permaneció igual. En realidad, supongo, tenía miedo al rechazo, a que llegara un día en el que me dijeran: «No sois uno de los nuestros, largaos». Ya os imaginaréis mi miedo cuando comprobé que mis pechos ya no eran los diminutos bultos rosados que siempre me acompañaran, sino casi el nudo de dos ramas que quieren crecer y que encima duelen. Me golpeaban, justo en ellos, como siempre hicieran y ponía cara de dolor. Me preguntaban: «¿Estáis bien?». Y yo asentiría con cara de sorpresa: «¿A qué os referís?».

Sentía el fuego de la antorcha en mi otra mano. El brazo, durmiéndose y el hormigueo trepar hasta mi hombro. Pero no me moví.

—Y luego la sangre. Como una mancha. Cuando la vi quise gritar. Me restregué. No sabéis con qué fuerza. Yo creo que si sangré más copiosamente, fue de las heridas que me hice. No tenía que estar allí. No era yo la que sangraba. Me dolía con un dolor que ni siquiera era tal. Un puñetazo, una patada. Lo hubiera aguantado mejor. No, era como un dolor fino, insistente, que iba desde mi espalda hasta mi vientre. Era, cómo decirlo, como si alguien estuviera rascando en mis entrañas, a oleadas. Vomité también. Y luego le pregunté a mi madre. «Niña, no seas tonta, no llores, es motivo de alegría. Ya eres mujer». Y yo: «Que no, madre, que no quiero ser mujer. Esta sangre es inútil». «Bobadas, bobadas —replicó—, es lo mejor que tiene la mujer». «Tu sangre, hija mía, es vida en estado puro, nacemos entre sangre, entre la misma que tú expulsarás todos los meses durante tu vida». Y qué queréis que os diga, Beatriz, pero a mí su discurso me sonó manido, como si a ella se lo hubieran dicho en su infancia con esas mismas palabras pero no terminara de creérselo. Hice lo que tenía que hacer.

Ella también, pienso.

—Me vendé los pechos y me cubrí con todo aquello que podía mancharse. Me obligaría, pensé, a amar la sangre. Si no puedes vencer a tu enemigo, únete a él. La idea consistía en perderle el miedo. «Era mi propia sangre —me dije—, nada más». No había cambiado. Era sólo una herida que nunca cicatrizaría. Sería, a partir de entonces, como un tullido de guerra: alguien al que le falta un brazo, o una pierna (a mí sólo la sangre, cada mes). Tenía que transformar esa pérdida absurda en una hazaña. Y lo conseguí.

De pronto fui consciente de que, aunque yo también la odiara en su momento, ahora la echaba de menos. «Si no estuviera embarazada —me dije—, seguiría sangrando». El niño se come también mi sangre. Blanca seguía hablando:

—Por eso tuve que convertirme en la más cruel de todos, tener las ideas más arriesgadas. Si me temían, nunca me expulsarían del grupo. Así que de los vómitos, pasamos a los campeonatos de muerte. Teníamos que meter la cabeza en una vasija y quien aguantara más tiempo con la cabeza dentro vencía. «Aunque tuviera que ahogarme, aunque me reventaran los pulmones», me decía. Nunca me vencerán. Fueron multitud las veces en las que caí redonda al suelo y tuvieron que romper el barro para sacarme de allí porque yo me negaba a perder.

»O hacíamos un pasillo y uno, elegido a suertes, era apedreado por el resto. Yo también pasé, como supondréis, en multitud de ocasiones, y no creo que la fuerza con la que me arrojaban las piedras fuera menor que con la que lo hacían con el resto. Pero yo siempre decía: más fuerte, más fuerte, ¿es eso todo de lo que sois capaces? Porque me parecía que al verme allí, con las faldas que me colocaba mi madre, como señorita que era; sus manos les temblaban y vacilaban. La violencia, les arengaba, nos redime. Hemos de ser fuertes: en cuerpo y alma. El dolor existe, no lo neguéis, disfrutadlo. Conseguí el dominio a través del terror. Perdí miedo a mostrarme desnuda. Éste es mi cuerpo, les decía.

»Para hacernos más fuertes, comenzamos a envenenarnos. Tomábamos una dosis pequeña, todos los días. Sólo así conseguiríamos ser inmunes. Hubo enfermedades, pérdidas incluso. Murió uno de los nuestros. “Siempre hay bajas en combate”, dije. Ni siquiera mostré compasión en ese momento. “La guerra es así”, les dije. Me tenían miedo y, llegado este momento, nadie denunció a nadie: la violencia y el veneno no sólo nos habían fortalecido, sino que habían creado unos lazos tan fuertes que nadie se atrevía a romperlos.

»Había descubierto que no sólo con la influencia se consigue lo que se quiere. Tuve una buena maestra: la vida, la necesidad de supervivencia. Me armé como sólo una mujer puede hacerlo. La cocina, la costura: todas tareas de mujeres. Pasarse las tardes encerradas en los aposentos, no hallar más consuelo que en algún amante ocasional, dejar que te marquen la senda los hombres que te rodean. Y la muerte. Todo se podía cambiar, el dominio, me di cuenta, estaba en la aparente sumisión. Era

mujer y tenía que serlo por completo.

Me río entonces para mis adentros de mis primeras enseñanzas, de cuando todavía creía que ella era una criatura necesitada de protección («la influencia», le decía, cuando ella ya había empezado a utilizarla conmigo).

—Ya no necesitaba proponer ninguna aventura descabellada. Mis amigos habían podido comprobar que podía matar y que ellos no podían defenderse. Una lucha, frente a frente, aparte de sangrienta, es, seguramente, más justa. Me di cuenta de que no necesitaba mandar para que me obedecieran. Descubrí también que mientras ostenté el poder de mando, tuve enfrentamientos. Pero cuando me retiré a un segundo plano, mis órdenes no sólo se cumplían con mayor celeridad, sino que nadie se atrevía a cuestionarlas. Por fin había llegado al punto que quería.

Estaba asqueada. Me dolía la frialdad con la que podía hablar de lo que, a pesar de que todas lo supiéramos, no se debe decir. Blanca había perfeccionado el papel de la mujer hasta sus límites más grotescos. Es cierto que no teníamos otro camino. Nacer ya nos otorgaba una entidad que no habíamos pedido y cada cual desarrollaba sus técnicas de lucha. Pero ella, inconscientemente (o quizá todo lo contrario), había ampliado su dualidad hasta el extremo más rotundo: era un hombre encerrado en un cuerpo de mujer.

—Y apareció Sancho. Y por primera vez había alguien que no me escuchaba, que no me veía. A diferencia de Rodrigo, que lo veía todo, todo. Por más que lo intenté, era sólo alguien cómoda: guapa, lista, limpia, sí. Pero nada más.

»Así que —me dije— si una vez conseguí someter criterios con el veneno, ¿por qué no hacerlo otra vez? Comencé a suministraros una dosis en vuestra comida. Conocía los síntomas: lo que provocaría en vos. Eran todos problemas que muy fácilmente podrían ser achacables a un embarazo dificultoso. Las molestias habituales de su estado. Y ¿por qué a vos? Porque era la mejor manera de retenerlo. Supongo que intuiréis el motivo.

»¿Sabéis? Es curioso el veneno. Existen algunos que con sólo una gota pueden mataros. Otros que hacen más fuerte al que lo toma si lo hace en la dosis justa. Y otros, que es su ausencia la que mata. Sí, llegado un momento, si yo hubiera dejado de suministraroslo, os habríais postrado en un estado de ansiedad tal que hubierais muerto seguro. Aunque también he de deciros que, a la larga, el mismo veneno se habría apropiado de vuestras entrañas y os habría matado de igual modo. Sólo era una cuestión de tiempo. Y en éste residía mi fuerza: el hacer comprobar a vuestro marido que no sólo vos me necesitabais, sino él también. Se lo conté todo. No obstante, lo de que algún día el veneno que tanto necesitabais os acabaría aniquilando, esto no se lo dije. Si me echáis, la vida de vuestra mujer se irá con la de vuestro hijo entre enormes sufrimientos. No queréis eso, ¿verdad?

»Me gritó, me dijo que cómo se me ocurría. Que dejara de hacerlo, me dijo, como

si no me hubiera escuchado. Sancho tiene un carácter irascible, es fácil que pierda los nervios, ya lo sabéis. Pero nunca lo había visto así. Y yo le repetí que era imposible: que si lo hacía, moriríais. Que en mi mano estaba vuestra vida y la del niño, que si quería conservaros, tenía que seguir conmigo. No pudo hacer nada. Se calmó. Me pidió que le dejara descansar, que tenía mucho que pensar. Y yo continué matándoos lentamente, como había de ser.

»Una de las cocineras me ayudaba. Hubiera sido muy raro verme todo el rato por ahí, bajando siempre a las cocinas, ¿qué podía hacer una dama como yo en un lugar tan lúgubre, tan poco adecuado? Le enseñé a manejar el cuentagotas. Pagué con creces su precio y me prometió fidelidad. Le creí. Siempre he juzgado bien a las personas, ya os lo he dicho, sé lo que pienso y no me equivoqué. La pobre no sé por qué buscaba a alguien como yo. Hay caracteres que se complementan. Ella era el asno y yo, su yugo. No sabía andar sin mí.

—Pero —me atrevo a interrumpirla— ¿no me queríais? —y la pregunta, de tan fácil, rechina en mis oídos.

—¡Claro! ¡Y mucho! Pero las cosas no son tan sencillos. No todo es blanco ni negro, ni malo ni bueno. Digamos, solamente que vos estabais en el lugar equivocado con la persona equivocada y que tenía que apartaros. Una pared, ¿entendéis? Nunca me dije: «Estoy matando a Beatriz». Eráis sólo lo que estorbaba, di lo que tenía que librarme en el momento en el que os suministraba el veneno. Os lo daba y ya estaba. El resto del día eráis mi amiga. No hubiera dudado en dar la vida por vos si hubiera hecho falta.

»Pero, claro, vuestra aya no tardó en sospechar de mí. Me perseguía por todas partes, infructuosamente, porque, como ya os he dicho, no era yo quien tenía el veneno. Me increpaba, me decía: “Sé lo que estáis haciendo”. Y yo le respondía: “¿Ah, sí?”. Tan cínica. “Sí, y os detendré.” Y yo pensaba: “Sí, claro, como si pudierais hacerlo”. Era lista, la condenada. Como entenderéis, nunca fue santo de mi devoción, pero le reconocía eso. Parecía una rata: siempre sabía dónde tenía que husmear. Aparecía siempre en el momento preciso. A veces, he de reconocerlo, me agobiaba y le decía: “Pero ¿no tenéis nada mejor que hacer que seguirme? ¡Vuestra señora muriéndose y vos sólo deseando curiosear en lo que hacen o dejan de hacer los demás!”. No hubo modo. Comenzó también a prepararos la comida, por separado. Ella misma lo probaba todo. Yo me tuve entonces que proveer de pasteles y dulces con los que tentaros. La cocinera me recriminaba, no entendía que dejara de visitarla, me decía que me echaba de menos. No entendía mi actitud. No me molesté en explicárselo: tenía otras cosas en las que pensar: obligaros a comer sin que vuestra aya se enterara.

»Pero, como sabéis, el fraude no duró demasiado. También lo descubrió y ya no se apartaba de vos. ¡Hasta el agua probaba! Al final, tenía que desaparecer.

—Así que fuisteis vos —me mira, sus ojos miel tan grandes.

—No tenía que haber sucedido. Eso estaba fuera del plan. Y fue el comienzo del fin. No creáis que sentí ningún placer. Sí, la maté. No me reprochó nada. Mientras lo hacía, en realidad había un gesto de placidez en su cara, como si, mientras lo hiciera, se regodeara en la confirmación de que ella, con su inteligencia, me había terminado venciendo.

»Cuando Sancho se enteró, no veáis cómo se puso. Me cogió por el brazo. “Y ahora qué, qué hago yo. ¡La habéis matado! No quiero volver a veros”, me dijo. Yo le recordé entonces que la vida de su mujer estaba en mi mano. Se giró para retarme: “Y la vuestra en la mía. Curadla o no volveréis a ver la luz del sol. Conozco más tormentos que hombre alguno. Puedo haceros sufrir, Blanca, como no habéis soñado nunca. Curadla o vuestro cuerpo colgará desnudo de las almenas de este castillo. Os lo juro por mi madre. Y ahora salid de mi habitación”.

«Recuerdo cada una de sus palabras. Las llevo grabadas a fuego aquí».

Se puso las manos a la altura del pecho. Su respiración eran casi quejidos. Yo tenía las piernas entumecidas. Las estiré.

—Hice como me había dicho. Me tenía en sus manos. Lo hubiera hecho aunque hubiera sido la idea más absurda. No podía perderlo. No os lo creeréis, pero hubo momentos en los que ni mi vida me importaba. Comencé a bajaros las dosis. Eso os provocó fiebres, visiones, ¿recordáis? Fueron los días en los que me hablabais de no sé qué fantasma. «Eran delirios —os decía—, sólo eso». En realidad estaba preocupada. Al cabo de los días tenía que haber remitido la fiebre, pero no lo hacía. Y luego las visiones, nunca nadie las había tenido. Pero estabais empeñada. Os abrazabais a mí. Me pedíais que no os dejara, ¿recordáis? Y al cabo de los días comenzasteis a recuperar las fuerzas. Aunque seguíais viéndola, a la fantasma y a no sé qué niño.

»Para entonces yo ya estaba con don Rodrigo. No era lo mismo. A él no lo quería. Nunca podría hacerlo. Y sabía que sus sentimientos no pasaban del simple interés. ¿Qué pretendía de mí? Nunca lo supe. Quizá sólo acostarse conmigo. Nuestra relación era de mutuo acuerdo. Sancho me había vaciado y necesitaba alguien que me llenara. Y Rodrigo, con su manera complicada llena de sofisticación de amar, lo hacía.

»Hasta que empezó a crecer. Teníais razón, era como una larva. Se agarra a tu estómago y tira de tu piel. Come lo que tú. Te roba energías. Las ganas de vivir. Un niño, Beatriz, el hijo de Sancho.

Me quedé muda. Luego no soy yo la que hablo (quizá sea el otro niño, que quiere establecer un diálogo con su nuevo hermano).

—Estás diciendo que tú también...

Se descubrió la capa. Estaba desnuda. Más allá del pecho, a la altura del ombligo,

un comienzo de tripa. Pequeña, sí, pero una réplica de la mía.

—Rodrigo no tardó en darse cuenta. Tiene un olfato, ya os lo he dicho, especial para todas esas cosas. Me dijo: «Es vuestro momento de volver con él». Es curioso porque era la primera vez que hablábamos. No lo había echado de menos, yo no lo quería para tener conversaciones elevadas, para eso ya están los sacerdotes. Él tenía otra labor que cumplir. Pero cuando lo hice, cuando me abrí a él y le conté todo lo que llevaba dentro, y no me refiero sólo a lo del niño, pensé que me ayudaría. Le creí, de verdad, pensé que deseaba socorrerme en realidad, que buscaba mi bien. «No es tan fácil —le repliqué— hay algo que no me perdonará nunca». Y entonces le conté lo del veneno. Ni se inmutó. Parecía como si ya lo supiera. «Está claro, si queréis volver con Sancho —me dijo—, tenéis que hacer desaparecer a la cocinera. Es la única que puede delataros. Todo se termina perdonando y él no tardará en hacerlo. Beatriz ya está mucho mejor. Sancho ha podido comprobar con creces vuestra buena fe. Y ¡vais a ser madre de su hijo! Con eso conseguiréis su perdón absoluto: su orgullo de padre le podrá. Un nuevo hijo, Blanca, ¡le vas a dar un nuevo hijo! Y luego un día, cuando ya los tenga a los dos entre los brazos, podréis deshaceros de la otra madre. Un desgraciado accidente, una caída del caballo, un tropezón en la ventana y ya está, no más Beatriz. Tendréis a Sancho para vos sola y todo gracias a ese niño».

La pena. Rodrigo, mi Rodrigo, dijo esas cosas. Blanca no miente, me está diciendo la verdad. No tiene por qué engañarme. Mi Rodrigo.

—«Tenía razón», me dije. Una cocinera, quién puede echarla de menos. Ya había matado antes: ella tenía que desaparecer. Había sido útil, pero ya no la necesitaba. ¿Quién pensaría en ella? No tenía amigos, nadie la quería, la llamaban chismosa. Decían que sabía cosas. Y sí, sabía mi secreto y por eso tenía que desaparecer. El me ayudó, me dijo que estaríamos más seguros así. Sola no hubiera sido capaz de atarle la cuerda a los tobillos y alzarla. La pobre, ella sí que tenía secretos, tantos que la abrasaban por dentro. Y eran éstos y no su carácter los que le impedían tener amigos. Vivía a la defensiva en espera de que alguien viniera a rescatarla o sacárselos. Y ese alguien la mató. Yo la maté. Y fue la primera vez que sentiría pena por hacerlo.

»Bajé yo primero, como habíamos convenido. Llamé a la puerta de su alcoba: tres golpes, como siempre. Salió en camisa. Se me mostraba casi desnuda. Conmigo no tenía pudor. Me notó nerviosa. Me preguntó si estaba bien. Y yo: “Sí, no os preocupéis. Vamos a otro lugar —le dije—. Más privado, que quiero comentaros una cosa”. Y ella: “¡Pero señora, si aquí no hay nadie!”. Y yo: “Hacedme caso, ¿no veis que lo hago por vuestro bien?”. Y ella, sin vacilación, se pone a ensalzarme. Y llora. “¡Sí! —exclamó—. ¡Sois la única que os habéis preocupado por mí en tanto tiempo! ¡Sois tan buena! ¡Habéis confiado en mí y yo, sin embargo, os he traicionado!” Y yo: “Pero qué decís, alma cándida, anda, vamos a un lugar que yo me sé”. “¿Por qué habéis tardado tanto en bajar? ¿Ya no confiáis en mí? Yo nunca os traicionaría,

señora.” “Ya lo sé”, le decía. “Es por no habérselo contado, ¿verdad? Os lo ha dicho don Rodrigo y por eso ya no me necesitáis como antes, es eso, ¿verdad?”.

»Y continuó hablando y lloraba a la vez. Y cuando llegamos donde nos esperaba Rodrigo, yo ya no estaba segura de nada. Vacilé y ésa fue su perdición. Demasiado tarde. El se abalanzó y la agarró por el cuello, con sus manos, con las mismas que tantas veces me habían hecho gritar de placer a mí. La mató. Fue él, y sin embargo, su muerte ya me pesaba en la conciencia. Yo la había conducido hasta allí. Incluso después de haberme contado lo que me había dicho. Y ella, silenciosa también, me miraba, que no sé qué manía tienen los que van a morir, como si quisiera decirme: “Ya os lo avisé”. Sus palabras, en mi cabeza. Porque sí que me lo avisó.

»Todo fue muy rápido. La muerta, allí tirada en el suelo y Rodrigo, que me dice que corra a su alcoba, que tiene allí una cuerda más fuerte, que no sabe si con la que había llevado tendríamos suficiente como para atarla a la viga. Y yo no me pregunto para qué quiere atarla a la viga. Mi mente está atascada en el momento en el que ella se cae al suelo. Obedezco como hubiera obedecido cualquier otra orden. Dejo mis pies andar solos, que me guíen a su alcoba. Voy, procurando no hacer ruido. Saludo a la guardia, “amigos, no pasa nada”, me digo. “¿Todo bien? ¿La noche movidita?” Como de costumbre, ya sabéis cómo es esto. Sí, sí, pues buenas noches, buenas noches.

»Y cuando llego allí, ya estaba esperándome: el Quiste. Era como un pulpo, todo manos. Y su aliento: “Bésame —me decía—, vos me habéis llamado”. Y yo: “¿Estáis loco? ¡Dejadme!”. Y él, como poseído: “¡Os he esperado tanto tiempo!”. Y tiraba de mi ropa y su lengua, tan viscosa, recorriendo mi cuello. Y su aliento, como de mofeta. “Dejadme —le decía—, dejadme.” “Vos me habéis citado”, y yo: “Desvariáis, dejadme”. Porque en la cocina estaba la muerta, Rodrigo me estaba esperando y yo no estaba como para aguantar la violación de nadie, y menos de esa bola grasienta. “La cuerda —pensaba—, la cuerda.” Pero su mano ya bajaba por mi entrepierna y se había sacado su miembro y lo notaba restregarse contra mí. Recordé entonces vuestro puñal. Lo había cogido por si surgía alguna complicación. Como vos, lo llevaba envuelto entre la falda. Lo saqué, con frialdad. No se dio cuenta. Gritó cuando se lo clavaba: “Zorra”. Me llamó “perra del infierno”. Y yo lo hundí más fuerte. Alivio, ésa es la palabra. Sus manos me soltaron por fin. Y el sonido, ¡Dios!, nunca escuché algo más asqueroso. Le dieron como espasmos. En el suelo. Ya os imaginaréis. Estaba cubierta de sangre, hasta arriba. Me agaché y le tapé su pene, que se le había quedado duro: no sé por qué lo hice, supongo que me daba pena.

»A todo esto vino Rodrigo. “¿Qué habéis hecho?” Estaba asustado. “Lo habéis estropeado todo.” Me cogió por los hombros, me golpeó. El, siempre tan perfecto, me abofeteó. No Sancho, que tan violento parece, sino Rodrigo, siempre tan correcto. Me dio una bofetada que casi me salta los dientes. “Huid”, me dijo. Su tono, ¡tan

diferente al de siempre! “Os matarán.” “Intentó violarme”, repliqué. Quería que me abrazara, pero estaba gélido y sólo me decía: “Huid, huid, escapad”. Volví a repetirlo: “Intentó violarme”. Y él: “Sí, pero vos lo habéis asesinado”. Me ayudó a desvestirme. Había desgana en sus manos, parecían otras. Me dio su capa. Parecía como si le diera asco. Tiró mis ropajes a la chimenea. Y en todo momento, os lo juro, pensé que diría: “Yo me iré contigo”. O por lo menos: “Yo os ayudaré, no pasa nada”. Pero no, su mutismo era igual a su prisa. “Venga, vamos, no os aturulléis, las he visto más rápidas.” Y luego: “Venid, que conozco un pasadizo por el que podréis escapar sin que os avisten”. Bajamos túneles, no sé cuántos. Tenía miedo, pero temía más agarrar su mano, no sé por qué. Y ya en la puerta, si se le puede llamar así a ese agujero cubierto por la maleza, me ordenó: “No volváis, Blanca”. De pronto noté que me hablaba de vos. Como si ya no quisiera tener nada más conmigo. Todo estaba perdido. Tendría que empezar de cero. Me pasé lo que quedaba de noche corriendo por si Sancho mandaba a alguien en mi búsqueda. En mi mente comenzaron a hacerse claras las palabras de la cocinera; vuestra fantasma, Rodrigo, todo tenía sentido. Y comprendí por fin el grave error que acababa de cometer.

(DEL PADRE).

La muerte es sincera.

Ya mi padre ha muerto y es como mi madre, su presencia no corpórea, el recuerdo que persiste, intangible, sí, pero que lo llena todo. Tan ancho su espectro que a veces ahoga.

Los últimos días de mi padre fueron tranquilos. «Voy a morir», dijo. Y poco tardó en hacerlo. Se terminaba, se consumía como una fruta, desde dentro, en esa rutina suya que ya no era más que el producto de la inactividad. En el fondo mi padre fue siempre un animal de tiro.

Cuando comenzó a gobernar buscaba el poder allá donde fuera, a cualquier precio. Poco bastaba. Todo tenía que ser suyo. Aunque en realidad, se me ocurre ahora, mi padre no ansiaba más que los obstáculos en sí mismos: era un coleccionista de dificultades. Cuanto más obtusa se hacía la consecución de sus propósitos, más empeño ponía en ellos. Disfrutaba del decurso, de las asperezas, que limaba a golpe de mandoble la mayoría de las veces. Y luego, cuando por fin obtenía su ansiado fin, casi podía decirse que se olvidaba de él. Había perdido todo su interés. Amaba la lucha y odiaba de igual modo la derrota que la victoria. De ahí quizá su fama de frío, de calculador. «Señor, hemos perdido», podían decirle. Y él, sin aspavientos, agita la mano. «Bien», dice. Y eso es todo. Cuando se equivocaban. No era valiente, no era fuerte, no era metódico. No se recreaba en lo que obtenía o perdía. Anhelaba el enfrentamiento ferozmente, con desesperación. Su voluptuosidad en la venganza sólo respondía al impulso de zanjar lo que osaba oponérsele. Si le decían: «Señor, hemos perdido», él no montaba en cólera porque en realidad disfrutaba de la derrota. Un problema a su altura. Se devanaba entonces el cerebro durante días encerrado en sí mismo hasta dar con la solución. Y cuando por fin la llevaba a cabo y triunfaba, entraba en un estado de apatía tal que más pareciera desencanto. El reto al final no había sido tan grande. Y él, decepcionado con todo, sobre todo consigo mismo por haber dado tanta importancia a algo en el fondo tan nimio, se sentaba en el trono y se limitaba a comer, mecánicamente, lo que le trajeran. Por las noches venía a mi encuentro y se quedaba dormido enseguida. Y así, hasta encontrar un nuevo,

llamémosle, objeto de deseo donde depositar su fiereza.

La venganza de mi madre terminó siendo para él un simple acto de justicia. Una vez cumplida, perdió todo interés. Y quizá fuera mejor así: no hubiera podido soportar escucharlo una y otra vez —como hacía el abuelo—, narrando la batalla de cómo muriera uno y el otro después. No hubiera podido aguantar, narrado de sus labios, la distorsión de la historia que yo misma había presenciado. Escucharlo así, recreándose en un acto que todavía hoy me parece de bárbaros, y no de reyes.

Mi padre perdió incluso el interés por reinar.

Con el tiempo, ese poder se adueñó de él, hasta apropiarse de su cuerpo entero y de su alma. El lastre que se ciñera a las espaldas había terminado por confundirse con su propia piel. «Soy señor y rey», decía, y más sonaba a necesidad de convencerse que a verdadero placer. En el camino se habían quedado dos mujeres, un padre y a saber cuántos hijos. «Todos precio de guerra», habría dicho, de haberle preguntado.

Su vida como soberano, a pesar de pequeños escollos, no le producía mayores sobresaltos. Lo que quería, por muy descabellado que fuera, lo tenía al alcance de la mano. Mi padre se aburría. Inventó guerras que terminaron por cansarlo de igual modo. La táctica, la necesidad ofensiva o defensiva, la búsqueda permanente de aliados o caballeros fieles, de nuevos ejércitos, armas más potentes; dejaron de pronto de tener interés para él.

Posiblemente hubiera renunciado al trono, de haber podido. Pero se decía: «Si Dios dispuso que fuera rey, ¿quién soy yo para negarme? No nací labriego, ni sacerdote. Sino rey. Y he de ser el mejor».

El planteamiento era incuestionable. Cualquier teólogo se hubiera plegado ante él. Cualquier buen cristiano, en realidad. Menos mi padre. Así se justificaba, supongo. Porque a pesar de que amase los retos por encima de todas las cosas y de que su papel como gobernante no le diera mayores alegrías, renunciar a él hubiera sido un precio demasiado alto, tanto que no lo podía asumir: el malogramiento de toda su vida, aquello por lo que siempre luchó contra su padre, cuando hizo falta. Incluso, añadiría, la fuente de la que emanaba su necesidad perpetua de superación, de enfrentamiento. El saberse por encima de todos los demás le otorgaba la confianza suficiente como para poder hacer frente a cualquier dificultad. Se amparaba en Dios porque le resultaba fácil y conveniente, no porque creyera en él.

La religión, en realidad, no era más que el arma del gobierno, la manera más fácil y cómoda de encauzar a los súbditos para que hicieran lo que él, su monarca, quería con promesas de beneficios que ni siquiera tenía por qué cumplir. «¿Para qué —debía de preguntarse— ofrecer dineros, alimentos, mejores vestidos si con la promesa del cielo consigo mucho más? ¿De qué serviría? Se reclutan más ejércitos con la palabra de Dios que con el sonido del oro. Y la muerte siempre es por una causa noble, existe una recompensa mucho más apetecible esperando tras ella: el paraíso prometido, el

edén. Un hombre que lucha por religión, siempre lo hace más ferozmente, pues no tiene miedo. Dios se lo quita. Sin embargo —añadía—, alguien al que se le paga por guerrear, no piensa en morir por cumplir con su señor (como debe ser). Rehúye la muerte como la peste, incluso evita el enfrentamiento si no es estrictamente necesario. Cobarde —dice, y suspira—. ¿De qué le servirían entonces sus salarios si muere y no los puede gastar? Tiene que mantenerse vivo para poder disfrutarlos, es un hecho. Aunque pierdan sus ejércitos, aunque su rey se hunda en la deshonra. El hizo todo lo posible, contestaría mientras se acerca a la taberna más cercana a malgastar lo que mal ganó».

«Un clero que favorece a su rey —decía— es la mejor manera de imponer la voluntad real sin tener que hacer concesiones».

Estas ideas tuyas le provocaron no pocos enfrentamientos con la Iglesia. Ésta, consciente de su papel, no dudaba en aprovecharse. Pedían y pedían prerrogativas, monasterios, nuevos impuestos. Mi padre, tan generoso, decía a todo que sí, pero luego capeaba sus afanes usureros, haciendo concesiones que muy pocas veces resultaban importantes. Al final, los sacerdotes acababan siempre defraudados. Ponían la voz en grito, mentaban a Dios, al diablo y juraban tomar represalias. Se sentían engañados (porque lo habían sido). Y, aunque les interesaba llevarse bien con la corona, no dudaban en utilizar todas sus artimañas por arrebatar un poco de ese poder al que mi padre se aferraba con tanto catolicismo. Su relación era de necesidad y también de amor odio. Porque, aunque el clero se lo negase, la figura del rey les imponía tanto respeto que eran incapaces de condenar sus pecados. Igual que mi padre veía en ellos la personificación de lo que él siempre hubiera querido ser: un embaucador nato que era admirado y pagado por ello.

Teníamos siempre a nuestro alrededor lo que mi padre consideraba espías papales que tomaban buena nota de todo lo que hacía o decía para luego cobrárselo de un modo u otro. Pero Pedro, que otra cosa no, pero manipulador podía serlo tanto como ellos, se amparaba en la interpretación de las Sagradas Escrituras, en una retórica en la que citaba a tantos santos y mártires que era imposible discernir quién había dicho qué. Con lo que al final resultaba imposible cogerlo en un desliz o, si lo hacían, había retorcido tanto los argumentos que, al final, hasta el más leguleyo de los clérigos acababa por darle la razón y casi pedirle disculpas por haberse atrevido a dudar de él.

Reconocía, sin embargo, la necesidad de un buen cura («como de un buen vino o de una buena mujer», se reía). Incluso los admiraba. No había día que no fuera a misa y lo hacía con verdadera devoción. A pesar de ser tan parco en palabras, mi padre se descubría ante los buenos discursos. Por ello que pusiera todos sus sentidos en la homilía y que la comunión no le pareciera más que un mero trámite.

Mi padre, que se iba a morir.

Recuerdo el día que me regaló la cadena. Me dijo: «Toma, Beatriz». Se la

descolgó entonces entre sus dedos índice y corazón. Los eslabones eran gruesos pero ensamblados con tal maestría que resultaba difícil averiguar dónde estaba la junta. Y al final de ellos, colgando como una lágrima, una perla, tan perfecta en su redondez que parecía que había sido trabajada como la arcilla: haciéndola rodar hasta que no quedara ninguna arista. Y el brillante, puro como la pupila del ojo que alguien extrajo de su cuenca.

«Toma», me dijo. Y en su voz había un poco de alegría contenida. Él, siempre tan comedido en sus emociones (porque son símbolo de debilidad y como rey, y como padre, y como amante, uno ha de mantenerse en su postura, no dejarse llevar por arrebatos). Y quizá también había orgullo. Pero orgullo de sí mismo, por haber encontrado una joya tan perfecta o haber sido capaz de conseguir suscitar en mí algo que apenas vislumbrara dos o tres veces antes: mi atención y, lo confieso, también un atisbo de sorpresa.

Hacia años que compartíamos lecho.

Había visto su cuerpo envejecer al mismo tiempo que el mío maduraba. Sus movimientos, sus respuestas, sus arranques o vacilaciones: todo era demasiado previsible. Podía trazar a la perfección la línea descendiente de sus pelos en la espalda, el pliegue de su tripa sobre el pubis, los huecos de sus costillas, el arco de sus hombros cuando se sentaba sobre sus tobillos para mirarme en aquellos instantes en los que su presencia se me antojaba demasiado pesada y optaba por hacerme la dormida. Sabía por el sonido de su respiración cuándo había algo que le preocupaba o cuándo prefería no pensar. En sus gestos, a pesar de ser tan escasos, tan ajustados a su papel, veía a la perfección que, si se inclinaba hacia delante, es que estaba nervioso; si bajaba la vista o miraba hacia la derecha, preparaba una respuesta ingeniosa; si fruncía los labios, es que iba a pronunciar ese «y punto» que ya dijera su padre antes que él (y que supongo que se remonta tiempo atrás, hasta el comienzo de la estirpe de los reyes).

Sus discursos eran precisos, sus observaciones, comedidas y, aunque me pese reconocerlo, pertinaces. «Si puedes no decir una palabra, no la digas», era su lema. Procuraba mantener un tono neutro porque el respeto, según él, no se consigue gritando. Era un derecho de herencia, afirmaba, se nace con él, no se hace. Gritan los caballerizos, los labriegos, los vendedores. Un rey está por encima de eso. Y punto.

No hablaba nunca de lo que sentía. Era casi como si se avergonzara de tener sentimientos, de que a veces sus apetencias pudieran superar a su sabiduría o a su prudencia. Hacer gala de ciertos rasgos de humanidad llegaba a desesperarlo. «Dios no es misericordioso —decía—, porque Dios no siente. La misericordia, como la ira o cualquier otro impulso debe ser condenado. Dios es perfecto, Dios es razón pura. Dios no atiende a caprichos, a deseos, a cambios de actitud. Lo sabe todo, lo ve todo, todo está previsto para él y si juzga, Beatriz, lo hace con la mayor frialdad. Sólo

siendo perfectamente frío se es justo. Los sentimientos matan la capacidad de análisis, te obnubilan, te ciegan, te impulsan a cometer errores que, para un rey, pueden ser fatales».

Los habitantes de palacio crearon en torno a él un halo casi místico: sus silencios dijeron que se debían a un conocimiento no sólo de esta vida, sino de la próxima (¡incluso «visionario» lo llamaron!). Sus decisiones venían inspiradas por el mismo Señor. Todo aquel espectáculo de mi madre sacada en volandas de su ataúd o el ajusticiamiento de quienes fueran sus asesinos mientras cenábamos, les parecieron a sus ojos pacatos un plan divino que, por tener precisamente esta naturaleza, se escapaba de toda comprensión. No intentaban comprender los motivos que impulsaban a mi padre, recurrían a la fe ciega —que era lo que mi padre buscaba en realidad—. Si bien eran conscientes de que nunca fue ningún santo (el que se acostara con su hija les reafirmaba esta opinión), le habían otorgado una envoltura sobrenatural tal que sus decisiones nunca fueron juzgadas ni mucho menos cuestionadas. Mi padre disponía a su voluntad. Le pusieron cientos de apodos —casi ninguno ofensivo—, pero al final predominó el de «el Justiciero». Y él sonreía satisfecho al oírse llamar así.

Mi padre, como mi abuelo, era hijo predilecto de Dios —la prolongación de su semilla, llegó a decir—, ¿y quién mejor que ellos para disponer a su antojo, cambiar destinos y vidas sin que sus opciones fueran jamás puestas en tela de juicio? Nadie lo enjuiciaba porque sólo él, el justiciero, tenía esa capacidad.

«Toma, Beatriz». Y esa cadena colgaba de sus dedos como lo que era, una ligadura. La primera en doce años de unión.

Su relación conmigo, en todo ese tiempo, no había cambiado. Sólo había ido perfilándose, suavizando sus aristas hasta conseguir que encajáramos, como dos cubos perfectos.

Nuestras expectativas habían sido siempre las mismas. Si en algún momento él había intentado innovar, crear situaciones sorpresa. Pronto se plegó ante mi falta de entusiasmo. Y supongo que descubrió que era mejor así, sin juegos en los que tener que supeditarnos al beneficio ajeno, sino al placer propio. Si el amor es un juego de equilibrios, lo nuestro —apenas me atrevo a calificarlo— era su perfecta antítesis. Cada uno se procuraba la mayor satisfacción sin tener que preocuparse por lo que el otro sentía o experimentaba, aunque, y gracias al paso del tiempo, al final llegáramos a conocer las experiencias del otro tanto como las propias.

Sin ningún otro tipo de fin; sin la necesidad de tener que aparentar interés por actitudes ajenas que ni nos van ni nos vienen; sin tener que indagar en el de enfrente, preguntarse el porqué de sus respuestas o de sus preguntas, si hay un doble sentido: ha querido decir, dice esto pero en realidad busca lo otro, incluso si me quiere no me quiere, nuestra relación era de una sencillez apabullante. Y quizá por no tener nada

que ocultarnos, todo lo sabíamos y lo dábamos por hecho. La complicidad resultaba absoluta porque no teníamos nada que aparentar. Nos reíamos: hubiéramos sido un buen matrimonio, de haber mediado algo más (y no me refiero al amor, que, sin duda, hubiera destruido ese lazo que era más fuerte, más estrecho).

Ya no necesitaba cubrir mis ojos con sus manos, ya no necesitaba llamarme Inés. Se contentaba con pensarlo, imaginarme en la idea que se había hecho de ella. Y yo, mientras tanto, podía encerrarme en mí misma, analizar qué mecanismos se despertaban en mi cuerpo cuando tocaba uno u otro resorte. O podía concentrarme en sus rasgos como un ganadero que vigila sus reses. O simplemente escapar de él, imaginar nuevas situaciones y nuevos lugares siguiendo los caprichos de mi voluntad.

Nada de lo que hiciera podía causarme dolor porque primero estaba yo y luego estaba él.

Su papel, no lo voy a negar, era imprescindible. Pero sólo como impulsor: él provocaba el movimiento; el resto de acontecimientos, la secuencia de actos que venían después, los producía mi cuerpo (y como mucho también mi inefable y tan negada alma femenina).

Nuestras ilusiones nunca fueron tales. Sabíamos lo que había, ni más ni menos. Estábamos en pecado, vivíamos en él. Pero como a la enfermedad, a éste también terminamos acostumbrándonos.

No es cierto que te reconcoma la conciencia. No es cierto que se te grabe a fuego en la carne o que lo sientas como la marca de Caín sobre tu frente. El pecado no marca, no deja una señal, sino que termina siendo parte de ti mismo indiscutiblemente y ya no se buscan ni causa ni fines ni perdones. El pecado de mi padre que se volvió mío cuando acepté que así había de ser por más que me empeñara en negármelo; el pecado con el que comencé incluso a disfrutar y que terminó por transformarse en parte indispensable en mi vida, porque sin él, muchas de las cosas que pensaba, que experimenté o que me llegarían a suceder nunca habrían tenido ni lugar ni sentido.

Podría condenarme por ello, pero llegamos incluso a banalizar sobre el tema. Leíamos la Biblia y 110 para buscar argumentos con los que defendernos precisamente: de cómo el hermano viola a la hermana y cómo luego lo matan. «El no la quiso escuchar —decía mi padre—, sino que, siendo más fuerte que ella, la forzó y se acostó con ella. Luego la odió Amnón con tal odio que el odio con que la odió fue mayor que el amor con que la había amado. Y Amnón le dijo: “¡Levántate; vete!”. Ella respondió: “¡No! Porque este mal de echarme es mayor que el otro que me has hecho”. Pero él no la quiso escuchar». Leíamos como niños que saben que están haciendo algo prohibido y que por ello, se dan cuenta, el placer es mayor. No quiero decir con esto que nos sintiéramos poderosos, superiores a la palabra de Dios. No, la temíamos, como es de rigor, y leer sobre ello nos otorgaba un grado de conciencia

que a veces echábamos de menos. Pecábamos y necesitábamos recordarnos que lo hacíamos. Es triste, pero creo que disfrutábamos con el sentimiento de culpabilidad, de miedo.

Y sin embargo, en esos doce años en los que dejé de ser la niña que creciera bajo la falda de las monjas para convertirme en una mujer consciente de su ser, jamás me acosté con otro hombre. Ni siquiera busqué amor, compañerismo, cercanía. La relación que tenía con mi padre —antinatural, incompleta, egoísta— me alcanzaba.

Y respecto de él, creo que no me equivoco. Tras ese nuevo hijo que tuvo mientras nos mantenía bajo la protección del abuelo, no buscó prolongarse en nuevos vástagos, y mucho menos, en otras mujeres. No hubo deslices, podría jurarlo. Lo hubiera percibido y él me lo hubiera dicho. En una relación como la nuestra no había susceptibilidades que herir. Y si alguna vez callamos algo, no fue por temor o compasión, sino por pereza u olvido. «He visto a tal o cual mujer, podía decirme —su gusto por las mujeres, a pesar de todo, era notable—. Y qué bella está, he pedido que la retraten». Y yo asentía sin celos. «Ah», contestaba. «Es cierto, no me extraña que la mandéis pintar». Me miraba entonces, sin curiosidad, porque mi reacción había sido tan previsible que, en el fondo, y aunque no se lo confesara, lo había decepcionado. «¿No os molesta?», hubiera querido preguntar. Pero optaba por no hacerlo porque sabía de antemano la respuesta. «No», hubiera contestado. Y hubiera sido cierto.

Nos hicimos al mismo tiempo confesores y confesantes. No buscábamos perdón ni comprensión, sino un espejo en el que observar quiénes éramos. Nos habíamos transformado en cuerpos que se encuentran consigo mismos, voces que encuentran el lugar donde todo lo que dicen les es devuelto, magnificado. No, no buscábamos comprensión —aunque, sin duda, si había alguien que podía otorgármela, ése era mi padre—, sino un alivio a la soledad.

La vida en palacio, plena de fiestas, de gente que entra, que sale, y otras que están siempre donde deben, convertidas en perros falderos. En la que tampoco faltan comidas y cenas que son repeticiones siempre de la misma. De amistades verdaderas pero prohibidas y otras de pura conveniencia. Una vida así, repleta de comodidades y de boato, era en realidad de absoluta supervivencia.

Nunca se estaba a salvo de la maledicencia ajena, nunca se sabía cuándo se iba a dar un paso en falso y cuándo todo resultaba inútil: una cárcel de la que es imposible salir. Se formaba un complejo sistema de redes que nunca se conocía bien dónde acababan. La cosa más nimia podía desembocar en un problema de enormes consecuencias y, sin embargo, un escándalo tan grande (como podría haber sido la relación entre un padre y su hija) podía llegar a verse como algo natural.

Eramos almas simétricas. Sabíamos cuánto podía dar de sí la relación y en qué momento la cuerda podía dejar de estar tensa para romperse definitivamente.

Jugábamos con las cartas boca arriba: nuestro juego era idéntico. Y, a pesar de todo, había pequeñas diferencias de las que los dos éramos conscientes. Las habíamos aceptado porque estuvieron allí desde el origen. Y no por nuestra primigenia —pero sólo en el tiempo— circunstancia de ser padre e hija, sino por cómo empezó aquello: esa noche en la que fue él, y sólo él, quien impusiera su criterio. La violación de la que nunca hablábamos pero que, por más que me lo negara, flotaba en el ambiente, como un muro de humo que, aunque no nos impedía el contacto, creaba una cierta atmósfera de irrealidad.

Mi padre sabía que me tenía a su lado, que siempre que llamara a la puerta, le abriría. Nunca se me cruzó por la mente oponerme a sus deseos —especialmente cuando todavía le pertenecían sólo a él y yo era una simple espectadora—. Pero también sabía que no por aceptada esa situación en la que nuestros roles eran tan divergentes podría ser asumida. Siempre fuimos conscientes de que él me necesitaba más que yo a él. «Te irás —me decía—, te irás con otro». Y yo negaba porque mientras él viviera no sucedería. «No, padre, no me iré». Y él: «Es cierto, podrás quedarte conmigo, hacer lo que yo te pida. Y podrá gustarte incluso. Pero un día todo se acabará y yo seré un recuerdo que palidecerá junto al del nuevo hombre que te busques». «¿Cómo podría —preguntaba yo— buscarme cualquier hombre, padre?», para añadir: «Nunca me dejaréis, nunca me lo permitiréis». «No mientras viva, Beatriz», replicaba. «Pero llegará un momento en el que yo no esté y serás tú la que elijas. Comprobarás así que todo lo que te di no era más que lo que deseabas obtener de mí».

Éramos francos, terriblemente francos. Él sabía que yo no lo buscaba por sí mismo, sino por lo que provocaba. Y eso le dolía.

Podía tener a todas las mujeres del reino, podía incluso engañarlas, obligarlas a amarlo, pero a mí no. Mi amor (como sospecho que también el de mi madre) le estaba vetado. Era su reto. Y quizá, si me hubiera obligado, podría haberme entregado a él tal y como deseaba, amarlo como se debe, sin limitaciones. Y puede que, una vez logrado, su obsesión por mí —que no lo puedo calificar de otro modo— se hubiera diluido. Mi padre, ya lo he dicho, se aferraba a los desafíos. En el fondo, eso era yo. El desafío en su forma más perfecta: por mi culpa se enfrentó a la Iglesia, a sus caballeros, a un reino que podía comenzara cuestionar a su gobernante. Y encima yo le ponía la mayor oposición, la que le incitaba en mayor manera: mediante la pasividad y la sumisión me negaba a entregarme por completo. Lo sabía yo, lo sabía él: estábamos sumergidos en un círculo del que ninguno íbamos a escapar porque ninguno queríamos hacerlo, pero tampoco ceder.

¡Hubiera sido tan fácil quererle y conseguir que todo se terminara!

Y sin embargo, su regalo me emocionó, he de reconocerlo.

Y por ende, también a él. Creyó ver un vislumbre de esperanza en que todo podría

cambiar. Pero se estaba muriendo. Y era eso, y no la perla, lo que me movió a esa vacilación en mi postura.

«Me voy a morir», dijo. O «me muero». El tiempo ha borrado sus palabras, pero persisten las sensaciones.

En palacio no se hablaba de la muerte. Estaba mal visto, resultaba de mala educación. Aunque supiéramos que vivíamos para ella, que para ella nos preparábamos. Aunque nos preocupáramos por conseguir las mejores tumbas, de legar a la Iglesia abundantes dineros para misas y plegarias por nuestra alma (cuando, en realidad, vivíamos de espaldas a ella). Y si alguien tocaba el tema, lo hacía sutilmente como broma con sus amigos. O totalmente en serio con el clérigo. Pero nada más. Y mi padre, esta vez, sin necesidad de curas interpuestos, lo había dicho en serio.

Tenía que haber intuido ciertas vacilaciones, ciertos titubeos, ciertas toses fuera de lugar, manchas en su pañuelo —que escondía con demasiada presteza—. Pero preferí no verlo. Fui consciente, como lo era con todo lo que tenía lugar en él, pero giré la cabeza y me amparé en mi solipsismo, en la necesidad que tenía, más que nunca, de estar conmigo misma. Supongo que me asustaba verlo enfermo. Pensándolo detenidamente, quizá no me importaba que muriera porque faltara, sino por lo que pasaría conmigo cuando esto sucediera. Me lo negaba. No podía ser. Pero era. «Me voy a morir», dijo.

Tragué saliva. Es curioso cómo reacciona el cuerpo en estas situaciones. Primero el frío. Se extendió, anegándolo todo. Sabía que tenía que reaccionar, que mi padre, tras su confesión, esperaba que actuara de algún modo. Lo que no podía hacer era quedarme tal y como había estado momentos antes: boca arriba, la vista clavada en el techo, con una mano bajo la nuca y la otra, lo recuerdo perfectamente, apoyada en mi muslo. «Reacciona», me dije. Me encogí sobre mí misma. Y él suspiró.

No pensaba en nada. Y no es que tardara en reaccionar, es que me había quedado vacía de ideas. Giré la cara, no quería que comprobara que en nada se habían modificado mis rasgos. Me avergoncé, incluso. ¿Es esto lo que en realidad sientes por tu padre? ¿Es este frío? Y luego, ¿cómo espera que reaccione?

«Beatriz», me dijo. Y yo: «¿Sí, padre?». Y él, otra vez: «Me voy a morir».

Y de pronto siento deseos de abofetearle, de levantarme de la cama, sacudirle por los hombros y chillarle: «No, no puedes porque yo estoy aquí y ahora tienes que vivir por mí».

Ha comenzado a llorar y sus lágrimas resultan patéticas. Está desnudo y cada vez me conmueve menos, me cansa, «quiero vomitar», pienso. Escondo la cabeza debajo de la almohada.

Y él, como una salmodia: «Me voy a morir, me voy a morir, me voy a morir» (o puede que no lo dijera y fuera yo la que me lo repitiese una y otra vez).

Tose y sus carraspeos son de viejos y todo él, ya huele a viejo, a usado.

Me avergüenzo también de hallarme desnuda. Se está muriendo y se atreve a verme así. Me encojo más, ya no es por frío. Sus lloros continúan, silenciosos. Abre bien los ojos para que las lágrimas fluyan con más naturalidad. Y así, tan abiertos, me recuerdan a los del abuelo cuando nadie quería cerrarlos, tan viscosos los dos, tan iguales.

La imagen de mi padre se iba desmoronando. No, no lo quería —tampoco lo odiaba—. Pero hasta ese momento lo había admirado y de pronto ya, ni eso. Era un viejo que desnudo, sin corona, lloraba porque tenía miedo a la muerte. Y lloraba en mi hombro (que buscaba pero que yo le negaba) porque le recordaba al de otra muerta, o al de una juventud, la suya, que hacía mucho tiempo que había perdido.

¡Tan bien que conocía su cuerpo y tan poco había reparado en él!

Las manchas, las arrugas, las costras sobre bultos inclasificables que quizá sean verrugas o quizá no. Los pelos blancos que surgen por todas partes, incluso en los lunares, tan largos que dan vueltas sobre sí mismos.

Ha comenzado a toser. Se ahoga en sus lágrimas. Una flema se escapa por la comisura de su boca y es verde y es roja. Se avergüenza, él también. La retira con su mano, pero se queda pegada entre sus dedos y los ata, como las patas de las gallinas a las que retuercen el cuello. Y sigue tosiendo, como un perro viejo, las costillas se dibujan cual surcos en su pecho, tan negros en contraste con esa piel blanquísima en la que podría verse debajo, si de verdad quisiera hacerlo, los caminos de las venas y los capilares, la sangre que todavía se empeña en transportar vida. Que se agota.

Estiro la mano hacia mi mesa de noche. El pañuelo, tan blanco, descansa sobre ella. Tan puro en sus formas. Cambio de opinión. Que se limpie entre las sábanas si gusta.

Se muere.

Finalmente.

Me vuelvo a girar, vuelvo a clavar la vista en el techo. «¿Te acuerdas —le pregunto— de cuándo vivía madre?». Y es curioso porque de pronto esa palabra que hacía años que no pronunciara me trae a la boca los mismos sabores que la última vez que la dijera: la acritud, el miedo a no entender nunca el porqué de las cosas. Él tose y llora, pero ya lo hace sin fuerzas, casi por inercia, como si se resistiera a dejar de hacerlo. «Era zurda, padre, madre era zurda. Cosía con la mano izquierda, con la derecha sujetaba la tela. Y ¿sabes?, cuando yo lo hacía con ella me sentaba justo enfrente y procuraba seguir su ritmo. Imitaba cómo torcía la boca, cómo clavaba los ojos en la última puntada. Así podía imaginarme que estaba delante de un espejo. Un espejo futuro, entiéndeme, porque ella era madre y yo, sólo una niña. Madre se apartaba el pelo con la izquierda, padre, sin soltar la aguja. Y el hilo no se rompía».

Se ha quedado quieto. Respira por la boca. Tiene las piernas dobladas y los brazos

también plegados, sobre él.

Sé que estoy siendo cruel. Pero quiero serlo. Se está muriendo y no debe hacerlo, no es justo. Me engañó, a mí también. Era como todos. Al final él también se iba a ir. No me recreo en mi crueldad. Simplemente, las palabras fluyen de mi boca porque quiero decirlas y él debe escucharlas. Nunca ha habido secretos entre nosotros. No tiene por qué haberlos ahora. El dolor ajeno nunca nos importó, ese punto estaba claro. Sigo.

«A madre le gustaba pasar el dedo por encima de la llama de las velas. Le gustaba el otoño porque cogía las hojas de los castaños y podía desmenuzarlas sobre su falda. Como las granadas, las granadas también le gustaban, padre. Su animal favorito era el petirrojo y no sé por qué, pero era así. Y ¿sabes?, cuando te caías al suelo te soplaba en la herida y decía que así se iban los demonios que entran por la sangre. También decía que las madres no mienten, pero no era cierto porque mintió: dijo que no tenía miedo y lo tuvo, padre, yo lo vi».

Ya no tose. Ni siquiera oigo su respiración. Sé que, con mis palabras, lo estoy alejando de mí y de mi lecho, que en la convalecencia que aún le aguarda, ya no va a buscar más mi cuerpo. Quiero que lo deteste. Me expando, consciente de mi desnudez, por encima de las mantas. Sigo.

«Cuando estaba concentrada, madre se rascaba la mejilla y canturreaba. Además, cuando se levantaba por las mañanas y apoyaba los pies en el suelo, sus rodillas crujían. Madre comía muy despacio. ¿Sabes, padre?, siempre teníamos que esperarla y daban ganas de decir: “Vamos, madre, mastica, traga”».

Yo también me siento atragantada y no es por comida ni por flemas. Los recuerdos se cruzan y ya no soy consciente de si me lo estoy inventando, si lo que digo es verdad o no. Y quiero hablar de la muerte porque ella lo hacía.

«La muerte, padre. Madre decía que nosotros íbamos a morir. Y que ella sí temía a Dios, que por eso rezaba. Que la muerte se disfraza bajo tumbas de mármoles, bajo inscripciones grandilocuentes, bajo flores y árboles para negar lo innegable: que la muerte es negra y es fea. Así lo decía, padre, negra y fea».

Pienso: «No estoy siendo cruel, no demasiado». Podría haber hablado en ese momento de la tonta tumba que se había hecho construir. Los dos juntos, había dicho, los pies del uno pegados a los pies del otro, para que el día que nos despertemos en la otra vida sea nuestro rostro lo primero que veamos. Pero no lo hice. No quería ridiculizarlo. No. Sólo quitarme ese nudo que está en el final de mi boca y que, de pronto descubro, siempre ha estado ahí.

Busco su mano con la mía. La aprieto hasta que escucho el sonido de sus huesos como el de un cascabel. Crac, suena. No dice nada.

«Ésa es la herencia de madre, padre. Ésa y su muerte. Su cabeza, ¿recuerdas? Madre no me dejaba coger a Dionís. Decía que los recién nacidos son delicados, que

le podría aplastar, sobre todo la cabeza. Tenía un cuello gracioso Dionís, tan chiquitito».

«Agua», dice.

Y yo me levanto y salgo de la habitación.

No volverá a repetirse. Mi padre se está muriendo y yo, por seguir la costumbre, porque siempre lo he hecho, porque no sé hacer otra cosa, voy a estar a su lado hasta el final.

Luego, Dios verá.

(DEL HIJO).

A veces correr se descubre como la mejor salida. Sí, definitivamente, tendría que haber salido corriendo. Blanca estaba encarcelada. No podría seguirme. Decirle: «Adiós, ahí te quedas con todas tus historias, tu veneno, tu pasado. Ya no me interesan». Y subir las escaleras con todo el peso de mi tripa, salir a la nieve de nuevo, gritar después lo más alto posible, hasta vaciarme por completo.

Y me digo: «Ella, mientras tanto, que espere desnuda el momento de pudrirse. O que venga mi marido y la ahorque, por asesina, por haber matado a mi ama, a la cocinera, al Quiste. Por haber intentado asesinarme a mí también. Tanto me es. Colgadla y que se la coman los cuervos. Matadla y con ella al niño que todavía es demasiado pequeño como para hacer ningún mal, pero que no tardará en cometerlo. Asesinadla, como hizo Herodes, como le sucedió a los hermanos de Moisés, al hijo de Inés, no mi madre, sino la otra, a todos los niños no deseados que fueron en realidad los ejes de mi historia. Incluida a mí, sí, matadme, a mí y a mis hermanos, al rey y a su familia. Me llamo Beatriz de Portugal: tan bastarda como todos ellos».

No era un círculo vicioso —pensé—, sino una línea que se prolongaba hasta el infinito en una proporción creciente. Mi madre tuvo hijos, yo los tendría y ellos, a su vez, como una plaga, generarían bastardos en serie. «El siglo de la peste», lo llamaron. Y ahora ya sabía por qué.

Y Blanca, que sin quererlo, ha cruzado el Rubicón y ahora forma parte de esa política de tener hijos para conseguir dominar voluntades.

Me sentía decepcionada porque creí que ella era más inteligente, que sabría sustraerse de la necesidad de extenderse y de poblar la tierra por el mero hecho de estar satisfecha consigo misma. Me equivoqué: la carne, una vez más, había terminado venciendo.

Quería correr, escapar de ella porque allí tirada (patente estropicio de lo que el pasado puede hacer en las personas) me mostraba lo que era yo en realidad bajo mis títulos, mi linaje y mi sangre.

Pero no lo hice. Ni siquiera le solté la mano.

—Así que huisteis.

Asiente. No se preocupa por cubrirse. Su desnudez me resulta incómoda. Hay

algo desgarrador en verla tan sucia, tan desvalida. «Quizá —me digo— sea su tono, que está todavía más desnudo que su propio cuerpo». Y el poso de cansancio que tiene al hablar. Blanca había representado la vitalidad, las ganas de marchar hacia delante, pero se ha agostado, ella también, y su voz es la prueba más clara. Y parece mayor, sus quince años se han convertido en eso, me digo, en esa conciencia de que no ha podido cambiar nada. Y es en esa debilidad, descubro, donde encuentro motivos para perdonarla.

—Sí, lo más lejos que pude. Ni un caballo me llevé. Nada en absoluto, ninguna provisión. Rodrigo me dijo adiós y no se quedó ni para despedirme. Arrebujada en la capa, buscaba su olor, ¿os lo podéis creer? Me había abandonado a mi suerte y yo todavía buscaba su huella en mí.

»Me crucé con algunos campesinos. Nadie me dirigió la palabra. Supongo que los rostros de los parias y de los fugitivos se notan en la distancia. Y dan mal fario. Mejor evitarlos. Corrí con todas mis fuerzas, pero no llegué demasiado lejos. Estaba agotada por todo lo sucedido durante la noche. El amanecer me descubrió a la altura de la iglesia de la Veracruz. Desde allí sentía el alcázar, tan grande, todavía a mis espaldas. Amenazador. Pero ya lo echaba de menos. “Mejor no verlo”, me dije, así que entré. No había nadie. Y el eco, ¿os habéis dado cuenta del eco que hay en esa iglesia?

»Nunca me había sentido culpable por nada de lo que hiciera. Siempre he sido demasiado consciente de mis actos. En eso supongo que nos parecemos, ¿verdad? Vos sois la primera que renegáis del pecado, de la necesidad de perdón. Pero de pronto, no sé si por el sueño que no había dormido, los nervios o qué, me eché a llorar. Me sentía responsable de todo lo que había sucedido. Y esa culpa me abnegaba por completo, se había atragantado en mi garganta y me recordaba, pensaréis que es una majadería, a un gato que quiere escupir una bola de pelo y no puede. Estaba a la entrada, agachada todo lo que podía, llorando. Y es curioso porque a la vez que lloraba no podía dejar de pensar, y ni siquiera mi lloro era pleno, saciador. A mi mente acudían todas las lágrimas que tenía que haber derramado en su momento y no lo hice. No sé si os lo he contado, pero en mi infancia, cuando por fin comencé a menstruar, me hice una promesa: ni una lágrima más, por más que el dolor fuera grande. Llorar es de niñas, los niños no lloran.

»Luego —qué asco, diréis— recordé mi sangre, mi menstruación. Esa misma regla, me dije, que se me ha retirado y que tardará nueve meses en regresar: y fue extraño porque de pronto —¡sí, algo tan repugnante como la menstruación!— la echaba de menos, como si me hubieran quitado algo que me pertenecía, un secreto tan íntimo que nadie tenía que haber sabido de él.

Desconfío, a pesar de la piedad que me produce. Siento que, en cierto modo, Blanca se ha apropiado de mi discurso, he perdido originalidad. Y acaso, me pregunto, «¿es algo normal para toda futura madre echar de menos la visita periódica

de la regla?».

—Lloré sin consuelo —continuó—. Sin gusto tampoco, porque no me calmaba, me ahogaba en la pena. Las lágrimas en realidad casi conseguían entristecerme todavía más: cuanto más lloraba, más necesidad tenía de seguir haciéndolo. Todo un espectáculo. Ya me imaginaréis: con la ropa destrozada de pasarme la noche corriendo entre la maleza que rodea los ríos, con la sangre del Quiste endureciéndose en algunas zonas de mi piel, con unos pelos que se han enredado y que me caen sobre los hombros que ni la Magdalena tenía cuando iba a ser lapidada.

Se persigna. Sus dedos se hunden en su frente y después en su pecho desnudo. Dos huellas rojas se le marcan a la altura del final de las costillas.

—Echaba de menos un hombro. Sí, un hombro. El vuestro, sobre todo. Porque aunque os gusta decir que sois dura, inflexible, esto no es más que el recurso con el que os pretendéis engañar. Conmigo no lo conseguisteis, Beatriz. En vuestro hombro sabía que podría hallar comprensión porque siempre la había tenido. Recordarlo me proporcionaba un ligero consuelo. Aunque luego se desvaneciera al recordar la mano de Sancho. Me eché a llorar todavía más fuerte.

»¿Habéis pensado alguna vez que hay partes del cuerpo que son más tristes que otras? Nadie lloraría por un pie, os lo aseguro, ni por un sobaco. Pero ¡cómo me dolía la ausencia de esa mano, de la nuca, de la oreja incluso! Os necesitaba a los dos, por motivos diferentes, ya comprenderéis.

»Supongo que las lágrimas se acumulan, porque no sé, la verdad, de dónde saqué tantas si no. Llegué a pensar, qué tontería, que me pasaría llorando toda la vida.

»Hasta que vino ella. La había visto alguna vez por palacio. Entró con seguridad. Y se me quedó mirando. Sus manos agarraban como una sanguijuela un pequeño bolsito, una faltriquera, creo, pero tan sobada que resultaba irreconocible. Apenas hacía ruido al moverse. Se sentó a mi lado y no hizo nada más. Yo ya no me sentía nada cómoda para seguir llorando. No sé, supongo que es un acto que requiere cierta privacidad, como ir al excusado, y esa mujer me ponía nerviosa, todo el rato mirando sin decir nada. Pensé que terminaría por cansarse y se iría. Pero no fue así. Respiraba en mi oreja, lentamente, con un aliento apestoso. Al final, las lágrimas se me secaron y no pude evitar preguntar: “¿Qué?”. Y ella: “¿Qué?”. Y yo: “Que si queréis algo”. Y ella: “No, me parece que sois vos la que queréis algo de mí”. Mis ganas de llorar habían desaparecido por completo. Ni siquiera la pena o la conmiseración. Me vi de pronto ridícula, sentada al lado de esa mujer que olía a una mezcla de sudor y de col. Me limpié los ojos. “¿Yo? —le pregunté—, ¿qué puedo querer de vos?”.

»Me mira, con ojos que parecen de gata, aunque no sé si es por el reflejo de las paredes naranjas, y me dice: “Por ejemplo, para libraros de ese niño que lleváis ahí dentro”. Me asusté, retrocedí, mi espalda pegada contra la roca, como un mejillón: “¿Cómo lo sabéis?”. “Mira, niña —repuso—, que soy bruja. Y que sé de esas cosas.”

“¿Ah, sí? —le pregunté—, ¿entonces qué hacéis en una iglesia?” “Pues rezar”, me respondió con toda la sencillez del mundo. “Por mis pecados, como todas. Entonces, ¿queréis que os lo saque?”.

»La verdad es que dudé, por unos momentos. Si tenía que empezar una nueva vida, mejor hacerlo sin rémoras. Aún no sé por qué, pero al final contesté que no, que prefería quedármelo. Ese niño era lo único que me ataba a mi antiguo yo, pensé, pero también es el único que me recordaba quién fui. “Tenéis mal aspecto”, me dijo. Supongo que no tuvo que utilizar todo su instinto de bruja para hacer tan aguda observación. Se lo dije. “No estoy pasando un buen momento”, completé.

»“Entonces venid conmigo, que yo os ayudaré.” “No tengo con qué pagaros”, repliqué. Y ella: “Seréis mi buena obra del año. Y no os preocupéis, algún día me lo devolveréis. Que la vida es larga y los caminos circulares, como las deudas: todo se termina pagando”. Me ayudó a levantarme y su mano, aunque delgada, era fuerte. Nudosa también, como la de un árbol o alguien que se ha pasado muchos años revolviendo en la tierra.

»Me fui con ella, a una casita que tenía más allá de Turégano. Y allí estuve hasta esta noche. Me cuidó bien. La monotonía se instaló desde el comienzo. Ella traía la comida, yo la cocinaba. La ayudaba también a recolectar hierbas, ya sabéis de mi mano con los vegetales y con las setas. No nos llevábamos bien ni mal ni todo lo contrario. Era una persona avara, acostumbrada a vivir consigo misma, a estar abstraída en sus propias meditaciones; se iba, venía. Se movía ligera: sus pasos eran silenciosos. Su voz apenas se escuchaba de tan baja que era. Me llamaba: “Blanca, ¿me ayudáis?”. Y ya está, sólo me decía eso.

Escondía, eso sí, todo el dinero en una losa del jardín que jamás me atreví a curiosear. Se hubiera dado cuenta enseguida. Pero no os penséis que me aburría. ¡Bastantes cosas tenía en las que pensar como para hacerlo! Vivía bien, no podía quejarme. Podía haberme quedado allí por siempre. Estoy segura de que mi hijo hubiera sido feliz. Pensé en hacerlo, en verdad, ninguna preocupación, sólo campo y silencio, pero al final decidí que no podía ser. Tenía que volver, eso es todo. No pasó nada especial, por si me lo vais a preguntar. Sólo que de pronto me di cuenta de que no tenía que estar allí, que mi sitio estaba aquí, como fuera, a cualquier precio. Aunque me encerraran en un lugar tan deplorable como éste. O me colgaran.

En su voz no hay queja. Parece resignada a su elección. De todos modos, se lo recuerdo.

—Tú escogiste volver, nadie te obligó.

—Tenéis razón. No me quejo, ya os lo he dicho. Ni echo la culpa a nadie, no penséis.

Dice la verdad. Hay en su voz un matiz de resignación. Deja caer las pestañas, sonrío de lado.

—No inculpo a Sancho, siquiera. Ni a sus malos modos. Yo hubiera hecho lo mismo. El resto de la historia es breve: me despedí de la bruja, le regalé vuestro escapulario de santa Cecilia, única pertenencia de valor que por entonces poseía, y emprendí el camino de vuelta. Tras dos días de marcha, entré en el alcázar por el mismo agujero por el que había escapado. Esquivé la guardia, ocupada, ya podréis suponer, en otros menesteres. Y fui sin ningún problema a su alcoba. Lo desperté lo más suave que pude, pero ¡qué susto se llevó! ¡Si hubierais visto su cara!

Se ríe y su risa resuena tétrica entre las paredes del calabozo.

—Apenas tardó unos instantes en lanzarme sus manos al cuello. «Espera —le dije mientras me ahogaba—, no lo hagáis». Sentía sus dedos aquí, ¿veis? Todavía tengo que tener la marca. Y él: «¿Por qué no, por qué no tendría que hacerlo?». «La respuesta es fácil: porque tengo a vuestro hijo dentro». Me mira asustado. Me palpa el estómago. «Sí», dice. «Mi hijo». Parece hechizado. En el fondo Rodrigo tenía razón. Al final a todos los hombres se les gana por el estómago.

»El resto, lo conocéis a la perfección. Accedí a que me encerraran si me daban la oportunidad de hablar con vos. Tuvo que hacerlo, me lo debía: yo no hubiera vuelto, le dije, si no hubiera llevado ese niño que era suyo en las entrañas. Y apelé a ese niño, le rogué que por él me diera esa última oportunidad. Aceptó. Y aquí me tenéis.

—Pero —le pregunté— si tanto interés tenías en verme, ¿por qué fuiste primero a verlo a él y no a mí, directamente?

—No dije que llegué bien a su alcoba, pero no que él fuera mi primera parada. Primero fui a veros a vos. Abrí la puerta y dormíais, ¡tan plácidamente! Me acerqué. No os podéis imaginar las ganas que tenía de abrazaros. Pero de pronto lo vi, a él, a Rodrigo, dormido sobre vuestro pecho. Tenía un ojo abierto, de un color tan verde como sólo pueden serlo las profundidades abisales. Afortunadamente, no me vio. Y sabe la Virgen que ya no era bello siquiera. La cocinera tenía razón: era el diablo, el diablo en persona. Y dormido mostraba su verdadera cara.

»Me sentí aturdida. “Así que también ella”, me dije. El influjo de su persona también os había seducido. “Y todo —me repetía—, por mi culpa, por haberme ido.” Curiosa la culpa, ¿no creéis? ¿Acaso por haberme marchado le había facilitado el camino hasta vuestra cama? Ahora lo dudo: Rodrigo tiene herramientas suficientes como para conseguir lo que se proponga sin necesidad de personas interpuestas y no creo que por estar yo o cualquier otro se hubiera contenido si lo que buscaba era acostarse con vos. Pero supongo que necesitaba sentirme culpable por fin. No sé, supongo que es como el momento en el que se muere alguien: enseguida le salen más amigos que los que tuvo nunca y todo el mundo recuerda que solían bañarse juntos cuando eran pequeños, o que coincidían en la taberna y siempre pedían lo mismo. Así me pasó a mí. Quise mataros y luego necesitaba salvaros. Y librarme por fin de la deuda. Tenía que haberos avisado, en ese momento incluso, pero ¿cómo hacerlo con

él delante? —guarda silencio un momento, después retoma su explicación—. ¿Os habéis dado cuenta de que el papel de prostituta no es sólo propio de las mujeres? Rodrigo es el mejor vendedor de su cuerpo que he visto nunca. Y el precio es carísimo, os lo juro. Además podía resultar demasiado tarde: que ya estuvierais perdida sin remisión. Aun así, mi obligación consistía en decíroslo. Os lo debía, a vos también. Y si en algún instante tuve dudas y deseé volver sobre mis pasos, en ese preciso momento se despejaron: por una vez en la vida tenía que ser valiente, enfrentarme a él. ¿Iba a ser el primer hombre que me venciese?

»La necesidad de hablar con vos se hizo más imperiosa, pero no podía dejar que me viera, bajo ningún concepto: podía volver a escapar. Hice lo único que podía hacer.

»Salí de nuevo y por fin me dirigí a la alcoba de Sancho. Y eso es todo. Fin de la historia.

—Entonces, ¿os sentíais culpable? ¿Era por eso que queríais verme? ¿Teníais que hablar sobre Sancho, criticar a Rodrigo por haberos librado de quien os molestaba? ¿Es eso?

«No sé cuánto tiempo —pienso— llevaré aquí». Las horas se deslizan ajenas a nuestra conversación. Y es áspero, el tiempo. «Blanca —pienso—, cúbrete». Veo cómo sus hombros suben y bajan mientras respira. Su pelo llega hasta el suelo. A veces deja caer los párpados y otras, los abre fijamente, me mira. Como esta vez, tan abiertos que parecen los de un pez.

—No, no sólo eso. Tenía que relataros lo que me dijo la cocinera. El fantasma, ¿recordáis? Y Rodrigo —se pone nerviosa, sus pómulos se elevan (como sus pechos, que se agitan debajo de la maraña de su pelo). Y yo me digo: «Bueno, otra excusa para que no me vaya, qué patético, ahora me sale con temas sobrenaturales»—. ¡Existe, Beatriz, no os lo inventasteis! Teníais razón. No era el veneno. No era yo quien os lo provocaba. Ayudé, quizá un poco. Pero no era por culpa mía por lo que habíais perdido el juicio, estabais sana, en pleno uso de vuestras facultades.

Y la ciega había sido yo, negándooslo.

»Y luego, al veros con Rodrigo, el verdadero culpable, me confirmé más en la idea de que tenía que contároslo. Os lo debía, lo mismo que a Sancho la noticia de que iba a ser padre. La bruja no se equivocaba: todas las deudas se terminan pagando.

Se ha alborozado, con una alegría fuera de lugar. «No —me digo— tiene que estar compungida, sacar el cilicio, andar descalza sobre piedras afiladas, golpearse la espalda con un látigo, llorar sangre». ¡Ella sí que ha perdido el juicio! «¿Por qué —me pregunto— ha vuelto a palacio? ¿Sólo por su hijo, sólo por algo tan tonto como lo de la fantasma?». Me dolía que no se diera cuenta de nada, su inconsciencia: «Mira, Blanca, le diría, que te van a matar. Sancho y su idea de justicia, ¿lo recuerdas?». Una vez más era incapaz de ver más allá de sus ojos. Que otro le sacara las castañas del

fuego. Vuelvo a pensar en la huida. Le diría: «Adiós, me vuelvo a mis aposentos, ya nos veremos por aquí». «No tengo por qué ser yo —me digo—, una vez más, la que me haga cargo de los problemas ajenos, la que tenga que solucionarlos. Ella lo ha querido así, que la mate». Pero ¿cómo hacerlo? No, no, Beatriz, es su vida, que disponga de ella como quiera. No tienes por qué cubrirle las espaldas. Otra vez: esconder bajo la alfombra los problemas ajenos como con tu padre, como con tu madre, con tus hermanos. Siempre la mayor, la responsable, la que está para todo el mundo.

La claridad de la idea me apabullaba: Blanca había venido buscando mi protección. Y para ello me tentaba con la historia del fantasma.

—Contarme qué cosa —dije finalmente, en una renuncia.

—Quién era la fantasma.

—Ah, pero si ya lo sé. Se llamaba Inés.

De pronto parece decepcionada. Sigo hablando. Pretendo herirla. No lo entiendo, sé que la quiero, como siempre. Pero supongo que todavía aletea en mí el deseo de venganza. No soy una heroína de leyenda, qué se le va a hacer. Y estoy cansada, quiero dormir. Sigo:

—Se cayó, ella y su hijo. Y como su muerte fue tan ridícula y le dolió en su amor propio (que los fantasmas también tienen, no te vayas a creer), se dedica a pasearse por todo el palacio asustando a quien puede. Ésa es la historia. Bueno, y si no te importa, creo que ya he pasado demasiado tiempo aquí. Nos veremos pronto, supongo.

Me levanto: he tomado una decisión. Por una vez voy a ser yo la que guíe mis pasos. No se mueve. Baja la cabeza. Comienzo a subir por los escalones. Su voz me llega amortiguada:

—Fue él, fue Rodrigo quien los empujó, a ella y al niño.

De pronto lo supe: había perdido mi juventud en un viaje circular. Y la culpa de todo la tenía mi esperanza, que, como un faro, había guiado mis pasos en un camino que yo creí que discurría en línea recta. «Aferrándome a ella —pensé—, hay posibilidad de cambio». Me equivoqué: su luz episódica me mostraba el camino de ida, es cierto. Pero en el momento en el que se eclipsaba, yo deshacía mis pasos y volvía exactamente al mismo lugar del que partiera.

Fue en ese momento cuando comprendí que todo giraba siempre en torno al mismo círculo, alrededor del mismo eje. El engaño podía haber permanecido oculto durante mucho tiempo, pero al final tenía que manifestarse, de una u otra forma. Era una espiral que termina por confluir en su centro. Caería por ella. Como todos. Me recordaba a las muías, con los ojos cegados, marchando por encima de las huellas que ya pisaran y sin pensar más que en avanzar.

Podía taparme los ojos, cubrirme los oídos, pero la realidad volvía a mí una y otra

vez. Como a Blanca. Y ése era el motivo de que ninguna de las dos huyéramos. Habría sido inútil: nos perseguía nuestro pasado. Era parte de nosotras. Mejor enfrentarse de cara a él. Afrontarlo. Sólo así conseguiría superarlo. Los hombres se visten con coraza para la lucha, nosotras crecemos con ella: todas las madres, todas las esposas.

Es el siglo de los hijos no deseados, de los fuera de lugar, de los que no tenían que haber nacido, pero lo hicieron. Yo lo fui y mi hijo lo sería: así hasta el final de los tiempos. Nosotras no los pedimos, se instalaron en nuestras entrañas para chuparnos la sangre y la vida. Tiempo de bastardos. Y no contentos con eso, se empeñarían en que habríamos de quererlos.

Los sexos se diluían de pronto. No importaba de quién fueras familiar, de dónde procediera tu estirpe todos éramos iguales, hijos de un método: tener el mayor número de descendientes posibles. La continuación de la carne y la sangre, le llamaban. Pero no lo era en realidad.

La fuerza se imponía a la legitimidad. Y ya nada tenía sentido. Lo inmutable se destruía, como si de una torre de Babel se tratara, por los cimientos, por el techo: poco importaba. Todo caía bajo el peso del instinto y de la necesidad de poder. La religión adquiría tintes partidistas entre disputas locales de Avignon y de Roma, la salvación del alma se compraba con bulas, las leyes se modificaban en función del dinero que podían aportar a las arcas. No había seguridad más que la que otorgaba la necesidad de supervivencia. El orden del universo, que hasta entonces había sido inmutable, se volvía un auténtico desastre: la música de las esferas, un chirrido disonante. El caos se extendía de la mano de todos nosotros, de aquellos que nos habíamos apropiado del orden y que lo hacíamos saltar, como un oso a través de un aro.

La primera de todas las mujeres, la que más pesa en mi conciencia, fue Constanza Manuel, la prima de mi madre y con la que Inés se criara cuando de pequeña fue a vivir con su tío, el infante don Juan Manuel. De mi tía segunda y casi madrastra me contaron que, cuando sólo tenía siete años, la obligaron a casarse con Alfonso, el rey decimoprimeros de Castilla, futuro padre también de mi amantísimo Sancho. Pero él, en uno de esos reveses tan típicamente masculinos, pidió el divorcio. Dijo que era demasiado pequeña y se sacó de la manga no sé qué motivos de consanguinidad. En realidad estaba más interesado en el matrimonio con otra de mis tías, la hermana de mi padre: María de Portugal, quien le proporcionaba una posible alianza con el vecino luso. Así que Constanza, viuda y con la castidad todavía a salvo (por su edad, que no por otra cosa), tendría que esperar una segunda proposición de matrimonio. Le llegó, por fin, cuando ya nadie esperaba que pudiera casarse. Me contaron que no pudo evitar reírse al saber quién iba a ser su futuro marido: el hermano de la mujer que le arrebatara su primer cónyuge: Pedro I el Justiciero, mi padre.

Se casaron, pero una vez más Constanza vería escatimado su destino: no habría hombre sobre la faz de la tierra que la quisiera. Pasaría a la historia como la reina burlada (aunque su carácter, como el de mi padre, fuera terrible y no pudiera soportar las bromas). Sería su prima, mi madre, quien le arrebataría el cariño y la compañía de su esposo. A cambio, él sólo le dejó dos hijos, mis hermanos: María y Fernando.

La serpiente, mientras tanto, se devoraba más y más, y estrechaba el círculo en torno a nosotros; porque Alfonso, mientras tanto, hacía lo propio con mi tía en Castilla. Tras su matrimonio por conveniencia con María, comenzó a frecuentar los lupanares más conocidos de la región. No contento con ello, terminó enamorándose del mismo modo loco con el que supuestamente lo hiciera mi padre de Leonor Núñez de Balboa. Otra mujer que ha pasado a la crónica por poseer una belleza, si no superior, sí igual a la de mi madre. ¿Será que las amantes siempre son más bellas que las esposas legítimas? Los hombres, tan preocupados por la bondad, la sencillez, la honradez de sus amantes. Inés y Leonor. Creyeron las dos en el amor y por él fueron asesinadas (aunque también por su necesidad de medrar, para qué mentir). Mi madre, por mi abuelo, Leonor, por su hijastro. Eso sí, antes se aseguraron de esparcir en el mundo su semilla, y Sancho y yo no éramos más que esas esporas que soltaron antes de desaparecer del mundo de los vivos y transformarse simplemente en historia.

Pero el mal ya estaba injertado: lo llevábamos nosotros, los hijos de los amores ilícitos, la raza de los bastardos reales. En Castilla comenzó antes —aunque Portugal no tardaría mucho en seguirle y serían mis propios hermanos los que librarán la cruenta batalla por la corona—. Los hijos bastardos reclamaban lo que, decían, les correspondía.

Y hasta la palabra *rey* se devaluó por completo, como una moneda que ha sido utilizada demasiado. No imponía vasallaje, no dominaba feudos, apenas controlaba los dineros del reino, nadie lo temía, ¡hasta sus propios hermanos se atrevían a levantarse contra ellos, supuesto poder legítimo! Ya lo dijo Duguesclín: ni quito ni pongo rey, sólo sirvo a mi señor. Y consiguió, de este modo tan prosaico, eliminar del mapa al hijo de mi tía y en su lugar coronar a mi cuñado: Enrique, el bastardo, el culpable también, en cierto modo, de que mi madre muriera.

Tardé mucho tiempo en averiguarlo. La historia es compleja, incluso para mí, que hube de vivirla en primera persona. Pero cuando en Castilla comenzó la guerra entre el heredero legítimo y el hermano carnal, muchos de los caballeros que allí vivían, cuya valentía —todo hay que decirlo— brilla por su ausencia, se exiliaron a Portugal. Entre ellos, los hermanos de mi madre.

Hay una característica del cobarde: siempre serán los mayores conspiradores. No falla. Es falso lo que se dice de la sed de batalla. Los que luchan podrán, sí, sentir el furor en el campo de batalla anegándoles los sentidos y forzándoles a matar. Lo necesitan para sobrevivir, para poder proporcionar la estocada precisa y no

desfallecer en el intento al verse rodeados de tanta sangre y saberse en minoría. Se volverán animales desesperados por sobrevivir y cometerán los actos más innobles. Se escudarán en ideales absolutos, los más idiotas también: conquistar el territorio santo, luchar contra los infieles, luchar en definitiva por la Santa Iglesia. Pero, por más que intenten negarlo, si pelean hasta derramar la última gota de su sangre, no lo hacen por ideas superiores, por riquezas ni por el amor a la patria, sino por puro instinto de supervivencia. Matar, en definitiva, para vivir.

Tras la batalla, su ánimo decae. La conciencia acude a ellos en oleadas. Se dan cuenta de lo que han hecho y de por qué lo han hecho en realidad. Y sabrán, finalmente, con la parsimonia que les da el haberlo vivido en su propia carne, que preferir la paz a la guerra no es un acto de cobardía, sino de inteligencia y, todavía más, de experiencia.

Aquel que ha luchado, que ha probado lo que es una herida sin sentido, una muerte todavía más absurda —amparado sólo en unos supuestos ideales—, sabrá que la guerra es la última solución.

Mis tíos eran todo lo contrario. A ellos les resultaba muy fácil alentar a los indecisos, conspirar en la sombra, arengar a sus tropas para que se levantaran contra alguien, daba igual contra qué. Los que luchan, y esto es una verdad inmutable, siempre son los que tienen que perder más en la lucha. Sólo los que pueden obtener algo la promueven.

Su recompensa, esta vez, fue la muerte de mi madre, quien, supuestamente, los había ayudado en sus propósitos.

Al final sólo quedaron los hijos, quienes, a pesar de no tener culpa de nada, eran portadores de las enfermedades de sus progenitores. Nosotros: mis hermanos y los de Sancho. Y mi hijo, y el de Blanca, no serían más que eso: las piedras que se enganchan en los engranajes y terminan por romperlos. Y también, aunque yo no lo supiera, el hijo de Inés, de la otra, de la que cayó por la ventana empujada por la mano de mi amante, de Rodrigo.

—Fue él, fue Rodrigo el que los tiró por la ventana.

Mis pasos comienzan a retroceder. Blanca sigue sin inmutarse. Medio desnuda en su celda. Me recuerda a una medusa que se queda varada en la playa.

—¿Qué decís? ¿Cómo lo sabéis?

—Me lo dijo la cocinera —responde— antes de morir. Mientras la llevaba al cadalso me lo contó todo.

—¿Vigila?

—Sí, Vigila —asiente.

—Y ella, ¿cómo lo sabía?

—Lo escuchó.

—¿Rodrigo? No lo entiendo, ¿por qué tendría que hacerlo, por qué tendría que

matarla?

No me mira. Sus ojos permanecen obstinadamente clavados en el suelo.

—Porque era la amante de la reina: doña Juana.

«Juana Manuel —pienso—, la hermana de Constanza». La mujer de Enrique. La reina, ilegítima, puede, pero reina al fin y al cabo. El círculo se cierra todavía más. «¡Qué bajo habéis caído, querido Sancho —me digo—, acostándoos con la reina para hacerlo ahora conmigo, simple súbdita de su majestad!».

—No os quiero contar lo obvio, Beatriz, vos sabéis que las amantes del rey Enrique son tan numerosas como conocidas.

Esto traía a Juana por el río de la amargura. No era que lo quisiera, que ya sabéis cómo son estas cosas: un matrimonio de conveniencia, hijos al canto, descendencia y en eso se acaba todo. No eran celos tampoco, no creáis. Su odio a los hijos ilegítimos de su marido tenía otro derrotero. Os recuerdo: corría el año 1366 y, si lo pensáis, Enrique acababa de matar a su hermanastro en Montiel y por lo tanto había sido proclamado rey. Hasta ese momento a Juana le había dado igual que su marido se acostara con quien quisiera, al fin y al cabo, los hijos que tuviera con otras serían como los suyos: bastardos sin más posesiones que un pequeño condado. Y además, ella hacía lo propio. Pero de pronto su instinto de madre pato preocupada por sus patitos se antepuso a todo lo demás. Tuvo miedo, más que por ella, por sus vástagos. Todos aquellos hijos bastardos con los que Enrique había ido regando el mundo podrían convertirse cualquier día en un peligro para su propio hijo: Juan I, y su acceso a la corona. Tenía el mejor ejemplo a su mano de que esto no era una posibilidad remota. Si Enrique se convirtió de la noche a la mañana en rey, fue porque acababa de eliminar a Pedro y no por otra cosa.

»No podía permitirlo. No sabía cómo, pero tenía que deshacerse de todos aquellos que podían luchar contra el derecho natural de su hijo. Su instinto de madre, alentado por Rodrigo, tal y como hizo conmigo, se sobrepuso a cualquier escrúpulo. Y aceptó lo inevitable, antes que nada, ella estaba en el mundo para velar por los intereses de sus hijos. Acabaría con todos y cada uno de aquellos hijos de Enrique. Los mataría. A todos.

—Y Vigila, ¿por qué lo sabía?

—Porque sus compañeros tenían razón, era una chismosa y ya sabéis que lo de que los muros de los castillos son gruesos no es más que una entelequia, una ficción. Todo se termina sabiendo, sobre todo si hay alguien que quiere escuchar.

»No sé qué motivos impulsaban a Rodrigo a alentar la muerte de todos esos niños. Quiero pensar que esta vez sí que estaba enamorado de la reina y que velaba por los intereses de su amante. Quién sabe, puede que incluso Juan y todos sus hermanos fueran hijos del propio Rodrigo y no de Enrique.

Negué con la cabeza sin llegar a interrumpirla. En mi mente comenzaba a

aclararse el papel que había interpretado Rodrigo en toda la historia y su personalidad se me revelaba, por fin, tan clara que provocaba náuseas. De pronto entendí por qué mi amante se acostaba con todas aquellas que podían protegerlo y el porqué de su fijación con los niños: como el mío, el que pronto habría de nacer.

—Sea como fuere, Juana aceptó que todos esos ilegítimos tendrían que desaparecer. Pero escuchad con atención, Beatriz, se nombró a los niños. Nunca se habló de las madres. «Juana ya sabría encontrar los medios para librarse de ellas —dijo—, sin tener que utilizar la técnica —que así lo llamaba— del asesinato». Siendo reina, el destierro o cualquier otra forma menos agresiva resultaba fácil.

»El primero tenía que ser el más complicado de todos, así lo habían convenido: aquel que menos se separara de su padre, que viajaba con la corte a todas partes y que incluso jugaba con sus propios hijos legítimos. Pedro, se llamaba, como el rey desterrado. Curioso, ¿verdad? Se podría decir que se trataba del niño de los ojos de Enrique. Sólo tenéis que ver la tumba que el rey mandó construir tras su muerte para haceros una idea de su cariño. La madre, según se rumoreaba en el palacio, era su propia aya. No sé lo que habrá de cierto en esta habladuría, pero la verdad es que el rey la trataba con una deferencia especial, más rara que otra cosa.

Decían que no estaba enamorado, que era algo más, que en verdad había sido embrujado, que le habían robado el alma, ¡yo qué sé! Porque esa mujer no era como todas sus amantes, ricas y de buena posición, que ya sabéis lo sibarita que es su majestad para estas cosas; sino que venía del campo y, antes de dedicarse en cuerpo y alma al cuidado del niño Pedro, había incluso trabajado en la cocina. Allí había coincidido con la propia Vigila.

»Inés, se llamaba Inés. Es vuestro fantasma, ¿verdad? —asiento—. Y la misma Vigila me contó que era rara, que siempre miraba a todo el mundo por encima del hombro, pero que nadie se atrevía a decirle nada porque no tenía sombra y eso los asustaba. Bruja, la llamaban y tocaban madera cuando pasaba a su lado. Se decía que si te rozaba el vientre, se te retiraría el menstruó. Que era su tributo con el diablo porque había hecho un pacto con él para conseguir el amor del rey. Por si acaso, las mujeres guardaban una cebolla bendita en su faltriquera.

»La noche de su muerte fue en realidad la única que los reyes, con su séquito, pasaron en el alcázar. Venían de Burgos, donde precisamente acababa Enrique de ser coronado como señor de Castilla y al día siguiente continuarían el viaje hasta Toledo para que este pueblo hiciera lo propio. No tenían pensado quedarse más de unas horas: lo suficiente como para que las monturas descansasen y volver a partir, con la misma celeridad con la que habían llegado.

»Me dijo la cocinera que se oyó un grito. Retumbó en todas partes. Incluso en las cocinas, y ya sabéis lo profundas que están y el ruido que suele haber allí, sobre todo en las horas de las comidas. Vigila me contó que estaban preparando la cena, que

charlaban, pero que el chillido se filtró por entre el enrejado del techo y les heló la sangre. Esas fueron sus palabras. El grito había sido sobrenatural. Como si la tierra se abriera y salieran de ella todos los demonios.

»Como es de suponer, echaron a correr al punto. Y se cruzaron con todos los caballeros y todas las damas que también salían de la capilla donde habían estado dando gracias a Dios por la jornada. Juntos, en tropel, fueron hasta la ventana de la Sala del Solio. “Algo les impulsaba a ir allí, un misterio divino”, dijo la propia Vigila, una fuerza mayor que su propia voluntad. Era demasiado tarde: los dos cuerpos ya reposaban abajo, en el cruce de los dos ríos. Y era, me comentó, la escena más macabra que viese jamás. Una fiebre colectiva se apropió del ánimo de los testigos. Parecía que la muerte los hubiera maldecido antes de precipitarse al vacío. De cualquier modo, su presencia todavía se notaba, flotando en el ambiente. Nadie se comportaba de un modo normal: las mujeres chillaban histéricas; los hombres también, como ratas. Hubo tirones de pelo, desmayos, apoplejías. Se pisaron, se abrazaron, se cogieron de los brazos sin importar sexo o condición. Incluso el sacerdote, con la hostia de la misa todavía en la mano, se la tragó (y el pan, me aseguró, se le veía pegado a los dientes) y comenzó a llorar: “No, ella no, no tenía que haber muerto”, decía. El rey pidió estar solo. “Subidme al niño y dejadme.” Y añadió: “Mañana marcharemos al amanecer, como estaba previsto”.

»Nadie supo quién lo había hecho. El rey pagó lo suficiente como para acallar su conciencia por abandonar a su hijo sin asistir siquiera a sus funerales. Lo despertaron al sonido del primer gallo, como había ordenado, y subió a su cabalgadura. Le esperaba una corona y no podía demorarse en un lugar como aquel que ya nada podía aportarle. Juró que nunca volvería al alcázar, a ese castillo maldito, ésas fueron sus palabras, las dijo lo suficientemente en alto como para que todos las oyeran. Creía que, de este modo, se libraría de la mala sombra que lo perseguía. Sin darse cuenta de que en realidad el asesino viajaba junto a él y todavía se atrevía a llamarse su amigo. Rodrigo, don Rodrigo de Verdolaza.

»Esa misma noche, mientras el rey velaba el cuerpo de su hijo, otra escena de muy diferentes características tenía lugar en otra ala del castillo, creo que en el tocador, pero no me hagáis mucho caso. Las palabras de la reina se oían en todas partes. Vigila, que sospechaba lo que había ocurrido en realidad, que ni Inés ni el niño se habían tropezado, tal y como les dijeran para que volvieran a sus tareas, no dudó en perseguir a los amantes. Sospechaba que, cuando ya todos durmieran, pasado el primer momento de desconcierto, y amparados por las sombras, se reunirían y que por fin podría enterarse de todo.

»Sus expectativas no se vieron defraudadas. La sombra que era él embozado salió de su cuarto, deslizándose pegado a las paredes y se dirigió al de su señora. Ella lo siguió y, tras cerrar la puerta, acercó su ojo a la cerradura. Prestó atención. Estaba

acostumbrada a hacerlo.

»De este modo se enteró de que Juana era en realidad inocente y que una vez más había sido Rodrigo quien, como una verdadera puta de Babilonia, y tras utilizar a la reina para sus propósitos, los había asesinado a los dos. Eso le dijo la misma reina, así lo llamó: “Putas de Babilonia”. Le preguntó que cómo se le ocurría. Que no lo habían planeado de ese modo, que era un alma sangrienta y que la había colocado en una situación muy delicada. Él replicó que lo había hecho por ella. La reina no le creyó, le dijo que no sabía por qué tenía tanto interés en librarse de Inés. “No era el niño, ¿verdad?”, le preguntó. “No era del niño de quien queríais libraros.” Le interrogó sobre si también él se acostaba con ella, con la muerta. “Al fin y al cabo —completó—, lo hace la mitad de la corte.” Rodrigo no replicó. Entonces los chillidos de ella se hicieron todavía más audibles. “Me habéis utilizado, sólo he sido el instrumento para acostaros con quien queríais. Toda esa historia de que los hijos de mi marido arrebatarían el poder a los míos era una falacia para que os ayudara, ¿no es cierto? Fuera —le gritó—, lárgate de mi vida.” Le dijo que no quería volver a verlo. Él le contestó que no podía evitarlo, que estaba en el séquito de su marido y que con él seguiría, que no con ella, porque estaría con el rey para siempre. Ella le amenazó con denunciarlo. “Se lo diré todo a Enrique”, dijo. Y él hizo lo mismo: “Yo también le contaré vuestros planes de matar a todos sus hijos, a ver qué le parecen”. Quisiera o no, “los dos estaban metidos en todo aquello”, le replicó. Y si caía, ella caería con él. La reina, a regañadientes, tuvo que aceptarlo. “No me volveréis a tocar”, le dijo amenazante. Y él: “Está bien”, con absoluta tranquilidad.

»Juana, indignada por completo, salió de la alcoba donde se encontraban y se encontró, ¡oh, sorpresa!, con la cocinera apoyada en la puerta. Ni la miró. Siguió andando con toda la dignidad que podía, consciente del par de ojos que la observaban. Rodrigo se sentó en una silla y rodeó su cabeza con sus manos, por lo que no vio a la mujer que cruzaba la puerta para dirigirse de nuevo a las cocinas.

»La reina nunca le dio demasiada importancia a que aquella sirvienta lo hubiera escuchado todo. Al fin y al cabo, era reina y seguiría siéndolo hasta que la muerte la separara de su marido. ¿Quién podría creer los delirios de una cocinera solipsista? Y, sin embargo, a Rodrigo sí que tuvo que importarle. Ya sabéis lo que odia dejar cabos sueltos, la cocinera, antes o después, podía transformarse en un peligro. Si no la mató antes, fue porque no estaba avisado de que unos oídos extraños se habían enterado de todo.

»La cocinera lo intuía. Supo, a diferencia de nosotras, que detrás de su apariencia angelical, ese hombre era peligroso, que no temía traficar con la muerte y asesinar a quien hiciera falta para lograr sus propósitos. Y tuvo claro desde el principio que, después de averiguar todo aquello de Inés, si quería conservar la vida, tenía que mantenerse separada de él. Era una superviviente nata. Así que, cuando el cortejo

partió al día siguiente, decidió quedarse aquí, cuidando de que el alcázar se mantuviera en funcionamiento, eso dijo. Y a nadie pareció importarle (ya os he dicho que no era muy querida). Pensó que así estaría a salvo, que Rodrigo no regresaría porque Enrique tampoco lo haría y como él mismo había prometido: “Siempre estaría con el rey”. Pero se equivocó.

»A1 cabo del tiempo, siete años exactamente, Rodrigo volvió. Y lo sabía, por fin se había enterado de que, en aquel plan tan perfecto, un cabo se le había escapado. Juana, quién sabe por qué o bajo qué presión, había tenido que contarle lo de la cocinera curiosa. Y a pesar de todos los años pasados, de que ya nadie se acordara de la muerta, Rodrigo quería cerrar aquella historia de un modo completo. En eso se parece un poco a vos: odia dejar cabos sueltos. Y para ello tendría que desembarazarse de algo tan tonto como una plebeya. Volvería a Segovia y finiquitaría el pasado por fin.

»Vigila era consciente: cuando lo vio aparecer de nuevo por el castillo, se dio cuenta de que él había vuelto para acabar con ella y que sólo era cuestión de días que la encontrara y que ideara el modo de terminar con su vida sin que se notara demasiado. Temía que en cualquier momento pudiera lanzarse sobre él el Tribunal de Corte, que ya sabéis que esto ya no es lo que era, y hoy en día a los nobles los oidores los juzgan como si fueran vasallos.

»Le pregunté por qué no había huido antes si sabía cuáles eran sus propósitos. Me contestó que porque me tenía a mí para protegerla. Que mientras me ayudó se sentía a salvo. ¡Pobre ilusa! No me preguntéis por qué, pero eso me dijo. Continuó: “Pero ya no, mi instinto me dice que el momento de escapar ha llegado”.

La miré con desaprobación. Una vez más, Blanca había traicionado a quienes confiaran en ella. Por conseguir lo que pretendía, se había llevado por delante a quien hiciera falta. Y, sin embargo, me daba pena. Eso la diferenciaba de Rodrigo. A ella la comprendía; a él, consciente ya de sus verdaderas intenciones, de por qué su necesidad de cerrar la historia —en palabras de Blanca—, sólo podía detestarlo con todas mis fuerzas.

—Por eso me pidió (mientras la llevaba al matadero) que por favor la ayudara a salir del palacio. O por lo menos la escondiera. No la escuché. «Esta mujer, me decía, tiene que morir: es la única barrera que me separa de Sancho». Me cegaba mi deseo. Y yo, aunque no fui quien la asfixiara, fui en realidad la culpable de su muerte, la empujé a los brazos de Rodrigo. Adiós, Vigila.

Y se persignó de nuevo sobre su pecho desnudo.

De pronto se me abrieron los ojos. Todo tenía sentido por fin. Los flecos que quedaban eran escasos. Pero poco tardaría en averiguarlos: Rodrigo respondería ante mí y si mis sospechas se veían confirmadas, pronto tendría que hacerlo también ante el rey en persona. Ninguna Audiencia, ningún alcalde de Corte lo absolvería jamás.

Su delito era peor que mortal. Se merecía un castigo más grande que la propia muerte.

Pensar en ello me provocaba delirios.

Antes de marcharme de una vez, pregunté precisamente sobre una de las pequeñas dudas que todavía palpitaban en mi mente deseando apagarse. Y la respuesta, a pesar de lo elusiva que era, me mostró de un modo brutal (el único que en realidad hubiera podido impactarme) una realidad que hasta entonces me había negado a ver:

—¿Y Sancho? —pregunté—. ¿Por quién os dejó? ¿Quién era la otra?

Y ella contestó:

—Beatriz, lo sabéis perfectamente.

(DE LOS DOS).

La primera amante de Sancho de la que yo tuve noticia puede que no fuera la primera en realidad. De hecho, es muy posible que antes se hubiera ejercitado con otras. No soy tan ilusa, hace tiempo que dejé de engañarme. Pero ésta en cuestión era frutera, traía todos los días su mercancía al castillo de Alburquerque y se volvía a ir, después, sin fruta ya, y sin duda mucho más aliviada.

Llevaríamos apenas dos semanas casados. Nuestros encuentros como marido y mujer se ceñían a tres. Exactamente. El resto del tiempo lo habíamos invertido en discutir o en sencillamente ignorarnos. Todo siguiendo una perfecta rutina, como un perfecto matrimonio con años de convivencia. Sin embargo, como pude averiguar tras atraparle en plena acción con aquella mujer, él había sabido sacar mayor provecho a la condición de casado que yo.

No lo culpo. La infidelidad, pensaría, vendría a aportar a nuestro matrimonio aquello de lo que carecía: decisión por parte de uno de los dos. Curiosa palabra: infidelidad, infiel. Que se denomine de igual modo, me digo, a los moros que viven en el sur (y que curiosamente se habían llevado la vida de su padre y desencadenado la muerte de su madre) que al marido o a la mujer que se dedica a engañar a su cónyuge.

No le reprocho nada. Tampoco lo hice en su momento. Sancho era como todos, no tenía por qué haber aguardado ningún milagro: que hallara en mí consuelo suficiente como para no tener que engañarme. Sobre todo teniendo en cuenta el tipo de mujer insumisa, tan poco cristiano, que era yo. «Pero, por lo menos —pensé—, podría haber esperado un poco más: el tiempo de un luto sin ir más lejos». Al fin y al cabo, mi cuerpo, que no mi memoria, merecía un respeto por pequeño que fuera.

No sé quién creó el concepto de matrimonio feliz. Son dos palabras que se repelen. Como príncipe soñado. O mundo ideal. No quiero ser negativa, quizá en un futuro puedan existir y todo sea perfecto tan lleno de amor, de amapolas, de nubes de algodón, de corderitos blancos, de sonrisas, de «como quieras, cariño». Pero el matrimonio, he descubierto que en la mayoría de los casos no es sino o el deseo de alguien externo —como en mi caso fue el de mi hermano y mi cuñada— con la suficiente autoridad, o el producto de una urgencia sobrevenida como un embarazo, o

un estado de pobreza, o también la última esperanza de una pareja a punto de separarse. No pretendo, aunque parezca lo contrario, hacer una disertación sobre el matrimonio (vista además mi gran experiencia) y mucho menos sobre la felicidad. Sobre todo porque ninguna de las dos palabras se me podían aplicar. Me casé como todas: con un desconocido al que no quería por el tutelaje de una cuñada muy rápida en desembarazarse del peligro.

Y la confirmación de que era un matrimonio más bien vulgar y ordinario me llegó al verlo desnudo agarrándose a esa mujer como quien trepa un risco y teme caerse. No, en realidad, como una lapa a una roca, porque era lengua todo él, tan irrisorio. Al observarlos, con tanta atención como lo hice, no pude evitar la carcajada.

Supongo que Sancho esperaba que los encontrara, si no, ¿qué diversión, aparte de la obvia, podría tener el ser infiel? Y supongo que esperaba de mí algún tipo de reacción, pero no precisamente aquella que me acometió. Porque la risa era superior a mis fuerzas, incluso.

Me agarré al marco de la puerta y comencé a retorcerme en espasmos.

Los veía allí, a los dos, ella arriba (como cabía esperar).

Y tan desnudos que ni una hoja de parra les cubría sus partes pudendas.

La pobre frutera debió de pensar que estaba fuera de mis cabales, al verme allí riendo de un modo desesperado, aferrada a la madera y convulsionándome como si estuviera aquejada de un extraño baile de San Vito. Empujó a mi marido —quien, al despegarse de ella, hizo un ruido de succión— y comenzó a vestirse sin dejar de mirarme. Sancho, mientras tanto, fijaba sus pupilas de la una a la otra alternativamente, encogido en la cama como un bicho bola escondiendo entre sus manos la erección interrumpida. Y había en sus ojos, ahora me doy cuenta, un gesto de desamparo. Exactamente la misma mirada que me echó cuando, tras subir de los calabozos, y llamar a la puerta y esperar a que me flanqueara la entrada, le dije:

—Tenemos que hablar.

—Es sobre Blanca, ¿verdad? Me vais a pedir que la indulte. Pues ya os adelanto que no pienso hacerlo. Y que si pensáis rogarme, no os humilléis de ese modo y casi mejor que os vayáis por donde habéis venido.

Agitaba la mano. Y evitaba mirarme. Casi como si se avergonzara de que yo ya supiera todo y que sus sentimientos no guardaran secretos para mí.

Seré egoísta, lo sé (siempre lo fui), pero no había pensado en Blanca y en su posible liberación hasta ese momento. Y después, la verdad es que pasó a segundo plano.

—No, no os equivoquéis. Vengo a preguntaros si ya sabe alguien que Blanca está aquí.

—No, todavía no, pero dudo que tarden mucho en hacerlo. Hay guardias, tenéis que saber. Seguridad.

—Entonces tenemos poco tiempo, Sancho.

Suspiré aliviada. Y sin embargo tuve un mal presagio.

Miré alrededor de su habitación, como si buscara una salida para escapar. O como si temiera que hubiera alguien. Rodeé su perímetro deteniéndome, apenas brevemente, en la mesa donde había dejado una pluma. Mis ojos se deslizaron sobre la cerámica de las paredes, sobre la pizarra del suelo, sobre el entablado del techo y sólo cuando me sentí lo suficientemente segura, seguí hablando.

—Tenéis que bloquear, en primer lugar, el pasadizo que baja de las caballerizas al río.

Se sentó. Y, con un gesto de la mano, me señaló una silla idéntica a la suya para que hiciera lo mismo.

—¿El pasadizo secreto?

—¿Vos también lo conocéis? Pero ¿cómo? —pregunté.

—Eso no os importa, creo, si tenéis tanta prisa.

Tomé aire. «Por esta vez —me dije—, os la voy a permitir. Calla, Beatriz, sé más inteligente, no hagas caso a su grosería».

—Tenéis razón. Por favor, bloqueadla.

—Sí, pero ¿por qué tendría que hacerlo?

—Para que no escape —contesté, como si fuera la cosa más obvia del mundo.

Me mira interrogante. Sube los hombros. Continúo:

—Para que no escape don Rodrigo, claro.

—En fin —se ríe—, ¿quién es ahora la que no puede controlar a su amante?

Resoplé. Sus ojos, clavados en mí. Forcé tanto la sonrisa que los dos días siguientes me dolieron los pómulos.

—Haced lo que os digo —y añadí—: Por favor.

—Está bien —accedió.

No me sorprendió que aceptase con tanta facilidad. Se trataba sólo —pensé— de utilizar la palabra precisa. Y la información de la que ahora disponía. Blanca me había otorgado la llave que abría la puerta: mi marido era un arcón abierto. Pasen y vean.

¿Por qué había tenido que preguntárselo a Blanca? ¿Por qué no fiarme de mi supuesto instinto femenino? Porque quizá éste no exista en realidad o quizá, pensaba, la sencillez de sus sentimientos me había obnubilado hasta ese momento. No había querido ver. Odiar siempre resulta más fácil que aceptar lo inaceptable, sobre todo cuando es algo tan impuesto como un matrimonio concertado por motivos políticos. Pero por fin el velo había caído y ya no temía hablar abiertamente. Jugaba con los dados trucados, a mi favor (aunque al aceptar la partida me hubiera metido de cabeza en un juego del que ya no podría prescindir, por más que me supiera ganadora. «Aunque —me dije como si quisiera engañarme— en el amor no tiene por qué haber

vencedores ni vencidos»).

—Daos prisa —y volví a añadir—, por favor.

Se levantó con decisión. El sonido de sus botas era amortiguado, suave, casi lo mismo que las nubes que se posan en la tierra para convertirse en niebla. Abrió la puerta y su voz de pronto se me antojó diferente, tenía un matiz que antes jamás escuchara.

—A mí, la guardia —dijo.

La frase me dio risa. Aunque, pienso ahora, cualquier cosa en ese momento me hubiera dado risa. Me agarré el estómago y allí, muy dentro, noté moverse al niño.

«Su hijo —me dije—. Mi hijo. Mi pequeña larva».

Cuando uno de sus soldados llegó hasta su altura, le susurró las órdenes. Escuché su murmullo con cierta placidez. Apoyé mi nuca en el respaldo y miré el techo, el trenzado de las vigas.

Volvió a mi lado. La puerta volvía a estar cerrada.

—Ya está, he ordenado que lo detengan. Y que lo traigan aquí.

Hasta entonces había sido como una muerta a la que hay que cerrar los ojos porque ya es incapaz de hacerlo por sí misma. Atrapada en mi propia rutina, había necesitado que Blanca me confirmara lo que me había negado a saber, para que mi supuesta fortaleza se destruyera como si de un castillo de naipes se tratara.

—¿Habéis mandado vigilar el pasadizo?

—Por supuesto, es lo primero que he hecho.

Volvió a sentarse a mi lado. Notaba su respiración revolverse bajo su pecho. Y la mía, que, llegado un momento, se hizo idéntica.

Permanecimos en silencio hasta que, a la vez, decidimos cortar el silencio.

—¿Qué tal las cortes? —pregunté.

—¿Qué tal los libros que os regalé?

Nos echamos a reír al mismo tiempo. Su risa tenía un cierto timbre triste. O quizá fuera sólo el regusto a herrumbre. Sonaba a una risa que no se ha utilizado durante largo tiempo.

Volvieron a llamar a la puerta.

—Entren.

—Señor —dijo la cabeza coronada en gualda de un soldado—, que no está. Don Rodrigo ha escapado, señor.

—¿Cómo puede ser? ¿Lo vieron salir?

Mi desesperanza se expandió, áspera y cortante, agarrotando mis músculos. Ya no pensaba en Sancho ni en Blanca ni en mí, sino en cerrar la historia. Inés era importante en mi vida, de pronto me di cuenta, porque finalmente me había convertido en ella: a través de su caída y de la de su hijo, yo, en un viaje inverso, había podido remontar mi pasado. Blanca tenía razón: si no conseguía tirar del último

hilo, no descansaría en paz. Y se lo debía. El círculo se achataba. «Nunca —me dije con desesperación— podré averiguar qué sucedió con Inés, por qué fue en realidad asesinada. Mis sospechas se quedarán sólo en eso». Mal, mal, mal.

—Sí, señor, el cuerpo de guardia dice que escapó por la puerta principal, hace apenas unos instantes. Y que, por la cantidad de nieve caída en las últimas horas, es imposible que haya salido de la ciudad. Así que tiene que estar por ahí, en la ciudad, encerrado.

—Que lo busquen. Y que prohíban abrir las puertas hasta que aparezca —y, mirándome a mí, agregó—: Todavía hay esperanza.

Asentí. «No podía escapar», pensé. Tendría que comparecer, ante mí, su amante, y por fin sería yo la que lo juzgaría.

Y el paso de la desesperanza a la alegría fue rápido, precipitado casi.

La puerta volvió a cerrarse. Sancho me miraba y sus ojos, por primera vez, no creaban en mí más que una cierta sensación de placidez.

«Es el momento —pensé— de decírselo». Es el día de las resoluciones y no tiene sentido postergarlo durante más tiempo. Es mi marido, al fin y al cabo. Si yo no puedo decirle esto, ¿quién puede si no?

—Ya lo sé —dije por fin. Mi voz sonaba a latón, ligeramente hueca. Me callé.

Eché el cuerpo hacia delante, sus antebrazos apoyados en sus muslos, perpendiculares al suelo. Las piernas, un poco abiertas.

—Que sabéis qué —repone.

Tomo aire. Lo degluto. De pronto me sabe pesado, como si estuviera comiendo manteca. Y la lengua pastosa.

—Me lo dijo Blanca —lo cual era rigurosamente cierto.

—¿Qué os dijo? —volvió a preguntar.

Lo digo, por fin (como quien arroja un fardo lejos de sí mismo).

—Que sé que me queréis.

Entonces quien pierde el habla es él. Y pienso que con nuestra edad y con todo lo que hemos vivido, que esto resulte tan difícil. Y pienso: «¿Por qué se lo he dicho? ¿Qué puedo ganar?».

Y pienso: «¿Y qué puedo perder?».

Sus manos se mueven nerviosas. Parece que han cobrado vida propia. Sus ojos se han abierto y me miran del mismo modo que quien intenta abrirse paso en la oscuridad.

Me doy cuenta de que tenía razón, de que son grises.

Calla y el silencio ¡a veces es tan incómodo! ¡Se hace tan largo!

«¿Y si —pienso— Blanca estaba equivocada y de la que está enamorado no es ella pero tampoco yo, sino otra? Es una mentirosa. Ya te ha engañado antes».

«Además, no sé por qué —me digo— me importa tanto su respuesta».

—Bueno —dice por fin—. Y si fuera cierto, ¿de qué me serviría? Hay algo más triste que un matrimonio sin amor: un matrimonio con amor por sólo una de las partes.

Ya Rodrigo no importa, ni Blanca, ni nadie de mi pasado ni de mi futuro. En esa sala sólo estamos Sancho y yo.

Lo miro y por fin lo reconozco. Me lo digo a mí misma: «Mira, mujer, es Sancho, tu marido» (paladeo el *tu*, que tiene en realidad forma de beso).

—Qué poca idea tenéis —en mi voz no hay cinismo, sino aceptación.

—Es cierto —contesta—, pero tienes que reconocer que contigo la lección no es nada fácil.

—No, pero tú tampoco lo pones mucho mejor.

—No.

Silencio. Y luego:

—Sancho —le digo—, esto no es Camelot, es Castilla. Aquí no hay salidas que se cierran y que no se vuelven a abrir. Ni tú eres Arturo, ni yo Ginebra (ni mucho menos Rodrigo es Lancelot), sino simplemente Sancho y Beatriz. Y ya va siendo hora de que dejemos a un lado todos estos ideales que nos intentaron meter con calzador: del amor cortés, del honor perdido, de las ofensas imperdonables.

—¿Es eso —pequeño titubeo— una segunda oportunidad?

—No —respondo, guardo silencio un instante, me recreo en la expectación porque lo que viene es seguro—, es un nuevo comienzo en el que se borran todos los desastres anteriores.

—Menos el niño —replica.

Me miro el bulto de mi estómago, tan grande ya (y tan independiente de mí).

—Menos el niño —contesto, por fin.

¿Por qué, sin más tiempo aparente que el que medió entre mi salida de los calabozos y mi llegada a las habitaciones de mi marido, pudo mi ánimo cambiar tanto?, ¿por qué el amante se convirtió en odiado y aquel que siempre detesté dejó de serlo así, de pronto? Han sido muchas las veces que me he planteado estas preguntas y la respuesta sigue siendo igual de incierta que el primer día. Para poder responderme necesitaría un conocimiento de mí misma que no poseo y que dudo que pueda tener nunca. Y sí, en ese momento me pregunté si no estaría loca. Semejante volubilidad no se podía explicar si no. O quizá, me dije, me habían hechizado. Ésa hubiera sido una causa muy lógica y muy acorde con las circunstancias: tenía todos los ingredientes, hasta una bruja cuyas intenciones nunca me parecieron demasiado claras. Y sin embargo pensar así, achacar mi carácter y mis decisiones a causas externas, habría sido una solución muy cobarde. No. La respuesta sólo podía estar en mí, como siempre: en mi pasado y en mis expectativas de futuro.

En el fondo siempre supe que el amante sólo podía ser eso. Desgraciadamente, en

los tiempos en los que tuve que vivir, a las mujeres se nos podía matar por adúlteras, y aunque este hecho fuera poco frecuente en mi clase social, mi relación con Rodrigo nunca hubiera podido fructificar, incluso si él hubiera sido una buena persona y no el bastardo (y no lo digo en sentido literal) e hijo de su madre que al final resultó ser. Los amantes, el amor cortés, eran sólo el parche que intentaban suplir matrimonios en los que lo único que reinaba era el rencor y la desidia. Pero al final éstos también terminaban marchándose. Y todas, sin excepción, acabábamos viejas y solas, comprobando cómo nuestra esperanza se deshacía. Los hombres, todos y cada uno, terminaban dándonos la espalda, trocándonos por otras más jóvenes y con mejor posición. Sólo nos quedaba poder comprar sus favores. Y llegaba un momento en el que el precio se volvía demasiado elevado, y ya ni eso.

Sin hijos a los que cuidar, sin maridos a los que vigilar, sin amantes a los que amar; la soledad era lo único que nos quedaba en la vejez.

Por eso, aunque de un modo indirecto, a todas se nos aleccionaba para crearnos un cortejo de damas que también fueran amigas. Ya desde la cuna, nuestras madres se preocupaban de proveernos alguien que siempre estuviera a nuestro lado y con la que, llegado el momento, poder compartir nuestra viudez. Es, supongo, ley de vida. O por lo menos el producto de cientos y cientos de años de educación.

Las amigas eran lo único que resistía el paso del tiempo.

La verdad, por qué negarlo, es que mi carácter nunca fue dócil. Todas estas enseñanzas, que en su momento me inculcara mi madre, habían caído en saco roto. Si alguien quisiera analizar las causas, éstas pueden ser muy sencillas: debido quizás a que cuando me lo dijo yo era muy pequeña o que fue otra manera de vengarme de ella: echar por tierra todo lo que todavía nos uniera. No lo sé.

Pero al final, la sensatez volvió a mí. En ese camino tan corto físicamente pero tan largo en mi interior, me di cuenta de que tenía que escoger. Y lo hice del mejor modo que pude. En la balanza, de un lado, colgaba Rodrigo —quien se había demostrado como un animal, un bicho abyecto capaz de cometer las peores felonías—. Del otro, una amiga y un marido al que puede que no me uniera un amor desbocado, lo reconozco, pero a cuya presencia ya me había acostumbrado y por el que sentía un cierto cariño del que suponía que, en algún momento, podría convertirse en algo mayor (como al final acabó sucediendo). La elección era fácil. Blanca me había intentado envenenar. Pero yo en su lugar hubiera hecho lo mismo. Saberlo, tener esta certeza, me confería un poder que nos ponía en un mismo plano en el que éramos iguales. Blanca ya no suponía un peligro porque la comprendía y sabía cómo iba a reaccionar. De todos aquellos que me rodeaban, su comportamiento era el único que me resultaba comprensible. La perdoné porque al hacerlo también me perdonaba y me aceptaba a mí misma. Ella y yo no éramos las dos caras enfrentadas de la moneda.

Y sí, pareció radical. Pero, no, en el fondo no lo era tanto. Comenzaba un nuevo ciclo en mi vida en el que tendría que resituarme. Era cuestión de supervivencia y mi razón venció a mis sentimientos: aquellos que se empeñaban en querer a un asesino como Rodrigo. Aprendí, en esos pequeños instantes, a odiarlo con todas mis fuerzas. Del mismo modo que antes lo hiciera con Sancho.

—Señor, ya lo tenemos. Lo hemos atrapado saliendo de la carbonera cuando intentaba buscar asilo en la catedral.

—Bien, traedlo aquí.

Miro a través de la ventana. El sol sigue sin aparecer, pero la nieve proporciona mayor luminosidad. «El sol en el suelo —me digo—, el sol que germina de nuevo, que vuelve a nacer». Una línea de luz se dibuja en mis pies y los recorre, gozosa.

—Sancho, tengo que pedir algo —le digo.

—¿Que os deje a solas con él?

—No —contesto—, me da igual que escuchéis lo que tengo que decirle —sus ojos se llenan de agradecimiento. Me coge la mano. Reprimo un escalofrío—. Porque ya va siendo hora de que os enteréis del tipo de hombres de los que se rodea vuestro hermano. Aunque, bueno, no se puede decir que tus elecciones sean mejores —pienso en el Quiste, pero me callo, de pronto, no es tiempo de reproches. Hemos hecho borrón y cuenta nueva. Un nuevo comienzo. Sigo hablando:

—Es sobre Blanca. Y su hijo.

Resopla. Yo continúo.

—Quiero criarlo yo. Con su madre, por supuesto. Son hermanos y tienen que estar juntos. Tú sabes mejor que nadie lo que sucede cuando se separa a los que tenían que haber estado unidos. Piensa por ejemplo en Pedro, en tu hermano, que por estar lejos generó un odio que acabó matando a vuestra madre.

—Ya, pero ¿no veis que es una asesina? ¡Intentó asesinaros! ¿No preferirías criarlos a los dos tú sola?

—No, Sancho —giro la cabeza de un lado a otro, busco su otra mano y las uno. Son ásperas pero cálidas, las llevo a la altura de mi boca—. A los hijos no hay que separarlos de sus padres.

—¿Y no tenéis miedo de que intente haceros daño de nuevo?

—No —contesto sonriendo—. ¿No lo veis? Blanca ya no es amante, es madre. Y será buena madre. Como es buena amiga.

—¿Estáis segura?

No me dio tiempo a responder, ya traían a Rodrigo, encadenado, ante nuestra presencia.

—Pasad —dijo mi marido con un gesto amplio.

Hay algo triste en ver a una persona a la que idolatrabas desnudo por fin de los

ropajes con los que lo revistió tu imaginación. No es que hubiera cambiado en su apariencia, es que mi visión de él era totalmente diferente. Sobre todo si confirmaba mis sospechas.

Nos miraba desafiante. Tan bello en su caída como el mismo Satán.

—No me podéis colgar —le dijo, casi escupiéndolo, a Sancho—. Soy caballero, recordadlo. Sólo me puede juzgar el rey. Y no creo que por matar a una cocinera vaya a hacerlo.

—Bueno —repliqué yo. Sus ojos se clavaron en mí, como saetas—. Puede que por la muerte de Vigila no os haga nada. Pero seguramente no le hará tanta ilusión enterarse de que vos conspirasteis con su mujer para asesinar a sus hijos.

El imperio del miedo y de la dominación se había terminado. Es cierto, no sería hija de la luz (ya se había encargado mi padre de que no lo fuera), pero por lo menos sería madre, lo mejor que pudiese. Como Inés. Sin un Rodrigo que pudiera truncar mi futuro.

Noté, a medida que yo me crecía, cómo él se venía abajo, cómo esa seguridad con la que había entrado en la sala se resquebrajaba. En el suelo quedaban los despojos de lo que había sido. El torneo estaba a mi favor.

—¿Lo sabéis? Pero ¿cómo? —preguntó.

—Sí, lo sé todo —contesté—, me lo dijo Blanca. Y la cocinera.

Sancho permanece silencioso. Escuchando. Su mano a escasa distancia de la mía.

—¡Esa cotilla! Sabía que tenía que morir. En cuanto me lo dijo Juana. Así que lo vio.

—Vigila —le digo—, se llamaba Vigila.

—Sabía —y habla para sí mismo— que sería mi ruina.

—Lo es —le digo. «Ahora o nunca», pienso. Procuro que mi voz sea convincente. En la mentira reside el momento del descubrimiento de las caretas. «Qué ironía— me digo —que ahora sea yo la que vaya a engañarlo a él».

—Os vio, Sancho, vio lo que hicisteis con el niño, con el hijo del rey. Una y otra vez. Todas. Y vio también cómo lo matabais.

Ha palidecido. Sus ojos verdes se cubren de una neblina. No puedo distinguir los límites en sus pupilas: todo tiene un color verduzco. «Como los reptiles», pienso.

—Pedro —murmura.

—Sí, Pedro. Os vio —repito—. Vio cómo abusabais de él, del niño. Cómo lo violabais.

Al escuchar esta palabra vuelve a recuperar la entereza.

—Vio —continuo— cómo os peleabais con Inés cuando ésta finalmente lo descubrió. Y por ende cómo tuvisteis que matarla a ella también. Dos pájaros de un tiro: la cacería perfecta. Eso sí, protegido siempre por su majestad la reina.

De puro retorcido el plan me parecía admirable.

Me levanto, me acerco a él. Mi tripa ya no es el lazo que nos une, lo que le gustaba de mí, sino la distancia que nos separa. Por fin.

—¿Por qué lo hicisteis?

Ahora es él quien se acerca a mí.

—Porque quise —murmura— y porque podía.

Sancho, a mis espaldas, también se ha levantado. En su voz, cuando habla, hay firmeza, hay poder y hay asco.

—Bien, ya he escuchado lo suficiente.

Mira a la guardia.

—Que se lo lleven al calabozo de Blanca. Y que a ella la saquen, la bañen y la vistan.

Vuelve a sentarse. Recto, la espalda contra el respaldo. A su lado, yo hago lo mismo.

EPÍLOGO

El destello de claridad no me llegó con la muerte, como suele suceder. Tuve suerte, supongo. Abrir los ojos a tiempo me permitió vivir, por fin, como siempre había deseado.

Blanca a mi lado, hasta el último momento. E incluso ahora, cuando ya mi cuerpo descansa bajo la tierra, sigue viniendo a visitarme, deja flores sobre mi tumba y reza por mi alma. ¡Pobre! ¡Si supiera de lo poco que me sirven sus gestos! No soy desagradecida, no quiero parecerlo: verla aparecer por el atrio me re conforta, me recuerda los años pasados.

No me equivoqué con ella. Fue buena madre. Y su hija Leonor, buena hermana para mis hijos: mi Fernando y mi Leonor, Leonor segunda, la llamaríamos. O Leonor bis. Las dos hermanas de nombre igual que se convirtieron casi en gemelas.

Además la manía esa del veneno desapareció por completo. En su lugar se hizo una experta en la manufactura de mermeladas y compotas.

No se casó. Yo tampoco. Tras la muerte de Sancho dos años después de nuestro matrimonio y sin ni siquiera haber visto nacer a la última de sus vástagos, —decidí permanecer sin un hombre a mi lado. Por fin era yo la que tomaba las riendas de mi vida. Su muerte, todo hay que decirlo, fue, como cabía esperar, a manos de los enviados del rey Enrique, su propio hermano.

Nos dijeron que la causa fue su actitud belicosa en las cortes que nos llevaran a Segovia. No quise averiguar más. La política, al menos en lo tocante a mi matrimonio, sólo me había traído tristezas, desencantos.

Tanto Blanca como yo nos refugiamos en la crianza de aquellos que nos recordaban a quien habíamos perdido. Construimos en Ledesma una fortaleza, un recinto para mujeres e infantes (como si estuviéramos en tiempo de guerra). Y allí decidimos esperar a que sucediera lo que había de tener lugar.

Morí sin mayores pesares. Me enterraron junto a mi marido, tal y como hiciera mi padre con mi madre, en la catedral de Burgos.

Y ahora, tras mi muerte, sólo conservo la curiosidad. Me pregunto si, cuando decida abandonar esta iglesia (o cuando lo decida quien tiene que hacerlo), me encontraré con todos aquellos que, quisieran o no, marcaron mi vida.

Me pregunto si me encontraré con mi abuelo. Y si seguiré odiándolo de igual modo.

Me pregunto si me encontraré con mi padre. Y si por fin podré sentir piedad por él (que es lo que se merece).

Me pregunto si me encontraré con mi hermana María. Y con todos mis otros hermanos: desde Dionís a Fernando, pasando con Juan, cuando ellos también mueran.

Me pregunto si me encontraré con Sancho. Y si podré volver a abrazarlo ahora

que nuestra corporalidad se convierte en cenizas.

Me pregunto si me encontraré con Rodrigo. Y si podré mirar a través de un alma tan opaca.

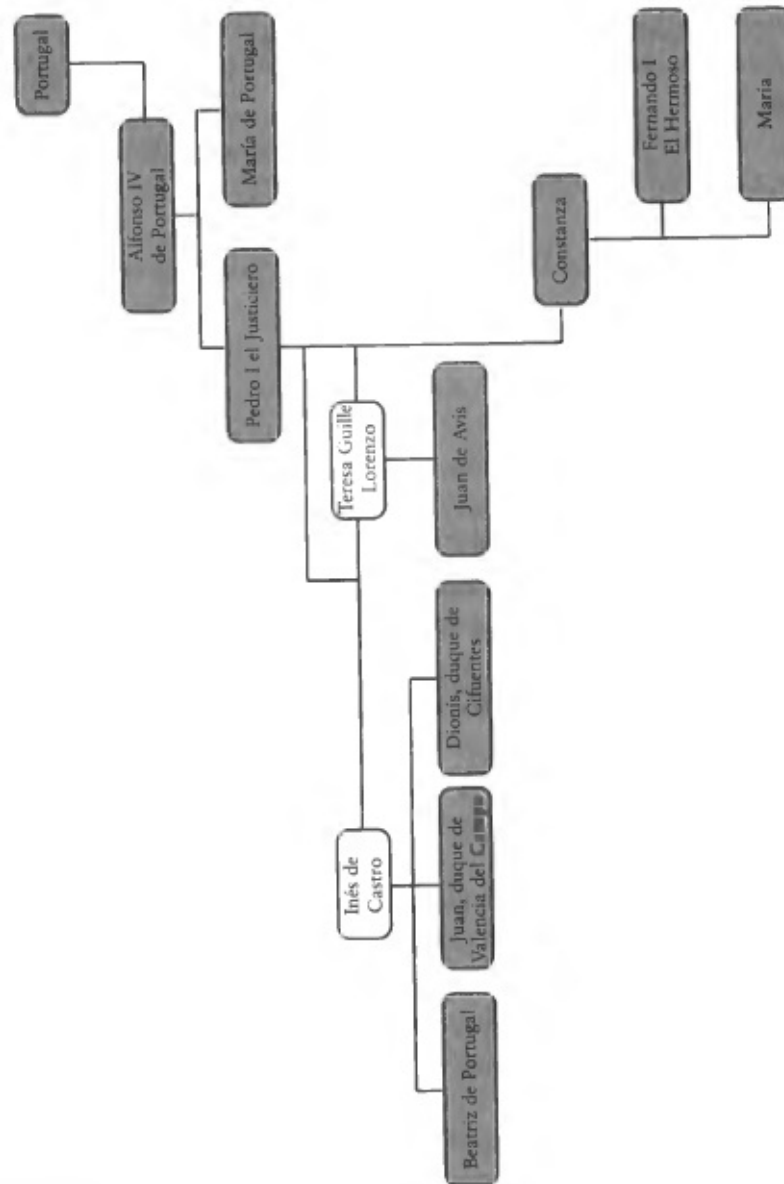
Me pregunto si me encontraré con Inés, mi fantasma, para darle las gracias por enseñarme a ser madre, gracias por no temer arriesgar su propia vida, contra el mismo diablo, por salvar a quien quería: a su hijo Pedro (me pregunto, también, si lo veré a él).

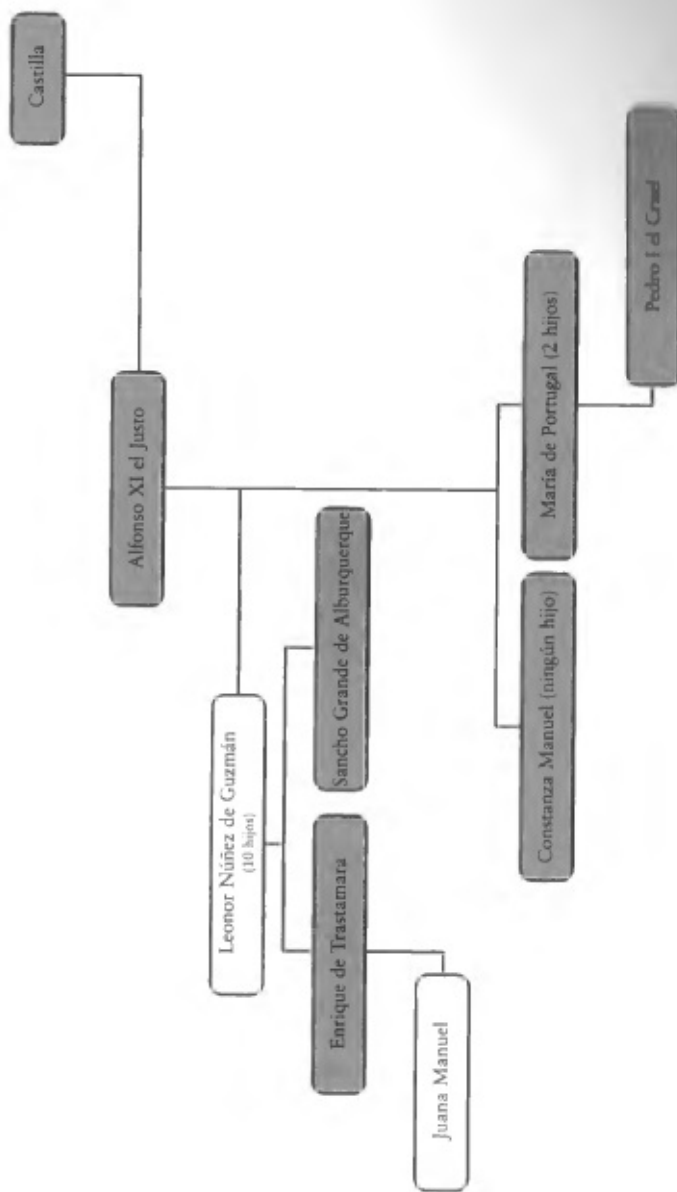
Y sobre todo me pregunto si veré a mi madre. Y si al verla, me sentiré reflejada en ella.

Estoy cansada. Estar muerta cansa. A pesar de tener toda la eternidad.

Y pienso.

En realidad no fui tan mala. Sólo me limité a vivir como las circunstancias me lo dictaron. Espero que mi juicio no sea tan terrible. Sólo eso.







PAULA CIFUENTES. Paula Cifuentes (Madrid, 1985) es una escritora y traductora española.

Es ganadora de certámenes literarios como el Ciudad de Marbella de relato corto, el Aula del periódico El Mundo o el Jóvenes Creadores del Ayuntamiento del Madrid. Publicó su primera novela, *La ruta de las tormentas* con veintiún años, en el año 2006. Se trata de una ficción histórica sobre el entorno de Cristóbal Colón, narrada por el hijo ilegítimo de este, Hernando Colón.

Un año después apareció *Tiempo de bastardos*. De nuevo perteneciente al género histórico, esta obra se acerca a la figura de Beatriz de Portugal, a la casa de Borgoña y a una tumultuosa historia monárquica en el siglo XIV.

La autora residió a los dieciocho años durante un año (2003-2004, segunda promoción) en la Fundación Antonio Gala para jóvenes creadores, junto a otros artistas incipientes como Cristian Crusat o Javier Vela.

Es licenciada en Derecho español por la Universidad Complutense y Derecho francés por la Universidad de la Sorbona de París.

Ha colaborado en varios medios de comunicación como *Diario Público*,¹ *El Mundo* y *El País*.²

Como traductora ha sido finalista del Premio Rosetta de traducción.³